

Sasha Miles

MI
Eternamente
A

Cambiantes de Alaska



Sasha Miles

7
MIA
Eternamente

Cambiantes de Alaska

ETERNAMENTE MÍA
(Cambiantes Alaska 1)



SASHA MILES

Copyright © 2019 Sasha Miles

Copyright portada © Fotolia

Diseño portada: S.M.

Maquetación: S.M.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A una vieja amiga.
Nadie como tú para entender a un oso.

ADVERTENCIA DE LA AUTORA

Para poder reconocer a algunos de los personajes secundarios de esta historia, es recomendable leer previamente *Infernus Animae*, así como *El honor de la bestia* y *Sweet Dreams, Hot Days*. No obstante, la historia de amor de nuestros protagonistas es autoconclusiva.

Espero que disfrutéis de esta nueva aventura y de las apariciones estelares de Luke y su séquito.

¡Feliz lectura!

Sasha Miles

SINOPSIS

«Cuando el destino te ofrece un regalo,
es de mala educación rechazarlo».

La guerra entre cambiantes puros y mestizos está en auge. A pesar de la inestable tregua con su manada de origen, Ethan es consciente de que sus mestizos siguen en peligro y en el peor momento posible.

Desde su visita a Tres Deseos, no ha hecho otra cosa que preparar la llegada de su compañera destinada: una humana ajena a su mundo que siente una perversa fascinación por las causas perdidas, especialmente cuando estas vienen en forma de bestia peluda. ¿Quién mejor para un alfa mestizo que su «loca de los bichos»?

Gabriela está muy ilusionada con la oportunidad que le han ofrecido para estudiar el instinto de apareamiento del oso polar. ¡Y nada menos que en Alaska! El hecho de convivir, pared con pared, con un hombre tan atractivo como su anfitrión solo es un plus a su contrato. ¿Quién en su sano juicio querría negarse?

Sin embargo, cuando la gente empieza a desaparecer y la alarma del complejo se dispara ante la llegada de intrusos violentos, todo el velo de la realidad cae y lo imposible se convierte en posible, acercándolos en un entorno hostil lleno de violencia.

¿Será suficiente el amor para hacer frente a las adversidades o terminarán distanciándose para siempre?

ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)
[CAPÍTULO 33](#)
[CAPÍTULO 34](#)
[CAPÍTULO 35](#)
[CAPÍTULO 36](#)
[CAPÍTULO 37](#)

PRÓLOGO

*Monte McKinley, Alaska.
Complejo de la manada mestiza.*

Las cosas estaban a punto de cambiar, Ethan podía sentirlo en el aire. Ni siquiera hubiera necesitado las advertencias que habían llegado desde el Alto Consejo y sus representantes. El mundo en el que vivía estaba al borde del mismo abismo y pocos eran los que poseían conciencia de ello. Su hermano pequeño, Ryan, así como algunos otros de sus mejores guerreros, habían sido reclutados para velar por el buen hacer de su pueblo. Para castigar al culpable y recompensar al justo. Incluso si la recompensa llegaba demasiado tarde y el castigo no era lo suficientemente efectivo.

No hacía más de ocho meses desde que Ryan había estado en Tres Deseos cumpliendo con su obligación, devolviéndole a cierto León la dignidad.

Y aunque no hubiera participado en la batalla final contra sus progenitores, sabía que el más joven de su linaje, estaba satisfecho con el resultado.

Incluso con la inestable tregua que tenían con su manada de origen en la actualidad, aunque Ethan dudaba que durara demasiado tiempo. El Alfa se había negado a reconocerlos como iguales en muchas ocasiones, sin importar que su propio pueblo fuera inferior tanto en número como en habilidades. La pureza de la raza parecía ser todo lo que les importaba, incapaces de ver que en la unión entre especies era donde radicaba la verdadera fuerza y el futuro de su mundo.

Estaban tan confundidos...

Habían sido débiles en el pasado, cuando no eran más que un puñado de cachorros protegidos por su anciano tío, pero hoy día, eran un grupo numeroso y más que dignos de ser tenidos en cuenta. Podrían arrasar a sus enemigos si así lo desearan. Deberían estar agradecidos por su tendencia a la no violencia a no ser que fuera estrictamente necesario.

—Ethan, tu hermano Duncan acaba de llamar. El vuelo de nuestra invitada ha sido desviado por el mal tiempo, su llegada se retrasará un par de días más.

Contaba con volver a verla esa misma noche. Gabriela, su compañera designada, ajena al mundo al que estaba a punto de entrar por la puerta grande. Con la excusa de una beca para estudiar los ritos de apareamiento del oso polar, había conseguido atraerla a su terreno y, si la suerte lo acompañaba, quizá lograría también conquistarla.

Nunca hubiera imaginado a su compañera de la manera en que el destino se la había entregado, no obstante, estaba satisfecho con la elección. Llevaba lo que parecían ser siglos esperándola.

—Gracias, Gavrael. ¿Te dio alguna otra información? ¿Ha surgido algún nuevo problema?

Gavrael era uno de sus hombres de confianza, su mano derecha. No había otro en quien confiara más que en él para destinarle un asunto tan delicado como la protección de la mujer que algún día lo sería todo para él.

Su amor en potencia.

—No. Todo bien, están ultimando los preparativos para la llegada de los cachorros.

Sonrió. Quién le hubiera dicho que el bruto de su hermano acabaría encontrado a una mujer tan increíble como Julia. Una loba, nada más y nada menos, que iba a poner todo su mundo patas arriba. De hecho, ya había empezado a hacerlo.

A él mismo le había robado el corazón desde el primer instante en el que la vio. Como hermana, por supuesto.

—El tiempo no se detiene, Gav.

—No, no lo hace —comentó divertido su interlocutor—. No es que alguien aquí esperara que Duncan consiguiera encontrar a alguien que pudiera aguantarlo, pero supongo que todo el mundo tiene a alguien ahí fuera capaz de soportar casi cualquier cosa por amor.

Los dos rieron, no había acritud ni burla en su tono, tan solo una sana envidia. Se habrían cambiado por él sin pensarlo. Los dos habían anhelado poseer una familia que les había sido arrebatada en el momento de su nacimiento.

En el caso de Gavrael, la historia era aún más triste. Él había encontrado y perdido a su alma gemela de la peor de las maneras posibles. Un halcón en su forma animal, que solo se emparejaría una vez en la vida, había tenido un hijo con la que habría compartido su destino, pero el mundo era cruel y sus enemigos aún más. Habían asesinado a la mujer, una humana, y a punto habían estado de acabar también con la vida del pequeño.

—¿La echas de menos? —Era un tema delicado, pero la herida había cicatrizado hacía tiempo y su amigo era capaz de afrontar el tema con una inusitada entereza.

—Cada día de mi vida, pero al menos tengo a Sean. Él es todo lo que importa ahora. No necesita un padre que se lamente, necesita un modelo que pueda seguir y el cariño que nosotros no tuvimos.

Gavrael vivía con su hijo en un apartamento en el complejo, sus vidas no eran tan diferentes de la de cualquier otra familia. Sean iba al colegio como cualquier niño normal y aunque tenía algunos problemas para relacionarse con otros chiquillos de su edad, Ethan sabía que poseía un gran corazón, además de la incapacidad del cambio.

Sin embargo, su oso percibía el gen cambiante en él. Algún día, cuando estuviera listo, podría abrazar su transición.

—Eres un hombre afortunado. Sean es un chico fantástico.

—Solo tiene diez años. A veces creo que espero demasiado de él. Me gustaría que pudiera cambiar ya, me sentiría más tranquilo.

—¿Has vuelto a recibir amenazas?

—Ya sabes cómo funciona nuestro mundo. De vez en cuando, hay atentados y advertencias. Los centinelas están muy ocupados manteniendo a nuestros cachorros a salvo, aún así es tremendamente difícil poder abarcar todos los flancos. Sigue habiendo demasiado purificador suelto.

Habían combatido contra eso durante más de veinte años, pero cuantos más erradicaban, más surgían. Nunca estarían completamente a salvo, siempre había gente con prejuicios que dificultaban la paz. Como si el mundo necesitara más guerras.

—No vamos a dejar que le suceda nada al chico, Gavrael.

—Lo sé. Confío en la manada y en ti.

Y Ethan sabía que por eso no se habían marchado. En el pasado, su mejor amigo había considerado la posibilidad de alejarse de ese mundo y vivir como un humano normal y corriente. Quizá habría sido la mejor alternativa, pero cuando sus suegros ignoraron al niño, Gavrael supo que su única opción era permanecer en el mundo sobrenatural, incluso con los problemas que eso podría originarle.

Había perdido a su esposa, a su compañera, el amor de su vida y los humanos habían culpado al pequeño y a él mismo de la muerte de la mujer. Les habían arrebatado gran parte de sus recuerdos, apenas si conservaban dos cuadros que Belinda había pintado, gracias a que habían estado en el complejo. Hoy eran una de las posesiones más valiosas de la pequeña familia.

Sean había venerado aquellas optimistas pinturas como si valieran

millones. Todavía lo recordaba con dos años, acurrucado junto a ellas, como si intentara llegar más cerca de la madre que no había podido conocer.

A veces su oso quería rugir de pura frustración ante la injusticia a la que se veían sometidos.

—Nunca os daremos la espalda.

El otro asintió con confianza, lo sabía. Se acercó más y estrujó su hombro con afecto. El alfa no era un ente superior y lejano para su pueblo, era uno más, alguien que estaba ahí para reconfortar a su gente cuando estos lo necesitaban.

El contacto era clave para mantener los lazos de unión intactos.

Repitió el gesto a cambio y terminaron dándose un abrazo fraternal.

—Supongo que vamos a tener que ir a recoger a la señorita, lo más probable es que el tiempo no cambie en dos días —comentó Gavrael—. ¿Quieres que ponga a Devin en eso?

Contaban con un helicóptero que usaban solo en las emergencias, además de varios todoterrenos que podrían facilitar el camino hasta aquel lugar aislado.

—Vamos a darle tiempo. No quiero precipitarme, podría presentir que algo no es normal.

—Y quieres que se sienta como en casa.

—Es mi compañera, Gav.

El otro ya lo sabía. Todos los adultos lo sabían y estaban impacientes por conocer a su pareja. No les había ocultado su humanidad, ninguna voz se había alzado contra el designio del destino, más bien le habían felicitado ante la suerte que había tenido de encontrarla.

Todos se alegraban por su alfa, que tras años de sufrimiento, al fin veía la luz al final de la oscuridad de ese túnel que había amenazado con ahogarlo.

—Llegará sana y salva.

Ethan se permitió sonreír.

—Oh, sí. Lo hará. Y nunca más volverá a marcharse. Este será a partir de ahora su hogar. A mi lado.

—O al lado del oso polar y sus instintos de emparejamiento...

Una burla divertida de un amigo. Negó con la cabeza, una advertencia en sus ojos.

—Espero que hayas avisado a los trillizos de que esto no es un juego. Conociéndolos, intentarán poner a mi mujer en aprietos.

—¿En serio crees que alguien puede controlar a esos tres? Tú los criaste y los conoces mejor que nadie.

—Por Dios, solo tienen quince años. Más les vale que se comporten.

Y estaban en el peor momento en la vida de un cambiante. Cuando sus animales se hacían más potentes y los instintos emergían.

Por suerte, ninguno de los muchachos se había emparejado aún. Aunque tenía ciertas sospechas respecto a Max. Lo había visto rondando la guardería y especialmente a una niña mestiza. Más humana que bestia, no parecía tener tendencias hacia la rama animal de su linaje. Si sus sospechas eran ciertas, al muchacho le faltaban al menos veinte años de frustración sexual. Sin embargo, su alma se sentiría completa pudiendo gozar de su compañía, viéndola crecer y convirtiéndose en su fiel protector. No sucedía a menudo, pero cuando una pareja se encontraba tan pronto, el amor resultante solía ser épico.

—Estás preocupado por los muchachos.

—Estoy preocupado por Gabriela. Si nuestros enemigos descubren quién es, traerla aquí será como haberle pintado una gran diana en la espalda. No se detendrán hasta arrebátarmela.

—Sabes que nadie aquí va a dar esa información libremente. Tenemos a nuestros centinelas vigilantes, nuestra gente hace que el complejo sea seguro y una infiltración casi imposible.

—Y sin embargo, no será la primera vez que nos ataquen.

—Está la tregua.

—No confío demasiado en que no sea una estratagema de distracción. Somos una amenaza, Gavrael, los dos lo sabemos.

—Olvidalo. No se atreverían a irrumpir en...

La alarma sonó alta y clara en ese momento. Ethan se levantó antes de que tuviera tiempo de sonar el segundo pitido y los dos se arrancaron la ropa al tiempo que dejaban salir a sus animales.

Alguien había vulnerado el perímetro de seguridad con intenciones violentas, pero ninguno de los dos iba a rendirse hasta que sus cachorros y su gente estuvieran a salvo.

Se reunieron con el equipo en la parte exterior del edificio y, sin necesidad de palabras, distintas especies de cambiantes se dispersaron por los rincones, cada uno ocupando su puesto protector.

Incluso los jóvenes habían empezado su cambio, dispuestos a luchar hasta la muerte si era necesario.

Mujeres y hombres por igual, todos defenderían su santuario hasta las últimas consecuencias.

Y el alfa, como siempre, sería el primero en sangrar por ellos.

CAPÍTULO 1

Una semana después.

Aeropuerto Internacional Ted Stevens Anchorage.

Llegaba con una semana de retraso. Después de que hubieran desviado su avión por mal tiempo, había tenido que alquilar una habitación en un motel y esperar a que se abrieran de nuevo las vías aéreas. Sin embargo, cuando trató de coger un avión para llegar a su destino, se encontró con que el pequeño aeropuerto al que debía llegar, había sufrido algún tipo de desastre y los vuelos habían quedado cancelados.

Había tenido que desviarse dos veces de su camino y, al final, Duncan y Julia habían tenido que pedir ayuda al hermano de su nuevo primo, para que enviara a uno de sus hombres a recogerla.

Nunca había pensado que podría ser tan afortunada. Aquella gente vivía en una reserva en medio de ninguna parte, casi en contacto directo con los animales salvajes de su entorno. Osos polares, entre otros. El objeto de su estudio. No había una criatura en el mundo que lograra fascinarla más.

En general, había dedicado gran parte de su carrera a proteger el hábitat de estos animales en la península y cuando descubrió la posibilidad de acceder a una beca de semejantes características no se lo pensó dos veces. La solicitó y cruzó los dedos para resultar seleccionada.

Por avatares del destino, la suerte decidió ponerse de su lado y, a pesar de que ignoraba que Ethan, el amante de los animales que había conocido meses atrás en Tres Deseos, era el director del complejo, le había resultado muy satisfactorio descubrir que él iba a ser no solo su superior una vez llegara allí, sino también su guía.

No era mujer de relaciones. Había tenido amantes, como todo el mundo, pero nada duradero. No tenía tiempo ni ganas de luchar o ceder terreno en lo que a sus animales se refería. Y nadie iba a aceptar a una mujer que tenía un zoo en casa. Lo sabía, ni siquiera su familia era capaz de comprender su necesidad de salvar a todos aquellos animales que otros ya habían desechado.

Quizá ella misma se había sentido un poco desterrada en alguna ocasión, de ahí que sintiera cierta empatía hacia ellos.

»Y aquí llega la loca de los bichos —murmuró para sí mientras recogía las maletas y salía a buscar su transporte. Le habían advertido de que habría un cartel con su nombre esperando, para que no se despistara.

No le habían permitido viajar con sus criaturas, así que durante los últimos dos meses se había dedicado a buscar hogares estables para ellos. No había resultado fácil despedirse, pero era por una buena causa.

Cuando salió a la terminal arrastrando su enorme maleta azul, a la que le faltaba una rueda, revisó todas las caras de los presentes, así como sus manos. Encontró el cartel entre la multitud. El hombre que esperaba parecía medir casi dos metros, de aspecto robusto, pelo y ojos oscuros. Su mirada no parecía perder ningún detalle de lo que sucedía a su alrededor, aunque su cuerpo mostraba una pose descuidada, casi como si estuviera aburrido.

Tenía unas manos enormes y vestía de manera informal. Unos vaqueros negros con un agujero en la rodilla, unas botas militares y un jersey también oscuro que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, mostrando cada uno de los músculos que resultaban amenazantes. Al menos para una mujer como ella, de apenas metro sesenta, cincuenta kilos y con tendencia al despiste.

El hombre era una auténtica mole y le daba miedo. Sin embargo, se irguió y caminó con toda la decisión que pudo hacia él.

—Buenas tardes, soy Gabriela.

No cambió su postura, tan solo bajó su mirada y la atrapó en las

profundidades oscuras de sus ojos. Era como si ocultara un millón de secretos y no planeara compartir ninguno con el mundo.

—Bienvenida a Alaska —gruñó con un acento muy marcado que no pudo ubicar. No creía que su lengua materna fuera el inglés, ni el francés, el tono oliva de su piel también anticipaba que probablemente procediera de algún país más cálido. O quizá tan solo su familia lo hacía y él había crecido entre aquellas cumbres heladas.

Le arrebató la maleta antes de que se diera cuenta y la levantó como si no pesara nada, empezó a caminar y ella tuvo que correr para no perderlo de vista. Cada zancada de él, la obligaba a aumentar su ritmo.

Para cuando llegaron al coche, que era tan aterrador como él mismo, estaba sin aliento.

Se apoyó sobre la puerta mientras guardaba su equipaje en el maletero y trató de coger aire. El intenso frío llegó a sus pulmones e hizo que dolieran.

—No respires profundamente —advirtió—. Puedes coger una neumonía.

—Oh, gracias por la advertencia.

Podría habérselo dicho antes. Subió al asiento del copiloto y se abrochó el cinturón de seguridad al mismo tiempo que él arrancaba el vehículo y, sin dilación, salía a toda prisa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Gabriela, ansiosa por llenar el silencio.

La rara era ella, eran los otros los que no se sentían cómodos en su presencia debido al despiste y sus bichos. Este hombre, sin embargo, parecía tan tranquilo. Como si no estuviera allí y tampoco parecía dispuesto a darle mucha conversación.

—Devin —soltó sin añadir nada más.

—¿Te gusta tu trabajo, Devin?

El hombre arqueó una ceja y la miró por un instante, antes de volver a concentrar toda su atención en la carretera.

—Es un trabajo.

Gabriela guardó silencio, no sabía qué más decir. Se preguntó si quedaría muy lejos la reserva o si iba a tener que estar un par de horas tensa y esperando a que su acompañante se dignara a entretenerla, al menos superficialmente.

—¿Te gustan los animales?

Una sonrisa ladeada pobló el oscuro rostro del conductor.

—Podría decirse que sí.

—¿Qué tipo de animales?

Vamos, dime algo. ¡Me ahogo!

Devin suspiró, como si le costara concentrarse en la conversación.

—Gatos grandes —concluyó finalmente—. Panteras.

—¿Panteras? Estás muy lejos de su hábitat, ¿no? No creo que haya muchas panteras en Alaska.

—Te sorprendería —murmuró él.

Por suerte el sonido de su teléfono les interrumpió en ese momento, haciendo que la tensión descendiera un grado.

Cuando descolgó y activó el manos libres, Gabriela pudo escuchar esa voz que había estado recordando durante meses, sin saber por qué. La primera vez que lo había visto no le había prestado mucha atención. Durante la boda de su prima, el hombre había sido atento y afable, habían reído y compartido una copa de vino y, por primera vez en mucho tiempo, se había sentido integrada en el grupo y no como una mera espectadora demasiado extraña para poder mantener una conversación normal.

Ethan era un hombre atento y cariñoso. Todavía recordaba la sorpresa que sintió cuando él tomó una de sus manos entre las de él y la acarició con inusitada ternura. Era como si no se diera cuenta de lo que estaba haciendo, como si hubiera necesitado tocarla.

Nunca había sentido tanta sensibilidad procedente de un ente del sexo opuesto. Casi que ni de una mujer. Su madre había sido cariñosa, pero la había perdido demasiado pronto y su padre... él se había ocupado de las facturas y de su educación, por lo que debería estarle agradecida, a pesar de que no hubiera estado a su lado de otras maneras.

Había muerto antes de que terminara la universidad y se había encontrado repentinamente sola en el mundo. Marga la había acogido y, gracias a ella, había descubierto su auténtica vocación. La había animado a disfrutar de sus bichos y a ignorar al resto del mundo y sus valoraciones. La había enseñado a ser feliz, a pesar de los demás, si era necesario y solo por eso la adoraba.

—Devin, ¿todo bien? ¿Has recogido a Gabriela como acordamos?

—Sí, jefe. Ahora mismo está sentada a mi lado y escuchándote. Saluda, Gabriela.

—Ho... hola, Ethan.

¿Por qué estaba tan nerviosa? Ni que fuera su novio, en vez de su jefe. Más bien su benefactor. Mierda, no quería que sintiera los nervios que estaba experimentando en ese momento.

—¿Fue bien el viaje?

—Largo —suspiró antes de poder contener su boca. No le interesaría su odisea, solo procuraba ser amable.

»No des más datos de la cuenta, contrólate.

—Lamento no haber enviado a Devin con el helicóptero a recogerte. Pensé en esa posibilidad, pero tuvimos una situación en el complejo que nos retrasó.

—¿Algún problema con los animales?

Pudo sentir la sonrisa en el hombre que la acompañaba, sin embargo estaba llena de ironía.

—Nada de lo que debas preocuparte. Todo está bajo control ahora. Con

Devin estarás bien y yo estaré esperándote en la puerta principal para acompañarte a tu apartamento. Tendrás unos días para instalarte antes de conocer nuestras instalaciones, si así lo deseas.

—Prefiero empezar a trabajar cuanto antes, no quiero abusar de tu hospitalidad.

—Eres familia ahora —dijo con seriedad su interlocutor—. Y la familia siempre es bien recibida en nuestro hogar. —Una vez hecha su declaración, se dirigió a su guía de nuevo—. Devin, voy a necesitar que salgas otra vez cuando instalemos a nuestra invitada.

—¿Hay algún problema, jefe?

—Solo un paquete que recoger —instruyó, aunque había un filo serio en su voz. ¿Qué tipo de envío podría poner ese tono en la voz de un hombre que parecía listo para achuchar y reír a la primera de cambio?

—Cuenta conmigo, llegaremos en unos quince minutos.

—Conduce con precaución. —Y sus palabras parecían implicar mucho más—. Nos vemos en unos momentos, Gabriela. Disfruta del trayecto, verás unos increíbles paisajes.

Sin más la comunicación se cortó y ella se frotó las manos con nerviosismo. Aquel hombre le provocaba cosas que ni siquiera quería detenerse a analizar.

—¿Tienes frío? —preguntó con brusquedad Devin.

—Un poco.

—Es normal, vienes de un país cálido.

Subió un par de grados la calefacción y continuó conduciendo en silencio. Gabriela se dio por vencida, decidida a no interrumpir su tarea, mientras se concentraba en las largas vistas nevadas que aparecían a su alrededor.

Nunca se había considerado una mujer de inviernos, pero se sentía como la reina de las nieves, esperando el momento exacto para conseguir su tan

ansiado premio.

Su oso polar.

CAPÍTULO 2

—Socorro, socorrooo. —La vocecita de una niña llegó alta y clara a los oídos de Ethan, seguida de una risa infantil y un gruñido masculino. Cuando ubicó el sonido, no pudo menos que sonreír. Max y su pequeña compañera en potencia volvían a correr por el complejo, jugando al oso y ricitos de oro. La pequeña de tres años lo miraba con adoración y el muchacho, a pesar de mantener su estado humano, la levantó y gruñó como si fuera un enorme animal lleno de garras y colmillos, pero también de mimos y atenciones. Había tanta ternura en los ojos del joven, que sintió la necesidad de unirse a ellos y su juego. Revolcarse y jugar como cuando era un cachorro.

Aunque, si era sincero, nunca había sido tan inocente. No se lo habían permitido.

Agradeció que la pequeña Marisa tuviera esa oportunidad. Su madre era una gacela y su padre humano. El hombre las había abandonado en cuanto descubrió la naturaleza animal de la mujer, sin importarle nada que fuera su compañero designado y Altea había muerto de pena. Algunos cambiantes nunca se recuperaban de su pérdida. Sin embargo, había gozado de la suficiente fuerza como para entregar a su hija, Ethan se había hecho cargo de su educación y protección y había encontrado un lugar para ella en la manada. Tenían la guardería llena de niños abandonados, agredidos o huérfanos, como Marisa, pero todos recibían grandes dosis de amor. Todos eran queridos allí y se sentían a salvo.

Ethan moriría por todos y cada uno de los cachorros y ahora se alegraba de que Max se hubiera convertido en el auténtico protector de la pequeña.

Especialmente desde que durante el último ataque, el muchacho había dado paso a la versión más salvaje de su bestia, cuando uno de los enemigos

había tratado de destruir la zona de los niños. Había crecido físicamente y emocionalmente, ahora veía al hombre que haría cualquier cosa por su compañera. Desde darle el afecto y la atención que una niña necesitaba, hasta arriesgar su vida para mantenerla a salvo.

—Sin correr por las vías de acceso, muchacho. Estamos esperando visita.
Max se irguió con la pequeña en brazos y asintió.

—Sí, Ethan. Lo siento, es que Marisa y yo nos hemos desviado, íbamos a la zona de juegos.

—¡Eth! —dijo la niña tendiéndole los bracitos.

La tomó antes de que Max gruñera, a pesar de que sabía cuán posesivo se sentía con ella. La achuchó y le frotó el cuello con la nariz haciéndole cosquillas.

—¿Cómo está mi exploradora favorita?

—Jugando con mi oso. ¡Un día voy a ser una osa también!

El cuello de Max se tornó de un rojo intenso, como si se sintiera azorado. Supuso que ya iba encaminándola hacia sus brazos. El animal en él necesitaba poner algún tipo de reclamo en su compañera, por más pequeña que fuera.

—Y serás una osa magnífica —dijo dándole un par de toquecitos en la nariz—. Ahora vas a ir a atormentar a Max un rato, que yo voy a recibir a una señorita que viene de visita.

—A tu novia —soltó la niña sin vergüenza alguna, volviendo con Max. Se acurrucó con él, como si instintivamente supiera que pertenecía a sus brazos y el chico la acunó como si poseyera un enorme tesoro.

Y así era.

—No es mi novia todavía.

—Vais a casaros y yo voy a llevar la cola de un vestido blanco muy bonito que se va a poner. ¿A que sí, Max?

—Creo que debemos dejar que el jefe se ocupe de sus asuntos, pequeña

entrometida. Tú y yo vamos a la zona de juegos, que los chicos nos están esperando.

Supuso que por los chicos se refería a sus hermanos, que en contra de su voluntad, se habían convertido en protectores a tiempo parcial de los cachorros. Una responsabilidad importante, pero que les resultaba tediosa. Damian y Aedan eran chicos adolescentes típicos, por más que pudieran dejar salir a una bestia blanca enorme. Les gustaba disfrutar más con chicas de su edad que cumplir con aquella obligación, pero no iban a negarse a hacerlo. Menos sabiendo lo importante que era para Max estar cerca de Marisa.

Eran leales unos a otros hasta la médula y era muy difícil ver a uno solo o muy lejos de los otros dos. Habían sido el trío pesadilla hasta que la niña llegó al complejo. Desde entonces, habían seguido haciendo travesuras, pero una especie de velo de responsabilidad recaía ahora sobre los quinceañeros, que a pesar de que de vez en cuando precisaban de un toque de atención, se habían concentrado en madurar lo suficiente como para encontrar la fortaleza para proteger a la manada, como cualquier otro adulto en ella.

—Ten cuidado con esos dos, que nos conocemos —advirtió Ethan, en su voz había afecto. De alguna manera, los había considerado hijos, pues él mismo los había salvado de las garras de la muerte. Habían llegado a su vida en un momento tremendamente difícil, justo cuando su hermano Douglas había muerto.

Les tenía un afecto especial y sentía que era su responsabilidad mantenerlos en el camino correcto.

Max solo sonrió, mientras Marisa cantaba alguna cancioncilla infantil. La enorme puerta se abrió entonces dando paso a Devin y su compañera. El aroma llenó su nariz reconfortándolo como nada más tenía la capacidad de hacer.

Después de tantos años de resignación, de tan larga espera, al fin estaba

allí.

Se recordó que no podía comportarse como un joven imberbe incapaz de respirar con normalidad. Se dijo que debía calmar los latidos de su acelerado corazón, antes de que ella se asustara y saliera corriendo en dirección contraria.

Rememoró el instante en que pudo rozar su piel, durante la boda de su hermano. Un contacto involuntario que lo había cambiado todo. La deseaba como nunca había deseado a otra mujer, incluso sabiendo que tenía que tomarse las cosas con calma, su bestia la anhelaba. No quería esperar. Quería rugir al estrellado cielo de su tierra y exigir su posesión.

Gabriela era suya y quería que el mundo lo supiera.

En cuanto Devin detuvo el vehículo, se aproximó para ayudarla a salir. Sus miradas se encontraron y durante un instante, todo a su alrededor pareció desaparecer, permitiendo que ambos quedaran recluidos en un universo personal, al que nadie más tendría acceso.

Tomó su mano en un acto reflejo y se la llevó a los labios, donde depositó un casto beso.

—Bienvenida a mi hogar, Gabriela.

La mujer tragó saliva nerviosa y le dedicó un seco asentimiento, sin dejar de mirar a todos lados, como si estuviera tratando de embeberse en aquella imagen.

Su pelo seguía siendo una maraña salvaje, sus ojos llenos de inteligencia también destellaban con una pizca de temor y su minúscula estatura, lo hacía sentir enorme y protector. Anhelaba tenerla entre sus brazos, perderse en ella y darle toda la felicidad que merecía.

Entregarse en cuerpo y alma, tal y como su bestia interior reclamaba.

—Cogeremos tu equipaje y te guiaré a tu apartamento. Estamos en el mismo edificio, así que si necesitas cualquier cosa, yo mismo podré auxiliarte

—se dirigió a Devin, que ya había sacado la maleta de la mujer y la había depositado en el suelo junto a ellos—. Te he enviado la información por correo electrónico —explicó en el instante en que Gavrael llegaba corriendo, listo para la incursión. Nunca iban solos, era demasiado peligroso. Especialmente cuando el enemigo estaría tan cerca para tratar de acabar con ellos—. Sed cautos —advirtió—. No quiero accidentes.

Ambos asintieron con seriedad y subieron al todoterreno. Ethan guio a Gabriela fuera de la trayectoria del vehículo y tomó su maleta antes de que pudiera protestar.

Él proveería para su compañera de todas las formas posibles, evitándole cualquier incomodidad.

—Espero que te guste tu vivienda. He pedido que la limpien y llenen la nevera. Tendrás acceso a uno de los coches del complejo, las llaves están junto a la puerta.

Inició la marcha hasta el edificio principal y abrió la puerta. Llamó el ascensor y subió hasta el ático. Había dos apartamentos allí arriba. Uno le pertenecía a él, era su lugar privado, allí donde nadie más subía, a no ser que necesitaran alguna protección o hubiera alguna emergencia. Solo los cachorros tenían acceso completo a su hogar y no sería la primera vez que se había despertado con media docena de traviesos niños saltándole en la cama.

Al otro lado, estaba el espacio destinado a su compañera. Normalmente, lo habría ocupado Ryan, pero desde que había dejado el complejo para dedicarse a otro tipo de actividades, el lugar parecía triste y desolado. Gabriela podría llenarlo con su presencia.

—¿Se admiten mascotas? —preguntó en el instante en que abrió la puerta y le hizo un gesto para que lo precediera.

—Todas las que puedas conseguir. Verás que no es especialmente grande. Una sala de estar, cocina americana, dormitorio principal, una sala de usos

múltiples, que puedes usar como cuarto de invitados, y un baño.

Había aprecio en la mirada de su mujer, como si le gustara lo que estaba viendo. Había pedido cambiar las cortinas y algunos complementos, tornar el masculino espacio en algo femenino y cálido, donde ella pudiera sentirse a salvo. Como en casa.

Un lugar que no quisiera abandonar jamás.

—Hay mantas, colchas y aquí está el termostato de la calefacción. Puedes ponerla a tu gusto, pensé que quizá sintieras frío. El cambio respecto a tu tierra es realmente grande.

—Gracias, Ethan. No sé qué decir, es mucho más de lo que esperaba.

—No tienes que decir nada. La beca incluía el alojamiento y la manutención. No te preocupes. Siempre habrá alguien cerca por si tienes alguna duda y no olvides hacer semanalmente la lista de la compra. Tenemos gente que se ocupa de ello. Si por cualquier motivo necesitas salir, nuestros coches cuentan con GPS, pero te pediría que no fueras sola. Yo mismo puedo acompañarte o Gavrael, Devin quizá. Al principio es fácil perderse y podría resultar peligroso. —Se quedó pensando un instante, procurando no despistarse por la presencia de la mujer. Había que decir algo más, pero ¿qué?

—¿Cuándo puedo empezar a realizar mi estudio?

—En cualquier momento, aunque quizá es preferible que te tomes un par de días para instalarte y conocer al personal. Te los presentaré a todos. Tenemos niños, adolescentes y adultos. Somos como una gran familia, trabajamos juntos y nos cuidamos como un pequeño pueblo. —Esperaba que no pensara que eran algún tipo de secta satánica, nada más lejos de la realidad. La mera idea puso una sonrisa en su rostro—. No te asustes, somos muy normales.

—No suelo juzgar a los demás. Solo me interesan los animales.

—Aquí te hartarás de animales, te lo prometo —dijo incapaz de eliminar

el misterio de su tono. En algún momento ella debería averiguar la verdad, pero todavía no. Necesitaba un poco de normalidad, demostrarle que era como cualquier otro hombre, sin importar que un oso durmiera en su interior.

Su control era férreo sobre su bestia, no saldría sin permiso, aún así era consciente de que supondría un shock la primera vez que su otra naturaleza y la mujer que ya era más importante que la misma vida para él, se descubrieran.

—Gracias. Todo esto es un poco abrumador. No había esperado tener tantas comodidades ni estar en un lugar tan idílico. Parece algún tipo de ciudad de vacaciones.

—Nada que ver con las vacaciones, somos una fortaleza protectora. Nos ocupamos de velar por la fauna y la flora de la zona, especialmente por ciertos tipos de animales como los osos polares y todo tipo de criaturas salvajes.

—¿No hay gatitos? —bromeó mirándolo con diversión.

—Tigres y suelen ser bastante territoriales. No te preocupes, porque yo voy a ejercer de guía cuando empieces a internarte en territorio peligroso. Te aconsejo visitar nuestra biblioteca para familiarizarte con las distintas especies que alojamos en nuestra reserva. También te he programado una reunión con Bjorn para que te explique los protocolos de seguridad y te dé una identificación que te permita acceder a las diversas zonas protegidas. Mañana a las 12, si necesitas algún cambio de hora o tienes cualquier duda solo necesitas levantar el teléfono y pulsar 1 para contactar conmigo. Como vivo al otro lado del pasillo, podré echarle una mano casi de inmediato. A no ser que esté en alguna reunión, de todos modos por ahora tu seguridad y tu trabajo tiene código prioritario. No vamos a dejarte sola hasta que te sientas integrada.

Quizá estaba dándole demasiada información, pero no podía parar de hablar. No quería que el tiempo que compartían se terminara, quería estar con ella, escucharla reír y conocerla más. Quería llegar más allá del instinto de

emparejamiento, saber quién era la mujer que el destino había seleccionado para él.

—Creo que voy a necesitar un manual de instrucciones —bromeó ella.

—He pensado en ello —la dirigió a la cocina y señaló un calendario—. Te he anotado algunas de las citas que tienes con distintos miembros del complejo. Enviaré a alguien para que te recoja en caso de que yo no pueda acompañarte, te aclimatarás rápido y pronto podrás estar en la jaula de los leones.

—¿Los hay? No parece su hábitat.

—Hay una gran variedad de especies protegidas viviendo aquí.

—¿Y los osos polares? ¿De verdad cohabitáis con ellos?

Una sonrisa divertida surgió en su rostro y no pudo evitar el toque de humor cuando comentó:

—Ya lo creo. Pronto los conocerás, aunque nuestros especímenes todavía son demasiado jóvenes para su emparejamiento, podrás estudiar algunas de sus tendencias sexuales. Están en pleno despertar hormonal.

—Vaya, eso es increíble. Podría dedicar años a este estudio.

Y eso le venía realmente bien, aunque pensó que los trillizos podrían ponerle las cosas especialmente difíciles. No con el objetivo de hacerle daño, sino tan solo para divertirse.

Max era el más moderado, pero los otros dos...

—Tienes todo el tiempo del mundo. No vamos a apresurarte en tu trabajo.

—Duncan dijo que eres un grano en el culo —confesó con sinceridad—, se equivocó. Me gustas.

Su oso quiso rugir de satisfacción ante esa declaración. Incluso si no era una de amor.

—Tú también me gustas, Gabriela.

Se inclinó hacia ella y la besó en la frente antes de darse cuenta de lo que

estaba haciendo.

—Bienvenida. Espero que quieras encontrarte conmigo para cenar, así podré presentarte a algunos de los miembros más antiguos de la manada.

—¿Manada?

—¿Qué otra cosa podíamos ser? —le guiñó un ojo divertido, quizá causándole cierto desconcierto.

Gabriela se recuperó muy rápido y su cálida risa llenó cada rincón de aquel lugar.

—Creo que me gustaría formar parte de esta manada.

Y tanto el oso como el hombre rugieron para sí:

Y lo harás, para siempre.

CAPÍTULO 3

Cuando Ethan la dejó sola en su nuevo apartamento, Gabriela exploró cada rincón de una manera en que no se había atrevido con él a su lado. No quería que pensara que despreciaba el lugar, porque no había nada más alejado de la realidad. Era coqueto, confortable y muy femenino. No lo habría esperado así.

Se preguntó si debía llamar a Julia para avisar de que había llegado sana y salva, pero supuso que era mejor no interrumpirla. Estaba próxima a dar a luz y tampoco era que tuvieran una relación muy cercana. A Gabriela le habría gustado, pero carecía de habilidades sociales y nunca habían tenido demasiadas cosas en común.

Nadie en su familia, a excepción de Marga, parecía comprender su necesidad de proteger y salvar el mundo animal. Y eso que Marga ni siquiera era su tía de verdad, pero la había adoptado como si lo fuera. La quería más que a ningún otro, incluso la poca familia de sangre que le quedaba.

Sabía que ella sí querría saber qué tal había llegado y conocer su odisea.

Se dirigió al teléfono y leyó las instrucciones para llamar fuera del complejo. Marcó el número de su tarjeta telefónica, para que le cargaran a ella el coste de la llamada, y esperó varios toques hasta que respondieron al otro lado.

—¿Cómo está mi sobrina favorita? ¿Hace mucho frío en Alaska?

—Esto es el Polo Norte, pero me gusta. Todavía no he visto osos polares, pero no me extrañaría encontrarme uno en la ducha —bromeó. La otra mujer soltó una entusiasta carcajada.

—Me alegra escuchar eso. ¿El tipo enorme y malo te ha tratado bien o

tengo que coger un avión para ir a tirarle de las orejas?

—Ethan es un hombre muy atento y muy diferente de su hermano. No parece que lleven la misma sangre, a pesar de su evidente parecido físico.

No pretendía criticar a Duncan, aunque suponía que había sonado como tal.

—Lo siento, no quería...

—Te entiendo. Duncan es un poco brusco, pero es un buen hombre. No olvides que ha sido él quién ha arreglado todo para que tengas dónde quedarte mientras realizas tu estudio.

Y le estaba agradecida, incluso si no lo parecía.

Tenía que admitir que una parte de ella envidiaba a Julia. A pesar de que el hombre era grosero y tenía ese aspecto de motero descuidado y listo para entrar en la primera pelea de bar, en sus ojos se iluminaba algo cuando miraba a la mujer con la que se había casado.

Y con la que ahora esperaba varios hijos.

Ella había renunciado a la posibilidad de crear una familia, cuando su ginecólogo le había dicho que no podría tener hijos. Poseía una enfermedad hereditaria que le había ocasionado muchos problemas y que había acabado de golpe y porrazo con sus sueños.

De todos modos, ya era demasiado mayor como para seguir aquel camino.

—Marga, no me malinterpretes, por favor. Los aprecio y aprecio lo que han hecho por mí. Estoy muy contenta de saber que Julia ha encontrado a un hombre bueno que se preocupa por ella.

Sabía que su prima la consideraba una mujer descuidada y egoísta, pero poco sabía de las circunstancias con las que había tenido que lidiar en su vida. Casi nadie conocía las tristezas que había desterrado por sí sola, sin involucrar a nadie más. No quería causar más complicaciones de las que ya había procurado.

Y sus animales la mantenían centrada y en el buen camino. Le recordaba que por más defectuosos que fueran, siempre podían dar y recibir amor.

Es más, lo necesitaban.

—Creo que tienes una oportunidad de ser feliz, cariño —dijo Marga con ternura—. No la dejes pasar. Nunca se sabe lo que nos puede deparar el destino.

—¿Hablas de amor? Espero que no, porque ese tipo de relación no es para mí.

Menos después de los desengaños a los que ya se había enfrentado.

—Nunca digas nunca. Me están llamando por el móvil, cielo, hablaremos pronto. Besos.

Y cortó la comunicación antes de que pudiera siquiera despedirse.

Suspiró. ¿Amor? ¿Para la loca de los bichos? Ni de coña. Estaba decidida a permanecer soltera y lista para salir al rescate de cualquier criatura que la necesitara.

Sonido de garras diminutas rozando la puerta principal la sacaron de sus pensamientos, abrió antes de pararse a pensar y vio a una pequeña cría de lobo tratando de llamar su atención. Su corazón se enterneció para el momento en que se agachó y lo tomó en sus brazos con precaución. No dejaba de ser un animal salvaje.

—Pero bueno... ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿No me digas que sabes usar el ascensor?

El pequeño lobo se acurrucó en su regazo y le dio un lametón en la cara, un instante antes de que una preciosa mujer de pelo oscuro y piel tan blanca como la nieve, llegara totalmente aterrada y buscando por todas partes.

—¿Mickey? ¿Dónde te has metido? Sabes que no puedes subir solo sin supervisión.

Se quedó paralizada cuando la vio y todo el fabuloso rostro sin

imperfecciones se sonrojó.

—Oh, discúlpeme. No sabía que Ethan tenía visita.

Habló sin dejar de mirar al cachorro que descansaba entre sus brazos. Parecía agitada, nerviosa y preocupada, así que le entregó al animalillo, antes de que pensara que podría hacerle algún daño.

—Es una mascota extraña, ¿no?

Los ojos de la mujer se llenaron de sorpresa, pero se apresuró a desterrarla. Gabriela se preguntó por qué, quizá en Alaska hacían las cosas de otra manera.

—Debe de ser la com... —se cortó cuando una tosecilla masculina tras ellas las interrumpió. Ethan apareció erguido y arreglado con un traje perfecto como si fuera a salir en dirección a algún tipo de reunión de negocios.

—Mickey se ha vuelto a escapar, ¿eh? —Caminó hacia el cachorro y le rascó detrás de las orejas, ante la evidente fascinación del animal—. Disculpad mis modales. Gabriela, esta es Miranda, trabaja con los lobos, seguro que podrá enseñarte la zona de entrenamiento de los cachorros en los próximos días.

—¿Entrenamiento?

Miranda se obligó a reaccionar y esbozar una sonrisa.

—Los cachorros son indisciplinados, necesitan aprender, aunque lo hacen en libertad. No los adiestramos, solo los guiamos para que aprendan a desenvolverse en su entorno natural.

Pasado el primer momento, la mujer parecía sentirse más cómoda y consiguió facilitar su situación también.

—Me encantaría ver el lugar.

Ethan miró el reloj y sonrió a ambas mujeres.

—Hablaré con Gavrael para que lo incluya en tu programa. No solo te gustará, sino que te ayudará a comprender cómo funciona el parque. —Miró a

Miranda entonces—. Voy a la guardería, tenemos nuevos cachorros.

—También me dirijo hacia allí, pero Mickey...

El pequeño lobo saltó a los brazos de Ethan antes de que Gabriela pudiera reaccionar, pero no desestabilizó al hombre que lo acunó con reverencia entre sus brazos. Miranda no reaccionó con preocupación, como antes, sino que parecía bastante tranquila; sin embargo, no le extrañaba, Ethan tenía esa aura tierna que lo convertía en un hombre confiable y verdaderamente especial.

Le gustaba más de lo que debería. Físicamente no era perfecto, demasiado alto, demasiado fuerte, podría romper el cuello de un hombre con sus manos como si de una ramita se tratase, al menos daba esa sensación. Su piel estaba bronceada y sus ojos llenos de una sabiduría que solo provocaba la edad y las duras experiencias de la vida. Sin embargo, el tono castaño estaba velado, uno de sus ojos estaba atravesado por una profunda cicatriz, simulando la garra de algún animal que, de alguna manera, en vez de deformar su belleza, le daba un punto interesante, como si se tratara de uno de esos guerreros medievales que luchaba en el campo de batalla hasta el último aliento.

Un hombre que vivía para mantener a su familia a salvo. Así lo sentía. Alguien de quien podría fácilmente enamorarse.

Y no podía permitírselo, debía mantener las distancias.

—Creo que será mejor que vuelva dentro y deshaga la maleta... —empezó sin saber muy bien cómo desechar las imágenes que habían poblado su mente. Un hombre a su lado, rodeado de un montón de animales y niños con los que nunca podría siquiera soñar.

—¿Por qué no me acompañas, Gabriela? Quiero decir, si no estás muy cansada. Te gustará la guardería, es el mejor lugar para empezar a sumergirte en nuestra comunidad.

—¿No molestaré? Parece que vas a hacer algo... importante. No quiero ser un estorbo.

Miranda sonrió, recuperó a Mickey y se despidió. Estaba claro que pretendía dejarlos solos.

—Me adelantaré. Todavía tengo bastante papeleo por hacer, especialmente si tenemos nuevos cachorros.

Ethan no dejó de mirarla hasta que desapareció, una vez se quedó con Gabriela, se dirigió a ella dedicándole toda su atención.

—Tengo que ocuparme de algunos asuntos, pero puedes acompañarme. Puedes permanecer con los cachorros mientras hago mis tareas y no creo tardar más de veinte o treinta minutos.

Tragó saliva, concentrándose en no mirarlo fijamente. No quería mostrar un interés diferente al de jefe y empleada. Aunque no fuera esa exactamente el tipo de relación que iban a tener a partir de entonces.

No tenía tiempo para hombres, menos para alguien que tan evidentemente era familiar. No tenía nada que ofrecer, además de unas cuantas inseguridades y un afán por recolectar animales descartados por el resto del mundo.

Era una experta en mantenerse a un lado de la sociedad y así debería seguir siendo.

Sin embargo, sentía curiosidad por los cachorros.

—Supongo que siempre queda tiempo para deshacer la maleta. Si estás seguro de que no voy a interrumpir, me gustaría acompañarte.

Un brillo especial surgió en los ojos del hombre, haciendo que se preguntara qué había estado pensando exactamente. Dudaba que tuviera un interés personal en ella, pero ¿y si pretendía seducirla? ¿Se lo permitiría?

Un escalofrío de anticipación recorrió su cuerpo. Había pasado bastante tiempo desde que había estado con un hombre y no había tenido nada que ver con el espécimen que tenía frente a ella. Un hombre capaz de dar la vuelta a su

mundo. De engancharla de una manera que provocaría un cataclismo en su muy organizada vida. No tenía tiempo para eso y, sin embargo, se sentía seducida por la idea de permitirle entrar más cerca, quizá hasta lo más profundo de su corazón.

»Concéntrate, Gabriela. Es tu jefe, eres su empleada. Este no es tu mundo. Te marcharás con el tiempo y os separarán miles de kilómetros. No puedes comprometerte con un hombre familiar, sería injusto para los dos. No te arriesgues.

Ethan la tomó por el codo con cuidadoso interés y la guio hacia el ascensor, después de cerrar la puerta de su apartamento. Le entregó las llaves y sonrió complacido, como si hubiera logrado algo que había estado pensando durante un tiempo. ¿Acaso tenía algún plan oculto respecto a ella?

Una parte muy pequeña en su interior gemía ante la posibilidad de que buscara algo más que el plano profesional, pero otra... ¡estaba completamente aterrada!

—Gracias por todo —dijo nerviosa, tratando de sacar un tema de conversación neutral—. No esperaba conseguir la beca, mucho menos un lugar para alojarme y un guía tan experimentado.

Ethan sonrió, su mano descansaba ahora en la parte baja de su espalda, aunque de una forma muy correcta. No tocaba nada que no estuviera permitido y aún así su corazón estaba acelerado y se temía que estaba conteniendo la respiración.

Ese hombre tenía algo extraño con lo de tocar, en la boda de Julia también la había acariciado como si no se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Aunque muy educadamente.

—Me alegra mucho que hayas sido seleccionada, pero yo no tuve nada que ver con la elección del comité.

—Puede que con eso no, pero desde luego este apartamento y este

recibimiento...

—Es lo menos que puedo hacer por un invitado. Además, eres familia de Duncan ahora, es mi hermano, no hay nada que yo no hiciera por él.

Había una declaración sincera y fiera en sus palabras, además de un cariño apenas encubierto.

—No te dejes engañar por las apariencias —añadió, antes de que pudiera comentar algo—. Puede parecer muy duro por fuera, incluso distante, pero siente aprecio por ti. De no ser así, nunca habría intervenido para tratar de facilitar tu adaptación en el complejo.

—Estoy muy agradecida por su intervención, me ha facilitado las cosas. No esperaba su ayuda, Julia y yo nunca hemos sido realmente amigas. Somos primas, nos unen lazos de sangre, pero somos demasiado diferentes. No encajamos, de vez en cuando nos hacemos favores, pero supongo que es más costumbre que interés.

Ethan negó.

—Puede parecerlo, Gabriela, pero la familia siempre está ahí. Si alguien va a ayudarte en algún momento, son aquellos que tienes a tu alrededor. Quizá no lo hagan con una sonrisa todo el tiempo, pero Julia te quiere y es algo que me consta. Es una mujer con un gran corazón y tenéis mucho en común. En cierta forma, os parecéis.

Casi rio ante su aseveración. Su prima y ella no podían ser más diferentes.

—¡Si ni siquiera sé hornear un pastel!

—Por suerte, yo soy un experto —comentó guiñándole un ojo, dirigiéndola hacia el edificio en el que se ubicaba la guardería—. Si alguna vez tienes antojo de algo dulce, solo cruza el rellano y avísame. Estaré encantado de cocinar para ti, Gabriela.

Esa forma de pronunciar su nombre una y otra vez empezaba a volverla

loca, no en el mal sentido, sino en uno demasiado bueno. Enviando emociones a su cuerpo que deberían estar extinguidas, sobre todo después de todo lo que había pasado. No era una mujer de aventuras o relaciones de ningún tipo. No estaba interesada en coqueteos o flirteos y menos con el hermano del marido de su prima, pero había algo en él que despertaba su curiosidad y el deseo de sentir de nuevo la conexión con el sexo opuesto.

—No podría aprovecharme de esa manera de tu hospitalidad. Ya has hecho suficiente por mí.

—Me gusta cocinar, me relaja. No te aprovecharías, me harías un favor. Odio comer solo. La mayor parte de los días me reúno con los empleados en la cantina, lugar al que, por supuesto, estás invitada. Mañana te entregarán todas las indicaciones y tu tarjeta de identificación —le recordó.

—Estáis muy bien organizados.

—Es la única manera en que esto funcione. Especialmente, porque estamos en una zona bastante agreste, la seguridad es esencial, no será la primera vez que alguien se pierde y en esos casos, no siempre termina de forma favorable. No quiero que mi gente esté en peligro, bajo ningún concepto.

—Eres un líder responsable, yo soy un desastre. Como dice mi familia, algún día perderé hasta la cabeza —bromeó.

—No todo el mundo tiene por qué ser igual, Gabriela. Puede que seas un poco despistada, pero tienes un gran corazón. Recuerda que he conocido a tus mascotas.

Una ola de tristeza la invadió. Los echaba de menos. Sabía que los había dejado en buenas manos, pero aún así...

—Les he encontrado familias de acogida.

—Podrías haberlos traído. Como le dije a Duncan, no había problema con alojarlos en tu apartamento o en algún lugar que hubiéramos podido

arreglar para ellos dentro del complejo.

—Lo sé, pero no quería imponeros más trabajo. Además, algunos de ellos no podrían haber soportado el viaje. Están enfermos o son bastante mayores, sabía que habría puesto sus vidas en peligro.

Así que había tomado la decisión más justa para todos.

—Hablas de mi responsabilidad, pero tú también has demostrado poseerla. Pusiste sus necesidades por encima de las tuyas.

—El objetivo es salvarlos, darles un buen final. Cariño, comida y atenciones. No habría cumplido mi propósito si me hubiera aferrado a ellos, ocasionándoles algún tipo de dolor o incluso la muerte.

Ethan la miró mientras entraban en la zona de recepción de la guardería.

—Vas a tener mucho que hacer aquí, espero que encuentres la manera de sobreponerte al dolor de la separación. Intentaremos facilitar tu adaptación.

Devin los interrumpió en ese momento, apartando a Ethan de su lado, entregándole una carpeta con papeles.

—Tienes que ocuparte de los registros —espetó con su cerrado acento.

—Gabriela —llamó preocupándose de que estuviera cómoda mientras él se ausentaba—, sigue por ese pasillo, la primera sala a la derecha es la zona común. Encontrarás a Miranda y a los pequeños. Me reuniré contigo en cuanto termine con el papeleo.

Asintió, agradeciendo en silencio y siguiendo el camino indicado. Le hubiera gustado quedarse con él, porque la hacía sentir segura, pero también sentía curiosidad por conocer a las pequeñas crías.

Sin olvidar que Devin le provocaba sentimientos encontrados, incluso le daba miedo. Sin embargo, auguraba que le esperaban buenos y grandes momentos en aquel lugar y por más que viejos temores trataran de amenazar su felicidad, no estaba dispuesta a permitirlo.

Además, había un gran y fiero protector a su lado. Ethan era todo lo que

una mujer podría soñar y un poco más.

Incluso si tan solo quedaba relegado a los sueños y un contacto más íntimo nunca traspasaba a su realidad.

CAPÍTULO 4

Ethan se sentía aturdido por todas las sensaciones con las que su cuerpo batallaba.

El deseo lo había golpeado con fuerza, como hacía tiempo que no sentía, y tras una ducha y un cambio de ropa, había tratado de concentrarse en la tarea que tenía por delante. Encontrar a Gabriela en el pasillo había trastocado parte de sus intenciones para la noche, que habían consistido básicamente en evitarla hasta que pudiese retomar las riendas sobre su bestia interior.

Su oso estaba frenético, rugiendo por la necesidad de unirse a su compañera, pero el hombre era consciente de que necesitaban más tiempo. Si se apresuraba y la asustaba ahora, no habría futuro posible y teniendo en cuenta que no había pasado suficiente tiempo desde el último ataque, iba a tener que asegurarse de que todo volvía a la normalidad antes de dar cualquier paso en esa dirección.

Emparejarse, vincularse, incluso empezar a formar la familia que tanto deseaba, sería una debilidad para la manada al completo y el alfa no se podía permitir algo como eso. No ahora, Gabriela y él iban a tener que esperar, por más que no quisiera ni pensar en estar lejos de la mujer que el destino había marcado como suya.

Suya para amar, para cuidar, para venerar...

Si cerraba los ojos y aspiraba con fuerza, podía sentir su ubicación actual, cada paso. Tenerla tan cerca y permanecer lejos era una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer por su manada, pero la responsabilidad estaba en primer lugar.

Tenía que mantener a la familia a salvo.

—Tienes la cabeza en otra parte, jefe.

—Puede que durante un momento, pero estoy de vuelta. ¿Encontrasteis algún problema en vuestro camino?

—No más allá de los habituales. La madre está en la enfermería, había protegido a los cachorros lo mejor que pudo, tienen algunas heridas leves. El padre no lo consiguió, nos encargamos del cuerpo y de borrar nuestras huellas. Los cachorros van a estar en observación esta noche. Un niño y una niña aparentemente humanos, aunque poseen el gen cambiante. Su aspecto es... diferente. Tendrás que verlo por ti mismo.

Ethan se pasó una mano por la cabeza, exasperado. No entendía por qué seguían sucediendo estos ataques, por qué los puristas no podían dejar al resto del mundo vivir en paz.

—¿La mujer sobrevivirá?

—Si consigue pasar de esta noche, tendrá posibilidades de hacerlo, pero no hay garantías por ahora.

Malditos fueran por su odio y sus ideas retrógradas todos y cada uno de ellos.

—¿La valoración inicial fue correcta? ¿Son osos?

Los ojos de Devin se oscurecieron mientras asentía.

—Parece que lo son. ¿Un paso más para romper la inestable tregua o una advertencia por la unión entre ellos y nosotros? Todavía no podemos valorarlo. El alfa asegura que no tuvo nada que ver y que no era consciente de que lo había sucedido, sin embargo, fue él quien firmó las órdenes de exilio. Eso sí, fueron atacados lejos de su territorio, así que no tenemos nada por ahora.

—Envía a nuestros rastreadores. Quiero que demos con la verdad de lo que ha pasado, no vamos a seguir consintiendo esto. Ha llegado la hora de acabar con el odio de una vez por todas.

—¿Y qué propones? Llevamos luchando más de tres décadas contra esos

cabrones y seguimos recibiendo muertos, huérfanos y mujeres apaleadas. — Devin mostraba su furia, tan salvaje como el felino que habitaba en su interior. Sus dedos no eran más que garras y de su boca sobresalían amenazadores colmillos.

—Contén tu bestia. No tiene nada que hacer aquí ahora, tenemos que hacer planes, organizarnos. Necesitas mantener la mente fría, muchacho.

—Estoy harto de hacer las cosas correctas, quiero desgarrar unas cuantas gargantas.

Devin era una pantera inestable que había salvado de una condena a muerte veinte años atrás. A pesar de haberse integrado en la manada y tener un puesto de responsabilidad, el odio seguía habitando en su corazón. Anhelaba que encontrara a su compañera, para que suavizara sus maneras, pero por más que había hecho intentos, que había viajado y rescatado a mujeres amenazadas, todavía no había tenido la buena fortuna de encontrarla.

Quizá no la tuviera nunca. Estaba empeñado en relacionarse solo con humanas, no quería ser traicionado por la especie que le había dado la espalda en el pasado, ni poner en peligro su integridad.

Necesitaba mantener el poder en sus relaciones, tanto personales como laborales y sus tendencias violentas a menudo tendían a convertirse en pequeños fuegos que él mismo tenía que sofocar.

—Vamos a reunir al consejo y debatir la mejor forma de proceder. No te quiero en territorio de osos o buscando alguna vendetta personal. Nos jugamos mucho aquí. Ve a dar una vuelta y desahógate si es lo que necesitas, pero deja las garras guardadas.

—Y saca la polla a pasear. Entendido, jefe.

Ethan puso los ojos en blanco. A veces le recordaba a Duncan tanto que le daba miedo. Había lidiado con esas tendencias en el pasado y no habían acabado demasiado bien.

—Solo quédate lejos de los osos, necesitamos mantener nuestra parte del acuerdo tanto tiempo como sea posible. No quiero que lo jodas, ¿entendido?

—No lo haría. Sé lo importante que es para nosotros la estabilidad.

—La seguridad de la manada está en nuestras manos, no podemos poner en peligro a los cachorros.

—Ni a tu compañera.

No había censura en su voz, sino que constataba un hecho. Si alguien era consciente de lo mucho que anhelaba a la mujer, ese era Devin, porque compartían necesidades. ¿Qué cambiante que se preciara no soñaba con encontrar a su destinada?

—Es vulnerable.

—Los humanos son débiles, físicamente, aunque a veces su fortaleza emocional y espiritual es tan grande que puedes fácilmente olvidar lo sencillo que sería para nuestros enemigos utilizarlos como moneda de cambio.

Había cierta nostalgia en sus ojos, como si estuviera pensando en alguien en particular.

Ethan estuvo a punto de hacer la pregunta, pero el momento pasó y Devin recuperó la compostura.

—Daré la orden de doblar la seguridad.

—Gracias. Terminaré con el papeleo y después pasaré a presentar mis respetos a nuestros nuevos invitados.

—Y a consolar a los niños...

—Esa es la tarea del alfa —comentó con una sonrisa. Y era uno de los deberes que prefería hacer. No solo por el contacto que tenía la facultad de reconfortarlo, sino porque sabía de primera mano lo importante que era éste para establecer un vínculo sólido de confianza, que les ayudara a sentirse protegidos y prosperar.

No había límites en las relaciones con el alfa de la manada. No había

distancias ni tratos desiguales. En su mundo, todos ocupaban un lugar de igualdad y todas las opiniones, necesidades y consejos eran tomados en cuenta por el resto de los componentes de su enorme familia.

Incluir a su compañera aquí debería ser fácil, sabía que nadie la haría sentir diferente o inferior. Sin contar que había humanos no cambiantes en el complejo, que podrían facilitar su transición.

¿Cómo se tomaría ella la posibilidad de quedarse a su lado para siempre? Compartirían sus vidas, los cuidados y responsabilidades. Formarían una familia íntegra basada en el respeto, el cariño y el amor.

Al fin sentía que estaba muy cerca de rozar su sueño con las manos.

—Después de reforzar la seguridad, bajaré al pueblo si no me necesitas para nada más.

—Eres libre de irte por tanto tiempo como necesites, si surgen complicaciones...

—Lo sé. Me pondré en contacto contigo de inmediato. Sin embargo, hay pocos cabrones que se atrevan a meterse conmigo.

—Vivimos un tiempo de guerra. Treguas inestables, mantén tus ojos abiertos.

—Siempre lo hago.

Sabía que eso era cierto, aún así, no podía evitar angustiarse por sus hombres. Eran más que compañeros, eran familia y uno protegía a los suyos sin importar a qué tuviera que enfrentarse.

Devin salió después de darle algunas torpes palmadas en la espalda. De todos, probablemente era al que más le costaba mantener un contacto físico con los demás, pero se había esforzado por confiar. Ethan podía comprender sus motivos, después de las cosas a las que había tenido que sobrevivir antes de unirse a ellos, e incluso desde entonces, comprendía que le resultara difícil y cada pequeño progreso merecía una celebración. Era una gran concesión por

parte de alguien que carecía de motivos para creer en alguien más que en sí mismo.

Si resultaba que su compañera era humana, era posible que huyera de ella en dirección contraria, solo por temor de no ser suficiente para protegerla. Sin embargo, tenía la esperanza de que llegado el caso, confiara en la manada para procurar protección y respaldo, del mismo modo en que él mismo era capaz de mantener la seguridad de Gabriela en manos de aquellos a los que consideraba hermanos.

Revisó el papeleo en unos minutos y se apresuró a la enfermería. Los dos niños dormían placidamente en sendas camas, con una de sus enfermeras favoritas siempre al acecho. Gertru era una mujer de casi setenta años, humana, que había vivido siempre en armonía con su viejo tío. Se habían emparejado mucho tiempo atrás y aunque el hombre había fallecido hacía algunos años, ella había permanecido allí, siempre alerta y dispuesta a cuidar de aquellos que llegaban heridos al complejo.

—¿Cómo están?

La mujer abrió sus brazos y lo enterró en ellos, a pesar de su diminuta estatura. Era frágil, por lo que siempre tenía mucho cuidado cuando se perdía en su contacto. Había sido una madre para él, una consejera fiel, probablemente la única mujer que había comprendido que incluso él en su papel, no tenía todas las respuestas y que a veces en vez de dar paz, necesitaba que alguien se la proporcionara.

—Asustados, tienen algunas heridas pero nada por lo que debas preocuparte. Les he dado un calmante, dormirán hasta mañana, entonces quizá necesiten un poco de tu medicina especial.

Ethan sonrió. A Gertru le gustaba dirigirse a él como si fuera alguna especie de enorme oso cupido que repartía amor. Nada más lejos de la realidad.

—Planeaba darles su dosis ahora —se inclinó sobre la niña y acarició con ternura su pelo. Fue entonces cuando vio algunos rasgos específicos de su animal. Era extraño que se manifestaran en forma humana cuando aún no habían procesado el cambio. Sus pequeños deditos tenían garras oscuras y de su boca surgían dos pequeños colmillos con aspecto amenazador—. ¿Hasta qué punto se han sentido amenazados estos cachorros, Gertru?

No esperaba que la mujer mayor respondiera, no era más que una pregunta retórica. Sin embargo, la ajada mano que se posó en su hombro lo reconfortó de alguna manera, ayudándole a tomar una bocanada profunda de aire y recuperar su equilibrio.

—Se pondrán bien y con tu ayuda el animal volverá a su interior, que es donde debe estar hasta que estén listos para dejarlos salir.

Ethan se fijó en el niño. Su rostro estaba plagado de vello, de color castaño, sus dedos mostraban garras más grandes que las de su hermana. Había estado tan cerca del cambio que le sorprendía que no lo hubiera hecho. ¿Podría un infante quedar atrapado en su forma animal?

Sabía que era posible, después de pasar por un evento traumático. Justo como le había pasado a Mickey y a algún otro niño, pero estaban trabajando para traerlos de vuelta y darles el control que necesitaban, convivir en armonía con su otra mitad.

—¿Cómo está la mujer?

Gertru lo guio hacia la unidad de cuidados intensivos, donde una de las mejores doctoras del complejo revisaba las máquinas a las que estaba conectada. Las marcas en su cuerpo dejaban claro que el ataque había sido premeditado y que se habían ensañado. Habían pretendido arrancarle la piel a tiras, porque no había rincón de su rostro, cuello o brazos que no estuviera marcado. Estaba conectada al oxígeno y muy pálida.

—Alfa —saludó cortésmente la doctora—. Estamos haciendo todo lo que

podemos, está en estado crítico pero si sobrevive a esta noche, es posible que salga de esta. Se ensañaron con ella.

—Saldrá —decretó con vehemencia. No podían permitirse que fuera de otra manera. Dos niños dependían de que la mujer se recuperara y pudiera retomar una vida normal junto a sus pequeños.

Esperaba que fuera capaz de sobreponerse a la muerte de su compañero, lo que no sería una hazaña sencilla, pero muchos lo habían logrado.

Y muchos otros no. Muchos buscaban la muerte una vez que perdían a la otra mitad de su alma.

—Voy a quedarme de guardia esta noche y haré todo lo que esté en mis manos para traerla de vuelta. Están ahí fuera, Ethan —murmuró la joven— y no se van a detener ante nada.

—Estamos preparados para la guerra si es necesario, no vamos a consentir que sigan hiriendo a inocentes.

Todos estaban decididos a luchar si era lo que hacía falta para conseguir la paz. Ethan tenía sospechas de que más allá de las ideas retrógradas de la vieja sociedad cambiante, había algún tipo de grupo radical detrás de todos estos ataques. Se habían incrementado en los últimos tiempos y a diferencia que lo que sucedía en el pasado, que solían mantenerse en secreto para el mundo no cambiante, ahora se habían tornado especialmente públicos.

Lo que ponía en peligro tanto a unos como a otros. Quizá debería pensar en la posibilidad de reunirse con el enemigo para combatir contra esta nueva amenaza. ¿Pero cómo ser capaz de confiar en aquellos que habían estado tan decididos a destrozarse sus vidas?

Gertru chasqueó la lengua y negó.

—Esta noche no pienses en conflictos. He escuchado que ha llegado tu compañera, hijo. Necesitas ayudarla a aclimatarse, deja que nosotras velemos por los niños y la mujer, mañana será otro día.

Sabía que tenía razón, pero su instinto animal exigía sangre como pago ante el dolor que aquellos habían causado.

¿Podía ser que el grupo más radical de puristas se hubiera desvinculado del proceder general de su pueblo? Iba a tener que enviar a algunos de sus mejores hombres y mujeres a comprobarlo. No podían estar a ciegas, ahora menos que nunca.

—Por esta noche. Mañana a primera hora vendré para interesarme por nuestros heridos y veremos si podemos hacer algo para facilitar la adaptación de los niños.

—Ya tenemos gente arreglando una de las casitas familiares cerca de la zona de juegos. Necesitaba algunas reparaciones, pero lo tendrán listo para cuando puedan abandonar la enfermería.

Ethan asintió, agradeciendo en silencio la posibilidad de delegar en otras personas parte del trabajo del alfa. Algunos días sentía el cansancio en los huesos y se preguntaba cómo iba a ser capaz de sobrevivir un día más.

Pero ahora la tenía a ella y no le importaba batallar hasta su último aliento, no si con ello Gabriela permanecía a salvo a su lado.

—Gracias por vuestra ayuda —les dio un ligero y rápido abrazo a cada una y abandonó la zona con la esperanza en el corazón y el deseo de seguir aquel dulce aroma que se había grabado a fuego para siempre en su mente y su alma.

Su otra mitad, la única capaz de completarlo.

La única mujer a la que sería capaz de amar.

CAPÍTULO 5

No resultó sencillo entrar en la zona de guardería, más que nada porque tres adolescentes la rodearon y olisquearon haciéndola sentir especialmente incómoda. Había cautela y cierta desconfianza en sus gestos, pero una vez que Miranda descubrió su presencia, los alejó de ella con algún tipo de orden en un idioma extraño que no pudo comprender.

Incluso juraría que los ojos de la mujer se habían tornado de un intenso tono amarillo un instante antes de que alguno de los animales soltara un gruñido bajo, a modo de advertencia.

Quizá no debería haber venido sola, podría haber esperado en el hall de entrada mientras Ethan terminaba con sus papeleos y sus obligaciones. De algún modo sentía que estaba imponiendo su presencia.

Sin embargo, pronto las dudas quedaron relegadas al olvido. Un grupo de cachorros de distintos tamaños y razas jugaban con pelotas de goma, cuerdas, muñecos y algunos niños muy humanos. Como si estuvieran creciendo juntos, como especies hermanas, a pesar de sus grandes diferencias.

Había felinos saltando sobre lobos, pequeñas aves que posadas en los lomos de lo que parecía ser un zorrillo, permitían ser llevadas a toda prisa a través de la habitación en una maraña de juegos con risas infantiles. Niños y niñas de entre uno y seis años reían y jugaban como si no tuvieran ninguna preocupación en el mundo.

Y suponía que a esa edad, ni siquiera comprendían la definición de tristeza. Algo de lo que realmente se alegraba.

—¿Dónde están los padres?

—Algunos trabajan para Ethan en la reserva, otros son huérfanos — ofreció con gentileza—. La mayor parte de los cachorros han sido rescatados

—añadió señalando al pequeño lobo que estaba jugando en su regazo y le mordisqueaba las manos—, como Mickey.

—¿Trampas de cazadores? —inquirió indignada. La rabia ante la injusticia quemando profundamente sus entrañas.

—Podría decirse así. Los... furtivos hacen mucho daño. Por eso estamos nosotros aquí, para minimizar el impacto y ofrecerles un hogar.

—¿Y Ethan está a cargo de todo esto?

—Es nuestro al... nuestro líder.

—¿No es demasiado joven para poseer algo tan costoso? Ni en mis mejores sueños podría llegar a tener alguna vez un lugar como este.

—No es rico, si es lo que me estás preguntando. Hay un consejo y algunos benefactores que aportan capital. Ethan es quién gestiona todo y se asegura de que todo marche correctamente.

—Y él no podría hacerlo sin sus confiables empleados —escuchó Gabriela a su espalda—. ¿Te gusta lo que ves?

¿Por qué tenía que tener ese aspecto tan imponente? Había algo magnético en él que la obligaba a mirarlo. Era incapaz de ignorar su presencia cada vez que estaba cerca de ella. Un hombre como él debía tener una multitud de *groupies* tras su espalda. No era para alguien de su clase, sin duda.

—Es increíble. ¿A los padres no les molesta que sus hijos se mezclen con animales salvajes? Podría ser peligroso.

Una chispa de diversión iluminó los ojos de su interlocutor, la mujer que los acompañaba también disimuló una sonrisa. Masculló una disculpa y se ocupó de un pequeño conflicto que había surgido entre un niño y una pequeña cría de tigre que batallaban por una pelota de lana.

—Los padres disfrutan de este método educativo alternativo. Todos nosotros trabajamos para que funcione de la mejor manera posible. —Se llevó la mano al nudo de la corbata y lo aflojó, sacándose la prenda por la cabeza y

metiéndola descuidadamente en el bolsillo de su pantalón—. Por hoy ya no necesito parecer un empresario.

—¿Has terminado con tus reuniones?

—Por ahora, lo he hecho. —Le ofreció su mano y la aceptó, el apretón suave pero decidido la pilló por sorpresa y la incitó a buscar su mirada. Se quedó atrapada en aquellos ojos sinceros llenos de fieras promesas que no se atrevía a poner en palabras—. ¿Puedo invitarte a cenar?

—Quizá debería rechazar tu oferta, acabo de llegar y no quiero convertirme en un obstáculo para tu trabajo o tu descanso. —Y, sin embargo, se moría de ganas de estar un rato más a su lado. Debería estar deseando descansar, dormir durante al menos ocho horas seguidas, para recuperarse del agotamiento del viaje y de la última semana que había resultado completamente agotadora.

—No eres un obstáculo, nunca podrías serlo. Además, he sido yo quién ha hecho la oferta. No me rechaces, por favor. —Había algún tipo de nota desconocida en su voz, como si estuviera pidiendo algo mucho más profundo que su aceptación para compartir una cena rápida de bienvenida.

—No podría hacerlo, me muero de hambre.

Sintió el calor subir a su rostro, probablemente se estaba ruborizando, era incapaz de evitarlo. Había algo en él que no entendía, pero que deseaba.

Quizá solo era el hecho de que hacía varios años desde su última relación sexual. Los hombres no formaban parte de la ecuación de su vida, ya no. Nunca otra vez. Había quedado escarmentada después de la catastrófica relación con su ex.

Ethan sonrió como si le hubiera hecho algún tipo de desinteresado regalo. No podía entender sus reacciones, quizá tendría que llamar a Julia y preguntar si había algo que debiera saber sobre el hombre que tenía frente a ella.

Algo que, seguramente, se le estaba escapando. Escurriéndose de su

conocimiento como la mayor parte de las cosas que sucedían a su alrededor.

—Mamá, mamá —la pequeña voz infantil de un niño que no podría tener más de dos años, ofreciéndole los brazos, hizo que su corazón se saltara un latido y se le atascara la respiración.

No sabía cómo reaccionar, su corazón sangraba de dolor por lo que no tenía, por lo que nunca tendría, pero la necesidad de ceder a la tentación y abrazar al niño era tan fuerte que no se dio cuenta del instante en que lo cogió entre sus brazos.

Estaba completamente desnudo y se aferraba a ella como si fuera algún tipo de salvavidas.

Ethan la miró con preocupación, buscando a su espalda. Supuso que a la mujer que estaba vigilando a los pequeños, que ya llegaba corriendo desde el otro lado de la habitación.

—Mickey —susurró con sorpresa, tratando de acercarse a él.

El niño no le permitió tocarlo. Aferró con más fuerza a Gabriela, partiéndole el corazón.

—¿Mickey? ¿Cómo el cachorro de lobo? —preguntó tratando de aliviar la presión de su corazón durante un instante, cualquier distracción sería bienvenida en un momento como ese.

Mickey era ese deseo profundo que siempre la acompañaría y que nunca se haría realidad.

—Son compañeros de juegos —explicó Ethan con rapidez—, compañeros de vida. Comparten tiempo, espacio y nombre. El pequeño que tienes en brazos es huérfano. Nunca le habíamos escuchado pronunciar ni un solo sonido.

Le ofreció los brazos y, esta vez, el pequeño fue con el enorme hombre, que lo acunó con exquisita ternura.

Lo odió durante un instante, por arrebatarse tan preciada carga.

—Quizá sería mejor dejar la cena para otro momento —medio tartamudeó Gabriela. Sentía que todo su cuerpo temblaba, no estaba lista para pasar un par de horas disimulando todo el dolor que ardía en su interior, exigiendo su libra de carne—. ¿Te parece bien mañana? Estoy más cansada de lo que pensaba.

Aunque pareció preocupado, aceptó su propuesta.

—Que sea el desayuno y trato hecho. Mañana saldré temprano del complejo, tengo una reunión en Anchorage. No estoy seguro de ser capaz de llegar a casa para la hora de cenar.

—Está bien. El desayuno entonces —aceptó con rapidez, buscando la puerta.

—Deja que me ocupe de Mickey y te acompañaré a casa.

—No es necesario, estoy segura de que encontraré el camino de vuelta. Al fin y al cabo, en algún momento tendré que desplazarme por mis propios medios. Cuanto antes me familiarice con mi entorno, mucho mejor. Gracias por todo, Ethan.

—Gracias a ti por escogernos para tu investigación. Estoy seguro de que juntos vamos a mejorar la vida amorosa de algún oso polar.

Gabriela sonrió ante el tono de broma. No se sintió insultada, no había nada en su tono que sonara a burla, más bien como un juego o un secreto que solo los dos compartían.

Le gustaba compartir algo con él, incluso ignorando por qué. Estar a su lado era sedante, opacaba el dolor que vivía en su corazón y le daba esperanzas de un futuro mejor.

Aun sabiendo que no había posibilidad de que estuvieran juntos como algo más que compañeros de trabajo.

—Nos vemos mañana.

—Que descanses, Gabriela.

Y se forzó a dar media vuelta y poner un pie tras el otro, para abandonar la guardería y el pequeño que en brazos de Ethan la miraba como si lo estuviera traicionando.

Era mejor que no se apegara a ningún bebé, porque ese camino solo la llevaría a su autodestrucción.

Los animales eran otra historia, la necesitaban y a cambio de sus cuidados le ofrecían afecto y compañerismo. Una relación incondicional de mutua compañía.

La hacían sentir casi completa y, desde luego, muy viva.

Su investigación tenía que ser lo primero y el único motivo por el que estaba allí. Sin amores ni deseos profundos de encontrar alguna alma gemela, en el que había creído en otro tiempo.

No era tan ingenua, ni siquiera tan joven, había llegado el momento de afrontar la realidad y quererse un poco más cada día.

Porque era única e irrepetible y nunca nadie jamás iba a poder arrebatarse eso.

CAPÍTULO 6

Ethan no podía apartar la mirada del lugar en el que Gabriela había estado hacía apenas un instante. De parecer totalmente dispuesta a cenar con él y, si hubiera tenido suerte, a algo más, se había convertido en una extraña distante y cerrado todo su cuerpo, su mente y su corazón de golpe. Quizá por el pequeño Mickey, quizá por él mismo. Debía haber algo allí, algún hecho desconocido que se le escurría, que ignoraba, algo que le hacía mucho daño.

Fuera lo que fuera lo descubriría y lo arreglaría. No permitiría que su compañera sufriera ni un solo día, no si estaba en su mano solucionarlo.

Elevó una plegaria al cielo suplicando que no fuera algún tipo de enfermedad terminal. Encontrarla solo para perderla lo destrozaría profundamente, sabía que no sería capaz de recuperarse de ello. Y no había fórmulas mágicas en el mundo cambiante. Por más que se vincularan, ni Ethan ni su oso podrían salvar su vida si había algo malo en su interior. Algo que le estuviera arrebatando la fuerza y la vitalidad.

—Dame al niño —pidió Miranda.

El hombre volvió a la realidad de golpe. Mickey, el pequeño lobo que no había sido capaz de volver a su forma humana desde que lo habían encontrado vagando en solitario, después de que sus padres fueron asesinados por el enemigo, estaba allí mostrando su muy desnuda apariencia humana con aquellos ojos verdes y pelo rojo.

—¿Crees que la llegada de mi compañera ha producido este cambio en él?

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Quizá sí o quizá no. Puede que solo fuera el momento adecuado para él.

En el instante en que amagó la entrega, el pequeño volvió a su forma de

lobo. Ethan sabía que así se sentía a salvo, protegido. Lo más probable era que por ese motivo seguía manteniendo su forma animal.

Algo en su mujer había despertado la necesidad del cachorro de ser humano de nuevo.

Agradecía que Gabriela no hubiera prestado atención a su alrededor mientras los dos mantenían su pequeña charla o todo el velo habría caído mostrando a sus ojos la auténtica realidad. ¿Qué habría hecho de haberlo notado? Esperaba que aceptara la verdad cuando llegara el momento, pero por ahora, era demasiado pronto. Necesitaba tiempo para prepararse, para presentar el camino de la manera más atractiva y fácil posible hacia sus brazos. La quería allí, no podía dejarlo pasar ni un minuto más. La necesitaba con él.

La compulsión era tan fuerte que ni siquiera entendía cómo estaba consiguiendo mantener a su oso firme y a la espera. Supuso que era tan consciente como él de todo lo que pasaba, de lo que había en juego. Ambos la habían anhelado durante tanto tiempo.

—Quizá sería buena idea que Mickey esté con ella —sugirió Miranda—. Podría sanarlo.

—No está aquí por los lobos y si Mickey cambia frente a Gabriela...

—No podemos correr ese riesgo.

Ethan miró al pequeño y negó. Si pensaba en lo mejor para el pequeño, lo haría. ¿Iba a ser egoísta esta vez y pensar primero en sí mismo y lo que él quería?

Eso era imposible. Esos niños eran su vida, toda su vida. Haría cualquier cosa por ellos, aunque esperaba no tener que sacrificar un futuro con su compañera.

—Dame un par de días y pondré a Gabriela a trabajar con nuestro chico —ofreció acariciando con cariño las orejas del pequeño can.

—Todo irá bien —lo reconfortó—. Y estaremos aquí para ti, como tú has estado todo este tiempo para nosotros.

La atrajo a sus brazos, con cuidado de no aplastar al cachorro y la sostuvo con cariño y firmeza. El contacto le daba paz, lo hacía sentir mejor, ahogaba sus nervios. Su familia, toda aquella dispar manada, se había conformado para apoyar a los otros, para ofrecer el cariño y el consuelo que en menor o mayor medida todos ellos necesitaban.

—Gracias por decir lo correcto, Miranda.

No respondió, no necesitaba ninguna fórmula para quedar bien con él.

La soltó con suavidad y recibió una sonrisa llena de confianza que logró reconfortarlo, para luego devolver su atención a los cachorros y seguir ocupándose de sus necesidades.

Ethan sabía que tenía por delante un largo y difícil camino. Era consciente de que llegar al corazón de una persona suponía tiempo, esfuerzo y gran dosis de suerte. Sobre todo cuando la persona en cuestión parecía poseer sus propios demonios, pero, al fin y al cabo, todos los humanos, cambiantes y demás criaturas de la existencia tenían la suya propia. Experiencias buenas, otras difíciles y algunas que nadie debería haber soportado.

Su misión ahora no era la de reclamar a su compañera a la manera antigua y declarar su posesión, tenía que seducir su mente y ganarse su confianza. Al final, si escogía el camino adecuado y tenía mucha suerte, encontraría la senda que lo guiaría directo a su corazón y a sus brazos.

Se moría de ganas de hacerle el amor, de decirle lo mucho que la amaba, pero sabía que jamás podría creerle, porque no pertenecía a aquel mundo, porque para los humanos no existía ese instinto animal en sus entrañas que gritaba con fuerza: «Es tu destinada. Aférrate a ella y no la dejes escapar jamás».

Pero si algo tenía era paciencia, llevaba muchos años esperando por ella,

no podía precipitarse. Necesitaba que lo viera de verdad, que supiera quién era, qué era y con qué iba a tener que vivir si lo aceptaba junto a ella.

No podía haber mentiras entre los dos, solo la pura verdad podría llevarlos a fundar una relación basada en el respeto y la confianza.

Y sabía que el primer paso era dejar caer el velo de la realidad. Que supiera dónde estaba, rodeada de una manada de cambiantes, que aunque convivía con algunos humanos, solía cambiar a su forma animal para sentir ese nexo con la tierra, la naturaleza más básica de su existencia que los convertía en fieros protectores de aquellos a quienes amaban.

Y también tendría que explicarle los peligros de haber entrado en su mundo. Las amenazas que, tras los muros de la fortaleza que habían construido para la familia, estaban expectantes, ansiosos por que cualquier descuido se adentrara en su territorio, para así darles caza y continuar con su lucha por la pureza de sangre.

Devin

La oscuridad era su refugio. Quizá debería estar haciendo lo que el jefe le había pedido, saltando de cama en cama, de mujer en mujer, en vez de estar oculto entre las sombras observando desde lejos a la única que nunca podría tener.

¿Qué importaba que su pantera la hubiera reconocido como su compañera? Nunca le haría eso a una humana. Arrastrarla a un mundo desconocido, lleno de peligros, que podría acabar de formas desastrosas. Con su muerte lenta, tras una tortura en manos de sus enemigos, solo por llevar una marca de emparejamiento de un proscrito. Un mestizo que no merecía nada.

No odiaba su origen, se enorgullecía de él, pero sabía que había gente que no lo veía de la misma manera.

Su madre había sido una pantera, su padre un tigre de las nieves. El resultado había sido una especie de híbrido, una pantera blanca que había roto con todas las convenciones y marcas genéticas de sus antepasados. La familia de su madre lo había repudiado, la de su padre había respondido de forma violenta, asesinando al enamorado matrimonio y dejando a un crío de tan solo ocho años huérfano, perdido y solo.

Por suerte, un jovencísimo Ethan y su tío, ahora ya fallecido, lo habían llevado a su hogar y le habían ofrecido no solo una familia, sino el consuelo que todo ser perdido necesitaba y merecía. Le habían dado un motivo por el que vivir, incluso más allá de la venganza.

Tenía que luchar para que el futuro fuera un lugar más justo para todos, en el que nadie fuera masacrado solo por ser diferente. Era un protector, incluso si en ocasiones perdía el control sobre esa furia que quemaba profundo en su interior y le empujaba a que siguiera sus más básicos instintos y desgarrara a aquellos que se atrevían a herir a los más débiles.

Espió a través de la ventana del segundo piso, desde la rama del árbol en el que se ocultaba. Adoraba las alturas, herencia materna, y disfrutaba igualmente con la visión de Hope Lewis, con su oscura y corta melena, que solía estar ligeramente alborotada, producto de la frustración que la mujer sentía cuando algún cliente lograba sacarla de sus casillas o ese gilipollas con el que estaba saliendo volvía a decepcionarla.

Una veterinaria especializada en felinos salvajes...

El destino era un hijo de puta, pero le resultaba divertido pensar en que de alguna manera tenía un retorcido sentido del humor. Si alguien podía curarlo era ella. Más allá de sus habilidades médicas, tan solo su aroma lo reconfortaba. Solo podía soñar cómo sería tocar su piel o hundir la nariz entre

los mechones de su pelo y perderse en ella, sosteniéndola, reclamando su derecho. Dejándole claro al mundo que era solo suya.

Pero no podía ser. La disfuncional relación que tenía con Thomas McKenzie no tenía nada que ver con su decisión. No era nada para él, tan solo un idiota que no era consciente del tesoro que tenía, que no valoraba el amor que, desinteresadamente, ella le entregaba.

No era amor, se dijo Devin. Era imposible. Incluso sin el impulso que la llevaría a emparejarse con solo una persona destinada, sabía que no lo amaba. Lo veía en sus ojos, en la postura rígida cada vez que él se acercaba demasiado y la tocaba. No había confianza, quizá sí deseo, no quería pensar en ello.

Lo único cierto era que no era adecuado para Hope, aún así, no haría nada. Tan solo permanecer a distancia, velando por su seguridad.

No siempre iba a estar para mantenerla a salvo. Su pantera se removía en su interior, rugiendo que se moviera e hiciera el reclamo. El hombre, más civilizado, la contuvo con mano firme. No podía permitirse hacer eso.

Hope se levantó del sillón en el que estaba leyendo un libro y miró su teléfono móvil, como si estuviera esperando alguna llamada importante, la decepción de su gesto le hizo darse cuenta de que no había nada. Quiso saltar el corto espacio entre el árbol y la ventana y rodearla con sus brazos, reconfortarla, asegurarle que todo saldría bien. No iban a volver a hacerle daño porque él estaba allí, vigilante, protector, para siempre.

Un suspiro de insatisfacción reverberó profundo en su pecho. ¿Por qué seguía castigándose a sí mismo yendo cada noche a aquel lugar? Convirtiéndose en mero observador de la vida, cuando podría estar disfrutando plenamente de ella.

Podría conquistarla. Presentarse ante su mujer, demostrarle que iba a estar mejor con él que con cualquier Thomas, William o James que pudiera

encontrarse en su camino. Dejar que se diera cuenta de que lo que surgiría entre ellos iría mucho más allá del sexo y del amor, que trascendería todos los límites, que serían uno parte del otro y sentiría que el mundo por fin tenía sentido y que todo encajaba en el lugar correcto.

Y no haría nada... No lo haría, porque la quería viva y a salvo y él solo traería a su vida muerte y destrucción.

Dolor. Tanto dolor...

Cerró los ojos y dejó que el animal emergiera. No era un movimiento audaz por su parte. En plena ciudad, a pesar del barrio residencial con su arboleda, que podía parecer una barrera contra el mundo; las luces, las cámaras y los locos con *smartphones* que se dedicaban a registrar cada mínimo detalle de cada segundo de su existencia, lo conectaban de diversas maneras al mundo y sería muy fácil ser pillado in fraganti.

Pero su única verdad era que necesitaba estar allí y quería descansar.

Su pantera lo ayudaba a centrar sus pensamientos.

Maldijo por no poder poseer el tono oscuro del pelaje de su madre y, un segundo después, pidió perdón en silencio a su padre por renegar de su linaje.

«A la mierda con todo», gruñó el hombre en el interior de la bestia. «Solo protejámosla y los demás que se jodan».

Su felino estuvo de acuerdo y se acomodó para vigilar. No sería demasiado tiempo, solo hasta que despuntaran los rayos del amanecer en el horizonte. Ya tendría tiempo para dormir más tarde.

Al fin y al cabo todos esperaban que estuviera de fiesta...

Nadie esperaba que el juerguista se despertara a tiempo para el desayuno.

La enorme boca dejó a la vista sus afilados colmillos, sin contener un bostezo.

Se acurrucó y, con aquel dulce aroma, cerró los ojos y fantaseó con un

mundo alternativo, en el que lo único que importaba era la felicidad de sus habitantes y donde el dolor, la envidia, la traición y todas esas emociones oscuras que batallaban en su interior, habían quedado ocultas, de vuelta a la desafortunada caja de Pandora.

Al menos tenía esperanza...

Su Hope.

Y la protegería. Siempre.

CAPÍTULO 5

Gabriela abrió los ojos ante el intenso olor de cruasanes recién hechos. Se le hizo la boca agua y salió de la cama medio sonámbula, olisqueando el aire. En cuanto llegó a la cocina, se dio cuenta de que no procedía de su horno (le hubiera extrañado que así fuera, era una mala cocinera) y fue entonces cuando notó que, aquel, ni siquiera era su horno. En ese momento, todos los sucesos de las últimas semanas llegaron a su mente de golpe y despertó. Se sentó en un taburete y se frotó los ojos. Estaba en Alaska, muy lejos de casa, cerca de un hombre que le hacía sentir cosas que no debía y en un complejo lleno de animales, en el que iba a poder estudiar osos polares, su sueño hecho realidad.

Sin embargo, estaba triste y desanimada. La euforia que había venido con el anuncio de que le habían concedido la beca, se había esfumado en el aire repentinamente. No tenía idea del motivo, o quizá sí, pero no quería pensar demasiado en ello.

Había estado emocionada con la idea de viajar tan lejos de casa para cumplir uno de sus más profundos deseos, pero conocer a Ethan en su entorno, ver lo que había construido, la hacía sentirse inferior. Muy pequeña y muy perdida.

También echaba de menos a sus animales, no podía evitar pensar en ellos, los había abandonado, incluso habiendo buscado hogares para ellos, era como si los hubiera dejado atrás, igual que habían sufrido en el pasado, solo para pensar en sus propios intereses.

Una mala persona, eso era.

El timbre interrumpió sus pensamientos. Sabía que no estaba preparada para recibir visitas, pero no le importó. No estaba allí para socializar, nunca

lo hacía, estaba allí para cumplir una misión. Hacer su estudio y salir a toda prisa de vuelta a su hogar y, con suerte, sin dejar el corazón atrás.

No estaba preparada para una relación, por más que Ethan llamara su atención, por más que el deseo pujara con fuerza reclamando su lugar. Había pasado tanto tiempo... pero no eran ni el momento ni el lugar adecuados, mucho menos el hombre. Le había abierto las puertas de su hogar, ¿cómo se sentiría si se arrojara a sus brazos? Lo avergonzaría a él y no podría volver a mirar a la cara a su prima o a cualquiera de su familia.

Además, una relación estaba fuera de su menú para siempre. No se trataba de que fuera informal, porque existía siempre el peligro de que se convirtiera en algo serio y eso requeriría conversaciones que no quería mantener y explicaciones que no podía dar, si no quería deshacerse tan fácilmente como una jugosa magdalena.

No era que ella fuera jugosa, precisamente.

El timbre volvió a sonar. Abrió sin pensar y se quedó sin aliento ante la visión del hombre que, con una bandeja de desayuno, le sonreía y le daba los buenos días.

Al menos eso le pareció que dijo, a su cerebro le costó procesar el momento.

Estaba allí, como una idiota, con un pijama viejo de franela al que le faltaban varios botones, el pelo revuelto y las legañas. ¡Si aún no se había lavado la cara o los dientes! No debería haberlo dejado entrar. Especialmente con aquel aspecto tan descuidado y tan *sexy*...

Llevaba unos vaqueros rotos y una camiseta blanca con un logo del complejo que, dejaba entrever no solo su fuerte torso, sino el oscuro vello que parecía poblarlo generosamente.

Sintió cómo el calor subía a su rostro. Se había quedado mirando fijamente aquel pecho masculino y estaba a punto de empezar a hiperventilar...

—¿Has dormido bien, Gabriela?

¿Y esa forma de decir su nombre...? Podría comérselo.

Se lamió los labios, ante la repentina sequedad de su boca y los nervios que se alojaban en su estómago.

No podía quedarse allí como una boba, debería salir corriendo y peinarse, ponerse algo más decente...

—Me acabo de levantar.

—Estabas cansada y todavía es temprano. Quizá debería haber venido más tarde. No tienes que empezar tu jornada aún, podríamos retrasarlo un par de horas, pero estaba horneando algunos pasteles y pensé que podría gustarte... el desayuno —¿Parecía nervioso o eran imaginaciones tuyas? Un hombre como él, ¿nervioso? ¡Imposible! Debía sentirse azorado por sus pintas.

—No estoy vestida para recibir visitas, si me das unos minutos podría...

Posó la bandeja sobre la encimera y dio un paso atrás, quizá con indecisión, aunque su ojo sano brillaba de una forma que le hizo estremecerse. Su cuerpo respondiendo a él.

—Te daré intimidad.

—No tienes que irte...

¿De dónde había salido aquello?

—¿No? —Enarcó una ceja, sorprendido. Miró en dirección al cuarto de baño, como si esperara algún tipo de invitación a entrar en la ducha con ella.

Ni loca. Todo lo imaginaba en base a sus deseos y fantasías, aquello no era real. Un hombre como él no se fijaba en una loca como ella, ni mucho menos.

Además, no tenía nada que ofrecer.

«Recuerda, Gabriela, concéntrate. Tienes que estar sola. Ese es tu destino. Babear encima de Ethan no va a traer nada bueno».

—Cinco minutos. —Alzó la mano mostrando los cinco dedos—.

¿Desayunas conmigo? ¿Por favor?

No quería que se marchara, pero sí ponerse algo más... atractivo. ¿Atractivo? ¡Qué desastre! Sus planes se derrumbaban como naipes ante sus ojos. No podía permitírselo. De ninguna manera. Ethan era un peligro para su salud, para su libido y para su futuro en el complejo.

—¿No te importa?

—Hay para los dos, odio comer sola.

Otra gran verdad que se había escapado de los confines de su alma. Aquel hombre la desnudaba con su mera presencia.

Imponía de una forma que no podía describir ni resistir.

—Entonces vendré todos los días a desayunar contigo.

—¿Y tu trabajo?

—He despejado mi agenda durante la próxima semana para poder ayudarte a adaptarte. Mis hombres y mujeres han estado de acuerdo. Este estudio que planeas llevar a cabo podría beneficiarnos a largo plazo. Especialmente a nuestros tres pequeños polares.

—¿Están cerca?

—Estarán listos cuando terminemos de desayunar. Podrás tener el primer contacto con ellos.

Un montón de mariposas surgió en su estómago, revoloteando al mismo tiempo. No sabía qué hacer con aquel hombre, pero estaba claro que lo quería cerca, muy cerca pero no demasiado.

¡No podía permitírselo!

—Me adecantaré. Seré rápida como las balas.

Él sonrió con paciencia, como si no pensara que lo sería. Ya estaba la fama de las mujeres al ataque de nuevo. ¡No era cierta! En su caso no, al menos.

—Tómate el tiempo que necesites.

—Cinco minutos; garantizado.

Y salió corriendo antes de permitirse empezar una discusión que no querría que terminara, porque estando con él se sentía a salvo. Cómoda, casi capaz de revelar todos y cada uno de sus secretos.

Ethan observó el lugar por el que había desaparecido su compañera y se permitió respirar aliviado por primera vez desde que había llegado. Su aroma inundaba cada pequeño pedazo de su ser, gritando para que la hiciera suya de una vez por todas, sin dilación, sin retrasos. Su oso gruñía insistente. Ni siquiera la promesa de un segundo dulce desayuno parecía calmarlo.

Solo había una cosita dulce que deseaba y, en ese instante, estaba desnudándose para meterse en la ducha.

Si quería salir con su dignidad intacta de allí, iba a tener que empezar a pensar en otra cosa. Imaginar toda esa agua resbalando por el cuerpo desnudo de la mujer que tenía en sus manos todo su futuro, provocaba un escalofrío que lo recorría entero y le advertía que si cruzaba la línea, no podría detenerse hasta que acabara con todas sus barreras.

Necesitaba a Gabriela preparada para lo que se le venía encima. Un oso pardo de varios cientos de kilos y un tamaño nada fácil de abrazar.

Recordó a su hermano en ese momento y casi dejó escapar una sonora carcajada. Había sido bastante claro cuando le había enviado el último mensaje:

«Fóllatela ya, gran oso. No hay nada más dulce que tu compañera».

Era el diablillo de su conciencia, porque ahora que habían hecho las paces y habían recorrido aquel incierto camino que se les había vetado hacía muchos años, se encontraba en una cómoda posición para dar consejos de amor.

Satisfecho con su pastelera en Tres Deseos, sintiendo su alma completa y

con una misión en la vida: disfrutar del dulce más sabroso de todos, el que todos y cada uno de los cambiantes del mundo anhelaba, la felicidad plena que traía consigo la comunión de almas.

La cabeza de Gabriela asomó por una pequeña abertura de la puerta del cuarto de baño, lo miraba con cierta incomodidad.

—Yo... siento pedirte esto, pero ¿podrías venir y abrir el grifo del agua caliente? No consigo...

Había revisado la fontanería cuando arregló el apartamento, ¿verdad? ¿O quizá lo había dejado pasar? ¿Quizá su oso le hizo olvidarlo a propósito para tener esta oportunidad?

Sonrió internamente, seguramente no podía echarle la culpa a su oso ni siquiera a sí mismo, habría sido un descuido.

Se levantó y caminó decidido hacia la puerta. La mujer seguía aferrándola con firmeza, así que esperó tranquilamente a que le dejara pasar, mientras fantaseaba con qué no llevaría puesto.

—Hay un pequeño problema con ese grifo. Llamaré a alguien de mantenimiento para que lo arreglen más tarde.

Lo dejó pasar y satisfizo su curiosidad: llevaba apenas una toalla, que dejaba sus gloriosas curvas a la vista. No necesitaba mucha imaginación para ir un poco más allá y adivinar...

Carraspeó, su cuerpo estaba despertando a toda prisa y no podía permitirse eso en este momento. No podía asustarla, quería tomarse las cosas con calma.

Se apresuró a entrar y graduó la temperatura del agua.

—¿Así está bien?

Su mano todavía estaba bajo el chorro, ella lo miraba fijamente a los ojos. Había algo allí, ¿una petición silenciosa de qué? ¿Tócame? ¿Quiero sentir tus manos en cada rincón de mi cuerpo acariciándome, dándome placer?

Tragó saliva, Gabriela sonrió tímidamente.

—Gracias, está bien.

No podía dar ni un paso, quería quedarse allí. Necesitaba estar allí. Sintió cómo sus garras se desplegaban y ocultó la mano detrás de la espalda. Su olfato intensificado, su visión y su oído. Se iba a volver loco y a Gabriela también, si cambiaba justo frente a ella sin ningún tipo de aviso.

Asintió secamente y se forzó por contener a su bestia. No podía hablar, su voz sonaría gruesa, quizá a medio camino de un gruñido de pura frustración.

El oso quería salir a jugar, especialmente si el hombre no hacía nada para complacerlos a ambos.

Cerró la puerta con fuerza en el mismo instante en que la mujer dejaba caer la toalla y entraba en la ducha.

Tomó una profunda bocanada de aire. ¿Estaría ofreciéndole una invitación? ¿Se sentiría rechazada?

No podía procesar todo eso, ahora no. Necesitaba salir de allí, respirar. Estar durante unos minutos lejos de la tentación o no podría responder por sus propios actos.

Se precipitó fuera, hacia la escalera, tenía que ir al bosque donde pudiera dar rienda suelta al animal que ahora la exigía a ella. Su control hecho pedazos.

Los restos de su ropa quedaron esparcidos por el acceso al edificio; cuando llegó a la parte exterior, su oso estaba completamente al mando. Era consciente de que algunos curiosos lo observaban, no le importó, todos estaban al tanto de la situación y todavía no había llegado la hora de que los humanos que venían a trabajar al complejo y desconocían su naturaleza, estuvieran por los alrededores, por lo que no había expuesto su secreto.

Sintió a sus centinelas rodearle en su carrera matutina y supo que estaban protegiendo a su alfa. No pudo darles las gracias, estaba frenético, pero sabía

que ellos conocían perfectamente ese punto sin retorno y que si había algo que necesitara era paz con sus propios pensamientos.

Evocó a Gabriela y su aroma una vez más. Tendría que explicarle esto, tendría que hablarse sobre todo, pero no sabía si alguna vez iba a estar preparado, sobre todo porque solo se había dado 48 horas de plazo, antes de revelar cada secreto sobre su existencia.

Esta semana tenía que ser cuando se forjara el vínculo que poco a poco se iría fortaleciendo, no podía tomarse más que siete miserables días, puesto que había una amenaza ahí fuera que no iba a esperar por nadie. Gente estaba sufriendo y él, como alfa, tenía que pensar en el bienestar del grupo y no solo en el propio o el de su compañera.

A veces le gustaría delegar la responsabilidad en otro, pero todavía no había llegado el momento. Sin embargo, no estaba lejos, se hacía viejo y algún miembro del clan pronto propondría su retiro y solo le quedaba aceptarlo.

Pero hasta que ese momento llegara, tenía una responsabilidad con todos aquellos que vivían bajo su ala y protección.

Era la ley de la selva, solo sobrevivía el más fuerte y unidos bajo un líder poderoso vencerían, si se despistaba... ni siquiera quería pensar en la alternativa.

CAPÍTULO 6

Hope Lewis miró con desánimo el despertador. Las horas pasaban lentamente y no parecía que el dolor mejorara con el transcurrir del tiempo. Thomas había roto su relación con ella, al parecer porque no se implicaba lo suficiente. Lo que quería decir que no se había acostado con él todavía.

«Todavía» era la palabra clave. ¿Por qué saltar a la cama a la primera oportunidad? Quería conocerlo primero, ver si encajaban. ¿Tan difícil era de comprender? No era ninguna estrecha, palabra que el idiota había utilizado cargada de connotaciones negativas y desprecio.

Había tenido amantes en el pasado, relaciones fracasadas que no habían llegado a ninguna parte, basadas en la pasión. ¿Por qué no podía encontrar a alguien que quisiera algo más que unos cuantos revolcones y si te he visto no me acuerdo? Solo quería enamorarse de verdad, compartir cenas, comidas y desayunos llenos de risas, de confianza o, simplemente, de un cómodo y respetuoso silencio compartido con la persona adecuada.

La noche anterior había tenido la esperanza de que su novio, ahora ex, cambiara de opinión, pero no había sucedido. Probablemente, habría salido a alguna discoteca para ligar y rascarse esa picazón de la que la había culpado durante los últimos dos meses.

Había durado demasiado tiempo... supuso.

Estaba perdiendo la esperanza. Quizá sería mejor para ella quedarse sola. De todos modos, no estaba enamorada de Thom, solo lo había forzado en su corazón y su cabeza obligándose a imaginar un futuro a su lado.

¡Ni siquiera la excitaba! Por eso aceptó su invitación en primer lugar, porque no era su tipo. Un hombre guapo para los estándares actuales. Alto, en forma aunque sin musculatura evidente, rubio, ojos verdes que siempre estaban

pensando en la manera de hacer un negocio más rentable que el anterior. Habría jurado que podía ver números reflejados en sus pupilas cada vez que amenizaba sus veladas con un informe pormenorizado de sus logros financieros.

Había sido tan aburrido, tan guapo, pero tan pelmazo...

Se rio, ¿cómo no iba a hacerlo? Debería burlarse de sí misma y de sus estúpidas intenciones. Nadie podía ignorar el deseo o forzarlo con la persona incorrecta, eso estaba claro.

Se levantó ligeramente más animada. Iba a tomarse un descanso de las relaciones. Necesitaba mimarse un poco. Verse guapa, quererse un poco más. Quizá unas vacaciones en algún lugar cálido, pero que no fuera tan aburrido como estar 24 horas seguidas en una playa friéndose al sol. Un destino interesante, ¿un safari?

Nunca había ido a un safari, pero África sonaba bien. Quizá podría hacer algo por el mundo y unirse a alguna ONG, ¿habría algo así como Veterinarios Sin Fronteras? No tenía ni idea, pero no podía descartarlo.

Suspiró y salió de la cama. Se desnudó y se fue directa a la ducha. Usaría su champú favorito, el acondicionador y todos los cosméticos que su hermana le había regalado en Navidad. Esos que la hacían más humana y, después, se tomaría el día libre. Había otro veterinario en la clínica, Frank, mayor y con más experiencia que ella, en realidad si había una urgencia no la echarían en falta.

Le llamaría después para avisarle de que hoy no iría a trabajar. Tenía su número si surgía alguna emergencia, algo que raras veces sucedía. Trabajaba sobre todo en el zoo y en una reserva un poco apartada a la que asistía dos veces al mes. Los felinos que vivían allí eran impresionantes. Especialmente una pantera blanca...

Rechazó el pensamiento. Todavía no podía creer que existiera tal cosa,

cuanto más dejar que su mente fuera por esos derroteros.

Había leído demasiadas novelas románticas últimamente. *Shifters* felinos, qué idiotez. Cambiaformas.

Al menos tenía su mundo de ficción al que podía acudir en cualquier momento que lo necesitara.

Se preguntó cómo podría ser un hombre pantera en la vida real. Probablemente esquivo, agresivo, que conseguiría lo que quisiera de un zarpazo o con un mordisco de sometimiento.

No le iba ese rollo de la sumisión, así que no había problema con que el tipo en cuestión saltara directo a su cama. Eso no iba a pasar ni en un millón de años.

En un mundo alternativo...

Allí su pantera sería algún príncipe del desierto que poseería un palacio lleno de jacuzzis y montañas de camas con cojines con la dureza adecuada y el espacio perfecto para darse placer mutuamente, alimentarse y volver a jactarse en busca de la felicidad plena.

Y no estaba interesada en el sexo. Sí, claro...

Negó internamente. No iba a fantasear justo ahora, incluso si ella también tenía necesidades, después de haber estado con ese idiota incapaz de darle lo que necesitaba.

Amor, amor de verdad, no solo un poco de folleto y ya está. ¿Tan mal encaminada iba?

Su príncipe pantera sabría exactamente cuándo quería un orgasmo o cuándo necesitaba más un abrazo, un plato de sandía fresca o simplemente un poco de buena conversación.

Si tan solo existiera...

Podía hacerlo, lo hacía. En ese diario que ocultaba en el cajón de su mesilla y llevaba meses escribiendo sus fantasías. Recordó haberlo dejado en

el sillón la pasada noche, mientras se recreaba en ese mundo irreal, a la espera de que su mundo se arreglara lo suficiente como para seguir teniendo una mínima esperanza.

Eso no había sucedido.

«Pero no puedes rendirte, algo muy bueno viene en camino —le dijo a la habitación vacía— y lo sabes».

Una cosa era saberlo y otra aceptarlo y seguir como si todo lo que había vivido, toda su experiencia pasada, no significara nada.

Devin tenía un problema. Se había quedado dormido y, ahora, a plena luz del día, no podía bajar de aquel jodido árbol que tanto le había gustado hasta este mismo momento.

Una pantera no podía ir caminando como si nada por una zona residencial. Cundiría el pánico, irían las autoridades y lo encerrarían.

Un hombre desnudo que había hecho su ropa jirones al transformarse la noche anterior, tampoco. Lo detendrían por exhibicionista y lo encerrarían en la cárcel. Ethan iría a buscarlo, pero entonces tendría que explicarle qué había estado haciendo en primer lugar expiando a una mujer.

Lo acusaría de voyerista y tendría toda la razón para ello.

¡Era su compañera, maldita sea! Y no podía hacer ninguna mierda al respecto.

Odiaba la situación y odiaba su descuido. El aroma de Hope inutilizaba su inteligencia. Era un depredador atrapado a plena luz del día frente a la casa de la única mujer que lo haría sentir pleno y a la que no podía permitirse tocar. Sin olvidar los enemigos que lo buscaban para despedazarlo por atreverse a nacer diferente.

Gruñó. Su gato muy cerca de la superficie.

No le quedaba otra opción que hacer lo que había jurado no hacer jamás. Incursionar en el hogar de su destinada y buscar algo para cubrirse antes de que lo descubriera y pensara que era algún tipo de violador en potencia.

Observó la ventana y calculó la probabilidad de saltar al alfeizar en forma humana, para deslizar suavemente la ventana. Estaba semiabierta, pero si su gato amagaba un intento podía romperla y llamar la atención no solo de Hope, sino de sus vecinos también. Otro escenario nada apetecible, la verdad.

Se fijó en cada uno de sus pasos dentro de la habitación. Esperando a que abandonara la estancia. Vio cómo iba deshaciéndose de su ropa y tuvo que aferrarse con fuerza a la rama para no atacarla, poseerla y a la mierda con todas las consecuencias.

Pero su vida era valiosa para él y no se atrevería a ponerla de esa manera en peligro solo para satisfacer sus propias necesidades.

El tipo taciturno que no caía bien a casi nadie, adentrándose en la intimidad del dormitorio de una mujer soltera... Casi podía ver el titular de las noticias y no iba a salir bien parado.

Cuando se giró y pudo verla de perfil su deseo se inflamó un poco más y su miembro respondió acorde a su necesidad. La pantera gruñó un poco más profundo, el sonido salió peligroso, letal, una advertencia para cualquier otro macho de los alrededores.

Le pertenecía, era suya hoy y siempre. Incluso si no la tocaba, no podía tocarla ningún otro.

El animal era exigente y posesivo, el hombre sabía que no tenía ningún derecho.

Una vez atravesó la puerta del cuarto de baño, y en perfecta sincronización, amagó su intento. Logró asirse al borde de la repisa con una mano y rezó a todos los dioses que conocía para que ningún vecino estuviera

haciendo algún estúpido video de su culo colgado como un salchichón para que toda la red pudiera verlo y sus colegas tomarle el pelo durante los próximos doscientos años.

Con un impulso se elevó, colocándose a cuatro patas, sobre brazos y piernas humanas, abrió suavemente la ventana entreabierta y se deslizó dentro con todo el sigilo que su pantera le legaba.

En el instante en que pisó el suelo, se emborrachó con aquel olor tan característico que lo llamaba incluso a kilómetros de distancia. Una vez reconocida, la compañera estaba cerca siempre, incluso encontrándose en puntas opuestas de la ciudad. Acarició las sábanas aún cálidas y aspiró el olor de su almohada, como algún perverso de libro, de esos que daban miedo, sin embargo, no lo pudo evitar. Caminó alrededor y se fijó en el libro que descansaba sobre el sillón. Ese que había visto en sus manos la noche anterior. Se interesó por el título, ¿tendrían algo más en común?

Cuando lo tuvo en sus manos le sorprendió ver que era un manuscrito. No tenía título, lo abrió por una página al azar y sus ojos se abrieron un poco más según bebía cada una de aquellas palabras escritas por su puño y letra. Una caligrafía redonda y bonita que tenía mucho de la mujer que la había creado. Hablaba sobre algún tipo de escena erótica entre un príncipe y una mujer, la descripción era sugerente, su cuerpo ya inflamado respondió con anhelo, parecía idiota allí en pelotas, en medio de la habitación, completamente empalmado y con un libro en sus manos.

Pasó algunas páginas y entonces leyó dos palabras que hicieron que todo dentro de él se rebelara posesivo «pantera blanca». ¿Acaso lo veía como algún tipo de mascota?

Negó, no podía ser. No quería ser eso para ella. Su pantera se indignó ante el mero pensamiento y decidió que era mejor dejar aquella lectura para otro momento. Le corría prisa encontrar algo de ropa.

Abrió el armario y solo vio ropa de mujer. ¿El idiota de McKenzie no habría dejado algo atrás? No era tan alto ni tan fornido como él, pero al menos podría pasar desapercibido.

Acarició la ropa de Hope, convenciéndose de que aquello podía permitírsele, que no era peligroso para ninguno de los dos y vio unos pantalones de chándal en el fondo del armario. Recogió el olor, no pertenecía a nadie que reconociera, pero eso no significaba que no tuviera que importarle. Probablemente, algún exnovio. Hizo gruñir a su pantera, pero no se permitió recrearse en ese sentimiento. Cerró la puerta, tratando de dejarlo todo tal y como lo había encontrado. Con suerte no notaría que alguien había estado allí. No le importó no tener una camiseta, si querían detenerlo por estar tan loco como para ir a pecho descubierto con el frío que hacía fuera, siempre podía decir que estaba formando parte de algún tipo de experimento. El complejo secundaría su versión, a pesar de que volvía al problema anterior: tendría que confesar qué había estado haciendo en la zona. ¿Le creerían si hablaba de una tórrida aventura de una noche?

Probablemente, pero no quería tener que dar ningún tipo de explicación.

Se acercó a la puerta entreabierta del baño para atisbar apenas un vislumbre de la mujer que era su dueña hoy y lo sería hasta su muerte, y se recreó con la imagen. Tenía los ojos cerrados, por lo que no se daría cuenta de su presencia a menos que los abriera. Era tan sigiloso como un gato, nunca mejor dicho.

Sonrió un instante, disfrutando de la visión, para terminar frunciendo el ceño poco después. Un montón de botes de diferentes formas, colores y tamaños estaban abiertos frente a ella y ofendían a su nariz. ¿Para qué ponerse todos esos potingues cuando su aroma habitual, un poco cítrico, servía para calentar sus noches frías? Inútil e innecesario. La quería tal cual era, sin complicadas mezclas cosméticas de por medio.

No hizo ningún ruido mientras se giraba y desaparecía. No podía permitirse permanecer allí ni un instante más. Si era descubierto, todo lo que se había esforzado desde los últimos dos años habría sido para nada. Y empezaba a hacerse descuidado, esa necesidad de estar cerca de ella, un poco más cada vez, estaba volviéndose muy peligrosa para los dos. Tenía que dejar de ir. Tenía que abandonarla, por difícil que fuera. Por el bien de todos los implicados. Sobre todo, por la salud e integridad de Hope.

Bajó las escaleras a toda prisa y cuando abrió la puerta principal, se encontró con el idiota McKenzie.

—¿Quién eres tú? —La agresión en su tono puso en guardia a su animal, sus garras aparecieron listas para la batalla. Estaba demasiado al límite, el tipo no sabía lo que estaba haciendo.

—Lárgate —advirtió en voz baja, ronca y con un filo de amenaza—. Hope no te quiere.

—¿Te la estás tirando? —exigió en tono ofensivo—. Por eso no quería acostarse conmigo... ¡esa zorra!

No respondió, se movió tan rápido que el humano no tuvo tiempo de prever lo que iba a suceder, lo agarró por el cuello y lo levantó con una sola mano en el aire.

—Nadie habla así de mi mujer. —El gato estaba presente en su voz, probablemente en sus ojos también. Sus garras incursionaron superficialmente en la garganta de su enemigo haciendo pequeños cortes y logrando un gemido de súplica por su parte.

La pantera estaba satisfecha por su sometimiento, pero el olor de la sangre le pedía violencia, más violencia. Acabar con aquel cabrón que había herido los sentimientos de su compañera y que había vuelto con intención de obtener algo que jamás iba a conseguir. Antes haría algo definitivo, quizá castrarlo.

—Suéltame —suplicó entre alientos. Estaba aterrado. El miedo era palpable en el aire. Lo miraba como si todas sus pesadillas hubieran tomado forma de hombre: él. Devin. La pantera que deseaba hundir sus colmillos profundamente en la garganta de su enemigo.

Pero no podía. No allí, a plena luz del día, en la puerta principal de Hope. Estaba haciendo un reclamo. Una marca que no iba a desaparecer fácilmente. Estaba dejando su olor por todas partes. Poniéndola en peligro, algo que juró que jamás haría, sin importar qué le sucediera a él.

Lo soltó, cayó al suelo como un fardo y se llevó las manos a la garganta.

—Llamaré a la policía.

—Adelante —lo animó dejando que parte de su animal se reflejara aún más. Hasta el punto en que sus colmillos crecieron y su cara se deformó lo suficiente para permitirle ver aquello primigenio que vivía en lo profundo de él—. Diles que un animal te ha atacado en la puerta de la casa de tu exnovia. Atiende, exnovia. No volverás a tocarla, si quieres mantener tu cuerpo en las condiciones en las que está. Podrían empezar a desaparecer partes de tu anatomía, si me entero de que estás molestándola de nuevo.

—Anoche me pidió que viniera.

—Y no lo hiciste. Has perdido todos tus derechos, ahora es mía.

Se atrevía a ir a ella, después de haber estado en la cama de otra mujer. A pesar de la ducha que se había dado, aún quedaba el aroma femenino en él, podía percibirlo y le desagradaba profundamente esa actitud. Ni Hope ni la otra dama implicada merecían ese trato.

—Tendrá que decidirlo ella.

—No sé si eres muy valiente o un estúpido.

Mostró de nuevo sus ojos de gato y cerró la puerta tras él. Ni siquiera lo miró directamente cuando advirtió:

—Siempre estoy cerca, vigilando. Sé inteligente y no me hagas volver

tras de ti. No siempre puedo controlar a la bestia.

El aliento apenas contenido de Mckenzie le tranquilizó, supo que no iba a tener que lidiar con él de nuevo. Pondría distancia con Hope y eso era lo mejor que podría sucederle a los dos.

Incluso si su conciencia lo agujoneaba por el hecho de mantenerla aislada, igual que él, viviendo a medias, sin lograr alcanzar la felicidad que los dos se merecían.

CAPÍTULO 7

Ethan se había marchado. Había abierto el grifo, cerrado la puerta y simplemente había desaparecido. Le había costado mucho hacer aquel amago de invitación y le había salido mal. No era una devora-hombres, después de todo.

Debería habérselo pedido de forma explícita, no permitir que el miedo la retrajera. Todas las mujeres abrazaban su deseo, se deleitaban en él. Sin embargo, había pasado tanto tiempo desde la última vez... y habían destruido su autoestima y sus esperanzas. Había visto la cara más fea del amor. No existía el romanticismo ni nada parecido al príncipe azul, pero un poco de sexo del bueno podía cambiarle el humor a cualquiera, incluso a ella.

Estaba helada por dentro y muy asustada. Había dejado atrás su casa, sus eternos compañeros y abandonado su burbuja de seguridad, que había estallado en un millar de pedazos desde el instante en que había subido a aquel avión.

Y había sido tan tonta que no se había dado cuenta de lo que aquello suponía. Debería haber escuchado las advertencias de su prima, que había intentado prepararla.

Como nunca habían sido amigas o parientes cercanas de esas que comparten confidencias y confianza, no había prestado especial atención a sus palabras. Ahora se arrepentía. Julia sabría exactamente qué hacer en su lugar. Iría a por Ethan sin subterfugios ni bobadas. Probablemente le susurraría de forma sexy lo mucho que lo deseaba y todo lo que quería hacerle.

¿Por qué era tan estúpida? ¿Por qué no podía ser más como el resto de mujeres del mundo? No quería un para siempre, era consciente de que no podía permitírselo, pero ¿y un mientras tanto? Serviría. Bastaría en este

momento y lugar, en el que se sentía aislada y sola. Añoraba su hogar, su escasa familia y sus bichos.

No le importaba ser la loca de los bichos, ahora era la solitaria abandonada por todos, que no tenía ningún lugar al que ir y que probablemente había ofendido a su anfitrión insinuándose de forma pobre.

¡Ella que había decidido no hacerlo! Se había recordado mil y un motivos, pero no parecían ser suficientes. Algo en su interior orbitaba en dirección a él, como una fuerza magnética imparable. Una noche de sueño había hecho estragos en su cerebro y en su cuerpo. Sin embargo, iba a proteger fieramente su corazón. No podía exponerse otra vez y no lo haría.

Terminó de vestirse y se sentó frente al desayuno que su vecino le había obsequiado tan amablemente, ese que iban a compartir hasta que se había pasado de la raya.

Todavía estaba templado. Cogió un cruasán y le dio un mordisco. Estaba delicioso. Lo comió casi con gula, como si hubieran pasado siglos y no horas desde su última comida. Estaba claro que Ethan era un gran cocinero. Otra cosa que no tenían en común. Vivía a base de comida precocinada, lo que había hecho estragos con su cuerpo. No era precisamente una modelo, sobraban varios gramos de grasa en lugares estratégicos.

¿Y había estado tan loca como para ofrecerse al señor perfecto? ¡Idiota! Con razón salió corriendo; había quedado espantado ante la mera visión superficial.

Quiso morirse, volver a la cama y taparse hasta la cabeza. Dejar que pasara tiempo suficiente como para que él se olvidara.

Supuso que no iba a pasar en el momento en que escuchó la puerta.

La mujer que había conocido la noche anterior, la esperaba en el pasillo, toda eficiencia. Con un traje hecho a medida y que dejaba entrever sus atractivas curvas.

Se permitió solo un minuto para sentir lástima de sí misma, las comparaciones siempre resultaban odiosas, y después se forzó a sonreír con lo que supuso era una tensa mueca que pretendía ser una muestra de respeto y bienvenida.

—Buenos días —saludó la mujer.

—Buenos días —su voz sonó a medias, sin fuerza. Carraspeó y repitió el amago de mostrar lo agradecida y feliz que se encontraba de poder estar allí disfrutando de su beca. Había obtenido lo que había ido a buscar, incluso si durante un breve instante había fantaseado con la idea de algo más íntimo y personal. «Ilusa», se regañó mentalmente—. Hace un buen día, ¿verdad?

La otra debió notar su patente incomodidad, porque se acercó a ella y sin mediar palabra la abrazó en silencio. Gabriela no sabía dónde meterse ni cómo responder. No era una mujer de contacto, no en los últimos tiempos, no con humanos, de cualquier manera. Espero a que el momento pasara con paciencia, tratando de no involucrarse demasiado de ninguna de las maneras.

—Bienvenida a Alaska, empecemos por tutearnos. Soy Amanda, nos conocimos ayer. Trabajo en la guardería, soy la guardiana de los cachorros. — Sonrió afable, ofreciéndole una mano amiga que necesitaba desesperadamente —. Ayer no tuvimos mucho tiempo para ponernos al día. Ethan me ha pedido que te escolte, ha surgido un problema esta mañana que precisa su atención directa, se reunirá con nosotras a la hora de comer.

O en otras palabras: «No quiere verte. Has conseguido avergonzarlo, será mejor que te controles de ahora en adelante para no seguir haciendo el ridículo».

—Espero que todo vaya bien.

—No te preocupes. No es nada que no tenga solución, solo algunos trámites administrativos. ¿Has terminado de desayunar? —inquirió observando los restos que aún quedaban en la bandeja—. Puedo esperar, si

quieres.

—No, estoy lista. Recogeré más tarde.

Miranda no dijo nada, aunque era probable que estuviera pensando que era un desastre desordenado, capaz de dejar todo patas arriba.

Decidió que no merecía la pena dedicarle un segundo pensamiento a su incapacidad para ser una buena ama de casa. Simplemente, no estaba acostumbrada. Limpiaba lo justo para no llenarse de cucarachas, una vez a la semana, y el resto del tiempo estaba demasiado ocupada con sus causas perdidas como para preocuparse por algo tan básico como las tareas del hogar.

Solía olvidar hacer la cama o limpiar el polvo, pero tenía la suerte de ser de esas pocas personas no alérgicas a las que realmente no le importaba no tener una casa de revista.

—¿Vamos a ver a los osos? Hoy se encuentran en su hábitat natural, es todo un espectáculo para la vista —aseguró su interlocutora—. Son magníficos.

—Ethan me ha comentado que son especímenes jóvenes.

—En pleno despertar sexual —confirmó dirigiéndose hacia el ascensor. Presionó el botón y esperó con paciencia, mientras cerraba la puerta del apartamento y se aseguraba de meter las llaves en el bolsillo de los arrugados vaqueros que se acababa de poner.

—¿Saldremos del complejo?

—Sí, pero no lo haremos solas. Esta zona es muy agreste y nunca se sabe qué puede pasar. Es mejor no aventurarse si no estás muy seguro de conocer el camino de vuelta. Tenemos suerte, Devin y Gavrael tienen órdenes expresas de acompañarnos en esta aventura. Son centinelas de la ma... se ocupan de la protección y guía de los habitantes de la zona.

—¿Agentes de la ley?

—Algo parecido.

Cuando salieron del edificio, pudo observar a los dos hombres. Parecían estar hablando sobre algo importante, si tenía en cuenta el ceño fruncido del tipo que la había escoltado el día anterior hasta allí. No había resultado muy hablador y sí ligeramente peligroso, pero ahora allí, con aquel gesto de preocupación que daba a su rostro una intensidad y seriedad que no había conocido en ninguna otra persona, sintió el impulso de quedarse justo donde estaba y no aventurarse ni un centímetro más cerca de él.

—¿De verdad van a venir con nosotras?

—No te preocupes. Aunque lo parezca... no muerden.

Puede que Gavrael no, pero ¿Devin? Era sin duda un hombre al que no le gustarían los juegos ni los cobardes y nunca en toda su vida había sido considerada como alguien serio o responsable, más bien al contrario, tenía muy mala fama en esa faceta de su vida. No iba a agradarle más hoy de lo que lo había hecho ayer y eso le preocupaba más de lo que quería aceptar.

—Entonces vamos allá. Todo sea por el bien de la investigación.

—Todo sea por arreglar la vida sentimental de esos tres pobres oseznos —bromeó su compañera, tratando de aligerar el ambiente.

Y le dio un ligero apretón de ánimo, que por extraño que pareciera, la hizo sentir infinitamente mejor.

Había algo extraño en el aire, pensó, quién iba a decir un abrazo aquí y una caricia allá, podían hacer que una persona se sintiera como parte del mundo normal.

Estaba claro que su vida estaba cambiando, solo esperaba que a mejor y un nuevo lugar en el que estar a salvo.

Devin no quería seguir manteniendo esa conversación. Ni con Gavrael ni

con nadie. No podía confesar la magnitud de sus sentimientos por Hope ni la certeza absoluta de que debía mantenerse lo más alejado posible de ella.

—Es tu compañera —incidió Gav por lo bajo—. No puedes darle la espalda.

—No quiero ir ahí. No voy a hablar contigo de esto.

—Joder, Dev, la amas.

—No. Ni lo menciones. Nada de amor.

—Y una mierda. ¿A mí, precisamente, vas a tratar de disuadirme de ello?

—Ni siquiera deberías conocer su existencia, como todos los demás.

Había surgido por accidente, cuando había llegado hacía apenas un par de horas, habían chocado, algo inaudito en él, que solía escabullirse con facilidad, pasar desapercibido, estar alerta cada instante de cada día. Pero su mente había estado en otra parte, muy lejos de allí y ni siquiera había mirado por dónde iba.

No le resultó difícil oler en él los distintos aromas entremezclados. Deseo por Hope, ira por el gilipollas de McKenzie y temor por haber puesto en peligro a una mujer a la que jamás debería haberse acercado tanto.

¿Lo peor de todo? Gav conocía su femenino olor tan bien como él, aunque hasta ese momento había ignorado el detalle de «compañera de Devin», hecho fundamental en este momento.

Hope visitaba la reserva al menos dos veces al mes, para ocuparse de algunos de los animales reales que convivían con ellos y, en ocasiones, alguno de los cambiantes, si bien solía ser Frank quien atendiera las necesidades de su gente. No por nada él mismo formaba parte de su mundo, a pesar de que había renegado de los dos lados de la batalla y vivía libre entre los humanos, soltero y decidido a permanecer neutral.

Un tigre blanco en semilibertad, hermano de su padre, el único que había repudiado el hecho de que la familia asesinara a sus progenitores escudándose

en la pureza de sangre.

Había hecho un voto de protección para los renegados, un modo de penitencia, al tiempo que se había apartado completamente de su gente. No lo habían aceptado, así que había destruido al alfa, ocupando su puesto y disolviendo la manada como primera elección.

Ni que decir tenía que no había gustado a muchos, que se había metido en grandes problemas por hacerlo, que había luchado hasta el final, pero la justicia divina, esa que solía interferir cuando menos se esperaba, había extendido su manto sagrado sobre el hombre y su lugar, y decretado que cualquier cambiante, sin importar de qué raza fuera, atacara a Frank iba a estar, por decirlo coloquialmente, seriamente jodido y de camino al infierno a lidiar con un tal Luke, con el que nadie quería verse la cara.

Esperaba ansioso ese momento, probablemente su destino iba a estar allí, al final, y tenía cierto interés en el tipo.

Cuando el hermano de Ethan había sido reclutado por algún tipo de equipo místico, él mismo pensó en ofrecer sus servicios, pero nadie se lo pidió, así que terminó en el mismo lugar en el que había estado atrapado durante los últimos años, enganchado a una mujer que jamás tendría y haciendo un trabajo de mierda que le hacía sentir, en algunas ocasiones, muy viejo.

Sobre todo cuando su otro viejo amigo decidía meterse donde nadie lo llamaba.

—Déjalo antes de que te arranque la cabeza, pajarito.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

—Es la ley de la naturaleza, amigo mío. El lindo gatito se come a Piolín, al menos al final de la historia.

—Eso es lo que al lindo gatito le gusta creer, pero la historia es muy diferente.

Sonrió, ¿cómo no hacerlo? El cabrón tenía un punto allí.

—*Touché.*

—Me encanta cuando me das la razón. ¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Vas a dar el paso y hacer tu reclamo?

—No.

Y le preocupaba que los actos de aquella mañana hubieran dejado algún tipo de marca que la pusiera en peligro. No quería pensar en ello, pero podía ser que así fuera. Después de todo había atacado a un humano en terreno neutral, lo que podía llevarlo a un punto muy jodido. Y no se trataba de la manada que luchaba por la supremacía y pureza de la raza, sino de algo más peligroso, algo que podía herirlos a los dos de una manera que solo Dios, (sí, ese todopoderoso de ahí arriba), alcanzaría a comprender.

—No puedes simplemente ignorar la llamada. Tu pantera terminará volviéndose loca al final, ¿no lo entiendes? No puedes negar la fuerza del vínculo. La necesidad de tu alma de estar por fin completa.

—Lo he hecho muy bien los últimos dos años, puedo aguantar un poco más.

Pero los dos sabían que llevaba un tiempo bailando en el filo de la navaja. Sus arranques de ira sin motivo, su dificultad para controlar su lado animal. Su cercanía a la bestia, que a menudo se mostraba parcialmente, algo que casi ninguno de su especie era capaz de hacer.

Se estaba convirtiendo en un peligro para el grupo y era consciente de ello. Cuando sobrepasara el límite se iría, abandonaría la manada para que pudieran permanecer a salvo. Así tuviera que vagar en su forma de animal para siempre, solitario y perdido, se iría lejos para no herir a ninguno de los que le importaban de verdad.

—No me gusta lo que estás pensando, lo veo en tus ojos. No es la solución.

—Su seguridad es más importante para mí que cualquier deseo idiota que la pantera o yo podamos sentir. ¿No lo entiendes? ¡Es humana! No la quiero en medio de toda esta mierda.

—Vamos a ganar —aseguró Gavrael—. Al final, prevaleceremos. Somos más numerosos y más fuertes que ellos. Los jóvenes, los niños. Hay futuro aquí.

—Hay muchas maneras de destruir la aparente seguridad que Ethan ha logrado aquí y los dos lo sabemos. Tenemos tantos cachorros que les sería realmente fácil tomar rehenes por los que haríamos cualquier cosa y ambos lo sabemos.

—Eso no pasará. Para eso estamos aquí, luchando día a día por hacer de esto un hogar.

—¿Y cuándo acojamos a la persona incorrecta? Puede pasar. Están locos, completamente locos, serían capaces de matar a uno de los suyos, solo para infiltrarse en nuestras filas y Ethan está demasiado despistado ahora como para darse cuenta de cualquier cosa. Desde que volvió de la boda de su hermano no es el mismo.

El otro hombre se apresuró a negar, deteniéndolo.

—No vayas más allá. No te lo permito. Si alguien se merece ser feliz, ese es nuestro alfa.

—No he dicho lo contrario, solo que un alfa débil ahora, podría hacer mucho daño.

Gavrael suspiró. En el fondo sabía que tenía razón, aunque no quisiera aceptarlo. Aunque ninguno de los dos estuviera realmente interesado en decidir reclamar aquella posición, quizá alguien, más pronto que tarde, lo haría. Y entonces sí que tendrían un problema muy grande.

Con el orden interno en precario equilibrio, sus enemigos tendrían una buena oportunidad para golpearlos.

—Maldita sea, odio cuando eres la voz de la razón.

—No quiero tener razón.

Negó, no quería ni siquiera pensar en lo que podría pasar llegado el caso. Ethan era como un padre para todos, a pesar de que no tenía la edad suficiente para ello. Todos lo querían, siempre estaba disponible para escuchar, para consolar.

Y se estaba convirtiendo en una auténtica nenaza con sentimientos. Supuso que era el amor lo que le hacía eso a un hombre.

No, amor no. Otra cosa. El vínculo. No la amaba, no podía hacerlo, porque ella ni siquiera le conocía, a pesar de que él fuera consciente de cada pequeño detalle sobre la mujer que le había robado el aliento, la mente y que acabaría robándole hasta el corazón, si se lo permitía.

—No sé cómo puedes sobrevivir —dijo en voz baja a su amigo, doliéndose por él.

Su compañera había muerto asesinada.

—Tengo un poderoso motivo. Sin Sean...

—Lo sé.

Dijo las palabras, pronunció cada sonido como si supiera lo que estaba haciendo, pero lo cierto era que no tenía ni idea. No era padre y dudaba que llegara a serlo alguna vez. No sin Hope y ella no iba a estar en la foto de futuro a su lado. Iba a luchar contra todo y todos para mantenerla a salvo.

Incluso contra sí mismo y esa salvaje necesidad de reclamarla como suya.

—No te conviertas en un amargado por pura cabezonería. No sabes lo que puede pasar. —Le recordó su amigo—. Todos somos mortales y vamos a morir, sin importar qué hagamos, ¿por qué no disfrutar del ahora mientras tengamos esa posibilidad? No cambiaría ni uno de los segundos que pasé junto a mi amapola —su voz se llenó de ternura y también dolor, mientras recordaba—. No lo estropees.

Puede que tuviera razón. Una pequeña chispa, nada más, pero el riesgo era demasiado grande como para poner en juego no solo su vida y felicidad, sino las de alguien más.

—No puedo hacerle eso.

—Eres mejor hombre que yo —desistió Gavrael dándole un pequeño golpe amistoso en la espalda—. Te admiro.

—No lo hagas, no lo merezco. Puede que otros terminen tomando la decisión por mí. He sido un gilipollas, un cachorro torpe enfrentando a ese idiota...

—¿Crees que alguien tomará represalias?

—Ojalá me equivoque...

—Siempre podemos pedirle a Ethan que contacte con su hermano. Sabes que pueden echarnos una mano.

—Ya tienen suficiente con su mierda.

Las manos llenas, en realidad, el Apocalipsis era un asunto jodidamente serio.

—Me va a reventar la cabeza.

—Déjalo para más tarde —advirtió Gav—. Tenemos compañía.

Observó a las dos mujeres que se acercaban a él. Evaluó una vez más la apariencia y actitud de Gabriela, la compañera de su alfa, y se preguntó por qué el destino era tan hijo de puta. Los vinculaba con humanas que desconocían su existencia, como si no fuera suficiente ser diferente al resto de su gente, también tenían que lidiar con compañeras defectuosas.

Evocó a Hope y negó para sí, no defectuosas, poco adecuadas. Ella era pura luz y él solo oscuridad. Iba a estar perdido sin ella y, más pronto que tarde, si el camino no se bifurcaba en algún momento, iba a quedar relegado al estado salvaje y perdido en su conciencia animal hasta el día de su muerte.

CAPÍTULO 8

—¿Está hecho? —preguntó una voz distorsionada por teléfono que hacía temblar a Thomas cada vez que contactaba con él. Ignoraba si se trataba de un hombre o de una mujer, lo único que sabía era que le pagaban una buena cantidad de dinero si seguía órdenes sin hacer preguntas.

—Sí —contestó escueto, esperando que fuera suficiente esta vez. Nunca había sido agredido por equivocarse, pero sí le habían mostrado su rechazo y había habido una advertencia sutil sobre el peligro que correría su vida y la de aquellos que le importaban, si no se andaba con cuidado, si no hacía lo que le pedían o se iba de la lengua.

Eso nunca pasaría, sin importar lo mucho que, en el fondo, le importara Hope Lewis. Era más que una misión, era una mujer dulce, con un punto vulnerable que tenía la capacidad de tocar su conciencia y hacerle sentir culpable; pero había mucho en juego y, lamentablemente, su motivación para llevar a cabo cada petición iba más allá de su cuenta bancaria.

—Entonces los rumores son ciertos, no fue un humano lo que te atacó.

No sabía qué había visto, cuando el hombre semidesnudo había abandonado la casa de la que se suponía era su novia. Le había advertido que se mantuviera alejado de ella y la amenaza había parecido sincera. No le había herido gravemente, pero sí lo suficiente como para hacerle replantearse su situación. No podía abandonar, sabía que jamás saldría vivo, y tampoco podía ignorar que la única oportunidad de recuperar a Tara y a los niños, era continuar siguiendo las órdenes de su anónimo jefe.

—No estoy seguro de lo que vi, pero no parecía humano.

Odió el ligero temblor que se coló en su voz. Había tenido miedo, nunca antes se había sentido inferior a cualquier otro contrincante. Medía un metro

ochenta y entrenaba a diario; sin olvidar que había competido de forma semi-profesional en un ring de boxeo durante los últimos catorce años. No era ningún blandengue, pero aquel tipo oscuro y de malos modales había conseguido que casi se meara en los pantalones.

—Te garantizo que no era humano.

—¿Le conoce personalmente?—preguntó antes de lograr contener su lengua. No debía involucrarse de esa manera, no era asunto suyo, solo se tenía que concentrar en hacer regresar a Tara y sus sobrinos lo antes posible. Estaban en peligro y lo habían estado durante algún tiempo, desde que su hermana se había casado con el hombre equivocado. Habían huido durante tanto tiempo, que se preguntaba si sería capaz de reconocerla cuando volviera a verla.

Ojalá le hubiera contado todos sus problemas mucho antes. Podría haber evitado esta situación. Podría haber dejado a Hope en paz o ni siquiera haberla conocido.

O haberlo hecho en mejores circunstancias.

—Aunque no es asunto tuyo, puedo decirte que esos monstruos son todos iguales. No necesito ponerles un nombre o conocerlos individualmente. Son la peste y tenemos que erradicarlos de este mundo uno a uno.

—¿Qué le pasará a Hope? —inquirió con apenas un hilito de voz.

—Nada que no se merezca —y cortó la comunicación, haciendo que su corazón se quedara paralizado.

No podía hacer nada para cambiar las cosas. No era solo su vida la que estaba en juego, la única familia que le quedaba necesitaba que mantuviera a todos a flote, era la única esperanza que Tara y los pequeños tenían.

Lucharía por ellos y haría cualquier cosa que fuera necesario para conseguirlos de vuelta.

Incluso sacrificar a una inocente.

«Lo siento, Hope. No tengo opción», dijo a la habitación vacía, mientras se sentaba frente a su ordenador y continuaba con su investigación.

Iba a descubrir todo lo que hubiera que descubrir sobre aquella reserva que Hope visitaba, era su última pista y necesitaba cerciorarse de que estaba haciendo algo más que ser un títere en manos de un desconocido.

CAPÍTULO 9

Ethan estaba en medio de la nieve, sentado en su forma animal, con los ojos cerrados. Para un observador pasivo, no sería otra cosa que un oso dormido, pero lo cierto era que trataba de organizar sus pensamientos y planear el mejor camino a seguir. No podía arriesgar ni a su compañera ni a su manada, necesitaba encontrar un punto de equilibrio, hacer lo que fuera indispensable para que todos pudieran tener lo que necesitaban.

Gabriela había sentido el incipiente vínculo entre ellos, para un humano no se sentiría de la misma manera que para el animal, en ellos despertaba anhelo sexual y una especie de atracción básica, a un nivel profundo, que los empujaba en dirección de aquel a quién deberían pertenecer. Seguramente, ese había sido el motivo que la había llevado a hacer su invitación hacía apenas unas horas.

Y él había luchado contra su bestia interior, no solo el oso, sino también el hombre, para ser un caballero y no tomar más de lo que debía antes de tiempo.

Quería ser bueno para ella en todos los sentidos y quería que lo deseara más allá de en su cama, quería convertirse en una persona imprescindible en su vida, de la misma forma en que ella ya lo era en la suya.

Su mente daba vueltas y vueltas alrededor del mismo tema. Quizá sería sabio pedir consejo a alguno de los miembros emparejados del clan, porque a pesar de los años que tenía y de que había perdido esperanza de encontrarla, al hacerlo se sentía como un adolescente ante su primera mujer o un bebé incapaz de dar por su cuenta sus primeros pasos.

Escuchó el silencio que lo rodeaba, era artificial, había mucho ahí fuera. Depredadores que estarían encantados de retarlo para probar su fuerza;

enemigos, ansiosos de que diera un paso en falso para hacerse con el alfa y desestructurar así el poder interno, para facilitar una invasión, y sus hombres, que aunque permanecían a distancia, podía sentir dándole apoyo y protección. Los conocía, los amaba, darían su vida por la de él sin pensarlo y no había nada más importante en este mundo para él que devolver ese favor con nada más y nada menos que la suya propia.

No se sentía superior a nadie. No lo era. Las circunstancias lo habían convertido en lo que hoy era, su tío, a pesar de que no considerarlo necesariamente el más fuerte, lo había seleccionado para ocupar su lugar. Había confiado en él no solo el futuro de la manada, sino su bienestar.

Pensaba mejor cuando estaba allí, en medio de ninguna parte, aislado del mundo e incluso de sí mismo, dejando que el oso tomara el control y, sin embargo, todo volvía a ella. La mujer que necesitaba casi tanto como el aire para respirar. Era su destino, pero era más, la esperanza embotellada en un femenino cuerpo que le daban ganas de aullar a la luna, a pesar de no ser un lobo.

Podría haber reído, pero un sonido a su izquierda y el olor a sangre lo pusieron en guardia. Se preparó para la lucha, si le tocaba morir hoy, lo haría peleando.

Corrió sobre sus cuatro patas hacia el lugar del asalto y pudo ver a su equipo dando batalla a un grupo de hienas. Era antinatural que estuvieran en medio de la nieve, en el intenso frío de Alaska, pero luchaban como si lo único que les importara en la vida fuera destruir a su gente.

Solo cuatro de sus centinelas lo habían seguido hasta allí: Thorn, un tigre siberiano que algún día no muy lejano ocuparía su puesto pues su fuerza y capacidad de liderazgo eran evidentes desde que fue un cachorro, solo esperaba el momento adecuado por deferencia a él, a día de hoy, en su ausencia, dirigía a los centinelas con mano firme y le habría confiado la vida

de Gabriela con los ojos cerrados; Liam, un alce con muy malas pulgas y una envergadura de cornamenta espectacular. Era hermoso, de alguna extraña manera, y poderoso. Se había ganado su puesto a pulso y, aunque solo tenía veinte años, había ascendido rápidamente hasta convertirse en uno de los miembros de su escolta. Julie, una loba con muy malas pulgas y más de veinte años de servicio a sus espaldas y Briana, la más reciente incorporación y una sorpresa completa. Una majestuosa águila real, tan bella en su forma humana como en la animal. Muchos de los hombres de la manada habían tratado de cortejarla, pero se decía que ya había entregado su corazón una vez y que jamás volvería hacerlo. Tenía unos treinta años y una mirada de conocimiento y sabiduría que a menudo le obligaba a dar un paso atrás y escuchar atentamente qué tuviera que decir.

Escuchó una escabrosa risilla a su espalda y se movió en el instante en que una criaturilla saltaba sobre él, seguramente pensando que tenía algo que hacer contra un enorme oso pardo. No sonrió, no era su estilo, lo atrapó entre sus garras y acabó con él antes de que pudiera hacer cualquier daño.

Su alma se dolió por la pérdida innecesaria de una vida, pero no podía hacer otra cosa, ellos lo habían querido así.

El rugido del alfa hizo que todo a su alrededor se detuviera, no de forma definitiva, pero sí el tiempo suficiente como para que sus muchachos sintieran la arenga de su líder, que les animaba a luchar con fiereza y no dejar a ningún traidor vivo.

Todo aquel que atentaba contra un ser que no había amenazado o herido a tu familia o seres cercanos de alguna manera, merecía una desagradable y dolorosa muerte.

Probablemente, era la ley más sangrienta de su manada, pero absolutamente necesaria. Tener piedad hoy, podría suponer la muerte de un ser querido mañana y eso era algo que no estaba dispuesto a permitir.

Atacó con ira apenas contenida. No iba a permitir que se acercaran a Gabriela. Su oso tomó todo el control, el instinto más salvaje de su especie reclamando su lugar y todo lo que pudo hacer fue dejarse llevar.

Porque era lo que se esperaba del alfa de la manada y él estaba más que dispuesto a complacer a aquellos a los que amaba.

Gabriela sintió el frío colándose a través de la tela de su anorak. Era grueso y especial para la nieve, pero supuso que debería haber añadido alguna de esas antieróticas camisetas térmicas que Duncan le había obsequiado cuando la fueron a despedir al aeropuerto. Aunque había sido un momento extraño, de alguna manera se había sentido reconfortada. No hubo abrazos ni palabras cariñosas, solo un: «no dejes que tu escuálido culo se congele, osita». Le había lanzado el paquete como si de una pelota de rugby se tratara, dio media vuelta y se largó sin mirar atrás.

Directo y breve, pero suficiente para sentir que, a pesar de todo, quizá tuviera gente a la que volver algún día, cuando su investigación terminara y la echaran de aquel maravilloso, pero muy congelado, lugar.

—Ya hemos llegado —declaró Miranda cuando el coche se detuvo junto a unas rocas que quizá marcaban algún tipo de camino que no era capaz de ver.

—Desde aquí nos vamos a pie —informó Devin—. Espero que hayas traído calzado apropiado.

No la miró, pero sus palabras provocaron un estremecimiento de inquietud. Aquel hombre tenía algo que la ponía nerviosa, no se fiaba de él.

Gavrael la ayudó a bajar del todoterreno, demasiado alto para sus cortas piernas, y le observó los pies. Hizo un asentimiento y sonrió.

—Por hoy servirán, le diré a Ethan que te consiga unas nuevas. Vas a destrozarlas subiendo por aquí.

Observó la dirección indicada. Había una pequeña pendiente, pero no parecía extremadamente inclinada. ¿Tan malo sería el terreno?

—¿Vamos a necesitar unos esquís?

—No —espetó Devin pasándolos a los tres e iniciando la marcha—. Más os vale seguir el ritmo, no tengo todo el día.

Gabriela suspiró, intentó armarse de valor y decirle lo que pensaba exactamente de sus malos modales, pero la cordura se impuso. Era demasiado grande para que pudiera con él, no convenía tentar a una bestia.

Miró hacia arriba, como buscando paciencia, y consiguió una sonrisa por parte de Gavrael.

—Creo que me gustas.

—No estoy en el mercado —aseguró y se apresuró a seguir los pasos del guía con una mezcla de fastidio y determinación.

—A mí también me gustas —añadió Miranda desde atrás.

—Dejaos de mariconadas y moved el puto culo —gruñó Devin sin girarse—. Si se hace de noche, los osos nos comerán. Les encantan los excursionistas.

—Deja de asustarla, idiota —espetó Miranda fulminándole con los ojos.

Gavrael intervino como mediador:

—Niños, suficiente.

—Odio trabajar con él, siempre está igual. —Se quejó Miranda—. Ethan debería subirnos a todos el sueldo.

—Ethan sí que debería subir su sueldo, teniendo que soportaros a ambos.

—¡Hey! —Se quejó Miranda.

Devin directamente lo ignoró, se limitó a apretar el paso. Gabriela trataba de seguirle la pista, temía perderse y ya estaba empezando a sudar. En alguna parte había escuchado que eso era muy malo, alguien podía congelarse a causa de la ropa empapada y más con la horrible temperatura que hacía ahí fuera.

Conseguir terminar su trabajo iba a ser mucho más complicado de lo que había pensado. ¿Quién en su sano juicio se aventuraba a hacer algo así sin ningún tipo de preparación física previa?

—Merecerá la pena —dijo Gavrael poniéndose a su altura y recogiendo su mochila—. Deja que te lleve esto.

—No deberías...

—¿Qué has metido? Pesa como un condenado elefante —se sorprendió y negó—. Pediré al jefe que te eche una mano para nuestra próxima expedición. Una pequeña mujer hu... en fin, que nadie, ni hombre ni mujer, debería llevar tanta carga para una pequeña incursión. Sobre todo teniendo el coche disponible, no vamos a alejarnos demasiado.

Miranda lo apartó de un codazo.

—Deja de darle la chapa. No le hagas ni caso, Gabi. ¿Puedo llamarte Gabi? ¿Te parece bien? —preguntó empujando su propia mochila hacia Gavrael—. Gracias por ofrecerte, cariño.

El hombre gruñó a causa del golpe, justo como si le hubiera cortado la respiración.

Gabriela respondió como se suponía que debía hacerlo:

—Sí, claro. ¿Por qué no? —solo un pequeño puñado de personas usaban ese apodo cariñoso, le resultó extraño en labios de una virtual desconocida, pero algo en su interior le decía que la mujer podría llegar a convertirse en una buena amiga, si tan solo se lo permitía.

—Vamos. Ya no queda mucho —clamó Devin.

No sabía cuánto se habrían alejado, pero le costaba respirar. El viento helado se metía profundo en sus pulmones y le hacía daño, esperaba no pillar una pulmonía o algo más peligroso en su afán por aventurarse en las vidas de tres osos polares que podrían muy bien odiar su interés en su ciclo sexual y reproductor.

—Parece que fueras a apagar un fuego. Deja que nuestra invitada se tome su tiempo para contemplar el paisaje —exigió con firmeza Miranda.

Supuso que estaba notando lo mucho que le costaba seguir el ritmo y no quería avergonzarla, sin embargo, Devin no redujo la marcha.

—Habrá tiempo para eso más adelante, ahora necesitamos movernos deprisa antes de que cambie el viento y nos descubran. Estaremos seriamente jodidos si eso sucede, son animales salvajes, al fin y al cabo —dijo con un brillo malicioso en la mirada. No sabía si pretendía asustarla o tan solo darle un chapuzón de realidad, pero no le gustaba su actitud.

«Contente, Gabriela. No vayas ahí».

Tenía mucha paciencia, pero también un temperamento de muy señor mío. De no ser así, no habría podido ayudar a la mitad de los animales que habían pasado por su vida.

—Estoy acostumbrada a los animales salvajes —pretendió inculcar fuerza y determinación, pero salió débil y entrecortado, entre jadeos—. Voy a tomar aire cinco minutos, sigue, te alcanzaré.

Gavrael la miró con el ceño fruncido mientras que Devin tan solo arqueó una ceja ante su intento de explosión.

—Puedo llevarte en brazos, si es demasiado para ti —no hubo ningún tipo de burla, que detectara. ¿Tendría un buen fondo el bruto guía o el comentario gracioso vendría más tarde, cuando estuviera débil y confiada?

No es que fuera a permitir que lo hiciera. Era lo suficientemente capaz de afrontar aquella caminata por sí misma, sin ningún tipo de ayuda externa.

—No, gracias.

—Vamos, no muerdo. —Prometió al tiempo que extendía una mano—. Entiendo que se precisa de un periodo de adaptación al clima, es normal, puede que la próxima semana seas tú quién me cargue a mí.

Pareció detectar un borde tierno en sus palabras, pero seguramente estaría

equivocada. ¿Se habría ablandado? No parecía propio de él.

—No, gracias. Puedo lograrlo por mis propios medios.

Se encogió de hombros y siguió adelante.

—No hay descanso, no es un lugar seguro y si tu precioso culo escuálido está en peligro, mi cuello corre peligro. No voy a decepcionar al jefe, monada. Ni siquiera por ti.

Avanzó sin mirar atrás, hecha la oferta, siguió como si no fuera asunto suyo que ella hubiera sido lo bastante tonta como para rechazar la posibilidad de llegar allí sin quedar completamente agotada.

Gavrael suspiró.

—No se lo tengas en cuenta, no está pasando por un buen momento.

—En el fondo es un buen tipo —corroboró Miranda aparentemente olvidada su animadversión contra él—, pero ya sabes, jugamos a todo eso del gato y el ratón con él y consigue ponerlo de los nervios. Puedes confiar en él, Gabi, lo juro por mi vida.

—¿Cómo estás tan segura de eso? Ni siquiera le caigo bien, quizá está pensando en la manera más fácil de deshacerse de mí.

—No hago eso —respondió el hombre elevando la voz, a pesar de que estaba tan lejos de ellos que no debería haber alcanzando a comprender su susurro.

—¿Tiene algún tipo de super-oído o qué?

—Todos lo tenemos aquí. Es Alaska, afina los sentidos —bromeó Gavrael.

La otra mujer lo miró con intención, como si estuviera tratando de decir algo sin palabras; pero no recibió ningún tipo de reacción por parte del hombre.

Ignorando el tema, enlazó su brazo con el suyo y sonrió mientras la ayudaba disimuladamente a avanzar.

—¿Recuerdas a Mickey? ¿El cachorro de lobo que conociste ayer?

El gesto de Gabriela se suavizó a pensar en el pequeño animal.

—Sí, por supuesto. ¿Le ha sucedido algo? —preguntó con preocupación, ganándose una mirada de reojo por parte de los hombres.

—No, no. Está bien. Es solo que estamos buscando a alguien que cuide de él, ya sabes, que conviva con él y había pensado que podría interesarte el puesto.

Todos se detuvieron ante esa oferta. A Gabriela le latía muy fuerte el corazón, su estudio sobre osos olvidado repentinamente.

—¿Quieres que cuide de un lobo? —La emoción, la anticipación ante lo que podría ser la inclusión de un precioso ser vivo que podría necesitarla, la llevó a contener la respiración, esperando ansiosa una respuesta afirmativa. Le vendría tan bien poder tener a alguien a su lado.

—Lo he hablado con el jefe y le ha parecido una buena idea. Creo que ambos podríais beneficiaros de la mutua compañía. Me ha contado que sueles rescatar a animales perdidos o necesitados, así que sería una buena solución. Necesitamos a alguien que se responsabilice de él, que se convierta en su familia. Está solo, su madre murió de forma violenta y le vendría bien un poco de afecto desinteresado, por otra parte, sé lo difícil que es adaptarse a un lugar nuevo. Llevo aquí apenas dos años, al principio fue duro y no terminaba de fiarme del todo de los desconocidos...

Sus ojos parecieron oscurecerse un instante, quizá provocado por el dolor o el recuerdo del miedo, pero su sonrisa no titiló ni un instante.

—¿Solo dos años?

—Parece que he vivido aquí toda mi vida, ¿verdad? Lo siento así, en realidad. Prefiero no pensar en antes...; pero, a lo que iba, creo que también va a ser bueno para ti. Una oportunidad de entrar a nuestro mundo de una forma menos violenta que tratando de trabar amistad con nuestro guía capullo.

—Eh, no te pases —advirtió Gavrael, ante la total indiferencia del mencionado.

—No lo hago, él sabe que en el fondo lo quiero.

—Mejor no lo hagas —gritó el aludido esta vez— y puedo decirles, señoritas, que hemos llegado.

El viento venía helado, pero Gabriela no lo notaba, ni siquiera veía el lugar, tan solo pensaba en la posibilidad de tener un fiel amigo, un pequeño lobo que podía darle más de lo que ningún humano podría.

—¿Y el niño? ¿Mickey? ¿También es huérfano?

Miranda iba a decir algo, pero calló. Miró a Gavrael y negó apenas imperceptiblemente, pero se dio cuenta.

—¿Qué?

—Ese niño no es asunto tuyo —espetó Devin tras ella, sosteniéndola por los hombros y girándola para que observara a los tres maravillosos especímenes que había ido a estudiar.

Se quedó sin aliento, olvidando momentáneamente al pequeño que había reabierto una vieja herida.

Los osos estaban peleando entre sí, pero no parecían estar haciéndose daño. Como si aquello no fuera nada más que un juego. Uno de ellos, tenía una mancha oscura en un lado de la cara, aunque el resto de su pelaje era blanco. Los otros dos, tenían una mezcla de blanco y castaño oscuro que se extendía por todo su cuerpo. Podrían pertenecer a la misma camada o no hacerlo, pero sin duda tenían la misma edad.

—Si pudiera acercarme un poco más.

—No es una buena idea —rechazó Gavrael tras ella—. No te conocen, tu olor les pondrá nerviosos y podrían tratar de hacerte daño.

—No puedo estudiarlos sin acercarme.

—Podrás acercarte un poco más a medida que vayamos avanzando. No

puedes entrar repentinamente ante un desconfiado oso y esperar que te dé la bienvenida. Por si no lo has notado son más grandes y fuertes que tú, no son civilizados, no va a haber una invitación a tomar café y pastas, si es eso lo que esperas.

—No necesito que uses ese tono irónico conmigo, no soy ninguna idiota.

Oh-no. Su famoso temperamento estaba haciendo acto de presencia.

—Creo que la has cabreado, hermano —espetó Gavrael divertido.

—Sé que no estáis contentos con esta excursión, que os parece un rollo hacer de escolta. Estoy bien con eso, me habéis enseñado el camino y a partir de ahora puedo hacer el trayecto de vuelta por mis propios medios, podéis marcharos si queréis.

—Eso no va a poder ser, monada —dijo Devin con gesto serio—. No vas a caminar de vuelta y no vas a estar aquí sola sin protección. Mira a los osos y saluda, porque nos vamos en diez minutos.

—¿Diez minutos? ¿Para eso hemos hecho todo el camino hasta aquí? Ni hablar —alegó Miranda—. Deja que haga su trabajo, podemos hacer guardia mientras tanto.

—Treinta minutos y es mi última oferta —añadió fijándose en el cielo—. Algo va mal, lo noto, no me gusta este silencio. No voy a arriesgar nuestras vidas —observó a los tres osos polares— ni la de ellos para que pueda sacar unas cuantas fotos y tomar cuatro notas.

No dijo que aquello le parecía ridículo, pero era evidente en su forma de hablar y de mirarla.

Se enfadó, su trabajo tenía una base científica y podría ayudar a facilitar la procreación de la especie, para evitar su posible extinción.

—No necesito ni que lo entiendas ni tu aprobación —le dijo—. Solo guarda silencio durante esos treinta minutos para que pueda hacer lo que tengo que hacer.

Recuperó su mochila de manos de Gavrael y sacó su cuaderno de notas, su cámara fotográfica y una grabadora.

Avanzó un poco más cerca y se acomodó en una enorme roca desde la que podía verlos y escudarse de su vista. El viento venía hacia ella, con lo que por ahora podría permanecer oculta, pero podría cambiar en cualquier momento.

Preparó su material y se quedó muy quieta observando, usando el zoom de su cámara para poder verlos más de cerca.

La belleza de los tres animales le robó el aliento. Podría pasarse media vida observándolos. Tenía algo con los osos desde que era pequeña y su padre le había obsequiado un osito de peluche que había ganado en la tómbola. Quizá porque lo asociaba con un recuerdo feliz, la feria, el algodón de azúcar y las risas, pero lo cierto era que le resultaban fascinantes. Le encantaría poder tocar su pelaje, aunque sabía que ese sí que era un sueño posible.

¿Tocar a un oso? No si querías conservar la mano.

Y como estaba en contra de los animales amaestrados en el circo, no iba a hacer nada para acercarse a uno de ellos, a no ser que por algún capricho del destino tuviera que salvar a alguno. ¿Llevarse uno a casa? Esa sí que sería la mayor locura que podría llevar a cabo.

Sonrió mientras tomaba algunas instantáneas.

Iba a ser la mejor experiencia de su vida.

CAPÍTULO 10

Hope había recibido una llamada de emergencia de la clínica, así que montó en su pequeño utilitario de diez años y salió a toda prisa para reunirse con Frank. Varios animales habían sido malheridos cerca de la reserva y la necesitaban allí. Él solo no podía ocuparse de todo. Había tenido que cerrar la clínica y le había dado la dirección en la que se encontrarían. Ambos sabían que su coche no era lo suficiente estable como para internarse en las profundidades del *Monte McKinley*, así que una vez en el punto de encuentro, cogería su maletín y saltaría a toda prisa en la potente máquina quitanieves de su jefe, que podría llevarles a cualquier rincón que necesitaran ir.

No le había dado muchas explicaciones, así que no sabía con qué iba a encontrarse además de mucha sangre y algunos cadáveres. Se estremeció, odiaba esa parte de su trabajo, certificar la muerte. Había llegado a ver animales tan deshechos que tenía un máster en cómo evitar vomitar en una escena del crimen.

No es que se tratara de asesinatos deliberados. Los animales solían luchar entre sí para hacerse con una parte del territorio y así demostrar su fuerza superior.

Sin embargo, siempre lamentaba la pérdida. Como Frank solía decir: «Tienes un corazón demasiado blando, muchacha».

Aparcó en la calle y caminó hacia el lugar en que la enorme máquina ya esperaba. Su jefe y amigo la acompañó con un saludo militar, a lo que ella devolvió una sonrisa.

—Siento haberte molestado en tu día libre.

—No pasa nada. En realidad, estaba bastante aburrida. Me estaba haciendo la pedicura, lo que ahora será un completo desastre, en vista de que

tuve que ponerme los calcetines y las botas a toda prisa...

Frank sonrió divertido.

—La pedicura, ¿eh? Pensé que ibas a pasar el día con ese novio tuyo. MacKenzie, ¿no?

—En realidad terminamos ayer.

—¿Estás bien? —La preocupación era sincera y evidente, a pesar de que no le había gustado su elección de pareja y se lo había dejado saber desde el mismo instante en que Thomas había puesto un pie en la clínica.

—Supongo que no sentía por él tanto como yo pensaba. El rechazo siempre escuece, pero no lo siento por él, lo siento por haberme equivocado otra vez. —Soltó un suspiro resignado mientras subían en la enorme quitanieves—. Voy a renunciar a los hombres.

—Podrías salir conmigo.

—¿Con el soltero de oro? No, gracias —rechazó sin mirarlo—. Los dos sabemos que no te va eso de tener una relación estable.

—Quizá pudiera probar contigo.

Frank era quince años mayor que ella, aunque no le habría importado darle un bocado, si no lo conociera tan bien como lo hacía ahora. Era guapo, sexy como el infierno y estaba afiliado hasta el fin de los tiempos a las aventuras de una sola noche.

—No, gracias. Todos mis experimentos han salido fatal y no quiero joder una buena amistad.

El hombre sonrió. La miró con intensidad un instante y aspiró.

—¿Estás usando un nuevo perfume?

—¿Te refieres a todos esos cosméticos que mi hermana sigue empeñada en regalarme cada año por Navidad y que he mezclado con la finalidad de que reduzcan, reafirmen, aromaticen y no sé qué más que prometen los envases? Sí, uso nuevo perfume.

Frank negó, su gesto curioso pero también alerta.

—Algo más. Hay algo que no... —sacudió la cabeza, negando—. No me hagas caso. He dormido apenas dos horas.

—¿Tuviste suerte anoche?

—Siempre tengo suerte, preciosa.

—¿Y querías experimentar una verdadera relación conmigo? ¡Ja! Solo me estás dando falsas esperanzas.

Imitó un mohín de desilusión, como si verdaderamente se sintiera compungida ante el proceder del hombre.

—Por ti, sería capaz de cualquier cosa.

—Claro y ahora te creo.

Se encogió de hombros, como si no le diera importancia.

—No digo mentiras. Lo que pasa es que nunca me darás una oportunidad. Si alguna vez me comprometo, lo haré de por vida y puedes creer esto: jamás traicionaré a mi mujer engañándola con otra.

Había una gran dosis de sinceridad en sus palabras, lo notaba, lo conocía lo suficiente como saber que eso era cierto. Era un hombre con una gran capacidad para amar, lo había visto con los animales y con su protegido, un adolescente de quince años que vivía con él y al que había sacado de las calles, después de que hubiera sufrido una sobredosis que casi había acabado con su vida.

Se había comprometido con él y siempre estaba pendiente de que asistiera a clase, comiera correctamente y se convirtiera en un tipo decente. Xander había tenido suerte de cruzarse con Frank.

Ella también, había encontrado un buen amigo.

—Lo sé. Te conozco y sé de lo que eres capaz, solo que no te interesa comprometerte.

—Estuve a punto una vez...

—¿Y qué pasó? —se interesó. Nunca hablaba de su pasado amoroso, ni del presente, era un caballero. Cualquier mujer que se aventurara a tener un escarceo con él iba a mantener el anonimato, el honor y la dignidad. Jamás la traicionaría hablando sobre ella con nadie.

—La vida, preciosa. Pasó la vida y nuestros caminos tuvieron que separarse —lo dijo con nostalgia, como si la echara terriblemente de menos—, pero estoy satisfecho de lo que he logrado.

—Yo no. No consigo encontrar al hombre adecuado. ¿Qué os pasa con el sexo? ¡No es para tanto!

—Si eres capaz de decir eso, es porque no lo has estado haciendo bien.

No podía decir que no le sorprendiera su declaración, pero se contentó con soltar una enorme bocanada de aire en silencio.

Frank se rio.

—¿Quieres que te dé unas clasecitas? —Hizo un gesto sugerente con las cejas, un instante antes de detenerse.

—Quizá en otra ocasión —bromeó, procurando evitar mirar hacia afuera. Por el olor metalizado que atravesaba las puertas cerradas de la quitanieves, supuso que había mucha sangre—. Dime que no es tan malo como me estoy imaginando —suplicó.

Frank observó la escena y negó.

—Probablemente es peor.

Y con esas palabras abandonó el vehículo y cerró con firmeza la puerta tras él.

Hope salió, observó frente a ella el terrible escenario y pudo ver a algunos conocidos que habían empezado a hacer las primeras curas.

Ethan y Thorn eran sus jefazos en la reserva. Ante ellos tenía que presentar sus informes cada vez que atendía a alguno de los animales heridos. Se preocupaban y respondían firmemente, se podía confiar en ellos para el

cuidado y protección. Sin embargo, aquí y ahora, tenían un aspecto bastante malo, como si acabaran de sobrevivir a una terrible pelea. Sus ropas estaban impolutas, lo que resultó extraño, pues en sus rostros había marcas de golpes y, si no le fallaba la vista, garras.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? —inquirió horrorizada, al ver lo que parecían ser los restos de un grupo de hienas en el suelo junto a un águila real malherido. Parecía tener la pata rota, quizá también un ala, por el extraño ángulo de la extremidad y un alce con un tajo en el lomo que parecía bastante profundo. El lobo que descansaba protector junto a él, parecía en buena forma, pero hasta que no lo examinara no podría asegurarlo.

Frank se acercó al águila y lo miró con esa concentración tan característica que poseía, estiró una mano con cuidado, dándole tiempo a retroceder al tiempo que le permitía acostumbrarse a él. Por un instante permaneció quieta, observando su progreso, hasta que sintió los ojos de alguien sobre ella. Una inquietud la hizo revolverse y girarse hasta que encontró al hombre más atractivo e increíble que hubiera visto nunca.

Era... hermoso, no podía utilizar otra palabra para describirlo, a pesar de las connotaciones femeninas de la misma. La intensa mirada de sus ojos dorados provocó una extraña reacción en ella, como si lo conociera desde hacía mucho tiempo, a pesar de que sus caminos no se hubieran cruzado nunca. Tenía un aire familiar, su rostro, su porte... devolvió la mirada a Frank y de vuelta al desconocido, si no fuera por el tono más oscuro de su piel, podría haber pensado que eran familia.

Ethan interrumpió su indecorosa investigación para pedirle ayuda con el alce y se sintió muy avergonzada por su comportamiento. ¿Acaso la ruptura con Thom le había costado unas cuantas neuronas? Nunca había sido tan descarada con los hombres y, desde luego, nunca había sentido nada igual por otro macho. ¿Macho? Realmente trabajar con animales la estaba volviendo un

poco loca.

Aquel sí que podría ser su príncipe del desierto, si tan solo fuera una pantera de noche, todo sería perfecto.

Sacó su lado más eficiente y se dirigió a hacer su trabajo sin decir ni una sola palabra. No lo necesitaba, sería mejor si no se presentaban, si no lo conociera. Se había mantenido alejado voluntariamente, no había querido saber su nombre o por qué estaba allí.

«Idiota» —se regañó.

Todos sabían quién era ella, incluso si por su parte no conocía a la mitad de los miembros de aquella pequeña pero bien avenida sociedad.

—¿Crees que se pondrá bien? —preguntó un preocupado Ethan, sin perder de vista a su paciente—. Esas hienas se ensañaron con él. Me preocupa que hayan herido órganos internos. Ha perdido mucha sangre.

Ahora se sentía mal por distraerse con el desconocido. Examinó las heridas, no antes de inyectar un sedante a su paciente para hacerle el camino más fácil.

—No son tan malas como parecen. Va a necesitar puntos y tendremos que llevarlo a la clínica para poder atender cada una de ellas como es debido, pero se pondrá bien. Esas hienas no han tenido tanta suerte.

El gesto de Ethan se endureció e hizo un seco asentimiento. Era cierto que a nadie le gustaban especialmente aquellos animalillos de malas pulgas, burlones y carroñeros, pero tampoco era para tanto. Supuso que el alce formaría parte de la reserva, de ahí que su líder estuviera tan preocupado. No lo había tratado con anterioridad, así que a no ser que fuera paciente de Frank, no tendría ficha clínica.

—Tengo que examinar a ese lobo.

—Loba —corrigió Thorn con un guiño, provocando un sonrojo en todo su ser. En serio, ¿qué estaba mal en ella hoy? ¿Sería algo que había desayunado o

la laca de uñas? Uff, necesitaba expandir sus horizontes, olvidar a los hombres y concentrarse en hacer algo diferente. Un hobby... como bonsáis. Sí, podía dedicarse al cuidado y la poda de un bonsái. Eso sería más fácil y no la llevaría a hacer el ridículo constantemente.

—Loba entonces. Vamos, pequeña, déjame. No te va a doler nada.

Sin embargo, cuando se acercó con la jeringuilla le gruñó una advertencia, provocando que diera un salto.

Error de principiante. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando en esto? Bastante como para tomárselo con calma antes de sacar la artillería pesada.

—No pasa nada, vamos. Está bien.

La loba volvió a gruñir, esta vez pareció incluso más en serio, tanto que dio un paso atrás y se cayó de culo.

Fue en ese momento cuando Thorn, Ethan y Frank se interpusieron, pero no antes de que la pantera blanca que poblaba sus sueños más a menudo de lo que le gustaría admitir, se interpusiera entre ella y todos los demás, con un gruñido de advertencia propio y lleno de amenaza.

Se sintió protegida y también asustada, ¿y si se volvía en su contra? ¿De dónde había salido? No imaginaba que también estuviera allí.

—Suficiente —bramó Ethan logrando un silencio absoluto—. Vamos a llevarnos a Liam. Frank, Thorn y yo vamos a subirlo al asiento trasero de la quitanieves mientras terminas con nuestra chica y tú —añadió mirando al lobo con intensidad—, dejarás que Hope te atienda.

Hope quiso reírse de aquella situación. Un hombre dando órdenes a un lobo, pero no pudo hacerlo. La pantera seguía frente a ella y ahora se estaba girando en su dirección.

Debería haber retrocedido, desaparecido de su campo de visión, especialmente hoy que se había convertido en algo así como una amenaza para todos ellos, por su torpe proceder y, probablemente, por todos aquellos

aromas mezclados que no podrían reconocer.

«Desde luego sí que te has ganado el apodo hoy, idiota», se repitió. No debía hacer un movimiento brusco. El enorme gato tenía que reconocerla o se la comería y ni las órdenes de Ethan podrían evitarlo.

Se quedó inmóvil mirándolo. No sentía miedo, aunque sí cierta inquietud. El felino se quedó quieto, observando, sin perder detalle, como si, de alguna manera, estuviera dibujando su rostro, las formas de su cuerpo.

¿Quizá evaluando si podría convertirse en su próxima comida?

—No estoy buena, gatito, te produciría una indigestión. Te lo aseguro.

La pantera esbozó una mueca. Podría haber sido un intento de sonrisa o quizá un: «voy a comerte digas lo que digas, nadie podrá salvarte». Incluso se relamió.

—En serio. No te convengo, te produciré caries y sé lo jodido que es eso. Imagina que tuvieran que hacerte un empaste... ¡una pantera tan bonita como tú con los dientes en mal estado!

El animal se lamió una pata, extendiendo sus garras.

—Ya basta —dijo Frank, interponiéndose. No pudo verle la cara, pero su voz sonó extraña, más ronca y quizá un poquito animal—. Déjala en paz, muchacho.

La pantera le dio la espalda, como si nada de lo que dijera pudiera importarle y se marchó caminando tranquilamente por la nieve.

Frank negó y observó cómo se alejaba, se inclinó hacia ella y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Ten cuidado con los gatos, Hope. No son de fiar.

Le brillaron los ojos cuando lo dijo, pero apenas fue un momento.

—Gracias, supongo.

—Sé que te fascina esa idiota pantera, pero es mejor si te alejas un poco. Me ocuparé de sus necesidades de ahora en adelante. —La guio hasta la loba

—. Ayúdame, vamos a sacarla de aquí. Es cabezota y no podrá hacerlo sola.

¿Alejarse de la pantera? Acababan de arrebatarse una de sus responsabilidades más queridas, pero quizá era lo mejor. Había demostrado su torpeza de una forma espectacular. Sintió un pellizco de tristeza en el corazón, pero se recordó que Frank lo hacía por su bien y lo agradeció en algún profundo lugar de su interior.

Buscó una vez más al hombre que había visto con anterioridad, pero había desaparecido. ¿Cuándo había sucedido eso? ¿La habría visto hacer el ridículo allí, sentada en la nieve, empapándose el culo? Tampoco es que debiera importarle, no se conocían, incluso si anhelaba hacerlo. Cruzar unas cuantas palabras con él y mostrarse interesada.

«No te conviene mezclarte con un desconocido y menos con uno tan intenso. Lleva la palabra sexo y ocasional escrita en todo su cuerpo. Buscas algo serio, Hope, recuerda».

Probablemente se equivocaría, pero tenía que centrarse en su objetivo. Una pareja estable, un marido, un par de niños, quizá tres y dedicarse a disfrutar de la vida en familia. El sexo sería importante, pero solo en un segundo plano. Tenía que recordárselo para no tirar toda la prudencia por la ventana y preguntar por el oscuro y sexy hombre que en apenas un vistazo había logrado despertar su completa curiosidad.

Trabajó junto a Frank con el automático puesto, sin dejar de rememorar el instante en que la pantera se había interpuesto. ¿Qué había pretendido realmente? ¿Protegerla? Los animales no hacían eso, los gatos, como bien decía Frank, solían ser engañosos y, a menudo, era fácil que te traicionaran. Del cariño a clavarte las uñas o pegarte un buen mordisco en medio minuto. Si lo sabría ella bien... La primera vez que trabajó con un león herido se había llevado un buen susto, por suerte no había terminado como algo serio, unos cuantos puntos y listo.

Se frotó el brazo de forma inconsciente recordando y siguiendo la estela de los hombres que ahora abandonaban el lugar, dejando atrás tan solo la roja nieve y el recuerdo de la violencia que había tenido lugar allí.

Y un guapo desconocido al que, probablemente, jamás volvería a ver.

CAPÍTULO 11

Ethan cerró la puerta de su despacho en silencio. No dio un portazo, no mostró ningún tipo de temperamento, tan solo se dirigió a la mesa y se apoyó precariamente en ella al tiempo que buscaba su mirada.

Devin sabía que había sido muy evidente ahí fuera, que sin palabras había reclamado a Hope y que todos se habían dado cuenta.

Ahora iba a tener esa charla que no le apetecía nada y que, probablemente, pondría sus entrañas ahí a la vista, para que todos los presentes las vieran.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquirió directamente el alfa, con Thorn en silencio a su lado, pero sin perder detalle de la conversación.

—Desde el primer día que la vi.

—¿Y todo este tiempo...?

Apretó los puños a ambos lados.

—No la he tocado, si es lo que me estás preguntando.

—Sé que no lo has hecho —concordó—. Te miró y no te reconoció.

—Deberías habérselo comunicado en el mismo instante en que sucedió.

—Y tú deberías mantener la puta boca cerrada, tigre —espetó al que probablemente algún día se convertiría en el sucesor de su alfa. No lo soportaba, tenía esa cosa con la especie de su padre que le daban ganas de cometer un asesinato a sangre fría.

—Si uno de nosotros ha encontrado a su compañera y no la reclama en un

periodo razonable de tiempo, puede poner al resto de la manada en un serio peligro.

—Es humana, maldita sea. No la voy a arrastrar a esta mierda. No voy a poner su vida en peligro porque mi pantera esté jodidamente caliente cada vez que la huele. Me niego a ser un puto egoísta y eso es todo. No la he tocado, no la tocaré. En lo que a mí respecta, Hope Lewis no existe.

Ethan lo miró con su ojo sano, su gesto tornándose tan serio como nunca lo había visto antes.

—¿Crees que mi intención de reclamar a Gabriela me convierte en un ser egoísta o despreciable?

—No he dicho eso. No es lo mismo. Tú y yo no somos la misma persona. Eres mi alfa y te respeto. Entiendo tu necesidad y cada uno tenemos nuestras propias razones para tomar cada una de las decisiones que van a afectar tan intrínsecamente a nuestra vida, Ethan. —Negó, estaba cansado de justificarse ante los demás. Cansado de recordarse los mil y un motivos por los que no se permitía acercarse a ella—. Voy a protegerla con mi vida, pero no voy a poner una marca sobre ella.

—Ella ya huele a ti —decretó Thorn—. Tu marca está ahí, incluso si eres lo bastante estúpido como para no haberlo notado.

—Eso es imposible, no la he tocado.

El tigre lo miró irónico.

—¿Acaso no has aprendido nada de nuestra raza, pantera?

—No soy de tu raza. Nunca lo he sido. ¿No es lo que aseguró tu gente? ¿No es por lo que asesinaron a mis padres? —El dolor profundo e intenso de su niñez estaba demasiado cerca de la superficie. Todas las emociones batallando entre sí, se sentía en carne viva, tan perdido.

—No he percibido la marca, Thorn —dijo en apenas un susurro el alfa—. ¿Estás seguro?

—Puede que para ti no esté clara, pero créeme, cualquier gato podría notarla. Es muy sutil, pero se ha creado. —Lo miró entonces, fijándose en cada uno de sus gestos, estudiándolo y no preguntó, se limitó a afirmar—. Has estado muy cerca de ella durante un tiempo.

—¿Y qué coño sabes tú? ¿Me has seguido?

—Gato idiota. No necesito seguirte, la has impregnado con tu esencia. Si verdaderamente planeas mantenerla a salvo y lejos de ti, más te vale que no vuelvas a acercarte a ella. Ahora está en peligro por tu culpa y sin la protección del vínculo. ¿Cómo sabrás cuándo te necesita, si no os vinculáis? ¿Cómo podrás sentir su miedo si te mantienes en permanecer como un mero observador? Pensé que te había enseñado mejor.

—Me has enseñado una puta mierda —miró a Ethan—. O se larga de aquí o me voy yo. No puedo soportarlo.

El alfa los miró y negó, suspiró, como si también estuviera evaluando sus propios pensamientos.

—Thorn, déjanos un minuto a solas, por favor.

—Puedo ayudar —había irritación en su tono y una pizca de desafío en sus ojos.

—Todavía soy el alfa, tigre. No lo olvides.

Bajó su cabeza rígidamente, asintiendo, y sin ningún tipo de sometimiento y con la dignidad típica de su porte, tan solo se deslizó hasta la puerta y desapareció al otro lado.

—Thorn tiene razón. No puedes renunciar a ella, incluso si esa marca no existiera, es tu compañera destinada. La otra mitad de tu alma. Reconocerla y no reclamarla... ¿sabes lo que te hará?

—Me volveré loco. Lo acepto, mejor eso que su vida. No puedo herir de esa manera a Hope. No me lo pidas.

—¿No le vas a permitir tomar esa decisión? Es una mujer adulta.

—Una mujer que ni siquiera me conoce. No sabe de mi existencia y es mejor así.

Ethan negó.

—Te vio hoy en el lugar de la batalla.

—Apenas un instante.

—Lo suficiente. Sintió la compulsión, estoy seguro, todos lo hacemos cuando sucede, incluso los humanos.

Quería preguntarle por Gabriela, pero no lo hizo. No quería obligarlo a plantearse las mismas incógnitas con las que él batallaba. Si alguien merecía sentirse pleno, ese era Ethan, que había entregado tanto al grupo y había pedido tan poco para sí.

—No quiero seguir hablando de esto. La decisión está tomada.

—El destino tiene maneras de hacer que las mejores decisiones se esfumen como el humo. Tenlo en cuenta antes de asegurar que no lo harás. Confía en mí, no podrás luchar contra esto. Solo terminarás haciéndote daño y haciéndoselo a ella.

—Es humana, Ethan. Ellos no están preparados para esta lucha. Además, he roto las normas del tratado. Probablemente tu hermano y su equipo vendrán a por mi cabeza antes de que termine el día y, con gusto, dejaré que tomen su justicia sobre mí.

El alfa se congeló frente a él.

—No lo has hecho.

—He herido a un humano. No es trigo limpio, le ha hecho daño a Hope.

—¿La ha golpeado? No he visto ningún tipo de marca en ella cuando...

—No ha sido algo físico, sino emocional.

—No puedes... Dime que es una broma.

—¿Desde cuándo soy un bromista, jefe?

La decepción estaba claramente escrita en la cara del hombre. No le gustaba que hubiera cruzado aquella línea, pero también la determinación de su pose, en el momento en que volvió a ponerse de pie y lo señaló.

—Lucharemos esta batalla unidos.

—¿Arriesgarás tu felicidad por mí?

—¿Por mi manada? Cualquier cosa. Ser alfa no va solo de beneficios, sino de sacrificio. Mi deber es estar ahí para todos vosotros. Para dar la cara por cada uno de mis hombres y mujeres, lo haré con gusto, solo te pido que no vuelvas a ocultarme una información sensible como esta. Ven a mí, creo que no te he dado motivos para que desconfíes de mi lealtad.

—No lo has hecho, pero es complicado. Es mi vida. Es mi problema. Es mi pareja predestinada y no sé qué coño hacer con mi vida. Estoy confuso, Ethan. Mierda, parezco una mujer sensiblera con síndrome premenstrual.

—Si algunas de nuestras mujeres te escucharan, ibas a tener un serio problema, amigo mío.

—¿Vas a dejar a ese tigre el mando? Cuando des un paso a un lado, ¿será él quién lidere la manada?

—¿Te estás ofreciendo voluntario?—inquirió con interés—. Porque serías un buen alfa, Devin. Siempre lo he sabido, incluso con tu tendencia a pasar desapercibido.

—Jamás. No estoy en posición de convertirme en un maldito sabelotodo. Sabes que Thorn cambiará radicalmente la política de la manada. No es como tú.

—No lo juzgues tan duramente. No conoces sus antecedentes. Ha pasado por mucho más de lo que deja ver. Confía en mí, es un hombre decente.

—Es un gato.

—Audaz, valiente y con una inteligencia difícil de duplicar. He valorado a todos mis posibles candidatos. Con sus ventajas e inconvenientes, Thorn no

será una mala opción. Si acepta.

—Va a suceder pronto —afirmó. No necesitaba preguntar, porque estaba claro desde aquel día en que había vuelto y había empezado a tantear a su gente. Hombres y mujeres habían sido examinados sin darse cuenta. El destino del clan pronto iba a recaer en las manos de otro u otra.

—Tienes razón en una cosa. No podemos traer compañeras humanas a esta situación. Es peligrosa e inestable. Hay mucho en juego. Debemos valorar todo lo que nos importa. El futuro... ¿nunca has pensado en el amor, en la familia, en los niños?

Sabía que Ethan anhelaba todo aquello, pero él no. Nunca lo había pensado. Era más joven que el otro hombre y quizá estuviera relacionado con eso, o puede que tan solo lo llevara en el ADN. La mayor parte de felinos tenían grandes problemas para comprometerse. No conocía a ninguno, a excepción de su padre, que hubiera tenido una sola mujer en su vida. A menudo, además de su compañera, compartían su tiempo y placer con una o varias concubinas. Algo que despreciaba profundamente de su raza, esa de la que renegaba.

Puede que en otro tiempo hubiera sido alguna especie de donjuán, pero ya no. Una y no más, un hombre emparejado no precisaba otra cosa que su igual. El complemento perfecto de su alma.

—Me pregunto si no tendré más de mi padre de lo que me gustaría pensar —murmuró. El hombre había sido especial, diferente, había pagado con su vida, tratando de proteger a su mujer e hijo. Se había rendido sin luchar.

Y una parte de él le odiaba por ello.

—Era un buen hombre, un guerrero.

—Era un cobarde.

—Te equivocas, Devin. Dio su vida para preservar las vuestras. El único cobarde fue aquel que no respetó la palabra dada. No cumplió con la ley de la

manada y perdió su honor y su vida de la forma más baja posible.

Todos conocían su historia allí, quizá por eso se había aislado. No quería la lástima de nadie, así que se esforzaba en ser un hijo de puta frío y sin corazón al que, supuestamente, no le importaba retozar cada noche con una mujer diferente.

Algo tan lejos de la realidad.

—No quiero hablar del pasado. No puede salir nada bueno de eso.

—Entonces hablemos sobre el futuro. No le des la espalda a Hope, vas a arrepentirte. Confía en mí. Solo quiero que encuentres la paz que mereces.

—No es tan sencillo. No soy de ese tipo de hombre. No estoy hecho para formar parte de una pareja o, peor aún, de una familia.

Ethan negó, mirándolo con decepción.

—Ya formas parte de una familia.

Sabía que él se sentía así. Era posible que incluso pudiera verlo como a un hijo, a pesar de que no era tan mayor como para ser su padre, pero nunca había terminado de encajar allí.

—Voy a marcharme —anunció—. Creo que es lo mejor para todos. Lo más seguro para la manada y para Hope.

—¿Te vas a rendir sin luchar?

—Lo llevo en los genes.

Se dio media vuelta y salió antes de regresar y suplicar ayuda. No merecía ningún tipo de apoyo, no ahora que se estaba portando como un auténtico gilipollas. Pero ¿qué más podría hacer? Se estaba volviendo loco. Poco a poco iba perdiendo la poca cordura que había sobrevivido de la gran traición a la que había sido sometido por parte de aquellos que deberían haber protegido un bien tan preciado como la vida. No quería condenar a nadie a aquella miseria.

Se marcharía. Hablaría con Frank para informarle de lo sucedido y,

después, avanzaría por el camino de la perdición en soledad y sin involucrar a nadie.

Ethan observó cómo Devin abandonaba la oficina. Se sentó en la silla tras el escritorio y cerró los ojos. Debería haberse reunido con Gabriela para comer, pero le había resultado imposible. Sus días libres habían sido apenas una ilusión, un espejismo que se había desvanecido en el instante que estaba a punto de alcanzarlo.

Los problemas llovían sobre él y estaba tan cansado...

—Volverá —dijo el tigre internándose de nuevo en la enorme habitación. No se sentó, solo lo miró con una confianza que él ya no sentía.

—No estoy tan seguro. Es cabezota, lo ha sido siempre, y está decidido a mantener a su mujer a salvo. ¿Qué podemos hacer nosotros para ayudarlo?

—Cuidar de su compañera —sugirió con decisión—. Puedo ocuparme personalmente de mantener a Hope a salvo hasta que recapacite. La percibas o no, la marca está ahí, si yo la he notado otros podrán hacerlo. Esa mujer ya está en peligro y ninguno de nosotros quiere perderla, alfa.

Ethan sonrió con conocimiento. ¿Acaso creía que era un idiota? Podía escuchar el desagrado en su voz cada vez que reconocía su rango superior. Puede que no fuera un felino, pero un oso contaba con sus propias habilidades y la experiencia era un punto a su favor.

—Crees que puedes hacerlo mejor que yo —decretó. Iba a darle un poco de su propia medicina. Quizá sería un error, quizá una mera prueba para que demostrara de qué madera estaba hecho y si no se había equivocado al decidir cederle, en el futuro, su lugar. Se levantó de la silla y con un gesto de cortesía la empujó hacia él—. Toda tuya. Tienes una semana para demostrar que te

mereces ser el alfa, Thorn, si fracasas, buscaré a alguien más para que me suceda. Y sabes que eso va a ser más pronto de lo que todos esperan.

—¿Por qué ahora?

—¿Por qué no? Estamos en medio de una crisis que precisa de inteligencia y juventud. Alguien fresco que no esté agotado como yo. Ambos sabemos que ahora mismo mi cabeza y mi corazón están en otra parte. No tengo ninguna duda de que vas a demostrar estar capacitado para este puesto y si concluyes con éxito este experimento, será tuyo.

—No puedes retirarte todavía. Faltan al menos cinco, tal vez diez años más antes de que seas considerado...

—¿Un viejo inútil?

—No pretendía decir eso... —aseguró contrito—. Te respeto y te aprecio. Me abriste las puertas de este lugar cuando no me quedaba nada, cuando nadie me habría dado ni las sobras. Confiaste en que no era un traidor, en que no dañaría a tu gente, me acogiste de forma sincera y me ofreciste un propósito en la vida. Cambiaste mi destino aquel día y nunca jamás he dudado de tu capacidad para hacer lo mejor para todos nosotros.

—¿Pero? —Sabía que había alguno tras todas aquellas alabanzas.

—Pero está Gabriela. Es tu compañera. Tienes que concentrarte en ella. No voy a robar tu posición de alfa, incluso si la deseo. Cuando este tiempo de prueba concluya, te devolveré tu sillón y esperaré el momento adecuado. Quiero que te vayas tranquilo, sabiendo que trataré de hacer lo mejor para todos los implicados en esta guerra.

—Nunca he tenido dudas al respecto. Ni entonces ni ahora. Considero que tu decisión de proteger a Hope es acertada, pero si quieres el consejo de un viejo con un puñado de experiencia, delega en otros. Tenemos buenos hombres y mujeres capaces de llevar a cabo esa tarea y, como alfa en funciones, será mejor que te concentres en la visión general y no solo en un

problema concreto. Nuestra seguridad depende de tu maestría como capitán del barco. No olvides que todas esas vidas de ahí fuera, desde este momento, están en tus manos.

Por un instante pudo ver la palidez del rostro de su centinela. Por muy preparado que estuviera, desconocía el peso absoluto de llevar una carga tan grande. No se trataba de dar órdenes, se trataba de proteger y luchar por el bienestar de todos los habitantes del complejo.

—¿A quién sugieres para cuidar de Hope?

—Piénsalo, lo resolverás solo. Alguien que no sea una amenaza para la pantera blanca que está tras los pasos de nuestra querida veterinaria. De lo contrario, sin importar lazos, lo destrozará. Nuestros animales se vuelven bastante insensibles cuando hay otros machos en torno a nuestras compañeras.

—¿Una mujer, entonces?

Ethan sonrió. Sabía quién sería el indicado para ello, pero no iba a pronunciar ni una sola palabra. Quedaba en manos del aspirante resolver de la mejor manera posible el problema.

No implicaba que fuera a mantenerse al margen. Observaría y cuidaría de su gente desde las sombras, pero también quería ver cómo se desenvolvía en el puesto. Sin olvidar que le iba a dar un respiro y tiempo suficiente para cortejar a su mujer.

Estaba deseando ponerse manos a la obra.

Y ahora Gabriela no iba a librarse del oso, de su deseo y de la necesidad de poseerla de forma completa.

CAPÍTULO 12

Gabriela estaba de vuelta en el complejo. Había surgido algún tipo de emergencia que les había obligado a volver antes de tiempo y aunque al principio había sentido un gran fastidio, pronto se dio cuenta de que no se trataba de que pretendieran molestarla directamente a ella, sino de que, realmente, había surgido algún problema serio que requería la atención de los hombres y la mujer que la habían acompañado.

Apenas alcanzaba a describir la emoción que le había producido aquel primer encuentro con sus osos. Desde el primer momento los había adoptado como propios y había anhelado poder llevarlos a su casa y mirarlos con lupa de cerca. Sin embargo, era consciente de que los animales salvajes precisaban de vivir en su hábitat en libertad, protegidos, pero libres. Sin involucrarse directamente en sus vidas u ocasionarle algún cambio artificial en su modo de supervivencia.

Iba caminando hacia el edificio de apartamentos cuando tres adolescentes la atajaron, interfiriendo en su camino. Sus caras le resultaban conocidas, pero no logró ubicarlas. ¿Se los habrían presentado con anterioridad o tan solo se habría cruzado con ellos?

—Hola —dijo el más alto de los tres. Tenía el pelo rubio, casi blanco, y unos ojos azules que le recordaban a un lago helado—. ¿Has disfrutado de la excursión, Gabriela?

—Sí, gracias —forzó una incómoda sonrisa. Le provocaba cierta inseguridad el hecho de que todos los habitantes del lugar supieran quién era, mientras que ella desconocía tanto nombres como cualquier tipo de información respecto a ellos—. ¿Vivís también aquí?

—Se puede decir así. Somos los guardianes de los pequeños, nos

conocimos cuando llegaste —añadió un segundo. Estaba claro que eran hermanos, se parecían tanto que de no ser por las diferencias en el tono de sus respectivos cabellos y ojos, podrían haber pasado por la misma persona—. Somos únicos y muy queridos aquí, ¿sabes? Incluso tú vas a desarrollar una auténtica debilidad por nosotros. Somos completamente irresistibles.

La miró con buen humor y algún tipo de broma desconocida que les producía gran diversión.

—Damian y Aedan, dejad de molestarla —gruñó el tercero, más serio y con gesto contrito. Aunque era evidente que no tenía más de quince o dieciséis años, se mostraba más educado y sereno. Había cierta sabiduría en las profundidades de sus ojos castaños que le daban paz y confianza—. Soy Max y estos dos idiotas mis hermanos. Lo siento por sus malos modales.

—Solo queremos conocerla, señorita —informó el primero que había hablado—. Especialmente ahora que sabemos que eres la novia de nuestro alfa.

—¿Alfa? —se interesó curiosa. ¿Sonaba salvaje o solo era una percepción personal?

—Claro. Ethan. Nos dirige a todos con mano firme —aseguró el rubio.

—Y pone todas esas estúpidas normas sobre cam... —se quejó el segundo, que fue interrumpido por un codazo de su hermano Max en el estómago antes de que terminara su enunciación.

—Solo queremos darle la bienvenida y decir que si necesita un guía, nosotros podríamos ayudar —se apresuró a cortar Max—. Intentaré controlar a estos dos para que no se pasen con las bromas. Son buena gente, pero todavía tienen que madurar.

—Max es un alma vieja, de esas que tienen más años que matusalén. Solo porque ha encontrado pronto a su compañera, cree que puede darnos lecciones a los demás.

—Damian, cierra el pico —lo cortó el aludido—. No tienes ni puta idea de lo que hablas.

Había una postura violenta en el chico, sus ojos parecían haber enviado algún tipo de destello a modo de advertencia, como si estuviera a punto de perder el control y arremeter contra su hermano.

—Creo que debemos tranquilizarnos todos —trató de apaciguarlos—. Antes de nada, me gustaría que me explicáis quién es quién. Sé que aquí todos sabéis quién soy yo, pero me gustaría saber quiénes sois vosotros. Ya que parecéis tener cierto interés por echarme una mano con mi adaptación.

—Yo soy Aedan —pronunció el chico rubio con una sonrisa seductora. Cuando fuera unos años más mayor iba a detener muchos corazones. Tenía aspecto de rompecorazones, a pesar de su extrema juventud. Iba a ser un hombre peligroso, de eso no tenía dudas.

—Yo, Damián —levantó la mano el segundo—. De los tres, soy el más guapo, da igual que seamos trillizos y que no paren de insultarnos todo el tiempo.

Max puso los ojos en blanco.

—Nadie te insulta.

—¿Diciéndome que me parezco a ti? Ya lo creo que lo hacen. Eres el más feo de los tres.

—Niños, niños —los cortó Aedan con tono jocoso—. Estamos poniendo nerviosa a la señorita.

—No os preocupéis por mí —aseguró Gabriela—. Estoy bien.

—Pareces un cervatillo cegado por las luces de un coche en plena tormenta nocturna de nieve —incidió de nuevo el muchacho—. No te preocupes, no somos tan malos.

—Solo tienen una facilidad especial para sacar a los adultos de sus casillas. —Esa voz logró paralizarla por completo. Llevaba todo el día

ansiosa por encontrarse con él y, debido a las circunstancias, había resultado imposible.

—Ethan —murmuró, probablemente nadie se había dado cuenta de la manera en que lo había pronunciado. Casi sin aliento y totalmente arrebolada. Ese hombre le provocaba un montón de sensaciones, especialmente ahora que se sentía tan avergonzada después de su rechazo matutino. ¿Cómo iba a volver a mirarlo a la cara?

—Vamos, jefe. No es para tanto. Solo estamos pasando el tiempo con la dama y cuidándola para ti —aseguró Damian—. Aquí es como una cachorra más, ¿no te parece?

Ethan miró al niño con fijeza y negó suavemente con la cabeza.

—No tenéis remedio. ¿Habéis terminado vuestras tareas?

—Hemos hecho la ronda —aseguró Aedan.

—He acostado a Marisa, le ha costado quedarse dormida. Está emocionada por la excursión de mañana. —Max frunció el ceño, a nadie en concreto, tan solo a su propio pensamiento. Parecía estar dándole vueltas a alguna idea que lo inquietaba.

—No te preocupes, muchacho. No pasará nada. Los pequeños merecen un respiro y van a estar bien cuidados.

—Aún así me gustaría formar parte del equipo de extraescolares —expuso con inquietud—. Podría mantenerla a salvo.

—Max —pronunció Ethan con seguridad—, Gabriela y yo vamos a acompañarlos. No te preocupes.

El gesto del chico se relajó un grado, estaba claro que confiaba en aquel hombre plenamente, lo que le produjo una extraña sensación a Gabriela en el estómago. Si generaba ese tipo de emoción en aquellos que lo rodeaban, era por algo. ¿Sería posible confiar en un hombre? ¿Otra vez?

Cerró los ojos y contuvo el aliento, fue apenas un instante y estaba segura

de que ninguno de los hombres se había dado cuenta, pero necesitaba meditar en los sucesos de los últimos días, en cómo iban desarrollándose los acontecimientos y cuál era el lugar que iba a ocupar en el complejo, al menos durante el tiempo que estuviera allí. ¿Qué quería ser para Ethan? Y sobre todo, ¿qué esperaba que fuera aquel maravilloso espécimen masculino para ella? ¿Una aventura pasajera? ¿Una relación duradera? ¿Un amigo? No estaba segura de nada, tan solo de que sentía un inexplicable deseo de arrancarle la ropa y perderse en su cuerpo.

No era un modelo de belleza, pero estaba en forma y todo él era ejemplo de lo que una mujer deseaba en una pareja: fortaleza, sensibilidad, cordura... Cosas que, probablemente, ella no poseía, pero que admiraría en un compañero.

—¿A dónde es la excursión? —preguntó tratando de cambiar el rumbo de sus pensamientos.

—A una fábrica de chocolate —comentó Aedan con fastidio—. Yo quería ir, pero solo es para los pequeños.

—Tú tienes que controlar tu ingesta de azúcar, antes de que tengamos que volver a hospitalizarte —acotó Max con preocupación.

—Bah, eso no fue nada —se encogió de hombros restándole importancia—. Te preocupas demasiado.

El gesto de Damian se tornó más serio, demostrando que también había preocupación en él, a pesar de su corta edad y su tendencia a la socarronería. El cariño por su trillizo era más que evidente, lo que le produjo una inesperada calidez.

—No volverá a pasar —aseguró Ethan—. Ahora que conocemos su situación, podemos prevenir. —Concentró su atención en Max durante un instante—: Marisa estará bien, tienes mi palabra.

El adolescente asintió conforme y se giró haciéndoles un gesto a sus

hermanos.

—Vámonos, el jefe querrá estar a solas con su invitada.

—¿Quieres venir con nosotros a explorar mañana cuando vuelvas de la excursión? —preguntó Damián con una sonrisa—. Te cuidaremos genial y conocemos muy bien los alrededores.

Aedan asintió vehemente.

—Y sabemos todo lo que hay que saber sobre osos polares —le guiñó un ojo—. En serio.

Gabriela sonrió. Parecía una oferta genuina, a pesar del tono cómico que adornaba cada palabra de los tres chicos.

—Me lo pensaré —contestó tratando de parecer tan ligera como ellos—. Puede que sea yo quien os enseñe un par de cosas sobre osos y el entorno —les guiñó un ojo y los vio marchar.

Las carcajadas resonaron en la oscuridad de la noche, dejando atrás su estela.

—Son buenos chicos —le aseguró Ethan, tomando su mano en una leve caricia—. Bromistas, pero puedes confiar en ellos. Y son buenos exploradores, conocen la zona, han nacido y crecido aquí, aunque personalmente preferiría que me concedieras a mí el honor de ser tu guía. He delegado la dirección del complejo en uno de mis centinelas, Thorn, así que ahora sí voy a tener ese tiempo libre del que te hablé. Me gustaría que pudiéramos empezar de nuevo y que perdones mi ausencia de hoy.

Su corazón empezó a latir de forma apresurada. En la intimidad de la noche, con el silencio rodeándolos y el frío al que ya empezaba a acostumbrarse picándole la nariz, lo vio bajo una nueva luz. Había vulnerabilidad en su mirada, arrepentimiento y esperanza. ¿Deseaba estar con ella o tan solo era una imposición? Le gustaría poder leer su mente, ver con certeza que no era un estorbo o alguien que le habían endilgado.

—¿Has podido resolver el problema? —se interesó.

—En parte, sí. No es algo que vaya a esfumarse de la noche a la mañana, pero vamos por el buen camino —sonrió con gratitud—. Gracias por preocuparte, Gabriela.

—No me gustaría que nada malo sucediera a esta gente, es un lugar magnífico y los niños...

—¿Qué pasa con los niños?

—Nada. Miranda me ha contado que muchos de ellos son huérfanos, que han perdido a su madre, padre o a los dos. ¿Cómo es posible? ¿Y por qué aquí?

—Nos ocupamos de los nuestros.

Y esa parecía ser explicación suficiente para él, aunque en su caso, tan solo veía una minúscula punta del iceberg. Le gustaría estar al tanto de los entresijos de aquel lugar, sin embargo, era consciente de que no era más que una visitante ocasional.

¿Entonces por qué ese sentimiento de decepción? Apenas acababa de llegar y ya quería formar parte de aquella gran familia. Como si fuera una más, ansiaba pertenecer a algo, a alguien. En casa, si es que podía llamar así a Tres Deseos, estaba tan sola que no lo echaba de menos. Se había sentido mejor aquí en las últimas cuarenta y ocho horas que durante el resto de su vida. Quizá de ahí que aquel sentimiento incómodo se hubiera instalado profundamente en su pecho.

—¿Es cierto que puedo convivir con Mickey? Ese pequeño lobo me ha robado el corazón, Miranda me comentó que podría compartir piso conmigo, pero no sé si te parece bien que me entrometa.

La inseguridad hizo acto de presencia en ella, no sabía muy bien cómo comportarse alrededor de aquel hombre que tanto le gustaba y que le hacía desear cosas que no debería. La vida en pareja no estaba hecha para ella,

como ya había quedado demostrado en ocasiones anteriores.

Pero era una buena compañera para los animales, estaba acostumbrada a ellos y sabía cómo tratarlos. Los humanos le resultaban mucho más complicados.

—Hemos hablado sobre esa posibilidad, pero no queremos que suponga una imposición. Si no estás segura, puedes decir no.

—Por favor, me encantaría tenerlo a mi lado. Añoro a mis pequeños, me vendría bien.

Había empezado a sentir nuevamente el peso de la soledad, una vez pasado el flujo emocional inicial.

—Si lo deseas, tuyo es. No va a ser fácil. Apenas es un cachorro, va a mordisquear tus zapatos y destruir los muebles, seguramente saltará encima de ti en medio de la noche cuando se asuste, no te dejará dormir bien y tendrás que ocuparte de su comida. No es un perro, no come nada que se parezca al pienso, de hecho su dieta es bastante especial, pero si estás completamente segura, te ayudaré. Estoy a un tiro de piedra, solo necesitas cruzar el umbral de la puerta y puedes llegar a mí. Hemos pensado que será una buena terapia para ambos. Así no te sentirás tan sola aquí y él podrá tener alguien en quien confiar. Le hizo mucho bien cuando estuvo en tus brazos la última vez.

—Puedo arreglármelas con un pequeño lobo. He tenido hasta un elefante a mi cargo.

—¿Elefantes? —inquirió el hombre con sorpresa.

—Exacto. Y estaba haciendo planes para reubicar a un oso. Ha trabajado en un circo durante la mayor parte de su vida, pero tiene cáncer, así que necesitan un lugar para que pase sus últimos días o directamente lo sacrificarán. Fue difícil tomar esta decisión, dejarlo atrás, por suerte Duncan me aseguró que iba a buscar una solución para él.

—¿Mi hermano?

Gabriela asintió. La pregunta del hombre no denotó ningún tipo de emoción positiva o negativa, tan solo una genuina curiosidad.

—¿Te sorprende?

Ethan negó mientras sonreía. Aquel hombre era tan real, sus ojos brillaban con cada una de sus emociones, se sentía cómoda con él, su cercanía le daba una gran paz.

—Puede que a otros le sorprenda el blando interior de mi hermano, pero yo lo conozco mejor que eso. Ha perdido mucho, los dos lo hemos hecho, pero ese afán protector que se empeña en disimular siempre ha estado ahí. En realidad, no somos tan diferentes.

El hombre se quedó pensativo, como si estuviera barajando algún pensamiento que le hacía darle vueltas a alguna interesante cuestión.

—¿Todo bien?

—Bien, Gabriela. No te preocupes. Solo imaginaba cómo sería este lugar, si Duncan se trasladara aquí con su familia. Sería un sucesor estupendo.

Negó, como si ya estuviera desestimando la idea.

—¿Y por qué no se lo pides?

—No puedo. Es complicado, sobre todo por él. Entiendo que no quiera volver a pisar Alaska en lo que le queda de vida. A veces, yo mismo querría darle la espalda a todo esto y perderme muy lejos. Quizá en un país cálido como el tuyo —comentó con tono ligero—. Cuando vas mayor, el frío se te mete en los huesos.

—¿Mayor? No lo eres.

—Ya no soy ningún muchacho, pequeña.

—Ni yo una muchachita ingenua, ¿y qué? Eso no nos convierte en un par de viejos —se encogió de hombros—. Todavía nos faltan muchas cosas por hacer.

—Me gusta escucharte hablar así.

La miró con deseo, parecía que siempre estaba presente entre los dos. Latente, colgando fuerte y preciso entre ambos.

—Solo digo lo que pienso.

—Me gusta cómo piensas y me gustas tú.

¿Había algún tipo de declaración implícita?

—Siento el ridículo que hice esta mañana. —¿Acaso se había vuelto loca? ¿Y si no se había dado cuenta de su torpe intento de seducirlo?—. En serio, no sé qué me pasó. Deben ser mis revueltas hormonas... o algo así.

—No hiciste el ridículo y no lo siento. Ojalá pudiera haber aceptado tu ofrecimiento, pero aún no estás lista para mí. No quiero una aventura, quiero más y estoy dispuesto a esperar hasta que me veas como algo más que alguien con quien podrías pasar un buen rato.

—¿A qué te refieres?

—Lo quiero todo contigo. La escena completa. Quiero la pasión, Gabriela, tu cuerpo, pero también tu ternura, tu compañía, tu corazón. Poseerte en cuerpo y alma y, quizá algún día no muy lejano, hacer mi vida a tu lado.

—Te has vuelto loco, apenas nos conocemos.

—Lo sé, por eso no he hecho un movimiento aún. Quiero que sepas lo que puedo ofrecerte antes de hacer mi oferta. Créeme hay mucho de mí que desconoces, cosas que no sé si vas a poder aceptar.

Había una pequeña chispa de miedo en su tono de voz.

—No soy mujer de relaciones estables. —Y eso no podía haber sonado peor. Estaba empeorando las cosas cada vez que abría la boca—. No me refiero a que vaya con un hombre cada noche o algo así... Dios, mejor me callo antes de que diga algo que termine para siempre con nuestra amistad.

—Quiero más que amistad.

—¿Y si no puedo darte más?

Ethan la atrajo a sus brazos con una inusitada ternura. Nadie la había

abrazado así antes, quizá su madre en un tiempo que apenas recordaba, pero el resto la había mantenido a distancia.

Cerró los ojos, permitiéndose sentir.

—Te veo —susurró Ethan en su oído—. Veo la magnífica mujer que eres. Por fuera preciosa, pero por dentro... espectacular. Puede que no sepa cuál es tu color favorito, qué comida odias o si eres alérgica al pelo de gato, pero conozco tu esencia y te deseo. Deseo reclamarte como mía, una parte de mí grita que te atrape entre mis brazos y no te suelte jamás.

—¿Y si cuando descubras todo sobre mí, te das cuenta de que no puedo ofrecerte lo que deseas? ¿Y si no soy suficiente?

Una oscuridad desconocida atravesó los ojos del hombre cuando sus miradas se encontraron.

—Jamás pienses así. Eres sublime, perfecta, porque en tu singularidad está lo mejor de ti. No hay nadie que se te parezca, nadie que pueda ocupar tu lugar en este mundo.

—Nadie es imprescindible.

—Es cierto, pero también lo es que nadie puede sustituirte. Cuando una persona se va, deja un vacío en las personas que la quieren y nadie, no importa quién sea ni qué cualidades posea, puede hacer que ese ser se desvanezca completamente. Confía en mí, sé de lo que hablo.

Gabriela lo miró, ojalá supiera más cosas sobre él, porque quería mandar a la mierda todos aquellos obstáculos que le impedían avanzar en aquella dirección y entregarse tan abiertamente como él pedía.

—Ojalá pudiera eliminar mis miedos.

—Hazlo. Dime qué temes y te diré que podrás aferrarte a mi mano y hacer a mi lado el camino. Juntos afrontaremos a cualquier tipo de oscuridad que se alce ante nosotros. No lo harás sola, porque yo estaré a tu lado, si me lo permites.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque hay una parte de mí, puro instinto, que ha sabido desde el primer minuto en que posé mis ojos sobre ti, que eras mía. Te reclamó y, sin importar nada más, va a hacer cualquier cosa que esté a su alcance para seducirte y atraparte.

Debería estar asustada ante aquella declaración, pero lo cierto era que la hacía sentir satisfecha, segura, enraizada.

Al fin pertenecía a algún lugar, después de tanto tiempo.

—¿Es tiempo de confesiones?

Ethan sonrió.

—Solo si quieres que empecemos aquí mismo a revelar cada uno de nuestros secretos.

—No tengo demasiados —le aseguró—. Soy vegetariana algunos días, aunque de vez en cuando me gusta tomar carne, lo sé es una contradicción, la mayor parte de la gente piensa que estoy loca, pero no lo estoy. Me fascinan los animales, compartir mi vida con ellos, facilitar su tránsito entre este mundo y el que llega. Siempre acojo mascotas enfermas, viejas o abandonadas. El primer cachorro que esté a mi lado será Mickey, si es que llega a convertirse en mi mascota, para mí son amigos, familia más que cualquier otra cosa. Soy adicta a ciertos pasteles, aunque no soy golosa en exceso. El azúcar me pone frenética y no puedo tomar café, si quiero parecer una persona normal y no algún tipo de loca histérica. Mi color favorito es el verde, como la naturaleza viva, y odio los extremos en cualquier contexto.

Había soltado una larga parrafada en la que había ofrecido información sin importancia. No cambiaría la percepción que tenía de ella por mencionar algunas de sus excentricidades.

—¿Mi turno? —inquirió con una divertida sonrisa Ethan. Extendió su mano y empezó a enumerar algunos de sus defectos—. Veamos. Soy carnívoro

hasta el exceso, no tomo suficiente verdura según mi médico, adoro el azúcar y todo tipo de dulces. Soy un hombre de contacto, necesito abrazar y que me abracen, me reconstituye y me da fuerzas cuando estoy agotado de luchar. Creo en la comunidad, con lo que trato de mantener a salvo a aquellos que están bajo mi ala, bien sean humanos o no. No tengo un color favorito, aunque estoy de acuerdo contigo en que el verde es una buena opción. Creo que la política hace daño a las personas sencillas, que se equivoca en sus términos y, sobre todo, en la manera de aplicarlas a la sociedad. Imperios enteros han caído por culpa de sus gobernantes, por ello, a pesar de mi posición actual, lucho con intensidad por ser a ojos de mi gente tan solo uno más. No tengo mascotas, pero convivo día a día con todas las criaturas del complejo y, si pudiera, acabaría con todos los circos y zoos del mundo. Hacen más mal que bien a nuestra fauna. Opto por los espacios abiertos y los parques naturales que permiten vivir a aquellos animales protegidos en semilibertad. A nadie le gusta estar encerrado en una jaula y menos a un animal salvaje. Sufro por ellos cada vez que me veo atrapado en algún tipo de evento que supone que tenga que hacer frente a un encuentro entre animales salvajes domesticados. No es normal y no puedo aceptarlo —negó con pasión—. Tengo muchos defectos y mal humor cuando me despierto por las mañanas. Vas a tener que acostumbrarte a ello, Gabriela.

—Somos diferentes. Eres un hombre con don de gentes y yo una solitaria.

—Nos complementaremos a la perfección, te lo garantizo —le aseguró—. ¿Hay algo más que quieras contarme antes de que te lleve a cenar?

Pensó un momento en ello. Podría decirlo ahora y acabar de una vez por todas con todo el mundo de posibilidades que se abría ante ella, pero no lo hizo. Todavía no, quería disfrutar de la sensación de aquel hombre antes de derribar la torre de un plumazo.

—No, por ahora es todo. ¿Y tú?

—Todavía no es el momento adecuado —concluyó—, pero llegará muy pronto. No hay nada que quiera ocultarte y si algo no te lo digo directamente, es porque no quiero que salgas corriendo y sufras algún accidente.

—¿Tan malo es?

Ethan la miró pensativo.

—Depende de ti.

—Pienso lo mismo. Hay algo que no te he contado, depende de ti aceptarlo o no y no estoy lista para confesar aún.

—Bien. La confianza es un bien preciado que necesita tiempo y tenemos todo el del mundo.

Posó su mano en la parte baja de la femenina espalda, lanzándole una llamarada de calor que se dirigió a cada diminuta parte de su ser y la guio hacia el edificio del alojamiento.

—Permite que esta noche cocine para ti.

—Si tus cenas son tan deliciosas como tus desayunos, estoy impaciente por probarlas.

—¿Algún problema con que sea carne?

—En absoluto, Ethan. Siempre y cuando esté rico... —bromeó ella.

—Todo lo que yo te haga, te gustará —decretó un poco pagado de sí mismo.

Y por algún extraño motivo le agradó su muy elevado ego. La hacía sentir mejor que bien y le daban ganas de reír.

—Estar a tu lado va a ser todo un show —comentó.

—No lo sabes bien. Y el espectáculo acaba de comenzar.

Gabriela solo esperaba que no terminara demasiado pronto.

CAPÍTULO 13

Hope escuchó voces desde la sala de recuperación en la que se había quedado dormida mientras vigilaba el progreso del alce. Aún continuaba fuera de combate tras la intervención, llevaría un tiempo despertarlo, querían asegurarse de que el animal no sufriera. No había sido tan grave como pudo parecer en un primer momento, aún así, habían estado sus buenas dos horas en el quirófano y Frank, como siempre, había hecho magia con sus manos. No se cansaba de observarlo trabajar, quizá algún día pudiera llegar a ser la mitad de buena que él.

Se levantó, comprobó las constantes vitales de su paciente y salió al pasillo. Frank y otro hombre tenían algún tipo de discusión en su despacho. La voz del visitante no le resultó conocida y se preguntó, con cierto resquemor, qué estaría haciendo allí. ¿Quizá dueño de alguna mascota que habría traído con alguna dolencia? ¿O uno de aquellos vecinos que habían montado una especie de liga con la única intención de cerrar la clínica?

—No voy a hacerlo. Te lo he dicho, voy a mantener las distancias. Solo necesito que tú la vigiles, eso es todo —dijo el desconocido. Más pareció una orden que una petición, en un tono tan autoritario que dudaba que lograra algo de su jefe. Frank era un quesito, por las buenas lograbas cualquier cosa de él, pero ¿por las malas? Tenía un genio de muy señor mío.

—Te has vuelto loco, muchacho. La has marcado delante de todos nosotros y ahora te largas, sin más. ¿Sabes en qué posición deja eso a esa pobre mujer?

Hubo un intenso silencio, antes de que el otro respondiera tras un suspiro.

—Van a venir a por mí. No puedo hacerle eso. Sin embargo, tú puedes...

—Me pides demasiado, sobrino.

—No te he pedido nada jamás —escupió con desagrado el desconocido.

—Haría cualquier cosa por ti. Bien sabe Dios que te lo debemos. Te lo debo. Pero es tu compañera, Devin, por lo que más quieras. No puedes largarte sin más. Si la dejas sola...

—No pasará nada. Estará mejor sin mí. No es como nosotros.

—No, no lo es —concordó el hombre.

Hope se sentía una intrusa allí parada escuchando, sin entender muy bien el tema de conversación. Había disgusto en la voz de su jefe cuando accedió a hacer lo que quiera que su sobrino, según sus palabras, le hubiera pedido.

—Está bien, me voy a ocupar de que esos malnacidos no le hagan daño. La vigilaré todo el tiempo que pueda, pero al final, vas a tener que tomar todo el asunto en tus manos.

—Ethan enviará a alguien para que la cuide, pero...

—Al parecer confías en tu viejo tío, ¿eh? Después de tantos años de rechazo.

Un gruñido más animal que humano llenó la estancia, Hope se apresuró a hacer su acto de presencia.

—Buenas noches, Frank. ¿Todo bien?

Los dos la miraron incrédulos, como si no la esperaran. Su jefe asintió vehemente y señaló al desconocido, que no era tal, era el mismo hombre que esa tarde había visto en el escenario del crimen. Ahí mismo, vestido con unos vaqueros oscuros y una camiseta térmica también negra, se elevaba enorme ante ella, cortándole la respiración y nublándole el habla.

—Este muchacho maleducado es Devin, mi sobrino. —Miró al hombre e hizo un gesto con la cabeza en su dirección—. Hope, mi mejor veterinaria. —Miró de uno a otro y sus ojos brillaron un instante—. Voy a comprobar cómo lo está haciendo nuestro chico. ¿Puedes entretener a nuestro visitante un momento por mí?

Hope se apresuró a asentir, aunque no se dio cuenta del momento en que Frank abandonó el lugar, no podía dejar de mirar fijamente al hombre más joven.

Era mucho más alto que ella, su piel más oscura que la suya y sus ojos brillaban en un tono dorado, con tendencia al verde, que le llamó la atención recordándole algo o alguien que no lograba ubicar y que desapareció tan rápido como lo había vislumbrado, volviéndose oscuro, un poco siniestro y, desde luego, muy misterioso. Todo su cuerpo estaba tenso, como si le pusiera nervioso estar a su lado y se tapaba la boca y la nariz de modo discreto con una mano. ¿Tan mal olía?

Se obligó a mantenerse quieta, en vez de levantar el brazo para controlar si su olor corporal era adecuado o no.

—Así que Frank es tu tío, ¿eh? No sabía que tuviera sobrinos. ¿Tienes más hermanos?

—No —su voz sonaba ronca, profunda. A pesar de lo escueto de su respuesta le produjo una inesperada reacción de deseo. Justo lo que había esperado sentir con su ex, que ni siquiera había hecho acto de presencia en su mínima expresión.

—Tampoco tengo hermanos —dijo sin saber muy bien de qué tema hablar—. ¿Vives por aquí?

—Sí.

—Mmm. Yo también.

—Lo sé —confirmó él, dio un paso en su dirección sin hacer ni el más leve ruido, sin embargo se detuvo antes de llegar a rozarla. Podía sentir su cálida presencia, tuvo que elevar la mirada para poder ver su rostro y se le quedó atascada la respiración en la garganta—. Te he visto en el complejo.

—Sí, suelo hacer la ronda una o dos veces por mes.

—Lo sé —aseguró con una sonrisa que iluminó su rostro de forma

indescriptible. ¿Por qué sentía esa atronadora necesidad de tocarlo? Cerró su mano en un puño, con fuerza, luchando para no moverse y mandar a la mierda la buena educación. ¡Quería un pedazo de ese hombre! Notaba cómo su pecho subía más deprisa, ¿por los nervios? ¡No! Todo era deseo. Uno descarnado y salvaje. Quería arrancarle la ropa allí mismo, desnudarse y pedirle: tómame, por favor, desconocido, hazme tuya hasta que me olvide de mi propio nombre.

Enrojeció. Sintió el calor iluminando sus mejillas y buscó un punto neutral justo detrás de él en el que fijar su atención para lograr recuperar el control de su propio cuerpo.

—Nos vimos esta mañana, ¿verdad?

El hombre asintió.

—A lo mejor coincidimos otra vez...

Devin se apresuró a negar.

—No. Me marcho esta noche.

—Oh —aquella información fue algún tipo de tortazo directo a sus ilusiones y esperanzas. Su celibato iba a durar un poquito más—. Vaya. ¿Por algún motivo en especial?

—Tengo un asunto pendiente —expresó sin dar ningún tipo de información.

—¿Volverás pronto?

Él la miró y empezó a negar, pero un instante después pareció cambiar de idea.

—Puede que antes de lo que yo esperaba.

Hope quería decir algo más, atraparlo allí, pero él ya se dirigía a la puerta.

—¿Volveré a verte?

Qué sutil...

—Cuenta con ello —prometió, rozando su mano de forma descuidada al

pasar a su lado—. Cuídate, Hope, y ten precaución. No sabemos quién puede estar ahí fuera vigilando nuestros pasos.

—Cuídate tú también.

«Bésame» suplicó en silencio, pero la petición no llegó a ninguna parte, porque cuando quiso darse cuenta, él ya no estaba. La había dejado sola y ansiosa por obtener un pedazo de él.

«Ese tipo juega fuera de tu liga, cariño. Vuelve a los tipos seguros que pueden darte lo que necesitas. Compañía, familia y un hogar».

Eso era todo a lo que ella podía aspirar.

Devin quiso golpearse con algo la cabeza. A pesar de que había percibido el aroma de Hope, no se había dado cuenta de que estaba tan cerca. Aquel encuentro entre los dos nunca debería haberse producido. Había puesto en peligro su determinación para hacer lo que debía ser hecho. No estaría en su sano juicio, si permitiera que un alma inocente se viera atrapada entre fuego cruzado. La guerra abierta entre la población de cambiantes no tenía nada que ver con los humanos y nunca jamás deberían haberlos dejado intervenir en primer lugar.

Si hubieran sido inteligentes, su raza se habría emparejado solo entre su misma especie, dejando que el mestizaje se perdiera con el paso del tiempo. Los viejos errores enterrados y aplastados con el devenir de la historia.

Alguno pensaría que su raza era un atentado contra los mismos cimientos de la existencia, pero al menos sus padres habían sido conscientes de lo que estaban haciendo desde el primer instante. No había habido grandes revelaciones entre los dos. Su madre, pantera, su padre, tigre de las nieves.

Pertenecían a un mundo sobrenatural, con semejante procedencia, pero ¿y Hope?

Jamás, ni en sus más avezados sueños, podría imaginar que su jefe era un tigre blanco y los hombres para los que trabajaba en el complejo, convivían con el alma de un animal que, con frecuencia, exigía salir y permitir que sus más bajos instintos se vieran saciados. ¿Cómo sería la conversación entre los dos, si se permitiera llegar más lejos? «Soy Devin y soy una pantera blanca. Una rareza de mi especie, porque mi padre era un jodido tigre blanco que murió a manos de su propia familia. Mi abuelo era un hijo de puta de cuidado y mis tíos, a excepción de Frank, también. Porque sí, ese hombre que conoces desde hace unos cuantos años, tampoco es lo que parece. Le gusta tumbarse al sol a calentarse el pellejo, es promiscuo, porque esa es la base de nuestra especie. No posee concubinas, porque hizo un voto de respeto para mi madre y mi padre muertos, ¿y si no lo hubiera hecho? Probablemente sería tan cabrón como todos los demás. Y tú, pequeña humana, has caído en las garras de un depredador que tiene que recordarse al menos cien veces al día que no puede darte el bocado que se muere por dar y probar tu único y especial aroma. Eres mía, porque el destino así lo ha decidido, y porque mi bestia te ha reclamado. El hombre solo puede rendirse a sus exigencias de amarte, porque esta lucha constante a la que me autosometo por propia voluntad me está desgarrando el alma. Te necesito, Hope. Animal, bestia y hombre. Todo lo que soy clama por una pequeña probada de tu cuerpo».

Sin pensar en ello, saltó hacia la copa de un árbol y se enredó en las ramas. Debería marcharse de allí tan rápido como pudiera, pero la compulsión de permanecer cerca era tan fuerte, que se permitiría unas cuantas horas más. Al menos tiempo suficiente como para poder garantizar que regresaría a su casa a salvo.

Frank permaneció en las sombras observando. Sabía que había hecho una jugada traicionera y que su sobrino iba a tardar en perdonarle aquello, pero él había sido quién había dado el primer paso del reclamo y, una vez hecho, no podía ser retirado. Si lo sabría bien...

Cerró los ojos apenas un instante paladeando la tristeza de su propia pérdida. La muerte de su hermano había sido un desperdicio total, era un buen hombre que había propuesto un mundo mejor para su pueblo, que le habría permitido abrazar sin problema su propio destino. Había sido tan ingenuo por aquel entonces...

Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo, obligándose a regresar al presente. Hacía tiempo que Clara se había alejado, poniendo tierra y mar de por medio y había sido lo mejor para los dos. Ya no merecía la pena pensar en lo que pudo ser y jamás sería. Ahora era el tiempo de Hope y Devin y, si había algo que pudiera hacer para resolver aquel lío, llegaría hasta las últimas consecuencias para llevarlo a cabo.

Debían estar juntos, sin importar quiénes y qué fueran. ¿Humano? ¿Cambiante? El amor no entendía de etiquetas y, le costara lo que le costase, iba a meterle esa idea en la cabeza a su sobrino. Si tenía que ser a base de golpes y dolor, que así fuera.

—Necesito pedirte un favor —pronunció en el teléfono, tras presionar el botón de llamada directa.

—Te costará caro —recordó la voz del otro lado—. Como siempre.

—No voy a darte a mi primogénito, Luke —bromeó.

Pudo sentir el momento en que el otro rodó los ojos, aunque no podía verlo, y soltó el suspiro que estaba conteniendo, seguramente cansado de que todos presupusieran gilipolleces sobre él y sus peticiones. Era un negociador

nato y sus contratos no tenían lagunas. Si había una salida, era porque él mismo la había ideado de esa manera y, normalmente, no era fácil. Había que hacer algo muy grande para desentenderse, una vez realizado el acuerdo.

—Como si fueras capaz de engendrar un pequeño bastardo con alguna de tus muchas amantes de usar y tirar. No me interesa tu especie, no podría sacarle partido en mis dominios...

—No nos descartes tan fácilmente, viejo amigo.

—No somos amigos, tigre. —le recordó.

Y era cierto, ese malnacido no podía tener ninguno. Nadie se fiaría de él lo suficiente como para poner en sus manos la confianza. No por nada era el traidor por excelencia de la creación.

Sin embargo, se podía confiar en su palabra, una vez que conseguías arrancársela. Tarea nada fácil.

—Necesito unir una pareja.

El otro soltó un exabrupto.

—No soy una puta celestina.

—Cualquiera lo diría. Según me han hablado de tus hombres...

—Una coincidencia.

—No existen y los dos lo sabemos —aseguró con confianza.

—No tengo todo el día. Haz una propuesta seria o no lo hagas, sea lo que sea, me debes algo solo por las molestias.

—Mi sobrino ha roto el tratado. Se ha ensuciado las garras con sangre humana.

—No soy la persona indicada para castigarlo, como bien sabes. No es responsabilidad mía ocuparme de tu ley. Acudiste al otro lado, ¿o acaso lo has olvidado?

—Por eso quiero pactar contigo. Si aviso a Gabriel, Devin estará perdido. Quiero emparejarlo no matarlo.

—Créeme, la muerte es mejor que la vida en pareja. —Una voz femenina sonó muy irritada al otro lado del teléfono. La voz del líder del averno bajó de tono y no pudo entender lo que pronunció, pero supuso que estaría tranquilizando a su mujer. Si él se había emparejado, estaba claro que cualquiera podría hacerlo.

—¿Ya te arrepientes de haber sentado cabeza?

—No estamos hablando de mi vida sentimental.

—Envía a un grupo de tus hombres. Tres al menos, si quieres que tengan una oportunidad con mi muchacho, y monta el teatro. Te pagaré bien.

El silencio ocupó la línea durante sus buenos cinco minutos, incluso pensó que la comunicación se había cortado.

—¿Seguro de lo que me pides? Me da igual que sea tu sobrino y me importa una mierda que no sea real, si me pides que sea retenido y castigado, lo será. Y créeme cuando te garantizo que me saciaré con él. Últimamente he perdido demasiadas oportunidades de divertirme.

—No lo matarás.

—¿Acaso has olvidado quién soy? —Había un halo de autoridad que le hizo guardar silencio. No convenía enemistarse con el señor de la oscuridad. Lucifer era una leyenda y se había ganado cada palabra de ella.

—Contén tu látigo. Lo necesito entero y dispuesto para la unión en un tiempo prudencial.

—En mi humor actual, te costará mucho más caro.

—Pon el precio.

—Un año de servicio. Sin preguntas ni posibilidad de rescisión de mi contrato.

—¿Un año? No puedo abandonar la clínica tanto tiempo. Soy el guardián del núcleo neutral de los cambiantes, ¿sabes lo que provocará mi ausencia?

—No es mi jodido problema. Tómalo o déjalo, pero date cuenta de que si

ahora que me has dado esperanzas te echas atrás, voy a tomar mi revancha.

Frank pensó en aquellas palabras y se preguntó qué debía hacer. ¿Sacrificar un año de su vida para garantizar la felicidad de su sobrino o ser egoísta, una vez más, y pensar solo en sí mismo?

No había opción posible.

—Un año y ni un día más —aceptó.

—Tienes un trato.

Y la comunicación se cortó de forma abrupta.

Sabía que si Devin descubría su intervención en aquello lo perdería para siempre, pero no podía quedarse de brazos cruzados. No iba a hacerlo. Su hermano lo había perdido todo y era su misión en la vida garantizar que la próxima generación alcanzaba lo que a todos ellos le había sido negado por los pecados de sus ancestros. Puede que él hubiera tenido que darle la espalda al amor, pero su sobrino iba a aceptarlo con ambas manos, incluso si tenía que empujarlo al abismo y dejarlo caer hasta romperse todos y cada uno de sus huesos para que el buen sentido entrara de una vez por todas en esa dura cabeza suya.

Tendría que escribir un informe y dejar claro que Devin había actuado en defensa propia, de lo contrario, muy pronto los auténticos ejecutores estarían llamando a su puerta.

No podía ocultar los hechos, pero sí maquillarlos y era eso lo que planeaba hacer.

CAPÍTULO 14

—¿Por qué no está hecho el trabajo? —preguntó su desconocido jefe. Le habían llegado esa misma tarde las nuevas instrucciones, pero no se había visto capaz de dar el paso. Si alguien lo veía cometiendo allanamiento de morada y provocando un incendio, probablemente pasaría gran parte de su vida entre rejas. No era un loco, no le interesaba tanto el dinero, si tan solo su hermana no estuviera retenida en contra de su voluntad.

—Lo haré de madrugada, mientras duerme.

—¿Vas a quemar a tu novia? No te tenía por un ser sádico. No la quiero muerta, la quiero asustada, quiero que vaya directa a ti.

—Haré que salga antes. Una llamada de emergencia de la clínica bastará.

—Recuerda para quién trabaja —pronunció su empleador.

—Como si pudiera olvidarlo.

—No seas insolente. Haz tu trabajo y recibirás el pago prometido.

—¿Y mi hermana?

—Te dije que la sacaríamos de allí, ¿verdad? Te será entregada sana y salva, como solicitaste, una vez que terminemos nuestro trabajo.

—¿Cuándo será?

—Pronto —le aseguró, aunque no confiaba en ello. Llevaba al menos un par de meses tras la pista de su familia y, aún así, no había conseguido nada.

¿Y si había confiado en las personas equivocadas? Le daban miedo, si era sincero. Tenía ganas de que todo terminara y odiaba hacer daño a Hope, era su amiga. Había llegado a conocerla y era una buena persona, tan inocente como su hermanita y sus sobrinos.

A pesar de que no hubiera ningún tipo de chispa entre los dos. Nada sexual. Él había tenido cierto interés al principio, pero cuando la empezó a

conocer, no pudo imaginarse dando el paso, a pesar de que la había presionado intentando ir más allá, todo había sido parte de un plan minuciosamente detallado que había salido muy mal.

—No me decepciones —exigió cortante la voz del otro lado—. No te gustaría descubrir lo que le hago a los fracasados.

Tragó saliva audiblemente y pudo notar la siniestra risa, cuando se apresuró a colgar negándose a escuchar nada más.

Odiaba su papel en este sádico juego, pero no le quedaba más remedio que dar un paso adelante y cumplir con lo que le habían asignado.

CAPÍTULO 15

Su teléfono sonaba insistente, sacándola de un profundo y agradable sueño en el que disfrutaba de un delicioso cóctel en una paradisiaca playa y un hombre muy atractivo, terriblemente parecido al sobrino de su jefe, se recostaba a su lado mirándola con una emoción muy parecida al amor.

Gruñó, enfadada por la interrupción y se levantó con un gemido. La espalda la estaba matando, necesitaba hacer una visita al fisio para que volviera a poner todo en su lugar. Hizo una nota mental para revisar el estado de sus cuentas y suspiró, mirando la pantalla del móvil, buscando la identidad de la persona que estaba interrumpiendo su muy necesitado descanso.

Thomas McKenzie, exnovio adulator que la había dejado tirada, seguramente para irse con una mujer más fácil. Se preguntó qué había visto en él en primer lugar y por qué seguía insistiendo en contactar con ella. Total, las cosas entre los dos habían quedado lo suficientemente claras la última vez. No había nada que pudieran hacer para salvar lo que sea que hubiera existido entre ellos. Si es que había algo ahí.

—¿Qué quieres, Thomy, estoy durmiendo?

—Es una emergencia —dijo nervioso—. No sabía a quién recurrir. He atropellado a un animal, un perro, no sé de qué raza. Sangra mucho y apenas respira. Lo he traído a la clínica pero no hay nadie aquí, ¿puedes ayudarme?

—Mierda —maldijo mientras empezaba a quitarse la ropa de dormir y se ponía lo primero que encontraba—. Lo tengo, dame cinco minutos, estaré allí lo antes posible. No lo muevas, llamaré a Frank, intentaré contactar con él para que se reúna cuanto antes contigo.

—Gracias, Hope. Sé que me he portado como un cabrón contigo y, aún así, me ayudas en este momento de necesidad, no sé cómo podré agradecerte

que...

—Tengo que colgar, necesito contactar con Frank.

Cortó sin dar más explicaciones y pulsó el número de su jefe sin apenas pensar, maldijo cuando saltó el contestador automático.

—Eh, jefe. Soy Hope. Thomas me ha llamado, al parecer ha atropellado a un perro, desconozco la raza y todo tipo de datos sobre el animal, pero voy para la clínica. Si escuchas este mensaje a tiempo, reúnete allí conmigo, voy a intentar llamarte al busca también.

No había terminado de hablar cuando ya estaba haciendo la segunda llamada.

Masculló cuando no consiguió nada en absoluto y cogió el bolso, las llaves del coche, saliendo a toda prisa.

Tenía que apresurarse, porque salvar la vida de aquella criatura podría ser cuestión de tiempo.

Y no quería tener ni una sola baja en su turno.

Devin observó la forma apresurada en que Hope abandonaba su hogar. Había demasiado silencio en los alrededores y una extraña sensación lo llenaba de inquietud. Sus entrañas le decían que algo estaba a punto de suceder allí.

Su animal y él batallaron con esos profundos instintos, para acabar ganando la necesidad de seguir a la mujer para garantizar su seguridad. Solo iba a alargar su presencia un par de horas más, pero ella tiraba de él como un imán, atrayéndolo de forma imposible. No había posibilidad de que se librara de la intensa sensación de necesidad. Del ansia de mantenerla completamente a salvo.

Alguien había puesto sus ojos en ella. Ignoraba si McTavish o incluso

alguno de sus propios perseguidores, pero no podía perder el tiempo. Se aseguraría una última vez y después permitiría que su tío Frank, un guardián por profesión y designio de las altas esferas, se ocupara de las labores de guardaespaldas. No había nadie mejor que él para asegurar su protección.

Miró una última vez la casa, con esa insistente sensación imprimiendo inquietud en las células de su gatuno cuerpo, y siguió el pequeño utilitario que conducía Hope a una distancia prudencial. No le convenía ser visto, ni por ella ni por algún otro despistado transeúnte. Necesitaba mantenerse en el anonimato y lejos del peligro.

Ya había tentado demasiado su suerte enfrentando al humano y haciéndole sangrar, por ello su propio pellejo estaba en juego. Iba a tener que ponerse las pilas para poder arreglar aquello antes de permitirse pensar en la posibilidad de anhelar una vida normal, incluso manteniéndose en las sombras en lo que respectaba a su ansiada compañera.

Complejo de la manada

4.52 A.M.

Un estridente pitido despertó a Gabriela que dormía plácidamente en su cama, con una sonrisa boba dibujada en la cara. Y no se debía a lo que había estado soñando, no, sino a la fabulosa velada que había compartido con un delicioso espécimen del sexo masculino.

Había tenido la suerte de que Ethan fuera uno de esos pocos hombres que era capaz de pasar por alto una increíblemente torpe insinuación sexual y empezar de cero como si nada. La había hecho reír, se había interesado por su vida, sus gustos, sus metas y le había hablado abiertamente sobre sí mismo. Cosas sencillas, como lo mucho que le gustaba cocinar, lo goloso que era,

aunque no tanto como su hermano Duncan, e incluso le había hablado de Douglas, con un halo de tristeza rodeando cada palabra, pero también con veneración y respeto. Había perdido mucho, los dos lo habían hecho.

Le contó que los responsables de su pérdida de visión habían sido sus progenitores, que los habían abandonado, a sus hermanos y a él y que le debían todo lo que eran a sus tíos. Su tío ya había fallecido, su tía seguía viva y ayudando en la enfermería. Tenía mucha vitalidad, así le había parecido cuando sin más la había atrapado y se la había llevado al hospital para presentarle a dos niños que acababan de llegar, que estaban bajo los cuidados y supervisión de la mujer.

El niño ni siquiera parecía humano y Ethan le había explicado que, en algunas ocasiones, las personas tenían que ir mucho más allá de lo que eran para mantener a sus seres queridos a salvo.

¿Cuántos años habría tenido aquel niño? ¿Cinco? ¿Seis? Se le había roto el corazón cuando le contó la historia. Algún desalmado los había atacado y había asesinado al padre, dejándolos en manos de su malherida madre que, si bien había superado la primera noche, seguía en un estado muy grave. Nadie se atrevía a aventurar si sobreviviría o no.

Se incorporó en la cama y desechó esos tristes pensamientos. Se levantó, se vistió y se asomó a la ventana. Por todas partes había gente corriendo, mayores, adolescentes, pequeños. Incluso algunos animales se mezclaban con los demás.

Ahogó un gemido cuando alguien gritó con desesperación buscando a algún desaparecido.

Gabriela reaccionó entonces, cogió la escoba y corrió hacia la puerta, pero fue detenida antes de que pudiera abandonar el apartamento. Luchó con su secuestrador, pero la voz de Ethan la tranquilizó.

—Shhh, soy yo —murmuró sin apenas mover los labios, en un tono quedo

—. Tengo que sacarlos de aquí.

Un pequeño bulto se movió en el otro brazo del hombre, que lo protegía contra su pecho.

—¡Mickey! —estiró los brazos y él le permitió cogerlo—. ¿Qué está pasando?

Buscó el rostro del hombre que la había tratado con tanta amabilidad esa misma noche y solo encontró fiereza y un gesto duro que no podía ni imaginar en él. Había frialdad y determinación.

—Intrusos. Estaban esperando el momento para entrar. Tengo que sacarlos de aquí para poder volver y hacerme cargo de la situación.

—No me voy a ninguna parte, Ethan. No sin ti, no sin todos esos niños de la guardería.

—Amanda está ocupándose de las crías. No tengo tiempo para esto, maldita sea —gruñó y la cargó en brazos—. Me gustaría que hubiera una forma más sencilla de hacer esto, compañera, pero no la hay.

Se dirigió al vestíbulo, atravesó corriendo su propio dormitorio y con un gruñido más animal que humano, atravesó la ventana cerrada que dominaba gran parte de la estancia. Los cristales volaron por todas partes, por lo que procuró hacerse pequeña. Cerró los ojos y abrazó a Mickey con fuerza. Supo que iba a morir, porque nadie sobrevivía a una caída de varios pisos, teniendo en cuenta que estaban en la planta más alta.

Quiso rezar cualquier cosa que recordara, pero no pudo hacerlo. No tuvo tiempo, tan solo lamentó no haber encontrado la manera de tener aquel hombre de la forma en que había deseado desde la primera vez.

Después de todo, su incapacidad para tener hijos no parecía haber afectado a la naturaleza de su relación. Su vida había sido más corta.

Pero el dolor no llegó, tan solo una extraña sensación cálida y peluda. Cuando buscó la cara de Ethan, tan solo vio un hocico enorme y mucho pelo.

Se quedó muda de la impresión. Un enorme oso pardo, con una cicatriz atravesando el mismo ojo que tenía marcado el hombre, los sostenía con firmeza entre sus patas.

Quiso gritar, pero no logró hacerlo, porque reconoció aquellos ojos. ¿Cómo era posible? No lo sabía, no lo entendía, ahora mismo ni siquiera le importaba. Tan solo necesitaba salir de allí, poner al pequeño lobo a salvo.

Solo que el lobo lloraba ahora como un niño desnudo y buscaba más cerca su pecho, la protección. No dejaba de llamarla mamá, desgarrándole el alma. No era posible. No podía hacer aquello. Aquel bebé no era suyo. No era humano. No era...

—¡Qué idiota soy! —dijo en voz alta—. Solo estoy soñando. Tú eres un oso, porque amo a los osos y mi mayor sueño es tener uno para mí, en mi casa, para poder disfrutar de su compañía y estudiarlo de forma minuciosa desde el minuto uno hasta el fin de mis días. Y tú, pequeñín, eres mi mayor anhelo. Nunca podrá ser real, porque no puedo tener hijos, por eso te imagino como un bebé que me quiere y me necesita.

El oso pareció contener la respiración tras su enunciación, pero no detuvo su camino. Avanzó con certeza y esquivando a aquellos que le atacaban sin piedad. Luchó contra todo, Gabriela no tuvo miedo, en los sueños, al igual que en los libros, mucho tenía que torcerse la cosa para que no alcanzaran los protagonistas su final feliz y este, este era el suyo.

Se relajó entre los brazos... no, mejor garras, de su oso y abrazó con firmeza al pequeño, acallándolo con una ternura que desconocía poseer. Lo besó en la frente y se dejó llevar. Cuando la marcha se detuvo, vio que no estaban solos, sino rodeados de personas que había visto en algún momento, de muchos animales y de algunos niños.

—Los centinelas están en camino —masculló Thorn dirigiéndose al oso, con un gesto contrito y disgustado—. Maldita sea, Ethan. Cometí un error.

El oso volvió a la gloriosa forma de un hombre desnudo justo ante sus ojos, alguien le pasó unos vaqueros, pero no hizo caso hasta que la dejó segura junto a Miranda, le dirigió una mirada arrepentida, como si hubiera hecho algo malo guardándole aquel secreto, pero no era así. No pasaba nada, era un sueño, en la vida real era imposible aquello e incluso si existiera la posibilidad de que se estuviera enamorando de un oso, ¿no resultaría eso irónico?

No le dio tiempo a calmarlo con palabras, pues cuando se quiso dar cuenta, ya estaba vestido y se abrochaba los pantalones.

Y ni siquiera le había dado tiempo a echar un vistacillo...

—Debes ser más rápida la próxima vez, Gabi —bromeó Miranda, aunque su gesto no contenía ni pizca de broma, más bien estaba lleno de preocupación y fatalidad.

—¿Qué está pasando aquí?

—Ahora nos lo dirán —le aseguró estirando los brazos para coger al niño, que volvió a ser lobo y le gruñó, enseñándole los dientes y acurrucándose aún más en su regazo—. Vaya, veo que has hecho un amigo.

Aquello era surrealista, pero se sintió en su salsa. Pues, ¿dónde iba a sentirse más cómoda una ecologista loca por las almas salvajes descarriadas? En aquel complejo lleno de animales estaba por fin en casa.

Ethan sintió la necesidad de desgarrar unas cuantas gargantas y no precisamente la de su sustituto. Ni siquiera había tenido 12 horas de paz y el alfa estaba siendo reclamado una vez más.

—Informa de la situación —pidió con tono neutro. No pretendía hacerle sentir peor. Todos cometían errores, él el primero. Sabía que aquel asalto no tenía nada que ver con el intento de gestión del que sería su sucesor, sino de la

maldad de su enemigo.

—Cometí un error de principiante. Me dijiste que escogiera bien el guardián de Hope y sin embargo... Esta noche hubo una alerta en su casa, un incendio. Mande a nuestros mejores guerreros para tratar de ponerla a salvo y coger al intruso. Mi espía vio a un hombre por los alrededores con aspecto sospechoso. Sin embargo, cuando iba a detenerlo, fue atacado. Ha desaparecido.

—¿Quién? —preguntó con el corazón en un puño. No importaba su identidad, cualquiera de ellos dolería tanto como los demás. Aquellos hombres, mujeres, niños y niñas eran toda su vida—. ¿A quién hemos perdido?

—Gavrael. Lo siento.

—¿Habéis encontrado su cuerpo? —inquirió con el dolor atenazando su garganta. Su voz sonó ronca, aquel no era solo un miembro de la manada, era un hermano del alma para él y Sean... ¡Dios mío, Sean!

—No. Se lo han llevado. No es el único. Han desaparecido otros en la zona, en las últimas horas. Es como si hubieran estado esperando un resquicio en nuestras defensas para...

—Sabían de la llegada de Gabriela —decretó Ethan—. Conocen su identidad.

—Tenemos un topo, Ethan. Y no tengo ni puta idea de quién es.

El oso miró a su alrededor con gesto sospechoso. A todos ellos los había acogido en un momento u otro de sus vidas, normalmente, tras una experiencia traumática. Se preguntó cuál de ellos podría morder la mano que le daba de comer.

—¿Has informado a Frank sobre lo que está pasando?

—No logro contactar con él.

—Eso no me gusta un pelo. Hay más aquí de lo que podemos ver.

—Y eso no lo dudes, hermano mayor —gruñó la voz de su hermano más

joven con una autoridad que desconocía poseyera. Cuando se giró para verlo un montón de emociones contrapuestas se alzaron en su interior. Alegría, preocupación, amor, desesperación...

—¿Qué diablos haces aquí?

—¿Es esa manera de recibir a los que acaban de espantar a tus asaltantes? Por cierto, hemos recuperado a unos cuantos desaparecidos. Evya y Will, con un poco de ayuda extraoficial, están llevándolos a tu enfermería.

—Nuestra —pronunció por lo bajo.

Su hermano lo miró con gesto neutro, mientras repetía.

—Tu gente está a salvo. Voy a traer de vuelta a Gavrael, hermano. Conozco a alguien que sabe exactamente dónde está y estamos haciendo todo lo que podemos para llegar hasta él.

Thorn dio un paso adelante.

—Tenemos un traidor.

—Y no puedes demostrar que tú no lo eres, ¿verdad, tigre?

El felino se irguió como si hubiera recibido un golpe.

—No lances acusaciones sin fundamento, me recuerdas a Duncan.

—Los genes, hermano —se encogió de hombros y miró a Gabriela con una sonrisa, le guiñó un ojo y volvió a fijarse en él—. Apruebo tu elección, debes presentarme a mi nueva hermana.

—En otro momento.

—Puede que no tengamos otro. Tenemos mucho trabajo, Frank nos llamó, hemos estado debatiendo con él hasta ahora. Devin se ha librado esta vez, pero si vuelve a pasar la línea... —Miró a su hermano—. Sabes lo que se le hará.

—¿Y a nuestros enemigos? ¿Qué coño hacéis en su contra?

Su hermano lo miró con enfado.

—Maldita sea, Ethan. Estamos en el lado de los buenos, no nos presiones

más. No es fácil, el mundo es puro caos, está todo patas arriba y a un pequeño paso de un profundo abismo. No tengo tiempo para luchas entre manadas, el Apocalipsis va a desatarse de un momento a otro y cuando eso suceda, nadie ni nada estará a salvo.

Se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice y dejó escapar un suspiro.

—Vuestros problemas son serios, Ethan. No intento desvirtuarlos, pero estamos trabajando horas extra de forma constante y cada vez es más difícil mantener a mi gente cuerda. ¿Comprendes? Gabriel nos está apretando las tuercas y el loco de Luke parece pensar que su única misión en la vida es joder a los de arriba, sin importar qué se lleve por delante. Esto es una batalla campal que está desatándose por todas partes al mismo tiempo. No se trata solo de viejas rencillas, se trata del mismo devenir de la vida cambiando. Los repobladores se han liberado de sus respectivas prisiones y tenemos noticias de nuevos nacimientos, ¿sabes lo que eso significa?

No, la verdad era que no tenía ni idea. No sabía de qué estaba hablando su hermano. Sí, había oído hablar del Apocalipsis, pero todo lo demás le sonaba a chino.

—¿Puedes hacer algo por Gavrael?

—Joder que si puedo. Ya tengo a Ana en ello. Confía en mí, hará un buen trabajo localizándolo y trayéndolo de vuelta al redil. —Hizo un gesto hacia su gente que los observaba—. Informa de la situación. Están asustados. En aproximadamente dos horas podré reunirme contigo y ponerte al día sobre los hechos más relevantes para la resolución de este misterio. —Miró con desconfianza hacia Thorn—. Trae solo a aquellos hombres en los que de verdad confíes.

—¿Te acuestas con un gato y me juzgas por mis rayas? Hipócrita —escupió Thorn con disgusto, dejándolos sin decir ni una sola palabra para

ocuparse de calmar al grupo. Ethan suspiró:

—No puedes lanzar ese tipo de acusaciones, puede que seas mi hermano pero eso no te concede ningún privilegio.

—Eso quedó bastante claro cuando enviaste a Duncan al exilio —espetó con cierto resquemor.

—No me dejó otra opción.

—Si algo he aprendido en los últimos meses es que siempre la hay. Pensar lo contrario es buscar la salida fácil a un problema.

—Exilio o muerte. No sé tú, pero yo quería poder darle un futuro a mi familia. —Se sintió dolido con las acusaciones, no necesitaba reproches, necesitaba un abrazo consolador. Una caricia fraternal de apoyo, no recibió ninguna de las dos cosas.

—No se lo tengas en cuenta. Todos estamos muy cansados —dijo Evya apareciendo tras él. La pantera no miró a Ryan, sino que se concentró en él—. Ni siquiera puedo recordar la última vez que logramos pasar más de dos horas seguidas en una cama.

Miró al hombre que evitaba a cualquier precio demostrar cualquier tipo de afecto por la dama.

Ethan no era así, ni siquiera pensó cuando dio un paso adelante y la atrajo a sus brazos como si se tratara de una muy querida hermana que había vuelto a casa.

Y de alguna manera lo era. Ryan era el compañero de la pantera, a pesar de que este había rechazado el reclamo, asegurando que el lazo no se extendía en su dirección. Había roto el corazón de la mujer, se habían acostado, habían tenido una relación y después la había descartado como si no significara nada para él, a pesar de que tenían que trabajar juntos y soportar su mutua presencia día tras día.

—¿Cómo estás, renacuaja?

—He crecido —aseguró devolviéndole el abrazo.

—Supongo que para tus estándares podrías pensarlo. Pero en los míos... sigues siendo una pequeña bolita de pelo que se acurrucaba en mi regazo cuando tenía miedo. Ven —le indicó, mientras la guiaba hacia Gabriela—, quiero que conozcas a alguien muy especial.

Una vez al lado de Gabriela, la atrajo hacia su costado y las presentó.

—Evyá, esta es Gabriela. Mi compañera, acaba de descubrir quién soy en realidad. —Buscó en sus ojos algún tipo de rechazo, pero no encontró nada. Si acaso tenía un amago de sonrisa boba y un gesto un poco aturdido, mientras abrazaba a Mickey con cariño. De pronto recordó la revelación de que no podía tener hijos y su corazón se apretó, no era que le importara, pero había visto el deseo en su voz cuando lo había pronunciado y se dolía por ella. Ni siquiera un cambiante podía cambiar algo que la naturaleza había decidido para su compañera. No iba a tener hijos biológicos y no le importaba. Había muchos niños que necesitaban cariño y cuidado sinceros. Y él estaba más que dispuesto para ser su guardián junto a la mujer que amaba.

—Soy una vieja amiga. Más hermana que rival —aseguró Evyá apartándose de su lado y abrazando a una desconcertada Gabriela—. Estoy aquí de visita temporal, solo para ayudar. Por cierto, Ethan —añadió con el ceño fruncido—, diría que hay un tipo cumpliendo con las funciones del alfa por ti. ¿Es eso normal o tengo que arrancarle la garganta a ese tigre desagradable?

—¿Desde cuándo tienes prejuicios? —preguntó no sin cierta sorpresa.

—Desde que tengo que soportar a Don-necesito-un-bocadito-de-azúcar-para-sobrevivir-a-esta-tortura-de-celibato-obligado.

—¿Will vuelve a dar problemas?

—¿Y cuándo no? Dejó a alguna loba en Tres Deseos y no ha parado de fastidiar desde que salimos de allí. Habla a todos de su aspecto y sus mil y una

virtudes y de cómo la echa de menos y necesita con urgencia volver allí. Da asco, la verdad.

Suponía que para ella tenía que ser especialmente difícil ver a un macho declarar abiertamente su intención de reclamar a una compañera destinada cuando el que se suponía era solo suyo la había rechazado abiertamente.

—Algún día entrará en razón.

—¿Will? Lo dudo. —Los dos sabían que no estaban hablando de él, pero si quería dejar de lado el asunto, no iba a presionarla. Había pasado demasiado.

—¿Tú también eres un oso? ¿Osa, no? —La pregunta desconcertada de Gabriela llegó de la nada, logrando la atención de los dos.

—¿Qué le has dado a tu compañera para cenar exactamente? Parece un poquito colocada.

—Está en estado de shock —aseguró él.

—No he tomado nada y no estoy en shock, es que estoy soñando y solo espero para ver cuándo empieza a ponerse interesante. Llevo un rato intentando cambiar de escenario, ¡y no lo consigo!

Los dos la miraron incrédulos. ¿En realidad se aferraba a esa tonta idea del sueño? ¿Tan difícil le resultaba creer que había por ahí animales que se transformaban en hombres y hombres que compartían su alma con su pareja animal? Iba a tener que hablar tranquilamente con ella e ilustrarla sobre las diferentes razas que habitaban en la tierra en la que vivía.

Pensar que su propia familia estaba llena de lobos y ni siquiera se había dado cuenta.

—Creo que será mejor que te consiga un lugar donde descansar —le dijo a su compañera, mirándola con preocupación.

—Ve —lo animó Evya—. Me ocupo de vigilar al sustituto y al idiota de tu hermano.

—Gracias. En cuanto al idiota...

—Hay cosas que no están destinadas a ser, dejémoslo así. Me gusta mi vida y puede que mañana ni siquiera esté viva. Estamos de prestado, Ethan, si supieras lo que he visto... —Negó—. Da igual, disfruta de esto que tienes porque es un tesoro de incalculable valor, confía en mí.

—Quiero que seas feliz. Mañana vivirás y pasado también. Te espera un futuro brillante.

Forzó una sonrisa que no tuvo nada de real. Había tirado la toalla y a Ethan se le partió el corazón. Iba a hablar con su hermano y a decirle que dejara de comportarse como un pardillo y se pusiera las pilas de una vez por todas. Esa mujer valía su peso en oro y mucho más. No encontraría a otra igual.

—Cuida de tu compañera. Ayúdala a entender y después no dejes que nada ni nadie se interponga. Hazla tuya, Ethan, por las leyes de los hombres y las de la naturaleza. Que no tengas que arrepentirte de no haberlo hecho a tiempo. Confía en mí, sé de lo que hablo.

Sin más se giró y acercándose a Miranda, a Thorn y al resto que seguían calmando a todo el mundo y orientándolos para encontrar de nuevo su descanso, empezó con la tarea de aliviar el dolor de todos los que se cruzaban a su paso.

Incluso cuando Ethan era plenamente consciente de que ella jamás podría superar el propio.

Era su ley de vida y si Ryan no hacía algo para remediar esa situación, los dos estarían en riesgo de perder todo lo que realmente merecía la pena.

El Apocalipsis que tanto miedo le daba a su hermano no valía nada. No si no tenías nada que perder. No si tu vida no era más que una cáscara vacía y sin fundamento.

Iba a tener que darle un par de lecciones para que se aferrara a la

felicidad con ambas manos y dejara de comportarse como un auténtico capullo.

El amor había que cuidarlo, protegerlo y aferrarse a él con las dos manos, porque una vez perdido no volvía jamás.

Especialmente cuando los mismos hados del destino habían decretado que su especie se vincularía solo una vez y para siempre con una única persona que sería capaz de equilibrar sus mestizas almas.

CAPÍTULO 16

Devin se mantuvo a distancia de la mujer que lloraba desconsolada en lo que no hacía más que unas pocas horas era su jardín trasero. Toda su vida había quedado reducida a cenizas, todo el esfuerzo, todos sus recuerdos... se habían convertido en nada.

Sentía un nudo en la garganta, apenas si lograba respirar, mientras cada lágrima de Hope se convertía en ácido en su propia alma. Si tan solo se hubiera fiado de su instinto. Sabía que había algo mal en el lugar, lo había percibido y no había hecho nada para evitar aquel terrible desenlace.

Se dijo que no debía hacerlo, pero no fue capaz de mantenerse al margen. Después de todo, era su compañera y estaba sola y asustada. El sol empezaba a teñir el horizonte con su brillante luz, dando paso al amanecer, mientras los últimos curiosos abandonaban el lugar, poco después que el camión de bomberos.

El ruidoso ajetreo se había convertido en un silencio devastador.

—No deberías estar aquí sola, Hope.

—¿Qué...? —se incorporó con rapidez, secándose las lágrimas de un manotazo. Cruzó los brazos en actitud protectora, como si tuviera miedo de él,

lo que provocó que su pantera gruñera llena de molestia. El animal lo culpaba a él de que ella no estuviera ya rendida y en sus brazos. Reclamada como debía ser—. ¿Cómo te has enterado?

—Podría decirte que pasaba por aquí, pero en realidad me llamó Frank. Me habló de algún tipo de emergencia y que necesitabas apoyo y escolta. Aquí estoy —se encogió de hombros.

—¿No te ibas de viaje o algo?

Sonrió, no pudo evitarlo, a pesar de la situación.

—O algo, pero puede esperar un poco más.

—¿Qué ha pasado con Frank? No he logrado contactar con él.

Devin soltó un largo suspiro. Tampoco él y eso estaba empezando a inquietarle, cosa que no pensaba confesarle, él era su coartada, al fin y al cabo. Sin embargo, inventó una excusa lo suficientemente creíble.

—La verdad es que estaba en una cita. Ya sabes... No precisamente disponible cuando sonó su teléfono, así que...

—¿Te llamó a ti? No suele ignorar las urgencias de la clínica.

—No me llamó exactamente, me envió un mensaje cifrado y después desconectó el teléfono. Me di cuenta de que llegaba tarde en el momento en que escuché las sirenas de bomberos y te vi salir a toda prisa en ese pequeño utilitario. He intentado acercarme desde que llegaste, pero los bomberos habían cortado el paso y me ha resultado imposible. Lamento tu pérdida. Si hay algo que yo pueda hacer...

—Solo son cosas materiales, no tiene importancia.

Pero veía en sus ojos que sí la tenía. Estaba devastada.

—¿Se sabe qué sucedió?

—Un cortocircuito en la parte exterior de la casa. Algún tipo de roedor ha debido de morder los cables y unido con una serie de desventuradas coincidencias, ha llegado hasta mi hogar.

—¿No ha sido intencionado?

Hope lo miró con curiosidad y preocupación.

—¿Por qué piensas que podría serlo?

—¿No hay nadie que no esté contento con tu éxito?

—¿Qué éxito? No tengo nada que cualquier otro no pueda conseguir. No soy millonaria, esta casa fue heredada. Tuve que hipotecarme para poder hacerla habitable y tampoco es ninguna mansión. Solo tiene dos dormitorios y en la cocina tienes que entrar de lado...

Devin pensó que aquello no había sido ningún accidente y que sí, tenía mucho que otros podrían envidiar. Estaba su belleza, su inteligencia, su evidente bondad. No solo era generosa con su tiempo respecto a los animales, sino también con otras personas. Y eso, en el mundo de Devin, era una gran virtud. Apenas si se soportaba a sí mismo la mayor parte de los días.

—Eres especial, Hope —dijo con resolución. No había mayor verdad que esa.

—No lo sabes, no me conoces.

—Hay cosas evidentes para cualquier observador.

La mujer sonrió negando.

—Has heredado el encanto de Frank, sin duda. Gracias por venir, aunque haya sido para nada. No podemos volver atrás en el tiempo.

—¿Puedes entrar en la casa? ¿Es seguro?

—Según los bomberos, no hay peligro de derrumbe. Solo olerá a humo durante el resto de la eternidad, probablemente. Los muebles han desaparecido o han quedado inservibles, al menos eso me han dicho. Mi ropa. Mis recuerdos. Todo... No creo que haya quedado nada —Ahogó un gemido que amenazaba con traer nuevas lágrimas a la superficie.

Devin se esforzó por mantener las distancias, pero no logró hacerlo. Su cabeza iba a estar muy enfadada con el resto de su cuerpo, pero la atrajo

contra él y la abrazó con firmeza.

—Todo saldrá bien, te lo prometo.

—¿Qué voy a hacer? Solo me queda esto. —Levantó su bolso de mano y sorbió por la nariz—. Y eso —señaló la calcinada casa— sumado a todo el trabajo de limpieza que tengo por delante y a empezar otra vez de cero. Odio decorar, lo odio con toda mi alma y no soporto las reformas.

—No tendrás que hacerlo sola.

—Te equivocas. Sí tendré que hacerlo. Mi madre murió hace un par de meses y mi padre se largó con otra mujer cuando solo tenía ocho años. No es como si pudiera llamarlo y pedir ayuda. Solo tengo una hermana y un cuñado, a los que adoro, pero que están hasta arriba con sus propios problemas. Tres niños de dos, cuatro y seis años respectivamente. Confía en mí, no tienen ganas de cargar con mis tonterías también.

—Me tienes a mí.

—A ti ni siquiera te conozco —negó riéndose de sí misma—. Dios, mírame, contándole a un desconocido todas estas cosas vergonzosas de mi vida.

—No hay nada vergonzoso en ti, Hope. —La abrazó con más fuerza, instándola a apoyar la cara en el hueco de su cuello y cerró los ojos mientras aspiraba su aroma. Tan suya, nacida para seducirlo y atraparlo en una maraña de emociones y sentimientos traicioneros.

«Humana», le recordó su conciencia.

Y, sin embargo, ahora no tenía importancia.

—Soy un desastre —hipó aferrándose a su camisa y empapándole el pecho. Aquello era algo natural, se sentía perfecto y apropiado. Necesario.

—Eres un bonito desastre, Hope. Mi bonito desastre —murmuró un instante antes de permitirle a su pantera tomar el control y caer en la tentación de su boca.

La besó con una ternura y una intensidad que iban a la par con la necesidad que se había incendiado dentro de él. No podía tenerla, no podía conservarla, pero la consolaría. Incluso si solo tenían este instante robado, haría que bastara. Solo el recuerdo de su presencia sería suficiente para hacerlo feliz durante el resto de su miserable vida.

Hope se dejó llevar y él lo agradeció. Devolvió su beso con pasión. Sabía salada, por las lágrimas derramadas, pero también muy dulce. Era su esencia misma la que lo seducía y reclamaba que la hiciera completamente suya. Que no se contentara con aquel pequeño aperitivo, que fuera a por el plato fuerte.

Y no se trataba de sexo, se trataba de ella.

Del conocimiento implícito de que ambos se pertenecían.

Su pantera quería que confesara, que se mostrara en toda su gloria animal, que le permitiera saber quiénes eran y qué querían. Que le explicaran quién era ella y lo que significaba emparejarse con su especie. Que le hablara de su para siempre y de la devoción que tendría siempre para con ella.

Pero no podía, no podía.

Se apartó con dolor, apoyó su frente en la de ella y jadeando murmuró.

—Ojalá pudiera tenerte, Hope, pero no puedo.

—¡Dios, mío! Perdóname, no sé qué me ha pasado. No suelo abalanzarme sobre el primer hombre que me ofrece consuelo. Yo...

—No has hecho nada malo, he sido yo. Eres tan preciosa que no pude resistirlo, pero no sabes nada de mí y es mejor que esto siga así. —Dio un paso atrás, forzándose a imponer una mínima distancia entre los dos e hizo un gesto con la cabeza hacia la casa—. ¿Estás lista para entrar?

—¿Para qué? No creo que se haya salvado nada.

—Es mejor trabajar con la verdad que sobre hipótesis y ahora puedes contar conmigo. No tendrás que hacerlo sola.

Vio en sus ojos la indecisión, seguida de un ligero sonrojo en sus mejillas.

—¿Por qué me siento así?

—¿Cómo te sientes?

—Como si a pesar de haber perdido todo lo que tenía en la vida, acabara de encontrar algo especial —lo miró con inquietud—. No te conozco y siento que tu presencia aquí es... normal. ¿No es extraño? Soy una idiota. Ni siquiera debería retenerte aquí fuera, hace frío. Debemos tener casi veinte grados bajo cero, por lo que a la sensación térmica se refiere.

Devin sonrió. Debería haberse sentido inquieto, pero el hecho de que ella reconociera el lazo que los unía lo hizo sentirse más fuerte, más malo y en paz.

Después se recordó que tenía que dejarla marchar y su pantera gruñó su desacuerdo, luchando para tomar su lugar y hacer el reclamo.

Si su lado más primitivo se liberaba, Hope no estaría a salvo. No le haría daño, no era capaz de eso, pero sí dejaría una marca en ella imposible de borrar, para que todos los hombres del universo supieran que ella tenía dueño.

—Entremos. Quizá podamos salvar alguna cosa y valorar los daños.

Tenía que centrarse en su seguridad, solo así calmaría la urgente necesidad de reclamo. Una vez revisada la calcinada casa y recogido lo que pudieran salvar, la llevaría al refugio y la dejaría en las capaces manos de Ethan. Él la mantendría a salvo mientras se encargaba de encontrar al malnacido que había hecho aquello.

Y más le valía a McTavish no tener nada que ver con eso, porque entonces, sí que iba a ganarse una condena en serio. Nadie hería a su mujer ni jugaba con sus sentimientos. Y haría lo que fuera necesario para garantizarlo.

Hope apenas podía creer lo que había sucedido durante las últimas 24 horas. Y todo el lío que había sido su vida durante las últimas semanas, había culminado con la destrucción de todo lo que tenía en la vida.

Le quedaba el coche, pero iba a ser una fría y solitaria casa hasta que pudiera alquilar algo más. Sus finanzas no estaban en el mejor de los momentos, así que iba a tener que ser original.

Casi sin darse cuenta el lugar de la masacre se había quedado desierto, la gente iba desapareciendo lentamente, todos menos él. Había aparecido de la nada y aunque apenas lo había conocido ese mismo día, tenía la sensación de que hiciera meses.

Era demasiado guapo para su salud mental. El tipo de hombre que le gustaba. Alto, oscuro y misterioso. Con ese aire de estar guardando un secreto que no iba a compartir con nadie y la habilidad de ser un poquito inalcanzable, pero al mismo tiempo sexy como el infierno.

La atraía de una manera en que ninguno de sus antiguos novios lo había hecho. Había una especie de magnetismo salvaje y antiguo que tiraba de ella en su dirección de forma irremediable. No podía evitar la atracción ni la química, su libido estaba descontrolada, pero su cabeza le decía que no podía arriesgar su corazón ni la estabilidad por alguien de su tipo. Había decidido formar una familia, una vida tranquila con un hombre que no le diera grandes sobresaltos y, de pronto, ahí estaba él, ofreciéndole consuelo, besándola y consiguiendo que se sintiera un poquito aturdida y bastante perdida, en realidad.

Estaba cansada de luchar contra sus propios deseos, pero tenía que mantenerse firme, porque todo el futuro estaba en juego. Si seguía perdiendo el tiempo iba a tener que renunciar a su sueño de la infancia y no quería hacerlo.

No por un atractivo y misterioso hombre que iba a largarse tan repentinamente como había aparecido.

—No sé si puedo hacer esto —dijo en el instante en que atravesó la puerta de su casa, justo tras él.

La había tomado de la mano y la guiaba como si conociera el lugar. Supuso que era habitual de los hombres de su calaña el mostrarse como autoridades en la materia. Como si fueran capaces de resolver cualquier problema que se presentara. Por un lado eso la hacía sentirse segura, pero por otro... bueno, nadie podía decir que no tuviera carácter.

—Todavía está muy oscuro —masculló buscando alguna excusa.

—Se ve perfectamente —aseguró el mejor besador del mundo, cuyo nombre repentinamente había olvidado.

—Debes tener vista de lince.

—De pantera, en realidad —aseguró en lo que supuso era un tono de broma—. ¿Qué es lo primero que quieres comprobar?

—¿Es segura esa escalera? —preguntó mirando con desconfianza. La barandilla de madera había desaparecido en al menos un noventa por ciento, apenas si quedaba un pequeño resto, los escalones, de cemento y ladrillo, parecían robustos y seguros.

—Vamos, te llevaré, así no tendrás que preocuparte por romperte ese bonito cuello.

—Ya voy con... Ahhh, ¿qué estás haciendo? —Un grito abandonó sus cuerdas vocales al mismo tiempo que se aferraba con firmeza a su cuello. El neandertal la había cogido en brazos y subía como si no pesara nada—. No me dejes caer.

Cerró los ojos, cuando un repentino vértigo la hizo tambalearse, pero la tenía agarrada con firmeza.

—Jamás —aseguró—. ¿Derecha o izquierda?

—Derecha, derecha. A la izquierda solo está la habitación de invitados.

—Derecha, entonces —caminó con seguridad hacia su dormitorio, la

puerta seguía en su sitio, pero completamente calcinada. El olor de lugar era horrible y apenas se podía respirar, a pesar de que habían pasado varias horas.

—Puedes bajarme ya.

—No —rechazó su sugerencia. Debería haber mostrado más autoridad.

—Bájame —exigió entonces. Él la miró con una sonrisa divertida, sus ojos brillaban con travesura, pero volvió a negar.

—De ninguna manera. No voy a permitir que arriesgues este bonito cuello. —Le besó ese punto exacto bajo la oreja izquierda y casi la hizo ronronear.

Al menos si hubiera sido una gata lo habría hecho.

—No deberías hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque no nos conocemos.

—Eso no importa, hay algo seguro aquí, Hope. Nos pertenecemos, lo de conocerse está sobrevalorado y tendremos tiempo. Mucho tiempo.

—¿Qué le pasa a tu voz?

Se había vuelto más grave, con un deje extraño casi como si fuera arrastrando una especie de «r». Un eco que le provocaba un profundo e intenso estremecimiento.

—¿Y tus ojos? —Se habían vuelto más amarillos y más grandes, apenas si se distinguía la zona blanca.

—¿Vas a preguntarme por mi boca, Hope? Dime, porque me encantaría decirte que es más grande para comerte mejor, pero no lo haré, porque no quiero asustarte, lo cierto es que te necesito.

—Lo cierto es que tienes que apartarte de ella ahora mismo, Devin. —La voz de Frank interrumpió lo que fuera que estaba surgiendo entre ellos. Debería haberse apresurado a apartarse del hombre, pero no pudo hacerlo.

Hope negó desestimando su preocupación.

—Estoy bien, jefe. Pensé que estabas ocupado.

Sus traicioneros dedos acariciaban la parte trasera del cuello de su protector o lo que quiera que fuera. Era algo que no podía evitar.

—Tú lo estas, pero él no. Apártate, cielo. Ahora mismo no puede razonar.

—Solo vamos a ver si podemos salvar algo de mis...

Pero Devin estaba repentinamente tenso, la dejó en el suelo, aunque sin soltarla. Su apretón era tan fuerte que casi le hacía daño.

—Vas a hierirla, sobrino. No quieres eso.

—No voy a hacerle ningún daño. —Fue más un gruñido animal que humano, lo que la hizo girarse para mirarlo y se quedó pasmada ante la visión. Su cara se estaba cubriendo de pelo blanco, incluso estaba cambiando de forma. ¿Aquello era un hocico?

—¡Dios! —gimió apartándose de él y, sorprendentemente, la dejó marchar.

—No tengas miedo. —Una súplica que le partió el corazón, pero no podía evitar la necesidad de apartarse. De sus dedos salían garras y una... una... ¿cola? Salía de su espalda

—Mierda, mierda. Estoy despierta y esto es de verdad. ¿Demasiado humo ha matado todo mi intelecto?

Frank la tomó de la mano y la colocó tras él, protegiéndola con su cuerpo.

—Estás bien, Hope. Te lo explicaré más tarde, ahora tengo que ocuparme de mi sobrino.

—¿Es peligroso? —preguntó asomándose por el lado, viendo cómo terminaba de cambiar, su ropa desgarrada por todas partes y una pantera blanca al acecho, pantera a la que conocía muy bien, les gruñía de forma amenazadora.

—¿Para ti? No. ¿Para mí? Ya lo creo. —Soltó un largo suspiro e indicó

—. Baja las escaleras, Thorn está abajo, junto con un pequeño equipo de gente que va a escoltarte hasta el complejo.

—No debes quedarte aquí solo.

—No solo debo, tengo que hacerlo y hay cosas que es mejor que no veas. Ve. Corre.

Sus ojos cambiaron de forma muy similar a como habían hecho los del otro hombre, señal de que era mejor esfumarse cuanto antes. No quería entrometerse en lo que fuera que pasara allí.

En cuanto se dirigió a la puerta, la pantera se lanzó en su dirección, un tigre blanco a medio vestir le cortó el paso y se enredaron en una pelea.

Hope corrió a toda prisa. Estuvo a punto de tropezar en la escalera, cuando una mujer menuda e increíblemente guapa a la que nunca había visto la atrapó con una fuerza que no parecía posible y la ayudó a estabilizarse, acompañándola en su descenso.

—Soy Evya y vengo para sacarte de aquí. Estoy con Thorn, así que no te preocupes. Vas a estar bien. Somos los buenos.

Y entonces Hope se dio cuenta de algo. Si Devin y Frank eran animales, aquellos otros debían serlo también.

Miró horrorizada a la mujer. ¿Qué tipo sería ella? ¿Pantera, tigre o un jaguar?

—Veo que estás empezando a atar cabos —comentó casi con indiferencia—. Hola, humana, no estáis solos en el universo —la saludó con la mano, en lo que supuso sería una broma y entonces hizo algo que pensaba que solo sucedía en esos viejos libros románticos de regencia: le dedicó una sonrisa tonta y se desmayó.

CAPÍTULO 17

—Ya se está despertando —aseguró Thorn a su séquito. En realidad, no eran suyos, se dijo, tan solo prestados. Apretó los dientes, molesto consigo mismo y su error. Había perdido buenos hombres y mujeres, que estaban en algún tipo de destino incierto, a los que puede que ni siquiera fuera capaz de encontrar con vida. Ethan no le había recriminado nada, pero se bastaba solito para hacerlo.

Y para más inri, había ido en persona al lugar en el que todo el desastre de aquella noche había empezado para tratar de sacar algo en claro. No ayudaba que el idiota de Ryan estuviera por allí mostrándose como el dueño y señor de la ciudad. Tenía ganas de dejarlo KO en algún momento, pero no le convenía hacerlo. Primero, porque estaba muy bien relacionado con las altas esferas y segundo, porque era el hermano de su alfa y para él eso significaba algo, incluso si todos los demás se empeñaban en llamarlo traidor.

La lealtad era una cuestión de honor y una forma de vida, la suya. Nunca iba a renunciar a sus principios ni a tratar de decir con palabras cómo se sentía, serían sus hechos quienes hablaran por él. Iba a obligar a todos aquellos desconfiados a morderse la lengua y a respetarlo por derecho propio no solo porque el alfa actual tuviera fe en él.

—Ocúpate de los líos de faldas, muchachote —espetó Ryan desapareciendo en el interior de la casa.

Evyá lo miró con algún tipo de disculpa, pero solo comentó:

—A veces es un auténtico capullo.

—¿Sigues justificándolo? —Sentía pena por la joven. Nadie se merecía ser tratado como aquel ingrato la trataba a ella.

—¿Acaso no es ese nuestro sino? Estar atados a otra persona para el

resto de la eternidad, sin poder hacer nada para desvincularnos de ello. Ryan es mi carga y la acepto, no me queda otra.

—Es un cabrón sin sentimientos —espetó metiéndose donde no lo llamaban.

—Es un hombre con una misión.

—¿Qué misión? —preguntó Hope, que empezaba a incorporarse.

—La de salvar el mundo —aseguró Evya sonriente—. Ahora que estás en forma, subiré a ayudar. Frank está viejo.

Thorn puso los ojos en blanco. Si Frank estaba viejo, él era una jodida mariposa. Ese hombre tenía más vitalidad en su dedo meñique que él en todo su cuerpo. Lo había visto no solo disfrutar de cada instante de su vida, sino de luchar con cada aliento y demostrar una habilidad y una capacidad, un deseo de prevalecer sobre el mundo y para él, que jamás había visto antes.

No iba a rendirse jamás, por eso lo habían nombrado guardián y el cargo le quedaba bien.

A pesar de lo que había tenido que pagar para poder conservarlo. Sabía que él lo habría hecho de estar en su lugar, ninguna compañera podría aceptarlo, pero a veces un hombre estaba mejor solo.

Especialmente su especie, con su terrible fama. Ninguna mujer de su mundo estaría dispuesta a vincularse a él y una humana... solo esperaba que las destinos no fueran unas hijas de puta con él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hope devolviéndolo a la realidad—. ¿Me he dado algún golpe en la cabeza?

—Tu casa se ha incendiado y tú te has desmayado —dijo, reduciendo a la mínima expresión los hechos.

—Sí, sé que mi casa se ha incendiado. ¿Me he desmayado? ¡Eso no pasa en la vida real!

Thorn arqueó una ceja.

—Parece que tú has probado lo contrario, Hope. —La ayudó a incorporarse y se puso serio—. Tienes que venir al complejo. Esto no ha sido casualidad, hay alguien detrás de tus pasos. ¿Conoces a alguien que quiera hacerte daño?

—Nadie... —Se frotó los ojos, con aspecto cansado—. Eres el segundo que me lo pregunta hoy. Devin...

Entonces debió recordar al hombre-pantera, porque miró hacia la ventana de su dormitorio y tragó saliva con dificultad.

—No es tan malo como parece —le aseguró.

—Es la pantera.

—¿La? —inquirió curioso.

Hope soltó un suspiro.

—Mira, puede que me esté volviendo loca, pero creo que Devin es una pantera, no una cualquiera, mi pantera. Quiero decir.... —carraspeó y se aclaró la voz—, la pantera del complejo. Es muy peculiar y yo... bueno, la conozco. Lo conozco. Lo que sea. Son la misma persona, cosa, animal... ¿qué es?

—Cambiante es la palabra que buscas.

—¿Cambiante? Dios mío, acabo de caerme dentro de un libro de Rhyannon Byrd.

—¿De quién? —preguntó confuso.

—No importa —desestimó Hope—. Mi pantera... quiero decir, esa pantera es Devin, ¿verdad? Y Frank es algún tipo de felino también, ¿cierto? Y yo estoy sana, no me van a meter en algún tipo de manicomio o clínica de recuperación o lo que sea, ¿mmm?

Thorn forzó una sonrisa tranquilizadora.

—No, Hope. Nadie te va a internar en ningún tipo de lugar de descanso

para locos. Estás muy cuerda y solo era cuestión de tiempo que te enteraras de nuestra existencia. Lo has tomado bastante bien, si me preguntas.

—¿Tú qué eres?

Dejó que su felino se mostrara apenas.

—Tigre blanco.

—¿En serio? —Lo miró de forma extraña, nueva, como si estuviera tratando de combinar lo que sabía sobre él con el conocimiento de su verdadera naturaleza—. ¿Sois humanos que os convertís en animales, entonces?

—No, Hope. Somos cambiantes, ni una cosa ni otra, sino algo diferente —se encogió de hombros—, y no todos nosotros estamos del lado bueno, como no todos los humanos son inocentes y puros. Hay malvados en nuestro mundo que no están de acuerdo con nuestra forma de vida y nuestras relaciones con humanos.

—¿Soy un objetivo por mi trabajo?

Thorn sabía que no le correspondía a él dar la información sensible sobre el emparejamiento, pero algo tenía que decirle.

—En parte. Ayudarnos no les sienta nada bien.

Hope pareció indignada.

—Pues sean quienes sean, que se jodan. Yo a mi gente no la dejo tirada. Sean gente o cualquier otra cosa —añadió perdiendo un poco el efecto de su declaración—. Lo siento, no quiero decir algo incorrecto, pero esto es nuevo y...

—Está bien. Vamos al complejo, sé exactamente dónde puedes instalarte. Podrás ducharte para quitar ese olor a humo y relajarte, te conseguiré ropa y lo que necesites. Deja aquí tu coche, no es seguro por las carreteras por las que vamos a ir. Tenemos que evitar el camino directo. Y Hope...

—¿Sí?

—Olvida esta casa, porque no vas a poder volver aquí.

—¿Y mis cosas? ¿Mis recuerdos? —miró el lugar con angustia.

—Me ocuparé personalmente de que todo aquello que merezca la pena conservar, te sea entregado. No vas a necesitarla, con nosotros vas a estar más segura, hasta que encuentres otro lugar al que mudarte cuando estés lista y haya desaparecido la amenaza.

Sabía que le estaba pidiendo mucho, pero más valía no dejar cabos sueltos que volviera a poner a todos en peligro. Si eliminabas el problema de raíz, no volvería para morderte el trasero y como no iba a matar a Hope, mejor en un lugar donde él mismo pudiera tenerla vigilada.

—Entonces esto es un adiós.

—Considéralo mejor un hasta siempre.

—El trabajo está hecho —aseguró Thomas con apenas un chorro de voz. Se sentía mal por Hope y por él, porque había cruzado una línea invisible y ya no podía retroceder. Su hermana iba a sentirse muy decepcionada, si alguna vez descubría lo que había hecho para salvarla. Si tan solo no hubiera permitido que se fugara con su novio hacía seis años, ahora estaría junto a él, a salvo.

—Lo has hecho bien —lo felicitó la irritante voz que ya había empezado a odiar—. Hemos sacado a tu hermana y a la niña, el niño no podrá ser salvado.

—¿Qué? ¿Por qué?

No hubo respuesta, solo la inquietud que se alojó en su estómago y su corazón golpeando con fuerza contra su pecho. No le iban a entregar a su sobrino, ¿le habría sucedido algo?

—El paquete estará en tu puerta en diez minutos, yo que tú avisaría a una

ambulancia, tu hermana no está en buenas condiciones y es posible que muera sin atención médica. Considera esta advertencia el pago por tu servicio.

La comunicación se cortó repentinamente y se levantó arrojando el teléfono con fuerza contra la pared, que rebotó y acabó destrozando el vaso de *whisky* a medio terminar que tenía sobre la mesita de centro del salón.

Con su suerte, se preguntaba cómo no le había dado en un ojo y lo había dejado tuerto de por vida.

Se pasó la mano por el pelo, estaba abatido, desesperado. ¿Qué había pasado con su sobrino? ¿Lo habrían matado? ¿Y su hermana?

Recordó la advertencia de la voz y se apresuró a buscar su teléfono habitual para llamar a emergencias. No tardó en solicitar una ambulancia, confiando en el criterio de su anónimo jefe, esperando no estar cometiendo un gran error que acabara con sus huesos en la cárcel por una llamada falsa a un servicio público.

Sin embargo, el ruido de una furgoneta derrapando junto a su casa, lo hizo salir a toda prisa y pudo ver cómo sin apenas parar, su hermana y su sobrina eran arrojadas sin escrúpulos sobre el césped. La mujer no se movió, estaba muy pálida, y la niña tan solo se estremeció, en un sueño que no parecía natural, sin soltar su osito de peluche.

Corrió hacia ellas y las tomó en brazos como pudo, aferrándolas con fuerza, mientras escuchaba el sonido de la cercana ambulancia llegando a su casa.

No pasaron más de diez minutos hasta que se hubo ido con ellas a un hospital cercano y Hope y todo su crimen quedaron relegados a un segundo lugar de su mente, reservados para otro momento, pues ahora tenía que encontrar la forma de devolver la salud y el bienestar a su familia.

Y descubrir qué había pasado con su sobrino. No iba a dejarlo atrás, no pensaba cometer ese error otra vez. Nadie iba a interponerse entre él y el

pequeño.

Iba a ocuparse de que todos estuvieran juntos y a salvo.

Muy pronto Thomas McTavish iba a desaparecer y nadie podría volver a dar con él.

CAPÍTULO 18

Gabriela estaba en la enfermería ayudando a curar heridas sin importancia con un pequeño botiquín que alguien le había dado. Los trillizos la estaban escoltando, por orden de Ethan, que tras disculparse había salido corriendo para ocuparse de algún tipo de crisis.

Su sueño se había torcido de mala manera. Cuando pensó que iba a ser llevada a un lugar mágico y romántico para una maratónica sesión de amor, había sido arrastrada a la pequeña clínica del complejo donde habían perdido a una mujer enferma y una niña. Le parecía que las mismas a las que había visitado con el hombre el día anterior, pero no estaba completamente segura.

Nadie sabía dónde estaban, solo sabían que no habían podido abandonar el lugar por su propio pie, al menos la mujer.

Ethan había mostrado su inquietud y había buscado a una tercera persona que se suponía debía estar allí, lo había localizado lleno de sangre apenas a unos cincuenta metros de la puerta de acceso al complejo unos treinta minutos después y le había otorgado la noble misión de cuidar de él y no permitir que nadie se acercara. Supuso que para eso había designado a su escolta, para mantener al resto lejos, hasta que él volviera y pudieran hablar sobre lo que había pasado exactamente.

Una vez que el niño, que no tendría ni seis años, estuvo limpio, todos notaron que la mayor parte de la sangre no le pertenecía. Tenía algunos cortes en los brazos, en las piernas y en la cara. El peor, uno en la cabeza, que aunque había sangrado mucho, según la doctora, no revestía gravedad y tan solo habría que observarlo de cerca, durante las próximas veinticuatro horas.

—Eres un chico valiente, ¿eh? —inquirió poniéndole la última tirita—. Y muy guapo.

El niño que no parecía humano la miró.

—¿Dónde está mamá?

Miró a los trillizos buscando ayuda y Max, que no soltaba a una pequeña niña dormida que se aferraba a él con desesperación, respondió:

—No lo sabemos, pero el hombre que te rescató ha ido tras ellas. Las encontrarán porque son los mejores.

El pequeño asintió complacido con la explicación. Gabriela pensó que parecía a punto de llorar, pero se estaba haciendo el fuerte. Deseó abrazarlo, pero no se atrevió. Mickey en su forma de lobo se había pegado a sus pies y no les quitaba ojo, como si estuviera reclamando su territorio.

—Seguro que están bien. No te preocupes por nada, sé que Ethan es un rastreador estupendo. ¿Sabes que los osos tienen un olfato muy particular? Como son grandes a veces la gente piensa en ellos como masas enormes torpes, pero la verdad es que son muy inteligentes y capaces de cualquier cosa.

—Los lobos son mejores —aseguró el niño con la sabiduría propia de su edad.

—¿Lobos? —inquirió Gabriela.

—A mamá le encantan los lobos, siempre dice que son muy nobles, de buen corazón. Mi padre se murió porque lo engañaron los osos —un inicio de lágrimas empañó su infantil voz—. No pueden librarse.

—Y no lo harán —aseguró Aedan sentándose a su lado.

—Por supuesto que no —respaldó Damian sentándose al otro—. Nosotros vamos a ayudarte a reclamar venganza.

Max resopló y los fulminó con la mirada.

—La venganza nunca es la respuesta y no todos los osos son malos.

—Lo es —certificó una vez más Aedan.

—Pues claro que lo es —volvió a incidir Damian.

—No les hagas caso —pronunció Max, acariciando con infinita ternura la espalda de la niña que dormía en sus brazos—. Solo son un par de locos. La violencia nunca es la respuesta.

—Los puñetazos sí. Y los mordiscos y las patadas. Así me libré yo. No dejé que me pincharan con esa inyección y les hice frente y gané.

Gabriela no dijo nada, pero tenía la sospecha de que nadie había ganado. Allí estaba pasando algo malo, muy malo, y no había manera de que pudiera arreglarse sin derramar sangre.

Algo que podía llegar a ser propio de los animales en las luchas por el territorio, pero que no tenía nada que ver con el mundo civilizado en el que supuestamente vivían.

—Creo que por esta noche, todos necesitamos descansar.

—Ya es de día —aseguró Aedan, mirando su reloj—. En realidad, casi mediodía.

—¿De verdad? —El tiempo pasaba demasiado rápido cuando estabas ocupado, incluso aunque no disfrutaras.

—De verdad —confirmó Damian—. Lo que pasa es que somos fuertes y capaces de pasar más de una semana sin pegar ojo. Estamos preparándonos para la guerra —no había tono bromista en su voz esta vez, como si realmente pensara que muy pronto iba a tener que ir al campo de batalla.

—No va a haber ninguna guerra —aseguró Max—, nuestro jefe lo arreglará.

—A veces no es tan fácil, Max —aseguró el aludido entrando por la puerta.

En algún momento de la noche (o de la mañana, mejor dicho) había encontrado una camiseta y había cubierto su perfecto pecho, privándole de la agradable vista. Parecía cansado y preocupado, pero no le impidió acercarse a ella y posar una mano en su hombro mientras observaba al niño.

El contacto resultó reconfortante, la hizo sentir mucho mejor, como si no importara nada más que este instante, estas personas y la tremenda seguridad de que al menos por ahora todos estaban a salvo.

—Vamos, todo el mundo a dormir. El complejo ha sido asegurado, los centinelas están en sus puestos y hemos reforzado la guardia. Nadie podrá entrar o salir sin que lo notemos. —Miró a Max—. Lleva a Marisa contigo, te ayudará a conciliar el sueño.

—¿En serio? —una indiscutible alegría iluminó las facciones del joven.

—Hoy es necesario. Además, no hay un lugar más seguro para ella que tus brazos y todos aquí lo saben.

Max miró a sus hermanos, que se dieron codazos entre sí, bromistas, pero con cierto halo de respeto también. Cosa que agradó enormemente a Gabriela. Los tres tenían unos hermosos corazones, que los hacían muy buenas personas.

Cuando salían, miró a Ethan y preguntó.

—¿Qué se supone que son ellos? Porque humanos no.

—¿Has despertado ya o sigues soñando? —preguntó con cautela, acercándose al pequeño herido y revisando cada corte.

Pero su cuerpo estaba en tensión a la espera de su respuesta.

—No lo sé, la verdad. Todo esto parece un cuento. Empiezo a pensar que sigo en Tres Deseos en algún tipo de coma y que esto no es nada más que una ilusión.

—Es real —le aseguró—. Y ellos tres son tus osos polares.

—¿Qué? —Eso sí que le costaba creerlo—. Imposible. Les observé en su hábitat y... —Lo miró dolida—. ¿Me tomaste el pelo?

Ethan se apresuró a negar.

—No. Gabriela, por favor. ¿Crees que podría herirte así? Ese es su auténtico hábitat. La diferencia es que aquí hay que ser cauteloso. Has visto la situación actual, no podemos arriesgarnos a permitir que cualquiera acceda a

toda la información de golpe. Hay niños y familias refugiadas aquí, sus vidas están en juego con cada palabra que sale de mi boca y cada extraño que es recibido y protegido. Alguien ha abusado de nuestra hospitalidad, ha informado al enemigo y ha herido a inocentes. Comprende mi posición.

—¿Pensaste que podía ser una traidora?

Ethan negó.

—Pensé que me odiarías por lo que soy. Que te costaría entenderlo. No quiero asustarte, no quería que huyeras a toda prisa y te metieras en problemas. Anchorage y sus alrededores no son seguros para ninguno de nosotros y menos para la compañera del alfa.

«Compañera del alfa», aquellas palabras fueron como un jarro de agua fría. Si significaba lo que pensaba que significaba, ya había sido etiquetada y marcada como si no fuera otra cosa que un envase de comida. ¿Dónde se había metido?

—No sé si quiero ser compañera de nadie —aseguró.

El dolor veló los ojos del hombre, que se escudó rápidamente en el niño, lo tomó en sus brazos y lo llevó a una cama.

—Necesitas descansar —le aseguró.

—Sin inyecciones —exigió el niño.

—Me parece bien. Van a venir a vigilar unos amigos, ¿estarás bien?

—¿Y mamá y mi hermana?

—Las encontraremos.

—Yo también voy.

—Cuando hayamos dormido todos un rato.

El niño estuvo de acuerdo y dejó que lo arrojara. Gabriela no sabía qué decir o qué hacer, solo pensaba que había algo malo en que todo el mundo esperara de ella algo que desconocía. Todos sabían que era la compañera del alfa y en su mundo los alfas no existían y las compañeras eran algún tipo de

amigas con derecho que no le interesaba ser.

¿La quería para un rato y nada más? ¿Qué buscaba de ella?

Cuando fueron reemplazados y abandonaron la habitación, se impuso el silencio que solo quedó roto una vez salieron de la clínica, cuando se apresuró a decir:

—No soy la fulana de nadie, ni siquiera de un oso.

Ethan pareció perdido, casi como si le hubieran dado un golpe contundente en la cabeza que lo hubiera dejado aturdido.

—¿De qué hablas, Gabriela?

—No soy compañera de cama de nadie y me da igual lo que todos piensen. Vine a trabajar no a tener... a tener relaciones sexuales como algún tipo de amante etiquetada.

—¿Crees que yo...? —Se apresuró a negar—. No. No. Estás equivocada. Nuestras compañeras son de por vida. Una vez que se hace el reclamo, es un vínculo eterno. Tú me perteneces y yo te pertenezco, para amarnos y protegernos hasta la muerte e incluso después. Es una vinculación de almas, por eso son tan codiciadas por nuestros enemigos. Asesinar a la compañera de un cambiante es como arrancarle el corazón.

Si le hubiera dicho que tenía cuernos y un tridente no se habría quedado tan estupefacta como lo estaba ahora.

—¿De por vida? —Mickey corrió de vuelta a ellos, se había alejado apenas un instante, pero en cuanto se detuvieron, regresó para ver qué estaba pasando y reclamó su atención.

—Sí. El destino te eligió para mí y mi oso te reclamó en cuanto te conoció, incluso antes. Tu aroma lo sedujo y exigió que fuera tras de ti, pero vosotros necesitáis tiempo, no entendéis nuestro mundo. Quería darte tiempo y espacio para que te acostumbraras a mí antes de saber...

—¿Saber qué?

—Que soy un oso pardo goloso y con malas pulgas por la mañana. Que dejo pelos por todas partes y adoro cocinar, pero no limpiar. Que me gusta tocar y que me toquen, no solo en el ámbito sexual, sino en todas las facetas de mi vida. Un oso como yo se rige por el contacto con su gente y con su compañera. Tengo mil y un defectos y el peor es que te atosigaré, te cuidaré y te protegeré con mi propia vida incluso si te cuesta un tiempo acostumbrarte a amarme, porque yo ya te amo, Gabriela.

—Pero no me conoces lo suficiente para amarme.

—Tuve la oportunidad de conocerte en Tres Deseos y he vuelto a hacerlo aquí.

—¿En cuánto? ¿Tres días? No puedes estar hablando en serio.

—Tómame el tiempo que necesites, no voy a exigirte nada.

Pensó en que había querido meterse con él en la ducha y tener sexo hasta que ninguno de los dos se sostuviera sobre sus piernas, pero tenía miedo de abrir su corazón.

—No lo entiendo, Ethan.

—No necesitas entenderlo, solo abre tu mente a todo esto, a mí. —la miró con una muda súplica—. Ahora que sabes qué soy, atrévete a descubrir quién soy. No me ames hoy, solo danos la oportunidad de amarnos mañana.

Ese hombre era... era todo lo que había soñado y sin embargo tenía miedo de dar ese paso. La dirección en la que iba encaminada la iba a llevar a una gran felicidad o el más profundo dolor que una persona podría sentir y no estaba segura de estar lista.

—Quieres que te ame, pero no podrás amarme a cambio, porque no puedo ser madre. No tengo esa capacidad. Nací así y no lo puedo remediar.

Su más vergonzoso secreto ahí estaba, a la vista, para que diera un paso atrás y la rechazara, para que salvara su vida de ser vivida a medias.

—Me gustaría tener la fórmula secreta para sanarte, pero ni nosotros

tenemos la posibilidad de arreglarlo todo. No me importa la biología, me importas tú y además, ya eres madre, y si no mira a ese pequeño que te implora que lo acojas en tus brazos y en tu corazón.

Mickey era ya parte de ella, no sabía si le permitirían conservarlo, pero sin duda se había colado en lo más profundo de su alma y tenía un pedacito de ella. Madre o cuidadora, lo que fuera, no le importaba, solo sentía la necesidad de tenerlo muy cerca.

Lo levantó en brazos y el lobo se tornó niño una vez más, buscando el refugio y recostándose, arrullándose a la manera en que los bebés a menudo hacían. Tenía sueño y quería que ella lo protegiera mientras dormía.

Se sintió muy grande, fuerte y poderosa y sonrió un instante antes de asentir en dirección del hombre que potencialmente iba a robar su corazón.

—Está bien. Si tú puedes aceptarme tal cual soy, yo puedo hacerlo también. Espero que esto no sea solo un sueño, porque maldita mi estampa si solo estoy en la cama dando vueltas.

Ethan sonrió y la atrajo a su pecho, la abrazó con ternura.

—No lo es.

Y Gabriela sin saber cómo ni por qué, lo creyó.

CAPÍTULO 19

El olor a azufre lo puso alerta en apenas un instante, sacándolo de su profundo sueño, aunque fue demasiado tarde como para que fuera capaz de hacer algo para escapar. Lo que había estado esperando desde que había atacado a ese estúpido humano, al fin había llegado y en el peor momento posible. Justo ahora que había descubierto que su compañera no solo estaba siendo perseguida, sino utilizada de la peor de las maneras. Después del incendio de su hogar y de la pérdida de todas sus pertenencias, había podido ver la devastación en su pose y su gesto. Había querido reconfortarla y lo único que había logrado había sido estropearlo todo. Había perdido el control sobre su parte animal y se había convertido en una amenaza tanto para sí mismo como para todos los demás. Frank, Ryan y Evya lo habían sometido con absurda facilidad, mientras el idiota de Thorn se llevaba a Hope lejos de su alcance.

Por una vez estaba en deuda con el cabrón. Llevarse la lejos de él era lo mejor que podían haber hecho.

Se preguntó cómo se sentiría tras descubrir la realidad que se había estado ocultando a sus ojos durante toda su vida. Había convivido con animales sin saberlo.

Y por más que se había esforzado por mantener las distancias y se había dicho una y mil veces que su presencia solo le traería dolor, no había sido capaz de convencer a su parte animal, por lo que había sufrido una agónica tortura noche tras noche, mientras dormía en forma de pantera tan cerca como le resultaba posible y se ocupaba de su seguridad.

No había sido el único. Gavrael y algunos otros habían estado rondando la noche anterior, los había olido, aunque no los había visto. Ignoraba dónde

estarían ahora.

Ese momento de debilidad, de acercarse demasiado a ella, de rendirse a ese vínculo que tiraba de él y le exigía que la reconfortara en esta crisis, le había llevado a este de indefensión. Rodeado por un pequeño equipo de personas de diferente naturaleza, estaba siendo juzgado y condenado sin pronunciar una sola palabra.

El que parecía el líder del equipo habló con voz enérgica, mientras otros dos hombres esposaban sus muñecas, obligándolo a volver a su forma humana.

—Devin Blackstone, quedas detenido acusado de atentar contra la vida inocente de los humanos y vulnerar de esa manera el tratado de paz que tu pueblo firmó y juró proteger, por lo que serás condenado a sufrir seis días, seis horas y seis minutos de castigo, encerrado y atrapado en tu forma humana sin poder disfrutar de la libertad hasta que el juez emita su veredicto. ¿Lo has comprendido?

Desnudo y aturdido aún por el inducido sueño, miró con el único ojo que el bruto de su tío le había dejado sano, a los que seguramente serían sus ejecutores, por haber destrozado el tratado.

El hermano del alfa había llegado por fin, se había enfrentado antes a él, sin embargo, ahora no estaba entre ellos. ¿No había solo un equipo de vigilancia? Tendría que hablar con Frank en cuanto se librara de aquello, si es que conseguía salir de una sola pieza.

—¿No debería haber primero un veredicto?

El hombre que había hablado le mostró los colmillos, al tiempo que sus ojos se teñían de un tono amarillo profundo.

—Serás castigado por la falta cometida. El juez solo establecerá una pena mayor o concederá tu libertad, cuando considere que la falta ha quedado neutralizada.

—No puedo irme ahora, Hope me necesita. Están planeando llevársela,

para llegar a Ethan. ¡La matarán!

Se había dado cuenta en el instante en que entró en su calcinado dormitorio. Los había oído allí, al enemigo. Sabía quién estaba detrás de esto y no podía permitirse perder el tiempo con algún tipo de absurdo castigo.

McTavish se merecía mucho más que sangrar y era una injusticia que tuviera que pagar por ello, dejando desprotegida a la única mujer que le pertenecía.

Su única familia.

El hombre no cambió el gesto, solo lo miró fijamente. Vestía una larga túnica y un báculo en el que parecía apoyarse como si estuviera aburrido de aquella charla.

—Eso no es de nuestra incumbencia y tampoco de la tuya. Ya no. Deberías concentrarte en tu propio destino, pantera.

—¡Es mi compañera, maldita sea!

—No hay vínculo —dijo una voz femenina tras él.

—Eso no cambia el hecho de que...

—Cállate o perderás la lengua —ordenó el líder—. Gracias, Cassie, por confirmar algo que todos sabíamos.

—Oh, perdona, gran guardián de la muerte y la resurrección —respondió mordaz—. Me largo —espetó y se desvaneció sin dedicarle una segunda mirada o pensar en su situación. ¿Acaso las mujeres no tenían el corazón más blando? Podría haber intercedido por él.

—Cassandra, espe... —Otro hombre que estaba a su lado izquierdo soltó un suspiro resignado y encogiéndose de hombros pronunció—. Mujeres... —Y se fue tras ella.

Lo que dejaba solo a dos de ellos para llevarlo a dondequiera que tuvieran previsto encerrarlo. Podía tener una oportunidad, si lograba deshacerse de las esposas.

—Yo que tú no lo intentaría —advirtió el último hombre, que se erigía junto al líder—. Anubis se mosquea cuando sus presas tratan de escaparse y teniendo en cuenta que es el guardián de la vida, la muerte y la resurrección, no conviene apretarle las tuercas.

Miró al otro tipo, que seguía en la misma aburrida posición, como si aquello solo fuera un mero trámite y no estuviera en peligro su propia integridad y la de su mujer.

—¿Vosotros no os largáis? —inquirió con acritud.

—Tenemos que completar nuestra misión. Llévate ante Luke y, créeme, te iría mucho mejor conmigo. Me limitaría a destriparte una vez al día y traerte de vuelta a la vida. Pero órdenes son órdenes y ese cabrón tiene delirios esquizofrénicos en sus mejores días.

Hizo un gesto con su báculo y todo se volvió negro.

Anubis observó el fardo desmadejado en el suelo y suspiró. Todavía recordaba aquellos días, en la antigüedad, cuando los gatos eran sagrados para su pueblo. Hacer lo que iba a tener que hacer para cumplir con el puñetero contrato que ataba su alma a la de Lucifer, iba a consumir gran parte de su conciencia. Otra vez.

—¿Estás bien? —inquirió Uriel—. Pareces distraído.

—Estoy bien. Pienso que alguien debería avisar a la mujer o su supervisor.

—Frank está fuera de combate. En el momento en que nosotros nos hemos presentado aquí, su tiempo con Luke empieza a contar, como bien sabes.

—¿A qué jodido loco se le ocurre dejar un territorio en guerra sin su guardián?

El ceño fruncido de Uriel le recordó la cercana relación que lo unía al

loco.

—Haré como que no he escuchado eso. No es tan malo como todos piensan.

—Díselo a otro. A mí me ha jodido la vida a base de bien. Y ya van para cinco mil años, año arriba año abajo. Empiezo a estar viejo y cansado de esta mierda de la tortura. Los gritos han empezado a sonar igual y las caras de mis torturados se difuminan. Estoy aburrido de la existencia. Nada ni nadie logra sorprenderme, es todo tan predecible.

—Necesitas una compañera de vida.

—No, gracias. —La idea le produjo un escalofrío—. ¿Sabes lo que le haría?

—No eres humano, no tropezarás dos veces con la misma piedra.

Uriel tenía demasiada fe en casi todo. Había elegido el infierno por encima de un futuro de luz y prosperidad para acompañar a su hermano en la lucha final hacia el Apocalipsis y poder así completar su sueño de poseer no solo una familia, sino darles a los humanos un lugar mejor y más seguro.

Estaba cegado por el amor, incapaz de ver la realidad.

—He tropezado más y he cometido errores mucho peores que los que ellos cometen. Pago por ello cada maldito segundo de mi existencia.

—No debería decir esto —empezó Uriel con cierto titubeo—, pero todos los contratos tienen una cláusula de rescisión. Incluso Luke es benévolo en ese aspecto. Sabe que es necesaria una luz al final del túnel para que cada uno de nosotros cumpla su cometido.

—La existencia ya no significa nada para mí. —aseguró—. Ni la mía ni la de nadie. —Guardó silencio un minuto, perdido en sus pensamientos—. Si te preocupa esa mujer —añadió mirando al infinito, cambiando de parecer. No iba a involucrarse en algo que solo le acarrearía dolor y quizá un aumento de su propia pena, no sería la primera vez—, avisa a sus protectores. No es ni mi

trabajo ni mi problema.

Con su báculo señaló a su nuevo suplicio y lo desvaneció, uniéndose a él en el espacio y el tiempo que los llevaría a su nueva celda, que compartirían deseado o no, hasta que el reloj marcara el último segundo de la asignación.

CAPÍTULO 20

Hope miró a su alrededor tratando de no sentirse sobrecogida. Conocía el complejo tan bien como la palma de su mano, así como también conocía a la gente que vivía allí. Ahora se sentía un poco perdida y aturdida también, no solo por el incendio, sino por la aseveración de Thorn de que había sido algo premeditado y también por el conocimiento actual de que todos los que vivían allí no eran exactamente lo que parecían.

—Sé que ahora te sientes abrumada —le dijo mientras metía la llave en la cerradura de un apartamento que le iban a prestar hasta que pudiera establecerse de nuevo o desapareciera la amenaza—. El dueño va a estar ausente un tiempo, así que vas a estar tranquila aquí.

Un aroma conocido invadió sus fosas nasales y la hizo sentir extrañamente a salvo. Olía a sándalo y especias, los muebles eran cómodos, de corte masculino y apenas había objetos personales. Solo vio una fotografía en la que aparecían un grupo de personas, algunos rostros conocidos, otros no.

—¿Estás seguro de que no le importará?

—Tengo la certeza de que no lo hará. Puedes ponerte cómoda —le entregó el juego de llaves—. Voy a conseguirte algo de ropa limpia, la nevera está llena. Miranda se encarga de reponer los víveres una vez por semana para todos nosotros, así que estarás bien abastecida. Espero que seas carnívora, verás que somos bastante aficionados a la carne.

—Supongo que los tigres lo son.

—Y las panteras. —La miró con cierta preocupación—. ¿Estás bien? Sé que es demasiada información para digerir. Disponemos de una psicóloga en el complejo... es humana. Podría ayudarte si crees que todo esto te supera. Te apreciamos aquí, Hope. Todos nosotros. Queremos que estés a salvo.

—¿Crees que los que han quemado mi casa, van a venir aquí también? ¿A buscarme?

El hombre se quedó un momento mirándola, como si estuviera sopesando qué decir exactamente. Finalmente, pareció optar por la verdad.

—Vendrán, Hope. Hay algo en todo esto que me huele mal, todavía no sé qué es o quién está detrás, pero cuando llegue el momento se mostrará y entonces habrá que ver quién sale victorioso.

—¿Nosotros, no? El bien siempre triunfa.

—Si puedes catalogarnos como los buenos, es un buen punto de partida —comentó en tono bromista—. Suceda lo que suceda, debes saber que mi gente y yo sangraremos por ti, lucharemos por tu vida y trataremos de mantenerte a salvo hasta nuestro último aliento. Bienvenida a la manada.

Con esas palabras y dejándola completamente muda, se marchó. Miró la puerta cerrada desde el centro de aquella habitación que, en silencio, le decía tantas cosas y la abrigaba de una forma muy especial.

Devin era un virtual desconocido para ella, pero solo en teoría, porque su corazón decía que habían estado juntos desde el primer momento de su existencia, con su primer aliento había llegado un conocimiento implícito que había ignorado poseer hasta ese preciso instante en que sus labios habían rozado los de ella y, con ese escueto gesto, le había dado un baño de realidad.

Se preguntó dónde estaría y qué estaría haciendo. Si de verdad Frank lo había herido en esa pelea o si tan solo le habían invitado a marcharse lejos de ella y de todo el mundo hasta que recuperara el sentido común. Quizá no creían que fuera posible que un humano y un cambiante se enamoraran.

Quizá tenían algunos prejuicios sobre su raza o puede que tan solo su desconocimiento completo de esta realidad, la estuviera haciendo llegar a conclusiones equivocadas.

Necesitaba hablar con Frank. Solo él podría arrojar un poco de luz a este

lío. No podía confiar en nadie más.

Marcó su número y cruzó los dedos para poder contactar con él, al fin y al cabo la noche de citas ya había terminado, su sobrino debía estar a buen recaudo y ella necesitaba algunas respuestas.

—Hola, preciosa —dijo el hombre respondiendo después del primer tono—. ¿Estás bien?

Sintió la preocupación en su voz

—Lo estoy. Bueno, quizá un poco confusa. ¿Y tú? ¿Estás... bien? —dudó un momento, quizá no debía sacar a relucir la pelea.

—Siento no haberte dicho qué soy, Hope. Era mejor así, pero ahora ya lo sabes y no hay marcha atrás en esto. Nadie puede borrar tu mente, bueno, quizá alguien podría hacerlo, pero no lo harán. Necesitas entenderlo y aceptarlo de prisa, porque Devin te va a necesitar muy pronto.

—¿A mí? —preguntó con incredulidad.

—Eres su compañera. Al final tendrá que rendirse y aceptarlo.

—¿Rendirse? ¿No... no me quiere? Quiero decir... no puede quererme, porque no me conoce. Yo solo... Estoy confusa, Frank. No sé qué hacer ni qué se espera de mí. No puedo pensar con claridad. Thorn dice que incendiaron mi casa a propósito, pero eso es imposible, ¿por qué alguien iba a querer hacerme daño? ¡Jamás he herido intencionadamente a nadie!

—El mal no necesita motivos para hacer las cosas que hace. —En su voz había una verdad absoluta—. En cuanto a mi sobrino, no es que no te quiera, es que no quiere sentirse vulnerable. Eres humana y nuestro mundo es muy duro. Eso sin contar que hay una guerra en marcha. No es un camino fácil. Si lo eliges (y escúchame bien, porque puedes elegir, no hay nada ni nadie que pueda obligarte a hacer algo que no quieres), vas a encontrar un alma afín que va a protegerte hasta su último aliento, pero habrá amenazas y dificultades. Estarás en guerra siempre, aunque nunca sola. No concebirás la soledad, ni

siquiera podrías mantener la intimidad que tanto os gusta a los humanos, porque un cambiante se empareja a todos los niveles. Siempre sentirás su presencia a tu lado, incluso aunque os separen kilómetros y tu corazón se sentirá pleno de amor y esperanza, pero también de miedo por lo que le pueda suceder. La pérdida será tu mayor temor y su dolor será el tuyo. Será tu presente y tu futuro, perderle será como morir en vida. Dejará un vacío en tu alma que ya nunca nadie conseguirá llenar, sin importar cuánto lo intentes. —Había emoción en sus palabras, como si supiera exactamente de qué estaba hablando—. Mi sobrino te necesita, Hope, más de lo que piensa y tú lo necesitas a él.

—Esto es demasiado, Frank. No sé si estoy preparada.

—Querías enamorarte de verdad y aquí está tu oportunidad. Abre tu mente y tu corazón. Te aseguro que vas a encontrar mucho más de lo que jamás has soñado o imaginado —aseguró—. Confía en Ethan y en Thorn, si tienes dudas, pregúntales.

—¿Y tú? —Había algo en su tono que le decía que no iba a estar cerca para poder ocuparse de ejercer su papel de guía y confidente.

—No puedo... Te lo explicaré a su debido tiempo. Tengo que irme, pequeña, ya llego tarde.

—¿Cuándo podremos hablar de nuevo?

—No lo sé. Tengo que ocuparme de resolver unos asuntos y, pase lo que pase, Hope, no te rindas con Devin. Te necesita mucho más de lo que cree y vas a tener que tomar la iniciativa si de verdad estás decidida a hacerte una vida.

¿Tomar la iniciativa? Era una mujer de segundos planos, le gustaba pasar desapercibida. Aunque uno de sus propósitos había sido el de luchar por lo que de verdad quería.

Un marido estable, un par de niños...

—No soy una mujer valiente.

—Sí, lo eres. Lo has demostrado una y otra vez. Yo creo en ti, ahora solo necesitas hacerlo tú también. Hasta pronto, Hope. Ten fe en el amor y lo que podréis hacer juntos y lograrás lo que siempre has deseado.

Quiso quejarse. Negarlo todo, pero no lo hizo. Tan solo se quedó en silencio, con el teléfono pegado a la oreja y sin escuchar nada más que su propia respiración. Frank se había marchado y, por su manera de hablar, era posible que no volviera en mucho tiempo.

—¿No te parece que hace un día estupendo aquí abajo? —ironizó Luke mirando a su muy molesta mujer mientras disfrutaban de un pato a la naranja de primera categoría—. Los gritos de los condenados son una magnífica música para nuestra comida de aniversario.

—Te estás jugando las pelotas, Luke.

—Eso lo hago cada día que me atrevo a dormir a tu lado, esposa.

Se sentía bien, incluso si su arisca abogada estaba de malas porque se había negado a tomar en cuenta su propuesta de adoptar un perro salchicha. ¿Qué sería del infame Lucifer si permitía que semejante bestia ridícula correteara a su lado? ¡El hazmerreír del infierno!

—Podrías acabar con los prototipos de un plumazo.

Y de vuelta al susodicho tema.

—Soy el más cruel de los crueles. No puedes estar hablando en serio.

—Ese pobre perro está desfigurado y ha sido abandonado. Será el terror de todo aquel que lo mire, los niños ni se le acercan.

—Tu corazón se está volviendo blando, mujer —aseguró con sus ojos echando chispas. Probablemente habrían cambiado de color, pues su humor se iba oscureciendo rápidamente según avanzaba la conversación—. No quiero chuchos en mis dominios y esa es mi última palabra.

—Pues deberías haberlo pensado antes —dijo Anubis haciendo acto de presencia y dejando a un encadenado y desnudo Devin frente a él. Finalmente había llegado el gatito que el lujurioso exjugador del purgatorio, ahora conocido como Frank, el vigilante de las distintas razas de cambiantes que habitaban Anchorage y sus alrededores, le había prometido—. ¿Qué soy yo, sino tu perro amaestrado?

Lucifer sintió un intenso regocijo al ver a los recién llegados. No por la presencia de la pantera, ni siquiera por su esclavo, sino por lo que eso significaba.

Acababa de echarle el guante a un guardián, algo muy codiciado en su mundo.

—Me satisface tu presencia. ¿Y Uriel? —Buscó por toda la sala, pero no lo vio ni lo sintió. Ni allí ni en cualquier lugar del inframundo.

—Se quedó atrás.

—¿Otra vez?

Anubis se encogió de hombros, Luke frunció el cejo. Por más que Uriel hubiera abrazado al hombre que era ahora, no podía renegar de quién había sido. No había cambiado tanto como él, seguía teniendo una fe inquebrantable en la humanidad y en lo que ellos unidos podrían hacer para salvarlos.

Era un maldito iluso, pero igualmente lo amaba. Era su hermano. El único en quién confiaba. La única existencia que le importaba, además de la suya propia. Y algunos días, la de su esposa.

Sonrió para sí cuando ese pensamiento cruzó por su mente. Amaba a la mujer, incluso si era extraño para su propia naturaleza, no podía evitarlo y aunque todos pudieran tener dudas al respecto, él no lo hacía: moriría por esa mujer sin pensarlo ni un instante.

Maldita sea, hasta adoptaría un jodido caniche por ella.

Pero ¿un perro salchicha? ¿En serio?

Resopló y sin dejar de mirar a Anubis claudicó.

—Haz el papeleo, abogada, y firmaré un acuerdo en el que me comprometo a permitir que tu perro vague por mi propiedad.

Pudo sentir la oleada de satisfacción que la abandonó y recibió con agrado el beso, el abrazo y la dulce promesa de que sería recompensado mucho después.

Su cuerpo reaccionó de forma instantánea, queriendo enviar los negocios a cualquier lugar lejos para poder concentrarse solo y exclusivamente en ella.

—Aunque no creas que vas a librarte por interrumpir por decimotercera vez la celebración de nuestro primer año de compromiso.

—Me gusta el trece, Nala.

Su mujer puso los ojos en blanco.

—¿Quién es el sexy hombre apaleado que tienes en el suelo?

Lucifer se tensó ante la desafortunada apreciación, la miró con una muda advertencia y después se fijó en la pantera cuyas esposas estaban ideadas para impedir la transformación. Sufriría una tortura aún mayor con la conciencia de que no sería capaz de huir a su mente animal y usar la fortaleza de este. Quería al humano sufriendo para que aprendiera una muy importante lección: que esa parte de su alma debía ser escuchada o las consecuencias iban a ser terriblemente catastróficas.

Valoró la posibilidad de alargar la condena, una vez pasado el tiempo acordado, pero no le interesaba incumplir el contrato con Frank. Al fin y al cabo, era al tigre a quien realmente quería. Y lo había ansiado por mucho tiempo, tenerlo en su equipo y precisamente en estos momentos en que todo estaba patas arriba y su guerra en un fino equilibrio al borde de un precipicio, cuando necesitaba una baza ganadora.

Iba a ser un duro golpe para el otro lado, no cabía duda.

No, no iba a arriesgarse, pero sí disfrutaría personalmente de la tortura

del malnacido que se había atrevido a resultarle atractivo a su esposa.

—Llévalo al ala sur. Tengo algo especial esperando por él.

Anubis se estremeció, sabiendo qué era lo que ocultaba aquel pasillo. Una aparente ilusión de comodidad, luz por todas partes, incluso una temperatura óptima, pero que jugaba con tu cerebro de una manera en que suplicabas estar muerto antes de que concluyera la primera hora, ¿qué le haría al hombre tras casi una semana?

Se moría de ganas de comprobar si estaba en su naturaleza la habilidad de volverse loco.

Iba a disfrutar mucho de esta tortura en especial.

Nala lo miró con cierta sospecha.

—Hablo en serio. No quiero posponer otra vez la celebración. A este ritmo tendremos nietos y...

—Eso no va a pasar.

—¿Qué no va a pasar?

—Nietos. No tendremos nietos. No seré un jodido abuelo, soy demasiado guapo, joven y atractivo como para que un mocoso me llame abuelo —espetó sin siquiera pensar en ello.

—Yo quiero nietos —le pegó un codazo en el estómago y pasó de largo, en dirección a Anubis—. Más te vale ocuparte tú de este asunto, porque si a Lucky se le ocurre retrasarse otra vez con nuestra cita —se giró lo suficiente para mirarlo directamente por encima del hombro—, y sabes a qué me refiero exactamente, maridito; van a rodar cabezas, ¿lo habéis entendido los dos?

Se agachó para acercarse un poco más a Devin y negó, susurrando solo para el prisionero, aunque llegó a su excelente y afinado oído.

—No sé qué habrás hecho, pero es una lástima. Estar aquí abajo va a cambiarte, nos cambia a todos.

Se incorporó y con una última y muda advertencia, salió dejando la

comida a medias y una mala sensación en Luke.

—Ocúpate del prisionero.

—¿En el ala sur?

El líder del averno asintió.

—Es una orden. Creo que le resultará... instructivo.

Se regocijó en el conocimiento implícito que venía con el puesto. Él había ideado todas esas trampas, no importaba qué pensarán o qué se comentara en el Cielo, la Tierra o incluso en el Infierno sobre él, sabía cómo meter el sentido común en el cuerpo de cualquiera.

Y también el temor de Dios...

En realidad, de Lucifer, porque él era la próxima estrella brillante de este mundo. Una vez restaurado el orden de las cosas, se alzaría con un poder que nada ni nadie podría arrebatarse y con su mujer y su hermano a su lado, harían lo que los de arriba no habían sido capaces de hacer. Permitir que el libre albedrío y un futuro de esperanza nunca jamás volvieran a entrar en conflicto.

Ah, sí, y un pequeño detalle.

Luke sería el todopoderoso señor, no solo del infierno sino también de su anhelado Cielo.

CAPÍTULO 21

Gabriela estaba comiendo en la cantina del complejo, disfrutando de una deliciosa hamburguesa. Normalmente ese tipo de comedores servían comida que no había quién comiera, pero en este caso, el cocinero o cocinera debía disfrutar de su trabajo, pues había sido capaz de repetir. Y eso teniendo en cuenta que el tamaño de ese pedazo de carne no era nada normal.

Al fin y al cabo cocinaban para osos.

Cerró los ojos y tomó aliento. Había tenido que claudicar después de recuperar el sueño perdido. Cuando había despertado, el pequeño Mickey estaba hecho una bolita a su lado, en la cama, y en cuanto abrió los ojos, había dejado a un lado su piel lobuna para mostrarse a ella como un precioso niño desnudo de dos años, que la abrazaba con fuerza y la llamaba «mamá».

Ethan le había contado algo sobre él, sin entrar en detalles, porque no había tenido mucho tiempo. Una vez que reclutó a su gente y duplicó la seguridad, reunió a un pequeño grupo y salió en la búsqueda de los desaparecidos. La había mirado con disculpa, sus ojos llenos de preocupación y una pizca de tristeza, para marcharse sin dedicar una segunda mirada.

Volvió a suspirar. Ahora estaba sola, Miranda había recogido al pequeño lobo para llevarlo a la guardería, con la promesa de que se lo llevaría de vuelta una vez terminara el periodo lectivo de ese día. Era tan extraño estar ahí, esperando por alguien, sin pensar en nada de lo que habría imaginado apenas unas semanas atrás.

Su cabeza estaba llena de preguntas extrañas. Cambiantes. Animales que se transformaban en humanos o viceversa. Niños que la reclamaban como madre, algo que nunca jamás se atrevió a imaginar y un hombre, tan atractivo que a menudo tenía que contener la respiración, que había declarado que era

su compañera. Su alma gemela. La única en este mundo para él.

Era demasiada presión para la loca de los bichos, ¿verdad?

Se rio de sí misma y maldijo por no ser de ese tipo de gente que perdía el apetito en los momentos cruciales de la vida. No quería engordar media tonelada y a este ritmo iba a pasar en cualquier momento.

Debería preguntar por el cocinero y exigirle que cocinara más sano y menos rico.

—¿Esta silla está vacía?

Miró a la mujer que lo había preguntado y asintió.

—Sí, claro. Puedes sentarte si quieres.

—Perdona que me haya acercado así. Si quieres estar sola, puedo marcharme —aseguró la desconocida.

—No, tranquila. Supongo que me viene bien un poco de compañía en este momento. Es como si todo mi mundo se estuviera desmoronando de golpe —y ahí llegaba la parte en la que le abría su corazón a una completa extraña—. Soy Gabriela.

—Sé quién eres —sonrió al tiempo que retiraba la silla frente a la suya—. Soy Hope. Ayer quemaron mi casa y Thorn me ha ofrecido un refugio hasta que se aclare todo.

Gabriela se quedó en shock, no esperaba que dijera algo como eso. ¿Alguien había incendiado su casa a propósito?

—Lo siento. ¿Por qué...? ¿Acaso tuvo algo que ver con la invasión de anoche?

—¿Alguien entró aquí por la fuerza? Pero... ¿por qué?

Gabriela se encogió de hombros, apartando el plato a un lado. Había perdido repentinamente el apetito.

—No lo sé. A lo mejor solo es una coincidencia.

—Llevo un par de años trabajando con Ethan y Thorn. He estado

cuidando de los animales salvajes, especialmente los felinos del complejo, y nunca había percibido la tensión que hay ahora. Todo el mundo parece preocupado y muestran cierta desconfianza.

—¿No es habitual?

—No. Siempre he sido recibida con los brazos abiertos, tanto por los dirigentes como por los que viven aquí, pero hay algo diferente hoy. Como si tuvieran miedo de mí o no se fiaran del todo. Es muy incómodo.

Hope se revolvió en su silla, probablemente de la misma manera en que ella misma lo llevaba haciendo todo el día. Estaba tan incómoda y perdida que podrían darse la mano y seguir por el mismo camino dándose apoyo mutuo.

—La confianza es algo que hay que ganarse y que no sucede de forma espontánea de la noche a la mañana —comentó mirándola—, pero si llevas tanto tiempo aquí, supongo que ya lo has conseguido. Yo acabo de llegar para hacer un estudio sobre los hábitos de apareamiento de los osos polares y ahora que... —no sabía si debía decirlo o no, ¿Hope estaría al tanto de la realidad cambiante o pensaría que se había vuelto completamente loca? Lo cierto era que había empezado a pensarlo también. El frío de Alaska estaba asesinando todas sus neuronas. Bajó la voz y expuso la situación—. Ahora que sé que esos tres osos son más que simples animales salvajes, estoy reconsiderando mi posición aquí.

—¿Lo sabes? —Hope la miró aliviada—. Pensaba que era la única aquí que estaba lidiando con la gran revelación.

—Me enteré anoche —confesó.

—Y yo. Fue bastante impactante la verdad. Estaba allí en mitad de mi casa chamuscada, sabiendo que lo había perdido todo, y apareció como de la nada. Un hombre pantera. Pensar que llevo escribiendo historias alocadas y fantasías de alto contenido erótico con un ser así durante los últimos años... ¿Puedes creerlo? Casi me da algo cuando me levanté esta mañana y me di

cuenta de que estaba en el mundo real y que todo lo que había sucedido era cierto. Thorn me invitó a hablar con su psicóloga, pero creo que me sentiría bastante cohibida.

—Puedes hablar conmigo. No soy psicóloga, no creo mucho en su labor. Las cosas del cerebro o las logras por tus propios medios o no eres capaz de superarlo. Supongo que su única función es la de escuchar sin juzgar y eso está bien, porque los amigos, aunque lo digan, rara vez lo hacen.

—Entonces es una suerte que todavía no seamos amigas, porque podemos ser sinceras. —Hope le guiñó un ojo divertida y la reconfortó. De alguna extraña manera, empezó a sentirse ligeramente menos incómoda como si hubiera conectado con alguien que no solo no iba a juzgarla, sino que también se encontraba en su mismo lugar.

—Llevas dos años aquí, ¿verdad? Eso me has dicho.

—Aproximadamente, sí —confirmó.

—¿Y durante todo ese tiempo has conocido a Ethan? —No la miró a los ojos, no podía. No quería que leyera en ella el profundo anhelo que sentía y esa necesidad arrolladora que le exigía creer en las palabras del hombre-oso sobre las compañeras, las almas y los finales felices.

—Sí. Si me preguntas sobre su identidad secreta, no sabría decirte...

—No, no es eso —se apresuró a cortarla—. Es solo que he escuchado a algunas personas hablar sobre su interés por mí y yo... me preguntaba... si suele interesar a muchas mujeres por aquí.

—Que yo sepa, no ha tenido una pareja estable y duradera en los últimos años; pero ten en cuenta que nuestra relación ha sido exclusivamente de trabajo. Sí es cierto que es un hombre muy agradable y cariñoso. Recuerdo verlo abrazando a mujeres, hombres, niños y niñas por igual. Y animales también, por supuesto. Me parece muy confiable y sincero. Hace que logres olvidar esa inquietante cicatriz del ojo. Confieso que, al principio, me daba

miedo.

—Su cicatriz es bastante impactante —confirmó Gabriela—, aunque miedo no da. Yo creo que le imprime carácter. No necesita un traje que diga que es el gran jefe, porque solo su pose y su actitud lo demuestran. Me gusta eso de él y no parece ni mentiroso ni violento.

—No lo es —le aseguró—. Solo hay que verlo con los niños.

—Sí, es cierto —confirmó con una sonrisa soñadora. Estaba imaginándolo como la noche anterior, con el pecho descubierto y un niño en su fiero abrazo protector, mientras lo consolaba con una paciencia infinita e inusitada ternura.

—¿Estás enamorada de él?

—No, no creo. Acabamos de conocernos. Bueno, hace ya un tiempo, en la boda de mi prima y su hermano, pasamos un día muy bonito y ahora... bueno, no recuerdo ni el tiempo que llevo aquí, no creo que haya pasado ni una semana, aunque lo siento como un año.

—¿Tienes ganas de marcharte?

—¿Bromeas? Siento que toda mi vida he estado destinada a venir aquí. Ojalá pudiera quedarme.

En cuanto las palabras abandonaron sus labios supo que lo decía de verdad. Ethan era todo lo que ella podía desear. Bueno, amable, protector, cariñoso y un oso. ¿Qué más podía pedir? No sabía cosas básicas sobre él, como la forma en que comía los huevos o si era alérgico al polen, pero sí lo había visto interactuar con otras personas. Mayores y pequeños, lo había visto preocuparse y también arriesgar su vida por ella misma y todos los demás. No había dudado cuando había salido en la persecución de aquellos que se habían llevado a los suyos. Sabía que lo iba a llevar hasta el final, que no volvería a casa con las manos vacías. Era el tipo de hombre del que una mujer se podía enamorar, pero ¿cómo podía permitirse hacerlo? Iba a estar robándole parte

de su sueño. Veía cómo trataba a los bebés y a las mujeres embarazadas, algo que nunca tendrían juntos.

—Oh-oh, estás pensando algo muy malo, ¿verdad? Creo que acabo de ver una gama completa de emociones en tu cara.

—Estoy pensando en cómo es posible que un hombre como él piense que yo soy su compañera destinada. Mírame, no me conoces, pero te aseguro que soy un desastre completo. Me centro tanto en mis animales que me olvido hasta de ducharme, mi casa es puro caos, mi vida igual, apenas si hablo con mi familia porque me pierdo en mis causas. No he tenido una relación en... ¿diez años? He perdido totalmente la práctica. No sé flirtear ni ligar ni comoquiera que se diga en esta década. ¿Por qué Ethan iba a interesarse en mí?

—¿Por qué no? Mira, no entiendo muy bien el tema de las compañeras. Mi jefe asegura que su sobrino y yo debemos emparejarnos, todo esto me lo ha soltado de sopetón, así sin más. Soy un tigre y mira tú por dónde, vas a emparejarte con una pantera. Harás realidad tu sueño. Justo ahora, pero no te olvides de un dato importante, tienes elección. Claro que la tienes, pero si no aceptas el trato, si no te emparejas con esa persona que el destino o lo que sea ha elegido para ti, nunca serás plenamente feliz, vagarás pensando en los «y si» durante el resto de tu existencia. Para ellos, no habrá nadie más, nadie como tú. Es más, hasta podrían volverse locos (y esta es una información que acabo de escuchar según venía para acá). No lo sabía, supongo que por eso anoche Devin se puso un poco *animal* conmigo allí y tuvieron que contenerlo entre varias personas.

Habló tan deprisa que hubo cosas que no captó, aunque sí la idea general y sobre todo el final.

—¿Cómo se puso animal? ¿Te atacó?

—No, no. Frank dice que era peligroso para ellos, pero no para mí. Lo que pasa es que como el hombre se niega a la bestia, la bestia exige su libra de

carne y ya está. ¿Resultado? Una humana muy asustada introducida a la fuerza en un mundo sobrenatural típico de mis libros favoritos.

Gabriela seguía sin entenderlo del todo, pero no insistió más. Seguía dándole vueltas a la idea de que Ethan podría encontrar a alguien mejor. Dudaba mucho que se volviera loco sin ella.

—Todo esto es mucho para asimilar —terminó diciendo—. No pueden pretender que así, de la nada, hagamos un salto de fe y no nos cuestionemos todo esto, ¿verdad?

—Las relaciones amorosas son un misterio, pero el hecho de que unos tipos muy guapos se conviertan en animales; una locura total. Aunque, si lo piensas fríamente... ¿Por qué no habrían de existir otras criaturas además de los humanos? Hay gente que cree que hay vida en otros planetas.

—Hay gente que baila en pelotas la noche de luna llena, pero los llamo locos —aseguró Gabriela—. Espero que no lo vuelas hacer.

La risa de Hope llenó el lugar mientras negaba.

—Todavía no estoy tan desesperada.

—¿Desesperada por qué?

—Por el amor. Acabo de terminar una relación especialmente fea. Me engañó con otra seguramente, porque no quise acostarme con él.

—¿En serio? Los hombres son unas ratas.

—No todos.

Era cierto, Hope sabía de lo que hablaba. Además Ethan no era una rata, era un oso, y vaya oso. Uno al que le gustaría abrazar para siempre.

Se estaba volviendo majara. ¿Y si cuando se acostaran, el oso decidía que después de todo no era su pareja designada? ¿Y si cuando la conociera del todo, el hombre considerara que no estaba a la altura de lo que un hombre de negocios como él necesitaba?

No podría sobrevivir a otra decepción de ese calibre.

—Digan lo que digan, dudo mucho que el destino tenga la última palabra —se quejó Gabriela.

Eso sería muy fácil. Dejar que un ente abstracto y desconocido escribiera su camino y tuviera que limitarse a esperar a que ese momento llegara. Si Ethan y ella iban a estar juntos, iba a tener que luchar por ello, si es que estaba dispuesta a asumir el riesgo.

—Nosotros hacemos nuestro destino. Cada elección puede llevarte al éxito o el fracaso —añadió Hope—, al menos es lo que pienso.

—¿Entonces vas a intentarlo con Devin? Creo que lo conozco, ¿no es el tipo huraño, enorme, piel oscura y cuerpo que parece una máquina de matar?

—Podría ser, sí. Aunque no es huraño, en realidad es muy dulce. Sus ojos hablan con sinceridad, incluso si no pronuncia muchas palabras. Es irónico y muy inteligente. Además, siento como si lo conociera desde siempre.

—¿Tú también? —Gabriela se abanicó con la mano, sintiéndose sofocada repentinamente—. Debe haber algo en esta agua que nos hace tener alucinaciones.

—Es extraño, ¿verdad? La sensación de que por fin estás en casa. No es un lugar, es una persona. Un desconocido, prácticamente. Te llenas de emoción y también de angustia. No sabes qué hacer.

Se levantó, no podía estar quieta ni un instante más.

—Puede que haya algo que hacer. Las maletas.

Hope se rio.

—No lo harás, no puedes.

—No es que no pueda, es que no quiero y es peor.

—Pues ya somos dos. La verdad es que tengo curiosidad por ver hacia dónde nos lleva este momento —se levantó también y colocó la silla en su lugar—. ¿Quieres que te lleve a dar una vuelta por el complejo? Quizá pueda redescubrir algunos lugares en buena compañía.

—Creo que voy a ir a dormir una siesta, estoy abrumada con todo esto y aunque he recuperado el sueño perdido, tengo la sensación de que voy a desplomarme en cualquier momento.

—Muy bien. Descansa.

—Gracias. Disfruta de tu paseo.

Hope sonrió.

—Lo haré. Nos vemos después, mucho ánimo con Ethan. Es de los buenos.

—Lo tendré en cuenta.

Le devolvió rápido el abrazo, se separó y salió a toda prisa, como si la persiguieran. Había sentido repentinamente la necesidad de estar sola. ¿Iba a tener algún tipo de ataque de pánico? A veces tratar con la gente le producía crisis de ansiedad, incluso siendo personas encantadoras como Hope.

Se apresuró en dirección a su temporal hogar, sin mirar por dónde iba y justo cuando iba a entrar en el edificio, alguien la sujetó con firmeza por detrás pero sin hacerle daño.

Un susurro irrigió un agradable calor por cada rincón de su cuerpo, que se preparó a la espera de que todas las promesas hechas sin palabras, se hicieran realidad.

—Hola, compañera.

—Ethan.

Trató de girarse para verlo, pero no se lo permitió.

—¿De qué huyes tan deprisa? Espero que no sea de mí.

—No —hizo un nuevo amago de moverse, para poder mirar sus ojos, ver lo que había allí, qué le decían que él ocultaba.

—Te quiero justo donde estás, no te muevas. Me temo que no podré controlarme si lo haces. —La pegó contra su pecho y pudo sentir su excitación contra su trasero.

—Dios mío.

Ethan sonrió.

—No, mi dulce osa. Solo yo. —Besó su cuello—. Ha sido un día nefasto, no hemos conseguido nada. Necesito consuelo, tu consuelo. Solo permíteme abrazarte, no voy a pedirte nada que no puedas darme.

—Déjame consolarte, entonces.

—Si te miro, me temo que no solo el oso exigirá su premio, también lo hará el hombre y no estarás a salvo en ninguna parte de este complejo o en cualquier lugar del mundo, incluso el más recóndito. Llevo una vida anhelándote y ahora que sabes quién y qué soy, es más difícil incluso mantener la necesidad a raya.

Gabriela se giró, logró moverse lo suficiente para librarse de su agarre.

—Entonces no lo hagas. Puede que no sea la mejor de las decisiones, pero te deseo. También te necesito.

—No. No hablas en serio. No se trata de sexo, se trata de ti. De tu corazón, tu cabeza y también tu cuerpo. Quiero que cada microscópica célula de tu ser esté completamente segura de que me quiere cuando haga mi reclamo.

—Y lo están. Lo están. Si voy a querer a alguien alguna vez, serás tú. ¿No vale con eso?

La indecisión bailoteó en los ojos del hombre, que parecía estar batallando consigo mismo, pero pudo ver el instante en que la necesidad por ella venció cualquier tipo de reticencia y ya no necesitó palabras. La levantó en brazos al mismo tiempo que su boca la reclamaba con una vehemencia completamente desconocida.

Nunca se había sentido igual, no imaginaba que aquello pudiera ser posible.

—Te necesito —masculló entre dientes mientras empujaba la puerta y la guiaba hasta el ascensor. La apretó contra la pared, sin dejar de besarla, con

sus enormes manos firmemente apoyadas en sus nalgas, presionándola contra su dura erección que ya reclamaba atención.

—Y yo a ti, Ethan —le rodeó la cara con las manos y acarició los bordes de la cicatriz—. Eres perfecto.

El hombre besó sus dedos y la miró apenas un segundo, supuso que quería ver la sinceridad de sus palabras, además de sentirla. Pero nunca había dicho nada más en serio.

—Eres mía —reclamó provocando su risa. Pero no una de burla, sino una de satisfacción.

—Tendrás que ganártelo.

Volvió a mirarla y quiso gritar por la pérdida de su boca, pero no iba a quejarse, sus manos ya estaban indagando buscando el broche de su sujetador y el botón de sus pantalones.

—Me lo ganaré cada día —aseguró perdiéndose una vez más en su boca.

Ambos gruñeron cuando el ascensor se detuvo antes de llegar a su piso. Gabriela intentó apartarse de él cuando vio que una pareja estaba esperando para entrar, pero Ethan se limitó a gruñirles como un oso en celo y los dos dieron un paso atrás despidiéndose con la mano. El hombre tenía una sonrisa conocedora y la mujer enrojeció hasta las raíces del pelo. Supuso que por pillar al alfa a punto de tener sexo en un lugar público.

—Van a enterarse todos de lo que vamos a hacer.

—Lo harán de todos modos. No será mencionado el encuentro, te lo aseguro. Mi gente sabe ser discreta.

—¡Ellos lo sabrán!

—Lo único de lo que debes preocuparte ahora es de lo que tú quieres. Dime, Gabriela, ¿qué puedo hacer por ti?

Y con una sonrisa más de lobo que de oso la llevó a su apartamento, más grande que el de ella y directos a la cama. Ni siquiera se fijó en si habrían

arreglado los desperfectos, tan solo pudo sentir las manos del hombre desgarrando su insistente ropa.

Al parecer había dado con un tipo impaciente y bastante salvaje.

¿Pero qué podía esperar de un oso?

Ethan no había planeado lo que estaba sucediendo, sino más bien al contrario. A lo largo de todo el camino de vuelta a casa se había dicho una y otra vez que Gabriela merecía tiempo y él tenía que dárselo. Era muy importante que entendiera las repercusiones que tendría hacer el amor con él. No habría marcha atrás después de este momento, una vez reclamada, no había algo similar al divorcio en su mundo, a excepción de la muerte y ni aún así el superviviente dejaría de anhelar al otro.

Se suponía que para los humanos era más fácil, pero según su tía, también era un suplicio.

No quería pensar, justo en este momento, la necesidad imperaba por encima de todas las dudas. La quería, ansiaba probarla y dejarla impregnada con su aroma para que no hubiera ninguna duda de a quién pertenecía.

Intentó ser civilizado, pero al fin y al cabo era un animal, así que cuando su ropa se resistió, acudió a su oso para desgarrar en cuestión de segundos cada prenda de ropa que le impedía llegar ella.

No hubo ni un rasguño por su parte, tan solo la dejó desnuda y suave frente a él.

Sintió sus manitas tirando de su camisa y sonrió, haciendo exactamente lo mismo. Ocupándose de desvestirse para ella, de mostrar su cuerpo, lo que había conseguido a cambio de convertirse en su mujer.

No era perfecto, no era guapo, sus progenitores se habían encargado de acabar con su belleza, aún así su cuerpo era el fruto del esfuerzo constante

para estar listo y poder afrontar cualquier amenaza. Podía parecer atractivo a los ojos de una mujer.

Tenía mucho pelo, por todas partes, quizá ella tenía otras preferencias. Frunció el ceño, repentinamente preocupado.

—Gabriela, ¿te importa que yo...?

¿Inseguro? Maldito fuera, aquella era su compañera. Le gustaría tal y como era, porque así estaba escrito.

—Joder, cállate y bésame.

Y así fue como toda duda posible se fue por la ventana. ¡Qué ridiculez! ¡Un oso preocupándose por algo tan tonto como su aspecto!

La besó, vaya si la besó, pero ignoró su boca para sucumbir al resto de su cuerpo. Se sumergió en una serie de descubrimientos que lo llevaron cerca del Cielo y a ella también.

Se retorció bajo su boca pidiendo más y más. Su cuerpo reaccionaba a cada toque, su piel de gallina mostraba la sensación incontrolable, su respuesta. Acarició su vientre, su ombligo, con exquisita suavidad y subió en un reguero de besos hasta sus pechos, riéndose cuando ella se quejó.

—Más. Ethan. Más rápido.

—No. Me voy a tomar mi tiempo.

Aunque había dejado su preocupación a un lado, le había dado la oportunidad de recuperar un poco el control sobre su deseo y sobre su oso. Los dos estaban relamiéndose por el premio, pero iban a ir dando pequeñas probaditas de su nuevo dulce favorito, hasta poder conseguirlo al completo.

Estaba ansioso, sí, casi desesperado, pero no podía apresurarse, porque sabía que se arrepentiría para siempre.

—Quiero que lo primero que entiendas sobre nosotros es que tu placer siempre será mi prioridad, independientemente de lo que yo necesite o desee.

—Mi placer se está retrasando... mucho. Desde anoche. He intentado

llegar a este punto durante al menos treinta y seis horas, puede que incluso más y sigues ahí pensándotel...

Ethan sonrió por dentro en el instante en que cortó su queja. Su boca había dado con el dulce ansiado, colocándose entre sus piernas para poder aspirar finalmente el aroma prometido. Su compañera...

Había tenido amantes, no tantas como otros miembros de su manada, pero había habido su buena cuota de amigas de cama que habían compartido momentos interesantes a su lado, sin embargo, nunca había sido como este momento.

Compartir la intimidad siempre era algo especial, algo que había que tomarse en serio, compartías una parte de ti con otra persona, una confianza irrevocable, y tenías que dar y obtener algo a cambio. Sin embargo, aquí no se trataba de un intercambio justo, se trataba de encontrar algo que llevabas toda la vida buscando. De alcanzar ese punto en el que al fin te fusionabas con esa parte de tu ser que te habían arrebatado hacía tanto tiempo, incluso antes de la propia existencia.

—Ethan —gimió su mujer, dejando claro que le gustaba lo que estaba haciendo. Sus manos aferraban con fuerza mechones de su pelo, para mantenerlo justo donde estaba, provocando que su oso se pavoneara satisfecho, al ver la sincera respuesta.

Lo deseaba solo a él, no había opciones posibles. Estaba ahí claro, frente a él, con esas palabras, con esa respuesta. Mostrando cada pedazo de su ser, de esa necesidad primitiva que los golpeaba a ambos.

Lamió con gusto, deleitándose en ella, saboreando la dulce ambrosía hasta que sintió cómo se rompía y se rendía a él. No cesó en sus atenciones y en su distracción, se colocó entre sus piernas y la poseyó como un oso hacía con su compañera.

La reclamó con un bajo gruñido, forzándose a mantener a raya su cuerpo,

que quería rendirse en ese instante completamente y solo para ella.

—Ethan.

—Shhh, todo está bien. Tómate tu tiempo, tenemos todo el día.

No importaba que todo a su alrededor estuviera patas arriba. En este momento, no iba a apresurarse, Thorn estaba al mando y su gente estaba decidida a permitir que su alfa se emparejara al fin.

Todos lo querían, lo respetaban y aunque no le habían exigido que hiciera algo de una vez por todas, había quedado patente en sus palabras y poses.

Ya iba siendo hora de que reclamara completamente a su pareja.

—Pero...

—Sin peros.

—No he podido evitarlo. —Las lágrimas llenaron los ojos de la mujer, Ethan negó mientras la atraía más cerca.

—Me has dado solo lo que yo estaba buscando.

—Pero tú no...

—Ahora es mi turno.

—¿Ahora?

Ethan sonrió cual libertino en su salsa.

—Ya lo creo, mujer. Deja que te demuestre cómo.

—Pero yo...

—Te recuperarás muy rápido. Al fin y al cabo las mujeres sois muy resistentes. Recuerda que alguien con un gran sentido del humor te hizo especialmente para un oso.

Lo miró sin saber si enfadarse o abrazarlo, no le dio tiempo a pensar. Solo por si acaso...

La besó, perdiéndose en su boca, compartiendo el aroma que había obtenido de ella, mientras iniciaba la ancestral marcha. Poseyéndola lentamente, disfrutando de cada centímetro que reclamaba.

—Eres perfecta.

—Imperfecta —rebatío ella—. Hace mucho que...

—Es como montar en bicicleta —bromeó, pero pronto las bromas quedaron a un lado, el deseo se alzó en toda su magnitud, rugiendo salvaje, exigente. Era hora de que la marcara, definitivamente.

Sus dientes crecieron, el alfa en su interior ansioso por poder reclamar por fin lo que hacía tanto tiempo le había sido prometido. El hombre preocupado por la repercusión de su acto, pero el destino se impuso, el instinto opacando la razón, mientras sus colmillos se alargaban y se sumergían con fuerza en su hombro.

No hubo grito de dolor, tan solo un orgasmo que la golpeó con fuerza al tiempo que desataba el suyo propio.

Y aunque sabía que era imposible, habría jurado que cuando su semilla entró en ella creó mucho más que un instante de amor.

Su oso rugió satisfecho, el hombre la miró gozoso y el amor fluyó entre los dos como un lazo inquebrantable dejándoles saber que siempre estaría allí, para cuidar de ellos y protegerlos, para que ambos estuvieran conectados, tal y como debían estarlo, hasta el mismísimo final del tiempo.

Ya no importaba si llegaba o no el Apocalipsis, porque al fin, después de tantos años, ya no se sentía solo.

El vacío de su interior había desaparecido y mientras Gabriela estuviera a su lado, no volvería a asomar su feo morro.

CAPÍTULO 22

Devin se removió en lo que parecían unas suaves sábanas de seda que rozaban de una extraña y no desagradable manera su cuerpo desnudo. Un aroma a aceites de masaje de aloe vera inundaba sus fosas nasales, al tiempo que unas femeninas manos lo acariciaban.

Estaba excitado. Últimamente parecía ser este su estado natural. Cada vez que estaba cerca de Hope, todo lo demás se opacaba y sus instintos más viscerales se elevaban exigiendo ser satisfechos.

Abrió los ojos.

«Hope».

Intentó hablar, pero no pudo hacerlo. Estaba mudo.

Intentó moverse, pero había algún tipo de cuerda invisible aferrándolo contra la suavidad de la cama.

Intentó mirar a su alrededor, pero solo vio oscuridad. Al menos durante un par de minutos, después todo se iluminó y se vio rodeado de lujo. Una habitación enorme, ricamente decorada, con muebles de alta gama y cuadros que debían costar una auténtica fortuna. A su alrededor había un suave murmullo de voces femeninas que cuchicheaban entre risas.

Se sentía observado.

—Mmm. Al fin se ha despertado.

Sintió el revuelo y el sonido de tacones caminando en su dirección. ¿No habían estado tocándolo? Parecía que solo lo había imaginado, pues habían estado demasiado lejos para que eso pudiera ser cierto.

Ahora, dos pares de ojos curiosos lo observaban minuciosamente.

Estaba desnudo y ese solía ser su estado natural, especialmente, en los últimos tiempos y sin embargo nunca se había sentido tan cohibido.

Su pueblo acostumbraba a disfrutar del sexo colectivo, las orgías y las relaciones múltiples eran una constante entre la gente de su padre, sin embargo él lo repudiaba. Era algo que siempre lo había asqueado.

No podía negar que había sido bastante prolífico antes de conocer a Hope. Que había tenido su buena dosis de amantes, pero siempre de una en una y en relaciones completamente monógamas.

No engañaba y no compartía, eran dos de sus reglas básicas. La tercera era la de no comprometerse jamás.

Hasta Hope, con ella se comprometería. Rompería esa regla y ni una más. No, no lo haría. Había decidido mantenerse lejos de ella.

No podría soportarlo durante más tiempo, tenía que ir a su lado. ¡Estaba en peligro! ¡Tenía que protegerla!

Trató de moverse una vez más y aunque no sentía cadenas reteniéndolo, seguía sin ser capaz de hacerlo.

Quiso hablar, para evitar que lo tocaran, pero tampoco fue capaz.

—No te preocupes, *mon petit*, nosotras vamos a cuidar de ti.

—Sí, vamos a mimar cada pedazo de este cuerpo tan succulento.

—Pero tendrás que darnos algo a cambio —aseguró la falsa francesa, entrando completamente en su campo de visión. Se subió sobre él a horcajadas, estaba prácticamente desnuda y su contacto le resultó repulsivo. Su pantera, oculta muy en el fondo, quiso luchar contra ello. Eso estaba mal, muy mal. No era el olor correcto, no era la mujer correcta, no podían traicionar a Hope de esa manera. Nunca. Jamás. No podían ofender a su compañera así.

—Cuidado, Marguerite, parece que quiere matarte —comentó con tono divertido la otra mujer—. Nunca he visto tanta rabia en un hombre que está listo para el placer, justo cuando está a punto de ser satisfecho.

—Es porque no quiere compartir. Sabe que voy a disfrutar de esta

comida. De cada sabroso bocado. Estoy hambrienta —sus uñas se le clavaron en el pecho, hasta que brotó la sangre. Descendió sobre él y lamió con decadencia, disfrutando del metalizado sabor—. Mmm, puede que dure un tiempo, después de todo.

—No seas avariciosa, yo también quiero un bocado. —Se acercó a él y pegó su pequeña nariz a la suya—. Nunca me he alimentado de un gato antes, ¿sabes? En el harén dicen que no hay nada más sabroso. Tenéis una resistencia legendaria y ya casi nunca nos visitáis —hizo un mohín, mostrando su disgusto—. El último juguete se marchó del purgatorio hace tanto tiempo que hemos estado muy aburridas sin él. ¡Y yo ni siquiera tuve tiempo de probarlo!

—Dicen que ha vuelto —canturreó su amiga sin dejar de balancearse sobre él, creando esa tortuosa fricción que hacía responder a su cuerpo, a pesar del enfado de su dueño.

Esas dos mujeres hablaban delante de él como si no fuera otra cosa que un mueble, un juguete sexual.

—Está tan frustrado como el otro, ¿verdad? Sin ser capaz de llegar hasta el final con su pareja, lo que lo hace muy bueno para nosotras —chocó los cinco con la otra mujer en un gesto pueril y le permitió ver unos largos colmillos y sus rojos ojos—. No dejes que te engañe mi aspecto, no soy un vampiro.

—No a la manera tradicional —se burló Marguerite—. Valeria, deberías explicarle quiénes somos. Un hombre tiene derecho a saber quién se lo va a comer.

Su boca le lamió los labios, quiso morderla, pero tan solo pudo devolverle una mirada cortante y llena de aversión.

—Me gustas —dijo Valeria—. Mucho. Tanto como nos gustaba el otro gato, aunque tienes más furia. Más ira contenida. Más energía. Justo lo que necesitamos, hace tanto tiempo desde que el jefe nos dejó jugar en serio... Por

algún motivo nos tiene aquí abandonadas.

—Y tenemos tanta hambre...

Devin se preguntaba dónde era aquí, habían hablado del purgatorio pero eso era completamente imposible, porque aún no había muerto. No podía estarlo, porque todavía no había tomado una decisión definitiva respecto a Hope.

—Han pasado milenios desde la última vez.

Estaban decididas a tenerlo y él a no permitirselo. Luchó con toda su fuerza para retomar el control y se sintió victorioso cuando su dedo índice se movió apenas. Sonrió para sí mismo, sin permitirse mostrar nada contrario a la furia que lo atosigaba. Iba a hacer todo lo que estuviera en su poder para dominar su impaciencia, tenía que librarse de aquel lugar, fuera el que fuera, y buscar el camino de vuelta a su compañera. Estaba en peligro y nadie, a excepción de él, era consciente de ello. ¿Quién iba a mantenerla a salvo con él fuera de combate?

Trató de abstraerse de lo que estaba sucediendo a su alrededor y se sumergió muy profundo en su interior en busca de su parte animal. Estaba atrapada, enjaulada, quería llegar a él pero algún tipo de barrera mística estaba manteniéndolos separados.

No iba a permitir que esto se mantuviera durante mucho tiempo. No podía perder ni un segundo. Sabía que Hope estaba en peligro. El idiota de McKenzie había jugado con todo el mundo. Ignoraba para quién trabajaba y por qué había incendiado la casa de la que había sido su novia hasta apenas un par de días antes, pero no podía permitir que se saliera con la suya.

Estaba completamente seguro de que él era la pista que todos necesitaban para seguir tirando del hilo y llegar hasta el cerebro de la operación. Alguien que estaría detrás de los ataques que se habían sucedido casi desde el mismo instante en que se firmó la tregua. La presencia de hienas no había sido una

coincidencia, algunos creían que los osos habían pactado con ellas, él no era tan crédulo. Tenía que haber algo más grande que esos viejos y resentidos patriarcas de otro siglo para haber llegado tan rápido tan dentro de su organización. Pocos eran los que conocían información privilegiada sobre los accesos al complejo y sus puntos más vulnerables. Que Thomas McKenzie hubiera elegido precisamente a Hope, la compañera que llevaba negándose años, no podía ser una coincidencia. Sabían sobre él y sus excursiones nocturnas, sabían quién era ella y habían decidido utilizarla para sus sucios fines.

Y él, tan idiota como siempre, se había permitido ponerla en peligro. Por más que le escociera pensarlo, Thorn había tenido razón. Debió marcarla desde el principio, le habría otorgado la protección suprema, no solo la suya, sino la de su gente.

Y por extraño que le pareciera, él era parte de esa manada. Eran su familia.

Ahora solo necesitaba salir de este agujero y demostrar que no había roto ningún tratado, solo estaba protegiendo a los humanos de su propia y traicionera gente.

Si tan solo pudiera hablar con el déspota que le había encerrado allí y defender su punto...

Pero nadie iba a dejarle ir por propia voluntad, eso era algo que sabía, algo que su pantera gruñía, furiosa y atrapada por algún poder superior. Nada que no pudieran sobrepasar con un poco de trabajo en equipo, ¿verdad?

No era que fuera más fuerte que la media, solo estaba muy cabreado y un poco desesperado, porque su mujer estaba ahí fuera sola y desprotegida, porque nadie en el complejo sabía quién era el enemigo, quién había intentado matarla.

Quién iba a morir lenta y dolorosamente una vez que él lograra ponerle

sus garras encima.

Y lo haría sabiendo que su vida no corría peligro, porque nadie podría culparlo por salvar a su raza de un ser malicioso que había puesto precio a sus cabezas.

Continuó luchando contra las ataduras invisibles, procurando ignorar las caricias y la cháchara de sus secuestradoras y conectar con su lado animal. No podía cambiar, no completamente, pero en su estado de desesperación tan próximo a la locura...

Dejó que toda la frustración que lo había atrapado los últimos meses saliera a raudales de su cuerpo, dirigido a combatir aquel lazo invisible, al tiempo que su pantera utilizaba la misma energía para chocar contra la barrera, lo suficiente para que una invisible mano del hombre pudiera aferrar la garra de la pantera, lo suficiente para cambiar a medio camino entre hombre y bestia.

Sus colmillos crecieron con violencia, el dolor fue casi insoportable. Convertirse en lo que era por nacimiento no solía ser más que un proceso conocido, algo familiar, no incómodo solo necesario. Ahora, un dolor tan intenso como si le rompieran todos los huesos del cuerpo al mismo tiempo lo hizo gritar como un niño pequeño, ansioso por llamar a su mamá. Lo habría hecho si hubiera tenido una madre a la que pedir socorro, en su lugar gritó el nombre de su compañera, mientras las garras aparecían en sus manos y su visión cambiaba.

Las dos mujeres o lo que quiera que fueran se alejaron de él, en cuanto logró moverse. Parecía como si se hubieran quedado mudas, incrédulas de que hubiera logrado liberarse.

—¡No es posible!

—¡Lucifer prometió que podríamos tenerlo!

El ataque llegó de forma conjunta, la aparente belleza se tornó en algo feo

y oscuro. Ojos inyectados en sangre, la piel arrugada y áspera, los colmillos dejando caer una asquerosa baba amarillenta que le revolvió el estómago.

No sabía qué eran, pero no planeaba quedarse para averiguarlo. Desgarró sin mirar con garras y uñas, pateó, golpeó y recibió tantos golpes como daba. Sabía que no podía ganar, eran fuertes, mucho más de lo que hubiera imaginado y los números no estaban de su parte, así que supo que la única manera de escapar de aquel lugar era hacer gala de lo que siempre lo habían acusado: ser un gato. Esquivo, capaz de desaparecer por lugares que no parecían lo suficientemente grandes, con movimientos gráciles y seguros. Tenía que encontrar una salida. Tenía que llegar a ella antes de que no le quedara suficiente fuerza como para hacerlo.

Estaba sangrando, podía notarlo, pero no importaba porque tenía que llegar hasta Hope. Tenía que tomarla, de una vez por todas, reclamarla y decirle que afortunada o no, ahora era suyo y que iba a tener que aceptarlo, porque no iba a poder seguir adelante sin ella.

Y si no lo quería... una vez que la hubiera salvado, alguien tendría que matarlo. No tenía más salidas. No quería nada más que eso. No podía pensar en un mundo en el que no estuviera Hope a su lado. No quería una vida solitaria, nadando en la locura. Ya no.

Era hombre de una sola mujer y pensaba dejárselo a todo el mundo claro.
Incluso a sí mismo.

—Ya imaginaba que te morías de ganas de verme, pero esto es un poco extremo, ¿no crees?

Lucifer se levantó tan rápido que estuvo a punto de tirar al suelo la mesita auxiliar que había estado preparando para sorprender a su esposa y así ganarse su perdón por permitir que el trabajo interrumpiera constantemente sus

celebraciones. Nala entendía que el Apocalipsis era algo muy serio y su tarea muy importante, pero como todas las mujeres, quería su dosis de atención y la había tenido bastante abandonada. No era que se preocupara porque dejara de amarlo, ¿quién en su sano juicio sería capaz de renegar de un tipo tan atractivo y perfecto como él? ¿El futuro líder supremo de la creación? Nadie. Aún así quería complacerla, era extraño, hace unos años no habría creído que estaría dispuesto a hacer casi cualquier cosa por otra persona, pero lo cierto era que allí estaba, deseando que la mujer viera la sorpresa que le esperaba y recordarle lo importante que era para él. Otra vez, en vista de que su última cena especial había vuelto a ser interrumpida.

—Ten cuidado con esa lengua, gato, si no quieres perderla.

—Juraría que la última vez que estuve aquí esto tenía un aspecto más macabro. ¿Qué te ha pasado? ¿Me has echado de menos? —Le guiñó un ojo, lo que consiguió que sus garras se mostraran y su lado más oscuro hiciera acto de presencia. Debió ver la advertencia en el cambio de tonalidad de sus ojos, porque tragó saliva y aunque trató de mantener la sonrisa donde estaba, Luke sabía que no era más que una pose.

—Estás en deuda conmigo, ambos lo sabemos. Tú lo has querido, no me presiones. Sabes que me permito el lujo de poder torturar a placer a mis siervos.

El tigre tuvo que contener su ira, aún así pudo sentirla y eso solo alimentó su determinación y placer. Mentiría si dijera que no disfrutaba de su poder, de la capacidad de decidir el destino de su gente.

—Y aquí estoy para pagar.

—Tu sobrino está recibiendo un trato especial. ¿Recuerdas mi ala sur?

Frank permaneció inalterable, tan solo la rigidez de su mandíbula le demostró que sí, sabía exactamente de lo que estaba hablando.

—¿Esas zorras siguen vivas?

—¿Tus viejas amigas? Me he encargado de que así fuera, sé que el harén te ha echado de menos, quieren que vuelvas.

—No mencionaste que ese iba a ser mi destino —respondió con los puños apretados.

Luke tuvo que reírse ante el tono de indignación que por más que tratara de disimular estaba presente alto y claro.

—Lo pensé, pero estarías desaprovechado. Te quiero a mi lado, tigre. Necesito tu colaboración como guardián y cambiante para reclutar más agentes a mi causa.

—¿Qué causa? ¿Qué agentes? No sé de qué hablas.

—Vosotros estáis en la inopia. ¿Tus jefes no te han hablado de lo que se avecina? Supongo que no. Puede que Gabriel sea el mensajero favorito de mi viejo padre, pero solo da los mensajes que Él le dice que dé. Tan sometido a las reglas, sin voluntad propia o sentido.

No los envidiaba, más bien al contrario, les tenía lástima. Una vez había tratado de atraerlos a su lado, pero no habían aceptado la mano que les había tendido.

Se preguntó si habían escuchado lo que le había pasado a gran parte de su ejército de ángeles cuando habían llegado al averno. No era ningún secreto, había perdido grandes guerreros, grandes amigos, pero la vida era un proceso de adaptación y solo podía sobrevivir el más fuerte. Es decir, él. Lucifer. El ser más grande de la creación.

—No hables sobre lo que desconoces —advirtió Frank—. Gabriel hace una gran labor manteniendo la paz entre las especies, algo de lo que tú no sabes nada.

—Leal hasta la muerte, ¿no? Recuerda dónde estás y a quién debes rendir pleitesía hasta que transcurra un año. No hagas que me enfade, no saldrás bien parado.

—Querías un guardián, aquí me tienes. Quieres que busque agentes para tu causa, bien, dame esa lista y acabemos con esto de una vez por todas. Creo que querrás reunirse con tu mujer, antes de que todo eso se eche a perder.

Pudo ver una chispa de sorpresa en el gesto de Frank. El guardián de Alaska había sido no mucho tiempo atrás, guardián en el purgatorio. Se había encargado de vigilar y evaluar por él a las almas, en un período de ausencia de Anubis. No había sido fácil adiestrarlo, pero sí divertido. Había disfrutado viendo cómo una bestia tan poderosa, era sometida a su voluntad. Había aprendido a luchar allí abajo, se había adaptado con asombrosa facilidad al averno e incluso se había hecho más fuerte.

Cuando se había largado para trabajar con el otro lado, no solo había lamentado la pérdida, sino que había sentido una irritación descomunal que le había llevado a matar a algún que otro demonio que se encontraba en el lugar incorrecto en el momento más desafortunado.

—Aquí no das las órdenes —le recordó—. Hiciste un trato que debes cumplir.

—Te has ablandado, viejo. Veo lo que hace el amor —canturreó con diversión, molestándole profundamente.

Lo atacó antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Se había dejado llevar por la ira una vez más, pero nadie debía jugar con el diablo. Observó los destrozos de la sala. Las piedras volando, el polvo y al tigre desmadejado en el suelo. Suspiró, recriminándose su mal genio. Iba a tener que ir a esas clases del control de la ira para controlar esa vena demoníaca que salía solo de vez en cuando.

—Vamos, levántate. No ha sido para tanto.

Avanzó hacia Frank y lo levantó buscando sus ojos. Había dolor en ellos, no debió importarle pero lo hizo. Uriel se mostraría muy decepcionado ante su arrebató y Nala... no importaba ahora, estaba en medio de un negocio.

—Dejaré que veas a tu sobrino antes de salir a tu misión y ahora haré que se ocupen de tus heridas.

—Sigues siendo el mismo hijo de puta de siempre.

—Si tuviera madre, me molestaría eso que acabas de decir —aseguró dándole unas palmaditas casi amistosas en la cabeza—. Creo que te va a gustar tu trabajo, hay viejos conocidos en mi lista.

Frank no sabía lo que se le venía encima, no sabía a quién iba a tener que enfrentar ni lo que iba a tener que hacer. Más pronto que tarde iba a darse cuenta de que el trato solo lo beneficiaba a él, como todos y cada uno de los contratos que había hecho a lo largo de sus años de vida. Le servían hasta que ya no eran necesarios. Solo un pequeño puñado se había escapado de sus garras antes de tiempo, pero al final, seguían luchando a su lado, de una manera u otra. La libertad conseguía que sus guerreros fueran incluso más efectivos, pero el tigre no respondía bien a las órdenes. Necesitaba demostrarle que este era su lugar, antes de que pasara un año y solo había una persona en el mundo que pudiera atarlo a él y al averno.

Sí, esa lista iba a traerle complicaciones al animal, pero al final, iba a darle una recompensa. Era un ser justo, después de todo, sin importar lo que la mayor parte del mundo pensara.

Todo lo que hacía, tenía su razón.

Y ellos deberían saberlo.

CAPÍTULO 23

Gabriela se despertó con una sonrisa en los labios y escuchando un ligero ronquido en la oreja. Ethan la rodeaba con sus brazos, había partes del hombre en cada centímetro de cama disponible. Era grande, pero nunca imaginó que fuera tan grande, parecía haberse expandido o, quizá, fuera ella la que se había hecho más pequeña.

Se sentía femenina, querida y muy bien. Nunca había esperado que algo tan nimio como el sexo, que nunca se le había dado demasiado bien, le hubiera servido para darse cuenta de que aquel hombre era mucho más que un compañero de cama y que se merecía eso y todo lo que quisiera darle, porque era una mujer completa que debía ser amada como cualquier otra.

Solo el toque de su oso particular había logrado hacer eso. «Oso» esa palabra debería cambiarlo todo, hacer que saliera huyendo a la velocidad de la luz, pero lo único que provocaba era que quisiera un pedazo más grande de él.

Se había sentido atraída por el animal desde que era pequeña, pero nunca había soñado con tener uno para ella sola y uno que estuviera dispuesto a darle algo tan grande como su confianza, su cariño y devoción.

No se atrevía a hablar de amor, le daba miedo creer que el destino los había marcado y solo por ese hecho ya no podían pensar ni sentir por sí mismos.

Aunque lo cierto era que no le apetecía pensar en otra cosa que en estar entre sus brazos una y otra vez, quizá para siempre.

—Espero que no te estés arrepintiendo de la decisión que has tomado, porque ya no hay marcha atrás —advirtió con voz somnolienta. Había abierto los ojos y la miraba con pereza, pero con determinación—. Es imposible

arrebatarle un dulce a un oso y tú eres mi dulce favorito.

Hociqueó su pelo, aspirando su aroma como si no pudiera cansarse de ella, algo que nunca había sentido con ninguna otra pareja.

—No me arrepiento, solo me pregunto si no será ahora cuando estoy soñando.

—Esto es muy real, te lo garantizo.

—Haces que no quiera volver a casa.

—Ya estás en casa —le aseguró y sabía que tenía toda la razón del mundo. No deseaba estar en ningún otro lugar, junto a Ethan parecía lo correcto. Cuanto más cerca mejor.

—Podría acostumbrarme a vivir aquí —murmuró en voz baja.

Ethan guardó silencio, quizá pensando en qué decir. Esperaba que no se estuviera arrepintiendo él. ¿Qué era eso que se retorció en sus tripas? Miedo. Miedo a perderlo, a que ahora que la tenía ya pensara que había sido suficiente.

—Cambia ese gesto, Gabriela. Nada de lo que piensas es cierto.

—¿Qué? ¿Acaso puedes leer los pensamientos?

Una carcajada retumbó baja en el masculino pecho.

—No, aunque a veces me gustaría. Tú eres un libro abierto para mí, llevo mucho tiempo observándote.

—¿Mucho tiempo? Eso no es posible, no nos conocemos desde hace tanto.

—Desde la primera vez que te vi, pude leer fácilmente en ti y me gustó lo que vi. Lo he hecho cada vez que nos hemos encontrado desde entonces. Hubiera hecho una propuesta en la boda de mi hermano con tu prima, pero me pareció muy precipitado, así que he esperado paciente hasta ahora y, por supuesto, no planeo dejarte escapar, cuando finalmente he conseguido atraparte y tú has aceptado tomarme. Somos una sola alma hasta el final de

nuestros días y así vamos a celebrarlo con el mundo, en cuanto estés dispuesta.

—¿Con el mundo?

—Una boda a la manera de tu gente.

—¿Mi gente?

—Humanos. Los cambiantes también celebramos enlaces, solo que de una manera un poco diferente. Ahora que estamos vinculados, será fácil para ti, ya lo verás.

Gabriela sentía que todo estaba pasando muy deprisa, no entendía muy bien el mundo en el que había caído, todavía no se había hecho a la idea de que era parte de una pareja y Ethan, el jefe de aquel lugar, acababa de hacerle una torpe propuesta de matrimonio.

—Creo que es mucha información de golpe.

—Tómate el tiempo que necesites. No quiero presionarte —aseguró enlazando sus fuertes dedos con los de ella—. Mi oso y yo somos tuyos, tómanos como desees.

Era todo tan extraño, tan precipitado que...

El tono del teléfono interrumpió sus pensamientos. Ethan se levantó tan rápido que ignoraba cómo alguien tan grande podía ser tan ágil. Suspiró, aquel timbre auguraba que el sueño estaba próximo a terminar.

—¿Qué sucede? —preguntó a la persona que estuviera al otro lado.

Vio cómo el gesto del oso se oscurecía, la preocupación cubrió su gesto y se pasó la mano por el pelo mostrando su frustración. Gabriela no pudo concentrarse en la conversación, el tipo estaba allí, de pie, completamente desnudo, sin preocuparse por su estado, por lo que ella pudo aprovechar para ver a plena luz del día cada pequeño centímetro de él y felicitarse interiormente por la elección de quienquiera que la hubiera seleccionado a ella para la tarea de compañera. Podría haber salido mucho peor parada.

Mientras recorría aquellos músculos llenos de cicatrices, algunas de

aspecto intimidante, se encontró con la mirada de Ethan. Estaba concentrado en lo que quiera que estuvieran diciéndole y aún así, también estaba pendiente de cada uno de sus movimientos. Ahí estaba clara su declaración: eres mía, eres importante para mí y voy a cuidarte cada instante. Tenía su atención, tenía su amor, Gabriela lo sabía y eso la asustaba como ninguna otra cosa lo había hecho antes.

—Comprendo. Déjame que informe a Gabriela de lo sucedido y me reuniré contigo en unos veinte minutos. No lo hagáis sin mí, ¿entendido? Esto es demasiado importante como para cometer un error, tenemos que implicarnos todos. No hay garantías...

Su interlocutor lo interrumpió, lo que hizo que su oso se erizara.

—Sigo siendo el alfa por aquí, no lo olvides.

Un gruñido bajo de advertencia en su voz que provocó una inyección de deseo en zonas peligrosas de la mujer que lo observaba. No era momento para fantasías eróticas, lo sabía, pero no podía evitarlo. Era un espécimen magnífico.

—Trabajo —explicó una vez que colgó, miró a ambas partes buscando su ropa y se puso los vaqueros y una camiseta sin preocuparse por más ceremonias, mientras exponía la situación—. Teníamos una salida con los cachorros a una fábrica de chocolate esta mañana, pero de acuerdo con los últimos acontecimientos parece que vamos a tener que suspenderla hasta nuevo aviso. Odio decepcionar a mis niños.

—¿Tus niños?

—Biológicamente no son míos —explicó con una sonrisa—. ¿Recuerdas la guardería? Mi gente y yo los hemos rescatado de situaciones conflictivas. Algunos conservan un progenitor, otros ninguno. Intento que sigan siendo niños y manteniendo su inocencia intacta, pero no siempre es fácil. Mickey es un claro ejemplo, él tuvo que hacer su cambio demasiado pronto y quedó

atrapado en su forma de lobo. Tuvo la necesidad de cambiar para proteger su vida y aún así, estaba malherido cuando lo encontramos. Logró esconderse, con ayuda de su madre, mientras su padre despistaba a los atacantes. No lo consiguieron. —Su voz se había tornado ronca, cercana a las lágrimas. ¿Los osos lloraban? Con su fortaleza y tamaño no parecía posible. Gabriela sintió el dolor de cada palabra y lo abrazó sin pensar, levantándose envuelta en la sábana y aferrándose a él—. Ahora no está solo. Vamos a cuidar de él.

Ethan sonrió.

—Lo haremos. —La besó con suavidad en los labios—. Siento que todo esto esté impidiendo que podamos pasar tiempo juntos, pero el alfa tiene que estar ahí para su gente. No puedo ignorar esta situación, tengo que arreglarlo.

—Lo entiendo. ¿Puedo hacer algo para ayudar?

Ethan se quedó muy callado, mirándola como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Ayudar?

—Espero que no seas de esos hombres que creen que la mujer tiene que quedarse en casa, porque yo...

La besó para callarla una vez más y rio.

—Me has pillado desprevenido, nada más. Debería haber imaginado que alguien que ama a los animales tanto como yo lo hago, no podría mantenerse al margen.

—¿Qué quieres que haga?

—Solo tienes que estar a mi lado, eso es todo.

—No soy buena luchadora —aseguró—. No tengo garras.

El hombre rio ante el tono de broma. Gabriela no se había sentido tan ligera antes en su vida, le resultaba extrañamente sencillo estar con él.

—No tendrás que luchar, te lo aseguro. —Extendió su mano—. ¿Vamos? Te vestiré y luego nos reuniremos con Thorn y mi hermano Ryan.

Y Gabriela, simplemente, se dejó llevar.

Thorn colgó con fastidio. No entendía por qué seguía acudiendo al alfa, cuando le había dado vía libre para ocupar su silla, al menos por el momento, pero no podía evitarlo. No importaba que le hubieran acusado de traidor más de una vez, tampoco que siguieran mirándole con desconfianza, había dejado a su gente atrás una vez y con ellos una vida de la que se había arrepentido más de una vez.

No había sido mucho mayor que Devin cuando llegó con Ethan, lo suficiente como para haber seguido el estilo de vida de su familia y poderse culpar por ello durante la década que llevaba en el complejo.

Cuando Ethan lo nombró centinela, muchas voces se alzaron en contra, pero gracias al apoyo del alfa y de Gavrael, entre otros, había sido admitido en la guardia.

Desde entonces había demostrado con hechos de qué lado luchaba, aún así no era fácil cambiar la percepción que la gente tenía sobre ti, ni los viejos hábitos. No confiaba en nadie, nadie conocía sus intenciones o planes, ni siquiera aquellos más cercanos a él, tan solo guardaba lealtad a Ethan, porque solo él había abierto su casa y su familia a su presencia de forma completa y sincera. Nunca lo había mirado con desconfianza, nunca había dudado de su lealtad, incluso lo había marcado como sucesor, algo que nunca habría imaginado.

Por eso se comportaba con él como lo hacía, con respeto. Con tanto respeto como un hijo sentía por su padre, a veces cruzaba una línea invisible y el otro hombre le paraba los pies, pero siempre de forma civilizada, nunca con humillaciones o desprecio, algo habitual en su manada de nacimiento.

Se sentía valioso y capacitado para desempeñar ese puesto, además de

querido y respetado por aquellos que realmente le importaban.

Estaba preocupado por Gavrael, había desaparecido y se temía que lo hubieran matado o algo peor, torturado haciéndole desear morir. Había oído su sangre por todo el lugar, a pesar de la mezcla, lo había identificado sin problemas. El halcón había sangrado por él más de una vez, para que luego dijeran que los gatos y las aves no hacían buenas migas...

En el mundo de los cambiantes en que vivían, las circunstancias hacían extraños compañeros de cama. Y no es que él hubiera tenido algún tipo de contacto sexual con el otro hombre, ahora más que nunca tenía claro que le iban las mujeres, después de la ceremonia de iniciación en la que su tío lo había obligado a participar cuando solo tenía trece años...

Se detuvo y cerró los ojos tratando de desterrar ese terrible recuerdo. Había cosas que un niño no necesitaba experimentar, cosas que un adulto quería borrar de su mente para siempre. Quizá Ryan, el hombre con el que iba a reunirse en unos minutos, conociera a alguien que pudiera extraer de su mente toda aquella oscuridad.

—No tengo nada de qué hablar contigo, Thomas. No vuelvas a llamarme. Me dejaste tirada.

Las palabras llegaron claramente a su oído, no parecía algo importante a simple vista, pero su sexto sentido le dijo que no descartara tan pronto la conversación que su reciente incorporación estaba teniendo con algún tipo de exnovio.

—¿Te has vuelto loco? ¡Nadie me ha secuestrado! Mi casa se incendió y mis jefes me han dado un refugio provisional.

Thorn se mantuvo a una distancia prudencial. Hope estaba paseando por delante del gallinero (y las gallinas sí que eran animales al uso, daban unos huevos realmente exquisitos), redujo su paso lo suficiente como para que no creyera que la estaba espiando. Confiaba en la veterinaria de forma implícita,

había demostrado su bondad y su sano interés en infinitas ocasiones, además estaba lamentablemente vinculada a un híbrido especialmente perseguido por su especie. No iba a tener una entrada fácil en el mundo sobrenatural.

—¡No son monstruos! ¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto loco? ¡Nadie ha secuestrado a tu sobrino! No sé de qué me estás hablando, Thomy.

Thorn se acercó más y dejó que su oído de tigre, especialmente sensible, escuchara un poco más. Las furiosas palabras llegaron altas y claras a él:

—Son animales, bestias, monstruos. ¿Acaso no sabes para quién trabajas? ¿Eres tan ingenua? ¿En serio?

—No sé de qué me hablas —insistió ella con tono neutro. Thorn aplaudió a la mujer que se mantenía leal a la manada. Una buena manera de hacer las cosas, nadie podría culparla de traición. Estaba en su corazón ser generosa y entregarse por aquella causa en la que creía.

Ellos la estaban cuidando y Hope lo devolvía generosamente. Algo mucho más valioso que cualquier gratificación económica. La aplaudió en silencio y siguió escuchando.

—¿Por qué crees que accedí a salir contigo? Para encontrar a mi familia. Sabía que estabas aliada con esas sucias bestias. Se llevaron a Tara y a sus hijos después de asesinar a su marido. Ahora está en el hospital luchando por su vida y mi sobrina tiene miedo hasta de su sombra. Apenas si me permite acercarme a ella.

—¿De qué estás hablando? Pensaba que no tenías hermanos...

Hope parecía realmente perturbada. Le temblaba la voz y no podía parar de moverse de un lado a otro. Caminando sin rumbo, tratando de encontrar un camino invisible que la sacara de esa conversación.

En este caso, Thorn podía ayudarla.

Avanzó con presteza y le arrebató el teléfono.

—Al habla uno de los monstruos. Tenemos a su sobrino retenido, si

colabora y nos dice quién lo contrató se lo entregaremos sin daño alguno, en caso contrario nos veremos obligados a atentarse contra su vida en las próximas horas. Usted decide —cortó la comunicación y le devolvió el aparato a una asustada Hope.

—¿Qué acabas de decir?

—No te apresures a sacar conclusiones precipitadas, hay con gente como tu amigo con los que no se puede razonar. Muchos humanos cuando descubren nuestro mundo piensan como él, monstruos sin corazón o intelecto, tú nos conoces mejor —aseguró mirándola con sencillez—. ¿Crees que Ethan podría hacer daño a algún niño?

Mejor ir a lo seguro, algunos aseguraban que él se merendaba a los cachorros con patatas y después se relamía. Algunos cambiantes eran tan idiotas como los humanos, de eso no había duda.

—¿De verdad tienes al sobrino de Thomy?

—Sospecho que sí, pero no porque nos lo lleváramos por la fuerza. Ven conmigo, te mostraré lo que tu Devin hizo por ellos, para que veas el tipo de monstruos con los que estás conviviendo —añadió con una sonrisa sarcástica.

Hope lo siguió sin decir ni una sola palabra.

Thorn sabía que los divertidos trillizos polares estaban entreteniéndolo al chiquillo, junto con Marisa que jugaba con él y lo miraba como si fuera algo especial, consiguiendo que Max, el pobre osezno emparejado antes de tiempo, sintiera unos terribles celos. Lo compadecía, sabía, porque lo había visto, lo que una compañera joven podía hacerle a un hombre y agradecía cada día no haber corrido la misma suerte.

Podría haber pasado. A todos ellos podían sucederle cosas así o algunas peores, como encontrar a un compañero que acababa de morir. También había presenciado eso y muchos otros escenarios para nada felices.

El final de cuento era casi imposible para cualquier ser de la creación,

sin importar su raza, sus preferencias sexuales o cualquier otra chorrada asociada al amor.

—Ten cuidado, está un poco abarrotado el pasillo —advirtió mientras la dirigía hacia la sala de recuperación en la que estaba el pequeño, un oso también, algún tipo de pobre criatura atrapada entre un lado y el otro, sin poder retroceder hacia su lado humano o hacer el cambio completo—. Podemos ver al niño por los cristales, es mejor no entrar y perturbar su descanso. No reacciona muy bien a los desconocidos, sin importar cuál sea su naturaleza —explicó.

—¿Qué pasó?

Thorn suspiró, odiaba contar ese tipo de historias, pero en esta ocasión era más que necesario hacerlo. Algún día el torpe Devin se lo agradecería.

—La hermana de tu amigo se emparejó con un cambiante y tuvieron dos hijos. No creo que sea necesario que te diga que ella era humana, ¿verdad? Los niños son híbridos. La manada de origen del marido, osos, atacó a la familia y asesinó al padre, malherió a la madre y aterró a los niños hasta el punto en el que sintieron la necesidad de realizar el cambio demasiado pronto. Eso es terrible, si el cambiante no está preparado, puede incluso morir. Devin y Gavrael llegaron a tiempo para rescatar a los dos pequeños y evitar que acabaran con la vida de la madre, a pesar de la gravedad de su estado. Los trajeron aquí con Gertrudis, una sanadora en nuestro mundo y doctora en medicina en el vuestro, es posible que te hayas cruzado alguna vez con ella.

—La conozco —respondió Hope—. ¿Dónde están ahora la mujer y la niña? Thomas asegura que habéis secuestrado a su sobrino.

—Gertrudis salvó a la mujer y consiguió que la pequeña retrocediera volviendo a su apariencia humana. Fue imposible con el niño. Lo habían empujado demasiado. Estuvieron aquí hasta el asalto; se las llevaron, pero el niño no se dejó atrapar. Puede que no esté listo para cambiar completamente,

pero tiene madera de guerrero. Algún día va a convertirse en un buen centinela —comentó orgulloso mirando al pequeño. Puede que no fuera Ethan, tan abiertamente cariñoso, pero los cachorros tendrían siempre su protección y este, en especial, su admiración. Había demostrado de qué madera estaba hecho. Estaba convencido de que el padre, desde dondequiera que estuviera, estaba muy orgulloso de él.

—Vosotros no los secuestrasteis, los salvasteis.

—Buena deducción. A eso nos dedicamos, Hope. Salvamos a nuestra gente, cuando necesitan ser salvados. Pocos humanos podrían afrontar una pelea cuerpo a cuerpo con uno de esos puristas, te lo aseguro, de no ser por Devin y el equipo, estos chiquillos y su madre, ni siquiera seguirían vivos.

—Pero... ¿Por qué le hiciste creer a Thomas que habías secuestrado a su sobrino?

—Porque con él no puedo razonar, ya nos ha juzgado. Ha tomado una decisión respecto a nosotros y perderíamos un tiempo precioso tratando de convencerlo. Solo él puede cambiar de opinión y solo los hechos pueden lograrlo.

Sabía muy bien de lo que hablaba así que se negaba a malgastar palabras innecesarias.

—¿Qué crees que hará ahora? —preguntó Hope con preocupación.

—Yo vendría corriendo a exigir que me entreguen lo que es mío, pero ¿con los humanos? No lo sé, nunca actúan de la manera en que nosotros lo haríamos —se encogió de hombros—. Solo podemos esperar.

—Podría hablar con él, preguntarle dónde está. Quizá concertar una reunión.

—Ha admitido libremente que fue detrás de ti intencionadamente —le recordó Thorn—. ¿No te parece que puede estar detrás del atentado contra tu vida?

—¿El incendio? ¿Thomy? No creo...

Pero no estaba segura, pudo verlo en sus ojos. Sin embargo parecía resuelta a hacer algo.

—Tengo que poder ayudar con esto, Thorn.

—Puedes hacerlo, cuando Devin vuelva. Hasta entonces es mi deber mantenerte a salvo —la sostuvo con delicadeza por el brazo—. Permite que te acompañe a tu apartamento, tengo una reunión a la que ya llego tarde.

—¿Quieres que me esconda?

—No, Hope, quiero que descanses y que pienses en lo que acabas de descubrir. No tienes que aceptar mi palabra sin más, puedes escuchar la versión de tu amigo, después repasar la mía y preguntarte a ti misma si estás en el lugar correcto. Este lugar es un refugio para ti y para todo aquel que lo solicite, por lo que tenemos muchas vidas que resguardar aquí, solo podemos tener gente confiable entre nuestros muros.

—¿Crees que podría traicionarte?

—Creo en ti, Hope. De no hacerlo, no te habría traído aquí. Podríamos haberte llevado a cualquier otra parte en la que estuvieras a salvo, lejos de Devin, sin embargo. Te dejé en su casa. Eso es más de lo que hemos hecho por muchos otros compañeros —explicó sin ambages—. Descansa y medita en todo esto. Hablaremos esta tarde, si aún quieres hacerlo.

Hope asintió, aparentemente conforme con su orden, porque lo cierto era que acababa de ordenarle hacer algo y esperaba que aceptara sin rechistar.

Si se rebelaba en su contra, tendría que marcharse y ambos lo sabían.

—Todo saldrá bien —le aseguró a Hope—. Devin regresará pronto.

Y no supo si eso la alivió o la preocupó aún más, pero fuera como fuese, la mujer avanzó hacia el destino señalado y no miró ni una sola vez atrás.

Thorn, por el contrario, fue a encontrarse con su propio destino. Un grupo que lo odiaba y un alfa que empezaba a sospechar que pretendía robar su

puesto.

Las etiquetas eran algo que colgaban en tu espalda para siempre, quizá estaría mejor muy lejos.

Pero no era hombre de conformarse y no iba a concederle a nadie esa satisfacción, sin importar que trabajaran para el más alto de los poderes.

Era un tigre con una convicción y pensaba lograr todo aquello que se había propuesto desde el momento en que eligió estar en el bando correcto.

CAPÍTULO 24

Anubis estaba sentado en su trono de incómoda piedra en el purgatorio. Las almas gritaban a su alrededor, unas pidiendo socorro, otras exigiendo liberación. No hizo nada ni por unas ni por otras, su maldición incluía estar atrapado en aquel lugar intermedio del que nadie podía escapar.

Suspiró, su cabeza le estaba jugando malas pasadas, enviándole visiones de un futuro lleno de guerras, muerte y destrucción. Había visto el Apocalipsis, había visto tantas cosas que se preguntaba por qué seguía existiendo. ¿Habría alguna salida para él? ¿Podría suicidarse? Sabía que no, porque lo había intentado hacía unos años, no tantos como podía parecer, y además de un siniestro castigo por parte de Lucifer, había descubierto que mientras el contrato permaneciera vigente, él estaba atado a la vida eternamente.

Y tampoco estaba dispuesto a pagar el precio de la liberación.

Repiqueteó con los dedos en el brazo de piedra, tarareando un poco de heavy metal y tratando de enmudecer las voces, los gritos de súplica y las imágenes. Si tan solo tuviera un compañero con quien hablar. No una mujer, que lo llevaría por el camino de la perdición, sino alguien más, alguien del otro lado, como en los viejos tiempos, que se asegurara de que se mantenía la neutralidad.

Pero los ángeles eran perezosos, no querían cargar con la oscuridad que aquel lugar les aportaba involuntariamente. Hacía tiempo los tres arcángeles principales del coro celestial, habían decretado que solo Lucifer y su gente se encargarían de tratar con las almas torturadas.

Desde entonces ninguno había sido perdonado. Nadie había logrado volver al Cielo. Ya no existía la redención.

Las cosas cada vez iban a peor. Cuantos más habitaran el averno, cuantos más permanecieran en ese limbo impuesto en el que estaban encerrados, más poder le otorgaban a los jinetes y sus monturas, más rápido se produciría la caída del mundo tal y como se conocía.

—Veo oscuridad rodeando tu cabeza. ¿Te has vuelto a perder por el camino?

Conocía esa voz, pero no le interesaba mantener una charla con ella. Solían discutir cada vez que estaban juntos; la mujer siempre hacía una pregunta que él no estaba dispuesto a contestar.

—No me ignores —exigió la dama.

—Entonces no vengas a perturbarme en mis dominios, Cassandra.

—No te estoy perturbando, estoy intentando hacer mi trabajo. Sé que tienes información muy importante que podría servirme en mi misión. ¿Por qué no la compartes?

—Porque esa no es mi tarea. No puedo decirte nada, no debo hacerlo. Cualquier interferencia por mi parte, podría cambiar el devenir de los hechos.

Cassie resopló y Anubis tuvo que esforzarse para contener una sonrisa. Le caía bien, en el fondo. Arock era un cabrón caído con mucha suerte.

—¿Qué tal llevas el embarazo? —preguntó tratando de distraer su atención, lo que solo logró irritarla más.

—Me están matando las hormonas y tú no haces nada por aliviar mi malestar. ¿Por qué no quieres decirme qué va a pasar con mi hermano? ¿Por qué no me cuentas lo que sabes sobre Nadir?

Si tan solo hubiera mantenido la boca cerrada, nunca habría sospechado lo que él podía hacer. Todo el infierno sabía quién era, pero no el alcance de sus habilidades. Puede que ni siquiera el mismísimo Lucifer estuviera al tanto de la extensión de las mismas.

Había sido un dios en otra época, pero la decadencia de su pueblo

terminó con medio panteón muerto y el otro medio condenado. ¿Y quién acabó acogiendo al tonto perrito faldero de la muerte? ¡El mismísimo diablo de los cristianos en persona!

Tenía que dejar a un lado el sarcasmo, no iba a ayudarle nada. Si seguía por ese camino, acabaría cometiendo una estupidez, como contarle a la dulce Cassie lo que había visto.

—Es mejor que te marches antes de que tu criatura se contagie del mal del este lugar.

—Vivo en el infierno —le recordó con tono repelente—. Obviamente tendrá su dosis de oscuridad. Y, por si acaso lo has olvidado, mami es un demonio con todas sus letras.

—Uno con muy malas pulgas.

—¡Estoy embarazada! Tengo todo el derecho del mundo a...

Las lágrimas inundaron sus preciosos ojos, ahora de un rojo intenso, y le provocaron ganas de huir hasta de su propio pellejo. Era mejor que convirtiera su corazón en una piedra y se volviera a disfrazar con la capa de la indiferencia. Solo eso podría mantenerlo a salvo, seguro, en su rincón de mierda en este mundo.

—Lo tienes —concordó dándole la razón.

—Pero no vas a decirme nada, ¿verdad? —inquirió con un mohín y sorbiendo sus lágrimas.

—Sabes que no puedo.

—Sé que no quieres.

Anubis agarró un mechón de su propio pelo y tiró de él con saña, necesitaba sentir algo diferente, dolor, ira, cualquier cosa excepto compasión.

—Todos sabemos lo que llega, la liberación de Pecado está muy cerca, pero no será inminente. Es cuestión de tiempo y nada de lo que hagas va a cambiar su desenlace.

—No se llama Pecado, se llama Nadir y es mi hermano —decretó con voz autoritaria—. Voy a traerlo de vuelta, sin importar lo que tenga que hacer para lograrlo.

—¿Sacrificarías tu vida, la de tu hija y la de Arock? Cuidado con lo que dices, empática, no sabes quién puede estar escuchando. Especialmente en un lugar como este.

—No le tengo miedo a Luke.

Anubis se quedó pensativo un momento, ¿hablar o no hablar? Esa siempre era la cuestión.

—Ojalá ese cabrón fuera lo más duro aquí abajo.

La mujer dio un paso atrás, como si hubiera recibido un golpe.

—¿De qué estás hablando?

—Ya he hablado demasiado —sintió su don más desagradable emerger y repudió cada instante de lo que tenía que hacer.

—Ahora sal de aquí, tengo trabajo que hacer.

Y por extraño que pudiera parecer para cualquier otro ser de allí abajo, no hubo discusión esta vez, pero claro, Cassandra era una de los pocos seres que quedaban en este mundo que sabía, exactamente, lo que significaba ser él en este preciso instante.

Y eso bastaba para hacer que cualquiera abandonara una batalla.

»Bienvenida a mi mierda de vida, empática.

Masculló irónico en el mismo instante en que haciendo gala de su elegancia demoníaca, dejó que el mismo fuego que era la clave de su existencia la extinguiera sutil y bella, dejando atrás un aroma delicioso para un lobo hambriento de afecto.

Un ansia que jamás se vería satisfecha. Estaba destinado a estar solo y podía aceptarlo.

Sabía que tenía un papel muy importante en la guerra que se avecinaba.

Y hablando de guerras...

Miró al pequeño grupo que apareció frente a él, en el foso de la vergüenza y sacudió la cabeza. Aquel lugar estaba destinado a los que cometían los crímenes más atroces, aquellos cuyo castigo sería tan infinito como el mismo tiempo. Incluso cuando él desapareciera, seguirían sufriendo una pena llena de dolor y desesperación.

Dejó que su hambre emergiera, que su cuerpo se tornara en lo que era en realidad, en el monstruo de las pesadillas de los niños de la tierra y dio paso a su indigesto banquete.

Pero un dios maldito como él, tenía que hacer lo que le ordenaban hacer.

Y solo así su jefe estaría satisfecho.

CAPÍTULO 25

Ethan miró directamente a su hermano. Ryan podía ser más joven que él, vivir lejos de la manada, haberse convertido en una persona tan diferente que a veces dudaba conocer, pero había algo que era cierto, encajaba allí. Aquel era su hogar y si tuviera que pensar en un sucesor apropiado para la manada, sin duda sería él.

Pero las cosas no sucedían como se planeaban o se deseaba que sucedieran, al final, era el destino quien tenía la última palabra. Un ser superior que decidía quién vivía y quién moría, quién ganaba y quién perdía. No había manera de eludir eso, no podía luchar contra algo que no podía ver.

La sala de Juntas estaba más vacía de lo que le hubiera gustado. No había presencia de Gavrael, su más cercano confidente y amigo, había desaparecido durante el incendio y ataque al hogar de Hope. Gran parte de sus centinelas de confianza seguían en la enfermería, recuperándose del enfrentamiento con las hienas, también los echaba en falta. Los únicos que se habían podido incorporar eran Thorn y Briana. También estaba parte del equipo de Ryan, con Evya, la que debería haberse convertido en su hermana si el idiota de su hermano no estuviera completamente ciego a la realidad y sordo a su instinto, y Will, que últimamente tenía un aspecto de lo más melancólico. No sabía si se trataba de ese amor del que le habían hablado o de algo más. Era consciente de que para ellos el problema de su gente era una minucia en un paisaje mucho más grande y perturbador.

—Hope ha recibido una llamada interesante hace apenas media hora —enunció Thorn, rompiendo el silencio—. Se le exigía que devolviéramos a un oseño que, al parecer, tenemos secuestrado y que abandonara a los (y cito literalmente) «monstruos» si quería seguir viviendo en paz y armonía. El señor

McKenzie también dejó claro que ella había sido elegida por algún motivo especial y que él había sido asignado para sonsacar información, deduzco. Es posible que tan solo fuera por su relación profesional con nosotros o puede que algo más. Sospecho que alguien ha estado siguiendo a Devin en sus excursiones nocturnas los últimos meses.

—Afirmas muchas cosas, tigre, pero ¿dónde están tus pruebas? —lo enfrentó Ryan—. No tienes nada, ¿verdad?

Había repulsión en su tono. Nunca había visto tanta aversión en su hermano respecto a alguien, no como con Thorn y sabía a qué se debía. Evya y el tigre eran viejos amigos, puede que incluso hubiera habido algo más entre ellos en el pasado. Ninguno de los dos lo había afirmado o negado, pero era evidente que tenían una especie de amistad que molestaba al oso.

—No es momento para discusiones. Hay buenos hombres ahí fuera que están esperando por nosotros.

—Y mujeres —aportó Briana con tono pausado—. Tenemos dos adolescentes desaparecidas, jefe.

Ethan la miró con incredulidad. ¿Por qué nadie le había hablado sobre eso?

—¿Quiénes? —No es que importara, toda su gente era igual ante sus ojos. Sangraría por cada uno de ellos, sin dudarlo ni un instante.

—Las lobas gemelas, Pamela y Samantha. Al principio creímos que se habían vuelto a escapar para salir de fiesta con tus trillizos, pero Aedan y Damian aseguran que hace días que no las ven.

—¿Cómo es posible que nadie las haya echado en falta antes? —preguntó alterado mirando a Thorn.

El hombre se irguió, listo para recibir el golpe que no iba a darle.

—Ha habido algún tipo de error en nuestros sistemas. Los turnos de los centinelas se han visto afectados, por lo que lograron burlar la vigilancia y

abandonaron el complejo. He enviado a nuestros mejores rastreadores tras ellas, vamos a encontrarlas.

—Sí, pero ¿en qué estado? —inquirió Ryan acusador—. Es culpa tuya, tigre. Prepotente y torpe, además de un traidor.

Thorn no se movió, pero podía ver cómo apretaba los puños y se clavaba unas garras más animales que humanas, derramando unas gotas de sangre.

No sabía cuál era el camino, tampoco quién era el culpable, probablemente un alfa demasiado atontado por la fiebre del emparejamiento como para concentrarse en los detalles.

—Si vas a culpar a alguien, hermano, culpame a mí. Mi gente es mi responsabilidad y les he fallado —pronunciar esas palabras lo desgarraba por dentro. Dolía mucho, porque sabía que eran ciertas y también sabía que no se arrepentía de haber dedicado ese tiempo a Gabriela. Podía ser que eso lo convirtiera en un egoísta, pero su compañera era ahora su mundo y tenía prioridad sobre cualquier otra cosa—. Thorn está haciendo un trabajo magnífico.

—No ha sido culpa de nadie, tan solo una serie de catastróficas coincidencias —aseguró Briana. Tenía ese aire de señora de la alta sociedad y refinadas maneras que provocaban que se sintiera torpe a su lado. Como si necesitara un curso intensivo de protocolo y buenas maneras. Lo hacía sentir incómodo, a pesar de lo mucho que la respetaba.

—¿Puedes ilustrarnos, belleza? —intervino Will—. Alguien tiene que sofocar este fuego, porque pronto vamos a empezar a arrancarnos la cabeza unos a otros y sería una pena. Echaríamos a perder la alfombra.

—Son muy buenas con los ordenadores, no será la primera vez que piratean nuestro sistema para saltarse las normas y el control de seguridad. Hemos trabajado en reforzarlo —instruyó la mujer observando a todos los presentes—, pero siempre logran burlarlo.

—Entonces estamos desaprovechando su talento —dedujo Ethan. Si había alguien tan habilidoso como para *hackear* todo su sistema, ¿por qué no las habían ubicado detrás de las máquinas para mejorar la seguridad? Iba a tener que estar más atento a sus jóvenes. Había auténticos prodigios allí.

—Solo tienen quince años, jefe —explicó Thorn—. Son demasiado jóvenes.

—No lo son —aseguró Evya, hablando por primera vez desde que se habían reunido—. Puedo encargarme de encontrarlas, si quieres, Eth.

—Y yo puedo acompañarla —se ofreció la majestuosa águila—. Nada mejor que la combinación de dos hábiles rastreadores para localizar a nuestras crías, ¿no te parece?

Debió de ser un efecto de la luz, porque los ojos de Briana habían brillado con regocijo al decir eso, a pesar de que seguía erguida y calmada como siempre, moviendo sus manitas con esa medida habilidad que lograba distraerlo y hacerse esa molesta pregunta sobre la artificialidad de la pose.

—Supongo que es una buena combinación. Tierra y aire trabajando unidos puede ofrecer un resultado rápido y certero —miró a Thorn buscando acuerdo—. ¿Qué piensas?

—Pienso que conmigo ya hacen un trío —interrumpió Will, abrazando a las mujeres y pegándolas a él—. Así podré distraerme un rato y dejar a un lado la nostalgia. De camino podemos parar en una pastelería para picar algo, ¿qué os parece? Me muero de hambre.

Thorn no tuvo tiempo de decir nada, pero sí asintió.

—Buena idea. En cuanto a Hope...

—Vamos a eso ahora —aceptó, agarrando a su hermano para obligarlo a sentarse en una silla a su lado—. Hablemos civilizadamente. Queda mucho por hacer.

Observaron al trío abandonar la sala de juntas y Thorn se sentó al lado

opuesto de su alfa, en el lugar que solía ocupar Gavrael.

—Puedo ocuparme de McKenzie. Solo es un humano. Lo haré rápido y traeré de vuelta al complejo a nuestras dos desaparecidas.

—No puedes matarlo, no obtendríamos la información que necesitamos —dijo Ryan mirándolo con sospecha—. ¿Acaso hay algo que no quieras que descubramos?

—Muchas cosas, ninguna de tu incumbencia.

—¿Entonces admites que has traicionado a la manada? —Se puso de pie repentinamente, se apoyó en la mesa y se acercó a él, a punto de cambiar a su forma de oso, un gruñido bajo en su garganta.

—Siéntate, Ryan. Todavía soy el alfa aquí y me debes un respeto.

Ethan no alzó la voz, no necesitaba hacerlo. Podía ser que su hermano trabajara para una entidad superior, pero en su tierra, dentro de las barreras mágicas que marcaban su territorio, solo él tenía la última palabra y sabía que el tigre no era ningún traidor. Él mismo lo había educado, le había enseñado y lo había convertido no solo en centinela, sino en sucesor. No lo había hecho a ciegas, había empleado mucho tiempo en adiestrarle, pero mucho más en conocerlo y deducir sus conductas ante situaciones de estrés.

—No voy a trabajar con él.

—Ni yo te lo he pedido —explicó con paciencia—. Thorn —llamó, centrando su atención en él—. No quiero que vayas solo. No tiene por qué complicarse, pero me quedaría más tranquilo si alguien te acompañara. Trae lo más entero que puedas a ese tal McKenzie, quiero interrogarlo. Sé que Devin también querrá hablar con él.

—Devin ha desaparecido, su gente se lo ha llevado para castigarlo por una gilipollez. —Thorn no solía hablar de esa manera. Ni siquiera miraba a Ryan pero era evidente que quería que el otro hombre escuchara su desagrado y desaprobación.

No le gustaba lo que su presencia significaba. Al tigre le daba igual el Apocalipsis o la misión de aquel grupo, solo le interesaba mantener a salvo a la manada. Algo que valoraba especialmente, por eso era tan importante que estuviera preparado para aceptar el puesto que ya era suyo.

—Eso es falso. Sí, Frank tuvo que mantener un debate abierto y bastante agresivo con Gabriel, pero Devin fue declarado inocente. No sé dónde estará, pero siendo castigado por ese crimen, no. La acusación fue desestimada, por lo que no ha sido procesado.

—¿Entonces dónde está? —preguntó Thorn con evidente preocupación.

—Quizá huyendo con el rabo entre las piernas, como tiende a hacer tu gente —insultó, logrando una reacción del otro, que se lanzó directo a su garganta.

Ethan intervino, Ryan solo se burló del tigre.

—Vamos atácame y será lo último que hagas, traidor. Dame una razón para mandarte a una condena eterna, lo estoy deseando.

—¡Suficiente! —El rugido de Ethan hizo retumbar los cristales, la voz del alfa entró profunda en ambos y los hizo agazaparse, tanto como para que entendieran quién estaba al mando allí—. Si queréis mataros, hacedlo cuando la manada esté a salvo, no antes. Ryan, me has decepcionado, esperaba mucho más de ti. Se supone que luchas por el bien supremo y te dejas llevar por los celos. Mueve el culo y reclama lo que es tuyo de una jodida vez, para que puedas aprender a portarte como un hombre.

Ryan lo miró ofendido.

—No es asunto tuyo, alfa.

—No, no lo es, pero tu comportamiento en mis tierras sí. No puedo permitir que vengas a causar más problemas, por si no te has dado cuenta tenemos unos cuantos en marcha.

—¿Y qué pasa con él?

—Creo que ha soportado bastante bien tus pullitas, hermano, pero ya tendré esa conversación con él cuando vuelva de su misión.

Miró a Thorn con advertencia. No iba a hacerle ninguna recriminación frente a su hermano, pero lo haría más tarde. No era que alguien le tuviera miedo, todos sabían que él creía que con azúcar todo era posible, al fin y al cabo era un oso goloso, pero a veces tenía que sacar su lado más salvaje. Ese que le había salvado el pellejo en incontables ocasiones, el que había mantenido a su gente en paz y protegida entre los muros de aquel santuario que ahora se estaba viendo amenazado.

—Ve. Llévate a Max, es joven, pero te respaldará bien.

—Llevarme a Max es cargar con un trío rebelde, lo sabes.

—Lo sé —aceptó con resignación—, pero son buenos chicos. Muy jóvenes, pero como he dicho, tenemos mucho talento desaprovechado. Necesitas fuerza e inteligencia y mis trillizos son tu mejor baza, ahora que tenemos a medio complejo alterado. Lo harán bien, confío en ellos.

—Como desees, alfa —aceptó Thorn aunque no estaba convencido.

Ethan esperó a que su sucesor se retirara y después miró a su hermano, solos al fin, podría hablar libremente.

—No sé qué te pasa. Has cambiado, Ryan. Thorn nunca te cayó bien, pero llegar al extremo de atacarle abiertamente en nuestra tierra, ¿sabes lo que cualquier otro me habría pedido?

—¿Muerte o exilio? —se burló.

—Te ríes de nuestras leyes, siendo quién eres y haciendo lo que haces. Tengo que mantener a salvo a muchos inocentes aquí, criaturas que no pueden defenderse en el mundo exterior y juzgas nuestras costumbres, cuando tú mismo has llegado hasta este punto gracias a ellas. Me guardas rencor, lo acepto, no fui un gran padre para ti, pero lo hice lo mejor que pude.

Se levantó en silencio y se dirigió al enorme ventanal desde el que podía

ver gran parte de sus dominios. Había niños, adolescentes, familias... no podía dejarse llevar por la melancolía, no podía centrarse en lo mucho que añoraba a su familia de sangre o permitirle licencias que no le serían permitidas a nadie más.

—No eres mi padre, nunca lo fuiste. Eras mi hermano y no dudaste en darme tu bendición cuando me reclutaron. Te liberaron de mi presencia y te sentiste aliviado.

Ethan se giró sorprendido, buscó sus ojos, incrédulo, y apenas atinó a pronunciar:

—No sabía que me guardaras tanto rencor por apoyarte en tus sueños. Quería tenerte aquí, quería dejarte este lugar para que cuidaras de los nuestros, pero nunca fuiste feliz, ni siquiera cuando empezaste a salir con Evya. Siempre querías más, más que a tu compañera.

—No vayas allí. No sabes de lo que hablas.

—Oh, hermanito. Lo sé. Especialmente ahora que he encontrado a Gabriela, pero no es asunto mío y no trataré de darte lecciones. Estás aquí porque te han pedido que vengas, no por propia voluntad. Lo entiendo y lo acepto.

Ryan se repantingó en la silla y se miró las manos, como si repentinamente las encontrara muy interesantes.

—En realidad, no ha sido así.

Eso sí logró captar la atención de Ethan.

—Ya estaba aquí cuando se nos informó de la transgresión de la pantera. Una fuente me advirtió de que se avecinaban problemas y que podrían afectar a tu compañera —empezó a dibujar círculos en la mesa con su dedo índice, indeciso—. Mira, no es asunto mío y quizá no debería haber venido. No quería ser un idiota impulsivo con ese tipo, pero sabes que no lo soporto.

—¿No lo soportas? No me había dado cuenta.

—Muy gracioso, Eth. Sí, graciosísimo. Hay muchas cosas que no sabes entre él y yo, cosas que no te voy a contar y eso es todo.

—Dejando el misterio a un lado. ¿Por qué estás realmente aquí, entonces? ¿Dices que Gabriela está en peligro?

—Sé que todos aquí lo estáis, hay algo que se esconde muy bien hasta de mi gente. Alguien que está confabulando para acabar definitivamente con nuestra raza. No solo tu manada, sino todos los cambiantes, incluso las manadas de pura sangre. Todos nosotros, quieren borrarlos del mapa.

Ethan apenas podía creer lo que su hermano le estaba diciendo. ¿Quién en su sano juicio pretendería cometer semejante aberración?

—Sé lo que quieren hacer, quieren romper la tregua y empezar una guerra abierta entre manadas para que hagan el trabajo sucio y así salirse con la suya.

—Si lo que dices es cierto, y no es que dude de ti, tan solo estoy pensando de forma hipotética en distintos escenarios, tenemos que encontrar la manera de que toda la población cambiante de Alaska y otras geografías estén al tanto de esta situación.

—Te diré lo que le he dicho hace un momento al traidor, pruebas. Necesitas pruebas. ¿Tus relaciones están en tan buenos términos como para que crean tus palabras ciegamente?

Los dos sabían que no. Nadie creería nada que él dijera, especialmente no la gente de su padre o cualquier otra manada que los consideraría inferiores, por el mero hecho de ser diferentes.

Se encontraba atado de pies y manos, sin capacidad de movimiento. Ser el alfa nunca era sencillo, pero cuando había tanto en juego, un cambiante era solo un cambiante, no podía aspirar a ser un dios que con un mero movimiento de su mano o su mera voluntad, podría cambiar todo aquello, incluso el mismo devenir de la historia que se iba escribiendo a marchas forzadas.

—Nunca nos escucharán.

—No, no lo harán. Ni siquiera a nosotros. Respetan la ley, pero siguen siendo salvajes, fieras disfrazadas de hombres y mujeres civilizados. No se puede razonar con ellos.

—¿Y de qué manera puedo yo ocuparme de esto, hermano? Toda una raza en peligro, mi gente, mi familia. No soy todopoderoso y nuestro guardián ha desaparecido.

Ryan se mantuvo en silencio, lo miraba con preocupación, sabiendo que no había soluciones mágicas en este momento.

—¿Cuándo te marchas? —le preguntó, sabiendo que ahora no podía hacer nada para cambiar lo que se avecinaba. Iba a tener que reunir a su gente y alertar a todos de lo peligroso que sería abandonar en estos momentos los muros del complejo, reforzaría las guardias y las barreras, era todo cuanto podía hacer.

—¿Crees que voy a largarme y dejarte tirado? —Ryan no se mostró ofendido, tan solo sorprendido.

—Sé que no lo harás, pero también soy consciente de que nuestros problemas no van a paralizar los tuyos.

—Lucifer es un traidor corto de miras, que solo piensa en el poder supremo y la gilipollez de ser el señor de todo lo conocido e instaurar un nuevo régimen, pero tampoco es idiota. Tiene tanto que perder como nosotros, si ese grupo de locos que atentan contra las diferentes especies de cambiantes consiguen su propósito. No le interesa que nos borren de la existencia, confía en mí, quiere guerreros fuertes a su lado y los humanos no son de su agrado.

Había una mezcla de disgusto y admiración en el tono de su hermano cuando hablaba de su mayor enemigo. No sabía muy bien de qué iba todo aquello y dudaba haber coincidido alguna vez con el señor del Infierno, pero para el pequeño de la familia parecía algo rutinario, casi como si estuviera tan acostumbrado a tratar con el estrambótico tipo que no le preocupara lo más

mínimo que fuera la causa principal de que el Apocalipsis estuviera a la vuelta de la esquina.

—¿Estás seguro de que puedes permitirte ignorarlo durante el tiempo que dure este problema?

—Te garantizo que el mismo Lucifer en persona está de alguna manera relacionado con todo esto y que si ve peligrar su bien trazado plan, intervendrá para salirse con la suya.

—Entonces estamos perdidos.

Ryan sonrió y cabeceó, como si no diera crédito a sus palabras.

—Eres el mayor y aún así el más ingenuo de los tres —pronunció con cierta diversión, consiguiendo irritarlo. Su oso se erizó en su interior, dispuesto a defender su honra, pero su parte más humana lo calmó lo suficiente como para permitir que Ryan se explicara antes de que juntos le arrancaran la cabeza.

—¿Ingenuo?

—En esta guerra no hay bandos, todos pierden lo que tienen y empiezan de cero. Apocalipsis, fin del mundo, ¿entiendes? Tenemos que encontrar la manera de sobrevivir y Lucifer sabe que los cambiantes son una buena baza para ganar la partida de la manera en que él quiere ganarla.

—Pero tú trabajas para su enemigo.

Ryan negó.

—Trabajo para que el equilibrio se mantenga intacto. Gabriel no quiere herir a su viejo hermano, quiere protegerlo, el muy idiota.

Ethan miró alrededor, como si temiera que alguno de los seres superiores lo estuvieran escuchando. Porque podrían estar haciéndolo. Incluso alzó la vista al cielo esperando que los atravesara algún rayo. Lo único que logró fue provocar un ataque de risa en su hermano que, de nuevo, sentó muy mal a su oso alfa.

—Deja de reírte —exigió en un tono que no admitía réplica.

Pero Ryan era inmune a su malhumor, nunca le había dado la suficiente importancia porque sabía que jamás lo heriría voluntariamente.

—Te queda mucho por aprender sobre esta gente. Joder, incluso yo voy a ciegas la mayor parte del tiempo y llevo con ellos más de una década —se pasó la mano por el pelo, alborotándose, recordándole al chiquillo al que había criado y que se había convertido en todo un hombre que había escogido su propio camino.

—Te echo de menos —quería abrazarlo, dejarse consolar. El contacto siempre había sido su medicina, pero con Ryan tenía que controlar muy bien sus actos—. Te has hecho mayor y más sabio.

—Tú sigues siendo el mismo sabelotodo, a pesar de las canas. Un sabelotodo con una compañera muy interesante, si me permites opinar al respecto.

—Un tema que no vamos a discutir aquí.

—Llevas tanto tiempo esperándola, Eth, que me sorprende que permitas que se aleje de tu vista un segundo siquiera.

Todo su ser gritaba de necesidad por estar junto a Gabriela, pero ahora no podía ser. Tenía que protegerla de toda la crudeza de este mundo que en los peores momentos llegaba para hacerle cuanto daño pudiera. Ahora que había empezado a rozar la felicidad con las puntas de los dedos...

—Es humana, no puedo empujarla en medio de esta crisis y esperar que se comporte como una cambiante.

—No la subestimes. He observado a los humanos. He trabajado con algunos de ellos y a menudo muestran más capacidad que nosotros para comprender los secretos del universo. Confía en mí.

Y podría hacerlo, pero entonces se recordó que había renegado de su propia compañera y como era un tema que pondría las cosas en una situación

crítica entre los dos, sería mejor que lo dejara pasar y volviera al tema que verdaderamente los preocupaba a los dos.

—¿Qué vamos a hacer para recuperar a Gavrael? ¿No tenías un plan?

—Han desaparecido incluso de nuestro radar, pero los encontraremos y traeré de vuelta a tu amigo.

—A todos. Todos los desaparecidos son igual de importantes.

Ryan tan solo arqueó una ceja, sabía que hablaba como alfa, pero en su corazón, el halcón tenía un lugar especial.

—Tengo a gente trabajando en ello, tienes que ser paciente.

—Soy un oso pardo recién emparejado al que han sacado de la cama de su compañera, ¿crees que puedo ser paciente?

—La paciencia es una virtud —instruyó entre risas.

—¿Esa es la mierda que te cuentan tus jefes? —estaba malhumorado y preocupado. No quería lecciones de moralidad.

—Es lo que quieren que yo crea —se encogió de hombros, como restándole importancia—. No digo que lo haga, hermano.

—Tenemos trabajo que hacer —lo cortó, procurando concentrarse.

Le iba a costar encontrar ese punto en el que todo estaba en el lugar correcto, sobre todo porque su corazón y su cabeza no estaban precisamente trabajando al cien por cien de sus capacidades y aunque sabía que podía confiar la seguridad de Gabriela a su gente, no le gustaba pensar que la había dejado sola.

—Entonces, hagámoslo juntos. Como en los viejos tiempos.

Y pensó que quizá podrían conseguir encontrar el camino correcto, sin tener que sacrificar nada a cambio.

CAPÍTULO 26

Thorn estaba harto de la situación con Ryan. Era un engreído hijo de puta que se creía capaz de todo solo porque había sido elegido, pero sabía la verdad. No le importaban nada ni nadie a excepción de sí mismo y sus estúpidas aspiraciones. Ni siquiera respetaba el sagrado vínculo de su gente, la conexión con la compañera predestinada, había dado la espalda a la única mujer que podría completarlo, porque suponía que era suficiente perfecto por sí mismo sin la necesidad de compartir su vida con nadie más.

No podía decir que lo odiara, no era un ser maligno o rencoroso, no era un traidor tampoco, pero sí sentía rechazo hacia su persona, sus costumbres y sus malas maneras. Jamás le perdonaría lo que le había hecho a Evya, jamás olvidaría la manera en que la había humillado y despreciado.

Ignoraba cómo era posible que la pantera continuara a su lado, soportando su presencia cuando esta le hacía tanto daño. Era una mujer admirable, llena de fortaleza, seguridad y un corazón demasiado grande.

Hubo un tiempo en el que él mismo pensó que era su propia compañera, pero había sido demasiado joven e inexperto y el mero hecho de recibir un gesto cariñoso y la oferta de una amable mano ofreciéndole amistad confundió sus tiernos sentimientos. No tardó mucho en darse cuenta de que no era para él otra cosa que una hermana muy especial a la que quería y a quien siempre protegería, incluso de su propia estupidez.

Evya tenía demasiado carácter para permitir que cualquier persona interfiriera en su vida, sus sentimientos y decisiones. La había perdido cuando se unió a una buena causa y había odiado el momento en que descubrió junto a quién había ido a parar. Intentó impedirselo y fue entonces cuando descubrió lo que pensaba sobre los machos dominantes y su necesidad de imponer

opiniones.

Aún conservaba la cicatriz que no le permitiría olvidar aquel episodio.

Continuó su camino hacia el garaje en el que se guardaban los todoterrenos, había quedado con los trillizos allí. No le hacía mucha gracia llevarlos con él, no eran más que chiquillos, pero si el alfa daba una orden, toda la manada la cumplía.

No por temor, sino por respeto. Ethan había demostrado su inteligencia, su habilidad en el campo de batalla y su compasión. Las tres habilidades que todo alfa debía demostrar cuando aspiraba al puesto. Algún día sería él quién tuviera que hacer exhibición de todas y cada una de ellas y, siendo sincero consigo mismo, le aterraba no estar a la altura de su antecesor. No había conseguido el respeto ni la confianza de todos los miembros del complejo, aunque sabía que podía desempeñar aquel trabajo y que podría llevar a su gente mucho más lejos de lo que Ethan había soñado, también temía fracasar. Dividir la manada supondría la muerte de parte sus miembros y de la misma esencia de esta familia. Renunciaría a cualquier aspiración antes de romper todo aquello por lo que tan duro habían trabajado los osos. Primero el ya difunto tío de Ethan y después el alfa actual, que había tenido que ver marchar a sus hermanos. A uno de ellos, por destierro. Decreto que él mismo había ordenado.

Lo había visto sufrir y sangrar por el bien general de su gente, sin dudar jamás a la hora de hacer lo correcto y él, un tigre que había conseguido clemencia de aquellos a los que trataron de erradicar, solo quería poder seguir su ejemplo.

Estaba cansado, su cabeza no paraba de darle vueltas a cada minúsculo detalle, para descubrir los errores que había cometido en los últimos tiempos. No podía permitirse uno más. Si alguno de los cachorros que habían dejado a su cargo sufría algún desafortunado incidente, no podría volver a mirar a

aquella gente a la cara, porque pensarían que lo había hecho a propósito. Al menos, algunos de ellos.

Ojalá Ethan no confiara tanto en él...

—Voy a conducir yo —escuchó entonces a uno de los osos, que discutía con sus hermanos—. El viejales va a entrar por el aro en menos que canta un gallo. Lo tengo comiendo de mi mano...

—No juegues con los tigres o perderás la mano —trató de aconsejarle Max. Era al único que conocía, con el que había tenido contacto y al que, a menudo, había escuchado a pesar de su juventud. Sus propuestas para mejorar la protección de los más pequeños siempre habían resultado efectivas. Algún día, sería un guerrero sin igual, pero ese día todavía no había llegado. Ignoraba por qué Ethan los quería con él, pero no estaban preparados. Le había entregado una tarea nada sencilla. Traer a todos aquellos críos sanos y salvos de vuelta, además del humano que se había atrevido a atentar contra su gente... No iba a ser sencillo, desde luego.

—¿Perder la mano? ¿Te olvidas de que somos osos polares? Podemos con los tigres con los ojos cerrados —aseguró otro del revoltoso trío.

—¿Contra un tigre blanco adulto? Te va a merendar sin esfuerzo y, por supuesto, no te va a dejar conducir —repitió Max—. ¡Si no tienes carnet! ¿Quieres que tengan problemas con la ley humana por tus tonterías?

—Deja de ser un abuelo —se quejó el otro—. Desde que te has emparejado con esa mocosa no hay quién te aguante.

El gruñido de advertencia de Max fue tan potente que Thorn apresuró el paso, con intención de evitar un baño de sangre. Las peleas entre hermanos estaban mal vistas en la manada.

—Chicos, dejadlo ya. No me apetece tener que coser miembros amputados por error, no es agradable y odio la sangre.

La voz de Hope consiguió detenerlo, solo un minuto, pero lo suficiente

para que su estrés se quintuplicara y se viera obligado a casi correr para llegar al vehículo.

Tener un oído tan fino podía ser un castigo algunas veces.

—Nadie va a conducir a excepción de mí —aseguró con su atronadora voz, en el instante en que los alcanzó—. Y tú no vas a ninguna parte —espetó mirando con una muda advertencia a Hope.

—Voy para asegurarme de que no le arrancas la garganta a Thomas de un bocado.

—¿Acaso te preocupas por un hombre que asegura haberte utilizado? ¿Un hombre que te amenaza?

—Quiero saber qué han hecho con Devin —espetó irguiéndose cuán alta era. Sin embargo, ni siquiera llegaba a la altura de su pecho. No le resultó muy imponente, pero respetaba su arrojo y valentía.

—Es peligroso —empezó, tratando de sacar su lado más amable. Ese que algunos asegurarían que no poseía.

—Lo sé, pero asumo el riesgo. Yo conduciré, así tú y tu trío podréis ocuparos de las posibles amenazas.

Thorn le arrebató las llaves, negando.

—No, he visto lo que tú conduces y desde luego no estás lista para él.

Hope arqueó una ceja.

—¿Acabas de personificar a una máquina?

El tigre se mostró molesto, si hubiera estado en su forma animal habría espantado una supuesta mosca con la punta de su cola, pero no lo estaba así que se limitó a mirarla.

—O subes ya o te quedas en tierra.

—¿Y nosotros? ¡No quiero montar en el asiento trasero! —se quejó Aedan.

—Montarás donde yo te diga —espetó Thorn en un tono que no admitía

réplica—. Podrás desquitarte con el humano.

—No podéis coméroslo —advirtió la mujer.

Damián con brillo travieso en los ojos aseguró que lo haría, secundado por Aedan. Max se limitó a suspirar con cansancio. El oso más tranquilo de los tres no quería moverse del lugar en el que quería estar, junto a Marisa, pero nadie le había dado opción.

—No va a ser un viaje sencillo —aseguró Thorn, arrancando el motor en cuanto todos ocuparon sus respectivas posiciones—. Tenéis que comprender la situación.

—Un tío que se ha pasado de la raya, ha intentado utilizar a nuestra veterinaria para cargarse a la manada. ¿Es así, no? —empezó Damian.

—Sí y no —explicó con paciencia, al tiempo que salían del complejo y se sumergían en la helada carretera, dirección al hospital en que aguardaban sus objetivos—. Al parecer nos culpa de secuestrar a su hermana y sus sobrinos, quizá hasta de asesinar al padre de los niños. Lo desconocemos, pero lo que sí es verídico es que el hombre está dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de proteger a los suyos.

—Y eso no es malo, no lo convierte en un criminal —añadió Hope, tratando de interceder por el hombre.

—A Devin no le gustaría escuchar que lo defiendes —instruyó Thorn—. Cuando esté delante, no lo hagas. Sería una ofensa, teniendo en cuenta que ha sido juzgado por defenderte.

No era cierto, no sabía por qué había mentido, Ethan jamás lo habría hecho, pero le disgustaría mucho ver otra pareja cagándola por tonterías.

No era un romántico, maldito fuera. Ni siquiera había encontrado a su compañera; no la encontraría jamás. Su gente no se emparejaba como otras razas y no le apetecía que todos los demás lo señalaran con el dedo, se quedaría soltero, se convertiría en alfa y conseguiría el respeto de todos los

que alguna vez lo habían despreciado, ese era el plan.

Una mentirijilla sin importancia no molestaría a nadie.

—¿Lo han juzgado por defenderme? ¿Cómo?

—Derramó sangre humana por ti.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Thorn se encogió de hombros.

—No es importante.

—Oh, tío. Esto se está poniendo interesante. ¿Quién lo ha castigado? — preguntó Aedan—. No habrá sido Gabriel, el arcángel, ¿verdad? Eso solo es un cuento de niños.

—No es un cuento, existe y sí, es muy probable que se lo hayan llevado para castigarlo por la ofensa. Quizá no logre regresar jamás.

Hope parecía angustiada, como si acabara de darle un golpe que le había sacado de golpe toda la respiración.

—No te preocupes —intervino Max—, volverá. Ethan jamás permitiría que a uno de nosotros lo castigarán por algo que tuvo que hacer para proteger a alguien que nos importa. Hablará en su favor y lo perdonarán.

—Después de darle unos cuantos latigazos para que aprenda la lección — dijo Damián—. Por eso nunca me paso de la raya, no quiero que venga Gabriel y me ponga el culo rojo.

Hope parecía mareada, quizá a punto de vomitar.

—No deberías haber venido —repitió Thorn—. Baja la ventanilla y saca la cabeza si crees que no puedes evitar echarlo. La tapicería es nueva.

—Podrías dejar de parecer tan exasperado, ¿no? ¡Has sido tú quién acaba de decirme que van a golpear a Devin por mi culpa! Si apenas lo conozco, lo he visto una sola vez, no sé quién es ni me importa. Solo quiero ir al hospital y escuchar todo lo que mi ex tiene que decir para justificar lo que me hizo.

—Los humanos siempre tan generosos —espetó Thorn con disgusto.

—Tú me llevaste al complejo y fuiste amable, ¿qué te pasa ahora?

—Me pasa que tengo que hacer de niñera para cuatro críos de pañales que no saben defenderse, mientras intento sacar información y trasladar a un delincuente de vuelta, sabiendo que estamos siendo observados y, probablemente, seguidos por nuestros enemigos. No es un buen día para salir a hacer turismo, guapa.

—No es un buen día para tocarme los ovarios, guapo —aseguró Hope, con una energía que ignoraba poseyera—. Estoy harta de que me digas lo que tengo que hacer.

—Pues entonces no hubieras montado en mi coche, para interrumpir mi misión. ¿Lo has entendido o te lo delecto?

—He entendido que eres un capullo sin sentimientos.

El estrés causaba estragos en cualquiera, en su caso, ponía irascible a su felino.

Cuando la miró, era más gato que hombre.

—Controla tu lengua y obedece cuando dé una orden. Esto es un territorio en guerra y acabas de caer en medio. Si quieres vivir, escucha a quién sabe cómo salir de esta.

—Dudo mucho que sepas cómo hacerlo —masculló entre dientes la mujer. No respondió, se suponía que ni siquiera debería haberlo escuchado. Un humano no lo habría hecho.

Thorn se temía que Hope tenía razón, quizá fue eso lo que lo mantuvo callado.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Aedan—. Me estoy meando.

—Te dije que fueras al baño antes de salir —recordó Max en tono cansino—. Marisa es más consciente de lo que hay que hacer que vosotros.

—Marisa es un bebé que solo obedece órdenes —se burló Damian—. Si yo le hiciera más caso, te abandonaría y se vendría conmigo.

Max no contestó, se limitó a darle un puñetazo a su hermano que le sacó todo el aire. El más pacífico no toleraba una sola broma en lo que a su compañera se refería.

Le gustaba ese chico.

—Así aprenderás a guardar esa lengua —pronunció Thorn con satisfacción.

Hope señaló entonces hacia la carretera.

—¡Cuidado!

Había alguien en medio obstruyendo el paso. De no ser por la mujer, se lo habrían llevado por delante. Thorn frenó con fuerza, tratando de hacerse con el control del coche que patinó en el suelo congelado, pero tan solo acertó a pronunciar:

—¡Preparaos! Acaban de llegar nuestros problemas.

Y tres osos aparecieron de la nada, al tiempo que un enorme tigre blanco se abalanzaba sobre Hope para protegerla del impacto. Salieron volando, atravesando el cristal delantero y aterrizando en dirección contraria al amasijo de hierros en que se había convertido el todoterreno del hombre que hacía apenas unos minutos tan solo se había preocupado por mantener limpia la tapicería nueva.

Hope intentó decir algo, pero el tigre se dio cuenta de que había perdido el conocimiento, estaba exánime entre sus patas.

Maldijo, en lo más profundo de su alma sabía que estaban a punto de probarlo, de forma involuntaria, y que iba a tener que pasar el examen más difícil de todos para convertirse en alfa: el de sobrevivir a la más que real y peligrosa amenaza que tan solo quería la extinción de su raza.

—Está hecho —dijo la mujer con un ronroneo ante el que se había

convertido en su amante favorito. Su dinero y la posición de su marido le habían dado todo lo que podría haber deseado, sin embargo, se había conformado con el poder total y absoluto y el conocimiento de lo oculto. Nunca había sido una ingenua. Uno de los muchos novios de su madre, el último, había sido un animal y los había odiado desde entonces. Había querido convertirla en su hija, hacerla creer que era alguien especial para él, cuando no era más que otra gran mentira. Fue entonces, cuando solo tenía veinte años, que había descubierto que en el mundo había algo más de lo que se podía ver a simple vista.

—¿Qué está hecho? —preguntó Dimitri con aburrimiento. No le daba la suficiente importancia a sus planes, pero se lo perdonaba porque, al fin y al cabo, era muy entretenido y siempre terminaba dándole la razón.

—Hemos trasladado a nuestros rehenes a la base. No los encontrarán nunca.

Dimitri la miró sin interés alguno, pero Ania sabía que iba a ganar esta partida. Lo había sabido desde el principio.

—Y he dado órdenes para que exterminen cualquier vehículo que abandone ese complejo infernal del que me hablaste, cariño. Tu ayuda va a ser fielmente recompensada. ¿Cómo lo quieres esta vez? —el tono sugerente de su voz provocó un cambio en el gesto de su compañero de juegos, un cambio lleno de violencia e interés.

—Ya sabes cómo me gusta —instruyó haciéndola arder de deseo—, pero antes tenemos que bañarnos en la sangre de nuestros enemigos y en su sufrimiento. No podemos distraernos.

Sabía que no podía dejar de prestar atención a lo que estaba sucediendo, había mucho en juego.

—Thomas MacKenzie ya se ha reunido con su hermana y la cría.

—¿Vas a dejar que se marche? Sabe demasiado sobre nuestra

organización.

Ania negó.

—Nunca me he encontrado con él. Ha hecho un trabajo, le he pagado y no volveré a verlo.

—Tratarán de sonsacarle información y podría hacernos mucho daño. Podría hacerte mucho daño —le recordó acariciando un mechón de su pelo—. Deberías enviar a alguien para que lo exterminen.

—No es tan sencillo, además, Thomas es completamente humano —le recordó—. No voy a masacrar a nuestra especie. Solo esos monstruos merecen la muerte. Recuerda quién manda aquí.

Le gustaba Dimitri, pero no era más que un tipo más que le calentaba la cama. No lo amaba, a veces ni siquiera le gustaba. Tenía algo muy oscuro y sádico en el interior, no le daba miedo, pero sí le desagradaba.

—Como deseas, preciosa. Solo estoy aquí para adorarte y escuchar tus anhelos más profundos.

No iba a distraerla de su disgusto. No iba a atentar contra la vida de MacKenzie, no lo necesitaba. Ya tenían lo que querían. Habían incitado el caos entre las aberraciones de la naturaleza y eso lograría que cometieran un error que podría costarles la vida.

La destrucción que era lo que necesitaban hacer.

Cuando la estúpida humana se diera media vuelta, le arrancaría la garganta y disfrutaría de ver cómo exhalaba su último aliento. Tener que confraternizar con una raza inferior solo para ver cómo la auténtica esencia de su gente recuperaba el lugar que le pertenecía por derecho propio, era un pequeño sacrificio a hacer por la causa mayor. Sus jefes estarían muy satisfechos cuando conocieran las noticias. Habían dado un

golpe inesperado en ese complejo de mestizos tras el que llevaban años. Nunca habían conseguido sumergirse entre sus gentes, eran demasiado cuidadosos como para permitir que los Puristas atravesaran sus fronteras, pero ahora que los humanos iban a hacer el trabajo sucio, tenían la oportunidad de desenmascararlos y conseguir lo que había resultado imposible hasta entonces.

Pronto verían su caída, pronto podría resarcirse por todo lo que estaba sufriendo y permitir emerger a su verdadera naturaleza. Su hiena estaría más que feliz de dejarse llevar cuando el auténtico banquete empezara.

Los humanos no sabrían qué iba a golpearles. Ignoraban lo cerca que estaba su final.

CAPÍTULO 27

Todo olía a ella, cada paso que daba parecía llevarlo en su dirección y cuando se acercaba, más lejos estaba Hope. Como si nunca pudiera alcanzarla, como si nunca fuera capaz de llegar a su lado.

Lo estaba matando. No podía ir lo suficientemente rápido para tenerla, para reclamarla. Era suya, le pertenecía, no importaba que fuera humana o de cualquier otra especie; la pantera y el hombre, ambos la anhelaban con tanta intensidad que les dolía incluso respirar.

—Hope —jadeó Devin, internándose en otro pasillo. Quizá el que finalmente lo liberaría de aquella agonía—. Te necesito, Hope. No me alejes, no me abandones. ¡Vuelve aquí! —rugió.

Estaba frenético, cada vez más nervioso. Sentía a la bestia luchar contra lo que fuera que aún los mantenía en ese estado intermedio. Necesitaba ser libre para poder llegar hasta ella. Solo con su verdadera naturaleza podría mirarla a los ojos y decirle quién era y qué le podía ofrecer.

No era mucho, pero era todo lo que tenía y esperaba que fuera suficiente. No huiría en dirección contraria, correría a sus brazos y suplicaría para que pudiera aceptarlo con todos sus defectos.

—¡Hope! —rugió una vez más, haciendo tambalearse los cimientos de aquel lugar.

—Tranquilízate, muchacho —intervino una voz conocida a su espalda—. Es solo una ilusión, no debes creer nada de lo que veas, están jugando con tu mente. Ella no está.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—Mi sobrino siempre tan amistoso —ironizó Frank—. No tengo mucho tiempo para advertirte. No es fácil salir de aquí y no lo harás indemne.

—Parece que tú tampoco —Devin no veía bien, había una mezcla de colores, sus ojos trataban de ajustarse a la luz. Las palabras tropezaban en sus largos caninos mientras sus garras rozaban las palmas de sus manos, aún así, el aspecto apaleado de su tío era más que evidente—. ¿Qué coño te ha pasado?

—Una discrepancia con el jefe de estos dominios —expresó conciso—. No discutas con él, Lucifer siempre gana.

—¿Y qué hago yo aquí? ¡No he hecho nada!

—Atacaste a un humano.

—¿Me denunciaste?

—No, solicité instrucción para ti, pero no parece haber servido de mucho.

—¿Instrucción? —Devin se mostró primero aturdido, después incrédulo—. ¿Qué coño...? ¿Tú me enviaste aquí para hacerme esto? ¡Joder!

Quiso arrancarle la cabeza de pura furia, pero Frank se mostró serio y preocupado. Negó.

—Tendrás tiempo para tu venganza. Dentro de un año, cuando termine aquí, pero tienes que entender algo: Hope está en peligro; Hope y toda tu manada. Tienes que advertir al alfa. Tienes que volver y luchar por nuestra gente. Tienes que ocupar mi lugar como guardián. Vigilar que las leyes sean respetadas, el equilibrio entre humanos y cambiantes debe prevalecer, de lo contrario el caos se impondrá y el final del mundo se precipitará de forma repentina y antes de tiempo.

Devin apenas comprendía a su tío, hablaba de temas sobre los que nunca había pronunciado ni una sola palabra.

¿Fin del mundo? Tenía que ser una broma.

—¿De qué cojones hablas? Joder, estás majara.

—Devin, escucha por una vez en tu vida y presta atención. Nada es lo que

parece, los traidores conviven con nosotros, pero también nuestros aliados se alzarán en el momento justo en que sean necesitados. Mantén tus ojos abiertos, únete a Hope, es tu compañera, juntos todo será más sencillo. Si la abandonas, aún pensando que es por su propio bien, tan solo la pondrás en peligro. Será el cebo perfecto para ti, les entregarás cualquier cosa y a cualquier persona que te soliciten y tú, de entre todos nosotros, acabarás siendo el traidor que destruirá a nuestra raza. ¿Es eso lo que quieres?

Devin sentía que la cabeza le daba vueltas. Mucha información en medio de aquella agonía del cambio intermedio en el que todos sus pensamientos estaban borrosos y el aturdimiento hacía acto de presencia. Estaba cansado, no sabía cuánto tiempo llevaba dando vueltas. Cuántos días habrían pasado desde que había sido encerrado allí. Quizá, tan solo unas horas; pero estaba seguro de algo, necesitaba volver a la realidad porque tenía cosas importantes que hacer. Hope, su alfa, su manada. Reclamar, informar y proteger, en ese orden. Su compañera necesitaba que la protegiera y la amara, necesitaba el vínculo incluso si ella terminaba despreciándolo con el tiempo, tan solo al descubrir lo que era.

—Tengo que salir de este agujero de mierda —espetó a Frank, que con dificultad, esbozó una sonrisa.

—Puedo ayudarte con eso, aún me quedan amigos aquí abajo.

—¿Habías estado antes aquí?

Había mucho que desconocía sobre el hermano de su padre, nadie hablaba nunca sobre el pasado del tigre, a no ser del enorme sacrificio que había hecho cuando se había enfrentado a su propia gente, en contra de sus propios intereses. Fue por eso por lo que lo recompensaron, pero al parecer había mucho más.

—Esa historia tendrá que esperar a otro momento. No tenemos mucho tiempo, ven.

Empezó a avanzar hacia lo que parecía ser una dura pared de piedra, cada vez más rápido, como si no temiera el impacto. Sabía que podía confiar en Frank, pero ¿y si solo era una visión?

—No te fíes de tus sentidos, muchacho —le recordó su tío en el instante en que desapareció, su voz sonaba lejana—. Atraviésala, no dudes, estoy justo al otro lado.

—Soy un puto loco de mierda, pero allá voy.

Y en contra de todo pronóstico, la atravesó limpiamente y sin dolor. Incrédulo, completamente descolocado por lo que acababa de hacer, se giró hacia el otro hombre y negó, maldiciendo en voz baja y casi deseando volver al lugar del que había salido.

—¿Qué mierda es este sitio?

—El infierno, sobrino. Esto es el infierno y voy a sacarte de aquí. Puede que me precipitara al tomar la decisión de pactar con Luke, debí recordar que todos acabamos jodiéndonos a nosotros mismos cuando dejamos que ese cabrón juegue con nuestros deseos. —Sacudió la cabeza—. Si fueras menos tozudo, habríamos evitado este paseo por el lado oscuro.

—¿Ahora te vas a poner en plan Yoda?

—Tarde no es, joven padawan —se jactó su tío, mientras iniciaba el camino hacia lo que parecía ser un jeep que esperaba junto a un río de lava ardiente—. Mueve el culo, cuando cierto tipo se entere de que me he saltado un par de normas a la torera, vamos a tener problemas.

—Si no lo veo, no lo creo —prorrumpió la voz del conductor del vehículo, que se apoyaba descuidadamente sobre el capó—. Dos animales aquí abajo, tenemos que estar de celebración.

—Cállate, Arock, y conduce.

—A mi mujer no le gusta que me meta en líos con el señor todopoderoso. Lo sabes, ¿no?

—Lo que sé es que disfrutas apretándole las tuercas y ese malnacido, por alguna razón, confía en ti.

—Porque cuido de su culo día sí, día también. Montad, no tenemos mucho tiempo, está a punto de caer la noche y no sé si recuerdas lo que pasa por aquí cuando...

—¿Eres un puto ángel?

—Cuida tus palabras, chaval. Tú eres un puto mestizo de mierda y no voy por ahí señalando lo obvio, ¿no te parece? —le guiñó un ojo, como si no acabara de lanzar el insulto más bajo y despreciable que se podía lanzar a su raza. Llamarlo mestizo era ponerse del lado de los puros, algo que jamás había soportado.

—Cuidado, sobrino. Él es tu billete de salida.

—Pues que me quite estos jodidos grilletes, me están matando.

—Ah, eso —refunfuñó Arock mientras pisaba el acelerador a fondo—. Solo Luke y Anubis pueden quitarlos, aunque creo recordar que había algún tipo de cláusula que... —Miró a Frank—. ¿Recuerdas haber escuchado sobre ella?

—Todo lo que creía saber sobre este lugar está borroso y escondido en algún lugar profundo de mi memoria.

—Los recuerdos volverán ahora que estás aquí. Este es tu lugar, viejo amigo. Los dos lo sabemos.

Su tío se quedó en silencio, no sabía si dando la razón o no al tipo que si bien no le caía mal, le recordaba un poco a sí mismo y eso bastaba para sacarlo de sus casillas.

—¿Dónde vamos?

—A mi casa —explicó el recién llegado—. No puedes salir del averno hasta que el plazo finalice o Luke te libere, pero no necesitas estar encerrado en ese lugar espantoso. No querría esa tortura ni para mi peor enemigo, tener a

mi Cassie tan cerca y tan lejos a la vez —simuló un escalofrío—, no podría soportarlo.

—¿Cassie?

—Han pasado muchas cosas desde la última vez que te interesaste por mi vida amorosa, Frank.

Su tío no dijo nada, pero tampoco se relajó en el asiento. Estaba alerta, listo para saltar en el momento que fuera preciso.

—¿Podemos fiarnos de él? —le preguntó a su tío sin perder de vista a Arock.

—Tanto como puedes fiarte de alguien aquí abajo.

—Es un caído, ¿verdad? —Era una pregunta absurda, Devin lo sabía, pero necesitaba confirmación.

—¿Por qué no hablas directamente conmigo, chaval? Estoy aquí y llevo estando aquí desde antes de que existieran tus abuelos. Un poquito de respeto por tus mayores, joder. Luego se quejan de que no hay buena educación en el mundo...

—Es un caído al que le encanta charlar, como puedes ver. —Frank puso los ojos en blanco—. Lo único que me sorprende es no ver a Harr cerca.

—Está ocupado con su humana.

—¿También se ha emparejado? —La completa incredulidad en el tono de su tío le hizo desear conocer al tipo en cuestión. ¿Tan feo era? ¿O tan reacio quizá al compromiso?

—Bueno, ya sabes cómo es y qué es... Más o menos se ha emparejado. Más o menos. No es que sea oficial o algo, quizá sí. No sabría explicarlo. Mejor que le preguntes a Cassie cuando la veas, es empática y puede decir, literalmente, lo que Harr siente por su chica sin temor a equivocarse. —Arock se encogió de hombros—. Tampoco va a cambiar el futuro del mundo.

—Por favor, ¿dónde está el mando a distancia? —preguntó hastiado

Devin—. Quiero cambiar de canal. La prensa rosa no me va.

Arock soltó una carcajada y miró a Frank:

—Me gusta este tío.

—Sí, sabía que os llevaríais bien, pero no te hagas ilusiones, no se va a quedar. Este no es su sitio.

—¿Por qué no? —interrogó el caído—. Encajaría muy bien aquí.

—Porque es el nuevo guardián de Alaska, tiene un trabajo muy importante que hacer en la tierra, además de encontrar, proteger e instruir a su compañera.

—Para el carro, tío. No soy el guardián, tú lo eres —espetó Devin jugando con los restos de los grilletes que le molestaban en sus extrañas manos medio humanas-medio animales.

—Ya no. Hice un trato, hijo, me quedo aquí.

—¿Cómo vas a quedarte aquí? ¡Esto es un putito Infierno!

—Literalmente —espetó Arock entrando en lo que parecía ser una lujosa finca con una enorme mansión de mármol. Le recordó a algún tipo de mausoleo, lo que le produjo una incómoda sensación de fatalidad—. Por dentro es más acogedora —se apresuró a explicar el ángel—. Sé que es perfecta, un sueño, pero a los nuevos visitantes puede asustarles un poquito. A mi mujer le gusta —terminó con una gran sonrisa.

—Quiero volver al complejo.

—Lo harás cuando termine el tiempo estipulado, mientras tanto —Frank hizo un gesto hacia la vivienda—, disfrutemos de un merecido descanso.

Devin no estaba convencido, pero tampoco tenía otra opción. Al menos la intensa necesidad de reunirse con su compañera había amainado un poco, supuso que al verse libre de ese laberinto de tortura podía empezar a pensar con claridad. Incluso pudo observar a su pantera retirarse poco a poco a su interior, síntoma de que se sentía a salvo, y empezó a recuperar su apariencia humana.

—Tenemos que ponerte algo de ropa encima —espetó Arock—. A los animales os encanta estar en pelotas, pero aquí somos un poquito más civilizados. Puedes coger lo que quieras del armario de la habitación de invitados, somos más o menos del mismo tamaño. Mi mujer te lo agradecerá cuando no tenga que arrancarte la cabeza y ensuciar la alfombra con tu sangre, si ella desvía la mirada aunque sea un solo milímetro sobre esa cosa de la que vas presumiendo por ahí. Cassandra ya está más que bien servida.

—Eso habría que verlo —lo retó Devin.

—¿Acaso no me has escuchado cuándo te he dicho que soy más viejo que tus abuelos? Y llevo todo ese tiempo luchando en el mismísimo infierno. Créeme, no podrías ni rozarme antes de caer despedazado a mis pies. —El sonido de una vibración procedente del bolsillo de los vaqueros negros del caído interrumpió la charla. Sacó su Smartphone y leyó lo que aparecía en la pantalla.

—¿Problemas?

—No tengo tiempo para explicarlo, el deber me llama. Sentíos como si estuvierais en casa.

Y saltando con una fuerza impensable en un ser humano o cambiante cualquiera, se elevó en el aire, extendió sus alas y desapareció por la enorme cúpula abierta que había sobre sus cabezas.

—¿Siempre hace eso? —preguntó Devin a su tío.

—Solo cuando tiene mucha prisa.

—¿Se puede saber dónde has estado? Te he estado buscando —recriminó Luke a Uriel en el instante en el que se presentó en la sala del trono.

—Cuidando de nuestros intereses, hermano —expresó con sinceridad—.

¿Ha regresado Nasla de la misión que le encomendaste? No consigo contactar con ella.

El gesto de Luke se torció ligeramente y negó, había cierta preocupación en él. Sabía que no tenían una relación muy amistosa entre ellos, pero se toleraban porque él los amaba a ambos. Y su hermano no permitiría que le sucediera nada malo a su compañera. Tenía la certeza en sus manos y lo sabía en el fondo de su corazón.

—Todavía no ha regresado, pero estará bien. Puede cuidar de sí misma.

—Lo sé —ambos eran conscientes de que de los dos, Uriel había salido mejor parado. La mujer de Luke era humana, más débil, a pesar del duro entrenamiento al que la sometía diariamente y del vínculo con el señor del averno. Nala no moriría fácilmente, pero sí podía ser fácilmente herida y utilizada para acabar con el mismísimo Lucifer. Era su talón de Aquiles, los dos tenían constancia de ello, por más que lucharan por disimularlo.

—¿Y bien? ¿Vas a contarme de qué manera has protegido nuestros intereses?

—Cambiantes. Necesitamos intervenir para evitar la guerra, solo nos perjudicaría. Devastaría a toda la raza por igual y hay algo que no va bien, sé que tú podrías echar un vistazo al pasado, presente y futuro, tienes herramientas para ello, podrías visualizar dónde está el traidor y podríamos intervenir antes de que sea demasiado tarde.

Luke lo miró con intensidad, sin decir nada. Sus ojos se habían tornado de un rojo intenso, pero no había más símbolos de furia en su pose, quizá tan solo estaba batallando consigo mismo.

—Quiero el Apocalipsis a mi manera, hermano, si juego con el tiempo y actúo dónde no debo, perderé la ventaja que hemos conseguido.

—¿Qué ventaja, Luzbel? Dime, ¿qué ventaja? La esperanza ha desaparecido, ya no podemos controlarla, Pecado está próximo a despertar,

nada de lo que estamos haciendo para traer de vuelta a Nadir está sirviendo. Los repobladores están perdidos, ocupándose de procrear a las nuevas razas del nuevo mundo y los jinetes...

—Los sellos permanecen intactos.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¡El que yo necesite! —se levantó de su trono dispuesto a luchar contra cualquiera que se alzara en su contra. Uriel sabía que, cuando llegaba a ese punto, era muy difícil razonar con él. Necesitaba darle tiempo para que se tranquilizara, pero no disponía de ese tiempo.

—Hay humanos detrás de los ataques a los cambiantes de Alaska y están sentando precedente. Van a extenderse por toda América, por Europa, Asia y así hasta cubrir todo el globo terráqueo. ¿Qué haremos entonces, cuando todos desaparezcan? Son buenos guerreros.

—Tienen sus leyes y sus guardianes, no puedo intervenir. Gabriel y Miguel luchan de su lado, ¿qué puedo hacer yo, Uriel?

—¿Tú, hermano? No, nosotros. ¿Qué podemos hacer nosotros? Ayudar a mantener el equilibrio, juntos.

—No voy a trabajar con Gabriel, rechazó mi oferta. No la haré por segunda vez.

—Sois iguales. Cabezotas y tozudos, ninguno de los dos da su brazo a torcer y vuestra cabezonería hará que las cosas se desmanden y todo se vaya a la mierda. Acuérdate de este día, porque puede que ambos vivamos para lamentarlo.

Se giró, era una de las pocas personas que se atrevía a darle la espalda a Lucifer.

—Joder, deja de llamarme Luzbel, habíamos hablado sobre eso —acotó con un tono de molestia en la voz—. ¿Cómo crees que tú y yo podemos hacer lo que quieras hacer para que mi plan vaya por donde tiene que ir?

—¿Tú y yo?

—Somos hermanos, ellos son el enemigo. No hay ofrenda de paz por mi parte, Uriel. Estoy dispuesto a ayudarte a ti, no a ellos.

El viejo arcángel sabía que ya iba por el camino correcto. No podía hacer que polos opuestos pudieran llegar a un punto común, pero no se trataba de ángeles o dioses aquí, se trataba de humanos y cambiantes, algo un poco más sencillo, al menos sobre el papel.

—Quiero que liberes a Devin y a Frank de su trato. Tienen que volver.

Lucifer negó.

—No puedo hacer eso, si lo hiciera, todos mis tratos se tambalearían y eso es pedirme demasiado, hermano. Ni siquiera por ti.

—Puedes incluir una cláusula de última hora en el documento, ambos lo sabemos.

—Si quisiera, podría hacerlo —confirmó Luke.

—¿Y no quieres?

—Necesitamos a Frank y, en cuanto a Devin, ese malnacido se atrevió a parecerle atractivo a mi mujer.

Uriel puso los ojos en blanco.

—A tu mujer solo le parece atractivo tú, ¿acaso no te has dado cuenta? Todos los comentarios que hace son para molestarte y que le hagas caso. Quiere más atención, como todas las esposas del averno. Puede que se sientan un poquito descuidadas.

—¿Nasla también?

Uriel asintió apenado.

—Me temo que sí. Por eso estoy tan preocupado, cuando aceptó ocuparse de esta tarea que le encomendaste no puso pega y, lo admito, habíamos discutido.

—¿Vosotros? Imposible.

Su hermano parecía preocupado, algo imposible. Debía de estar disfrutando de su incomodidad. Era lo que solía hacer. Quizá estaba volviéndose viejo.

—Todos los matrimonios tienen problemas, pero no hablemos ahora de mi vida amorosa. ¿Vas a retocar ese contrato o no?

—Puedo hacer algo, liberar al mestizo si es lo que quieres, pero Frank es mío. Lo necesito, solo él puede conseguir traer a mi lado a una serie de guerreros marcados desde el principio de los tiempos, no confiarán en mi palabra, pero sí en él.

—No entiendo por qué no se fían del gran Lucifer.

—Soy un tipo honesto, lo que digo que haré, lo hago.

—En tu retorcido sentido de justicia, así es.

—¿Me llamas retorcido?

Uriel sonrió.

—¿Recuerdas que durante una eternidad he sido uno de tus recolectores y que aún llevo un puñetero diablo tatuado en el culo por tu culpa?

Lucifer se rio abiertamente.

—Lo había olvidado.

Uriel frunció el ceño con incomodidad.

—Sí, claro.

—Lo juro, hermano. Lo juro.

—Déjalo. Solo dime cuándo puedo llevarme a Devin.

—¿Llevarte? ¿Acaso vas a participar personalmente en la lucha?

—¿Te parece mal?

Luke lo miró pensativo durante al menos cinco minutos, el silencio lo estaba matando, a veces era incapaz de leer el pensamiento de su hermano, aunque el vínculo entre ellos era hoy más potente de lo que nunca antes había sido.

—Me parecería mal si no me invitaras a participar.

—Gabriel y, muy probablemente, Miguel van a estar allí, de una manera u otra.

—Quizá es hora de tratar cara a cara con ese par de cascarrabias y dejar que vean el inmenso poder y la sutil belleza de este par de caídos que les dan mil vueltas. No me digas que no te gustaría cambiar la percepción que esos cambiantes tienen del averno... No desconozco su rechazo, pero así como los mestizos son tachados de aberraciones debido al desconocimiento, nosotros somos injustamente tratados. Ni somos feos ni olemos a azufre, a no ser que queramos dar el espectáculo.

—No sé si no me arrepentiré de esto.

—¿Por qué, querido hermano? ¡Nos vamos al teatro! Que empiece la representación.

CAPÍTULO 28

Hope estaba muy dolorida. Le martilleaba la cabeza y cuando intentó mover el brazo derecho sintió como si un millón de agujas la atravesaran de golpe a la vez. Debía de habérselo roto.

—Ay —se quejó al tiempo que intentaba abrir los ojos para ver dónde se encontraba.

—Tranquila, con cuidado —dijo una voz conocida muy cerca de ella. Tan cerca que estaba entre sus brazos.

—Estás desnudo —jadeó, concentrándose en buscar los ojos divertidos del hombre, ante su desasosiego.

—En contra de lo que tus libros románticos puedan contar, los cambiantes no podemos conjurar ropa de la nada y el recambio ha quedado calcinado junto a los restos del coche —informó Thorn con diversión. Sin embargo,

también había preocupación en su gesto—. Los trillizos han vuelto al complejo, estamos lo bastante cerca como para que puedan llegar sin ser vistos.

Hope lo dudaba seriamente. ¿Podrían pasar desapercibidos tres osos polares, incluso en aquel lugar apartado?

—No me digas que vas a dejar que Aedan conduzca.

—Van a buscar refuerzos, Ethan no permitirá que vuelvan a salir, ahora que sabemos que estamos rodeados y ellos listos para una emboscada.

—¿Y si los atrapan?

—Por suerte para nosotros, los humanos son bastante cortos de miras. No te ofendas.

—No me ofendo, pero no te entiendo.

—Cualquier humano moriría cuando explota el vehículo en el que viaja, ¿verdad?

Hope gimió.

—¿Entonces estoy muerta?

—Todavía no, pero no tenemos mucho tiempo para llegar al hospital y encontrar a tu exnovio antes de que otros se ocupen de hacer el trabajito.

—¿Estás seguro de que los trillizos están a salvo?

—Incluso si, en el peor de los casos, saben que tenemos posibilidad de sobrevivir, no podrían enfrentarse a tres osos polares cabreados y a unos cuantos guardias bien entrenados. Estarán bien, no te preocupes.

Thorn la miraba como si lo hubiera sorprendido con su respuesta. Se preguntó si pensaría en ella como en cualquier otro humano, a pesar del tiempo que hacía que la conocía. Amaba a los animales y respetaba la labor de protección de Ethan y su gente, jamás les desearía nada malo.

—Bien. Entonces tenemos que encontrarte ropa, no puedes entrar en un hospital en cueros.

Thorn asintió.

—Estamos de acuerdo, pero tengo solución. Espérame aquí.

—No quiero quedarme sola.

—¿Recuerdas lo que te dije en el coche?

—¿Obedecer órdenes? Ni lo sueñes.

El tigre resopló exasperado.

—No sabes cómo defenderte aquí fuera. Tienes un brazo roto, estás helada y puede que sufras una conmoción. Ese enorme chichón en tu frente da fe de la posibilidad. ¿Por qué no puedes portarte como una dama y dejar que tu caballero de brillante armadura libre esta batalla por ti?

—Pensé que quería eso de la vida, hasta que vi a Devin. No creo que sea un caballero de brillante armadura, es salvaje y me gusta. No puedo ser una mujer complaciente que se mueve como una marioneta, no me va, vamos a tener que colaborar.

—¿Con una humana con un brazo roto?

—Ojalá te emparejes con un ser inferior como yo, va a ser muy gracioso verlo —espetó apartándose de él.

—No he dicho que piense que eres un ser inferior.

—Puede que no lo hayas dicho, pero lo has pensado. ¿O me equivoco?

No hubo respuesta, los dos sabían que aquello era cierto.

—Vale. ¡Suficiente! Me voy, no me apetece seguir aguantando a un ser prepotente y machote.

—No te vas a ninguna parte, Hope. No durarás ni un instante. Está helando aquí fuera y apenas vas abrigada, morirás sin mí y eso es algo que ambos sabemos.

—¿Y qué propones?

—Si vosotros dos dejáis de discutir, quizá yo pueda hacer algo para salir de este bucle. —Una hermosa mujer, pequeña y de intensa mirada marrón se

fijó en la pareja que discutía. Estaba bien abrigada, con colores claros, y ninguno de los dos había reparado en su presencia. Lanzó un fardo de ropa a los pies de Thorn y le lanzó una sonrisa descarada—. No es mentira lo que dicen de tu raza, ¿eh? —Miraba directamente y de forma apreciativa el cuerpo del cambiante.

Las mejillas del tigre parecieron teñirse de rubor, pero no se movió, se mantuvo en su lugar, orgulloso en su desnudez y desconfiado.

—Humana.

—Ey, sí. Como tu compañera aquí presente. —Puso los ojos en blanco—. Sí, lo sé. Esos sucios humanos que quieren destruir el planeta. Pues ya me ves, aquí estoy, ¿vas a bufar y erizar la cola, gatito, o aceptarás la ayuda que te ofrezco? Vístete y movamos el culo, el idiota de MacKenzie está a punto de perder la cabeza, puede que ni siquiera lleguemos a tiempo.

Hope dio un paso en dirección de la mujer, sintiéndose satisfecha por haber recibido apoyo, pero Thorn la detuvo.

—¿Cómo sabemos que no estás con ellos?

La desconocida lo miró, no había dobles lecturas en su rostro.

—Oh, porque lo estoy. Con ellos. ¿Cómo habría sabido dónde buscar si no hubiera sido así? ¿O qué eres, en realidad? —Lo miró con intensidad—, pero eso no significa que comparta sus objetivos u opiniones, ¿no crees?

—¡Nos traicionarás en cuanto aceptemos tu ayuda!

—Tienes dos opciones —le dijo con aparente tranquilidad—. Vienes conmigo o no, tú eliges, pero mientras hablamos Hope va perdiendo energía poco a poco y al final entrará en shock. Está herida, necesita atenciones médicas.

—¿Y qué más te da? Pretendes asesinarnos —parecía tan ofendido, solo con mirarla se había puesto a la defensiva, incluso contenía el aliento y sus ojos brillaban con una descarada amenaza.

—Líbrame de los gatos, señor. —Miró a Hope—. ¿Vienes o no? Tengo dos motonieves esperando por nosotros, es la forma más rápida de movernos. Sé exactamente por dónde ir, no podrán seguirnos el paso, si dejamos de perder unos valiosos minutos discutiendo.

Hope se desasíó de Thorn y asintió, apresurándose a ir tras ella. Se tambaleó un poco, pero la desconocida le ofreció su apoyo.

—Con cuidado.

—¡No confío en ti! —espetó Thorn empezando a vestirse a toda prisa.

—Haces bien en no hacerlo —corroboró la joven—, por cierto, soy Minerva y me envía un amigo. Por si algún día tienes que encontrarme —le guiñó un ojo y ayudó a Hope a hacer el pequeño trayecto hasta el vehículo.

Thorn terminó de vestirse y la apartó de Hope.

—Monto con ella.

—Bien —respondió dirigiéndose hacia el otro vehículo—. Te recuerdo que soy una simple humana que además ha venido a ofrecerte ayuda y que me envía un amigo. ¿Lo recuerdas?

La desconfianza continuaba patente en el tigre.

—Oh, vale. Ya está, vámonos. Da igual, ni siquiera me caes bien, no tenemos por qué ser amigos.

—Dudo mucho que te envíe un amigo mío, Minerva —emitió—. Yo no tengo amigos.

—¡Qué agradable! —sonrió y se encajó el casco en la cabeza—. Sígueme, si puedes.

Hope apenas podía comprender la animadversión que había surgido entre los dos, era una salida a una desagradable situación. Sí, podía ser una trampa, pero tampoco tenían muchas otras opciones.

—Si estuviera yo solo... —empezó su compañero.

Hope lamentó haberle impuesto su presencia, pero tan solo durante un

instante, después decidió que se lo tenía bien merecido por ser tan desagradable con todo el mundo. No se podía confiar en que no se comiera a los que no le caían bien.

—Déjalo ya, Thorn. No parece tan mala.

—Los humanos no son de fiar.

—Gracias —canturreó Hope.

—No lo decía por ti.

Y fue lo último que dijo, pues durante el viaje resultaba imposible hablar. Condujeron rápido y, en contra de lo que Thorn había pensado, llegaron al bosque que rodeaba el hospital y no estaban solos.

Puede que después de todo, el tigre hubiera tenido razón.

Luke entró en casa de Arock como si hubiera sido invitado. Los dueños no estaban presentes, pero Devin junto a Frank, intentaba encontrar una forma de liberarse de los grilletes.

—Debí suponer que os encontraría juntos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió Frank dispuesto a interponerse entre su nuevo jefe y su sobrino.

—¡Qué sorpresa! Veo que, finalmente, hay alguien que te importa más que tú mismo.

Devin se levantó y observó al recién llegado. Se había quedado quieto y taciturno, a lo que Luke esbozó una satisfecha sonrisa.

—Haces bien en temerme, no estás en buenos términos con el señor del averno —comentó sin perderlo de vista.

La pantera blanca se estremeció, allí ante su vista y solo por eso y el regocijo que sintió ante aquel respeto, se dijo que Uriel había tenido razón. Liberar al joven era algo que, simplemente, tenía que hacer. Mantener a la

sociedad cambiante a salvo era mucho más importante que conservar a uno solo allí abajo, uno que parecía tan perdido como esa aberración de cambio que estaba tratando de hacer para protegerse, a pesar de las exquisitas pulseras que un viejo enemigo había fabricado en contra de su voluntad solo para él.

—Tengo que salir de aquí, Hope me necesita.

—Si Hope es esa humana que supuestamente estabais protegiendo en el complejo —dijo Luke dirigiéndose ahora a Frank—, sí, lo cierto es que te necesita. Al parecer está desaparecida, según las últimas noticias que me han traído de la superficie.

—¿Cómo que está desaparecida?

—Emboscada mientras se dirigía a reunirse con su novio. Otro humano que va detrás de vuestro pellejo.

Devin maldijo en voz baja y escupió el nombre con disgusto.

—Mackenzie. Lo mataré.

Frank que era más cauto, más viejo y que lo conocía bien, aunque no tan bien como pensaba, contuvo a su sobrino y negó con la cabeza en un gesto apenas perceptible.

—¿Quién te ha proporcionado esa información? Podrías estar mintiendo.

Los ojos de Luke pasaron a un rojo intenso en una muda advertencia.

—Cuidado con tus palabras, tigre. No eres inmortal aquí y estás muy lejos de tus guardianes.

—Nos conocemos. Sin pruebas, no te creo.

—No me extraña, vosotros sois traicioneros por naturaleza, pero para mi gente la palabra es nuestro honor. Soy muchas cosas, llámame tramposo, pero ni miento ni rompo mis tratos y llevo eones demostrándolo.

—¿Qué haces aquí? —interrogó entonces Devin—. Has venido por algo.

—¿Quién te dice que no he venido por ti, para encerrarte de nuevo en tu

celda?

La pantera se forzó a mirarlo sin temor y extendió sus garras, en un acto involuntario, como si estuviera dispuesto a luchar hasta la misma muerte para no regresar allí. Aquello satisfizo y divirtió a Luke a partes iguales.

—Pactaré para que le des la libertad, yo cometí el error y yo puedo subsanarlo —intervino Frank, alegrándole el día. Sabía que al final las cosas salían de la mejor manera posible para él, siempre para él. Si el otro hubiera sabido que ya habían hablado a favor del muchacho, habría perdido su ventaja, así el pacto le resultaría beneficioso, por encima de los intereses de todos los demás.

—Podemos incorporar una modificación del contrato, si estás dispuesto.

—Sabes que esto solo es un juego para ti.

—Tú quisiste mi ayuda —acotó Luke, cortándolo—. No fui yo quién te llamó para pedirme un favor.

—Olvidé lo taimado y ruin que eres.

Antes de su reencuentro con Uriel, le habría arrancado la cabeza sin más, ahora tenía más visión del cuadro del futuro. Necesitaba a Frank, así que se conformó con señalarlo con un dedo perezosamente.

—Cuanto más me insultes, más difícil te resultará librarte de mí.

—Déjalo marchar, después hablaremos sobre las modificaciones.

Luke no perdió el contacto visual con su oponente, no era buena idea, podía ser que la distancia y el tiempo hubieran borrado la mente de Frank, pero no su habilidad. Era un adversario a tener en cuenta y no se había mantenido en el trono del averno durante tanto tiempo sin ser precavido y un poco más inteligente que el resto a su alrededor.

—Que así sea —pronunció señalando a Devin—. Quedas liberado del averno, que no vuelva a verte aquí abajo —espetó secamente.

No tuvo tiempo para quejarse o para tratar de defenderse, lo único que se

escuchó tras su marcha fue el tintineo de las esposas que habían retenido férreamente a su animal durante el tiempo que pasó enjaulado.

Avanzó lentamente hacia el lugar y recogió el preciado objeto haciéndolo desaparecer sin más.

—Ya solo estamos los dos, tigre.

—Aquí nunca puedes fiarte —comentó con tono desconfiado.

—Me alegra saber que los años no han embotado tu intelecto. Llegué a pensarlo después de que hicieras ese estúpido trato conmigo.

—Me equivoqué —se apresuró a defenderse el aludido.

—No, no lo hiciste. Los dos sabemos que el verdadero motivo de esa llamada es otro. Querías estar aquí, de lo contrario nunca habrías acudido a mí y menos teniendo en cuenta los términos en los que nos distanciamos la última vez. Dime, ¿te envía Gabriel?

—No me envía nadie. Devin necesitaba aprender una lección y aquí estamos.

Lucifer chasqueó la lengua. Quería hacerlo pasar por un idiota y no le gustaba que se burlaran de él.

—La matización de tu contrato, a cambio de la libertad de tu sobrino, será la de quedar enlazado al averno y mi servicio hasta el final de los tiempos —miró a su alrededor y despachó la vista sin dedicarle un segundo pensamiento—. Quizá Arock tenga una habitación de sobra o puedes aceptar un cuarto en las dependencias de mi guardia —extendió sus negras alas a la espalda y las sacudió ligeramente—. Sea como sea, ahora eres mío y no podrás escapar de mis garras.

—Siempre se puede escapar, Luke. Recuerda que somos viejos conocidos.

—Sí, estoy de acuerdo. Te liberarás de tu pacto el día en que tu compañera y tú os vinculéis, eso si lográis superar vuestras... mmm

¿diferencias? —Sonríó sintiéndose muy satisfecho consigo mismo. Eso jamás sucedería, como bien le había dicho el tigre en otro tiempo, había cosas que era imposible dejar atrás. Nunca hallarían el perdón y el contaría no con uno, sino con un pequeño grupo de guerreros a su disposición eternamente.

—No vas a ganar, Lucifer.

—Oh, ¿tú crees? —No cabía en sí de gozo, tenía que volver a casa y presumir junto a su mujer de su maravillosa capacidad para salirse siempre con la suya—. Ya lo he hecho.

Y sin una palabra más o el mero reconocimiento de que había alguien en su presencia, se esfumó sin decir adiós.

Tenía una reunión con Uriel y una excursión interesante que estaba esperando a que él quebrantara unos cuantos tratados en cuya negociación no había tomado parte.

CAPÍTULO 29

El aturdimiento nubló sus sentidos durante un par de minutos hasta que logró darse cuenta de dónde estaba. ¿Cómo había llegado allí? Era todo un misterio. Frank, Lucifer y él habían estado en algún lugar...

Su cabeza daba vueltas, tenía una absurda migraña que le obligó a llevarse ambas manos a la sien para tratar de controlar el martilleo. Por absurdo que pareciera, se estaba mareando.

—¡Eh! ¿Qué haces ahí? ¿Dónde te habías metido? ¡Nos tenías

preocupados!

La voz de su alfa llegó alta y clara, tan fuerte que maldijo por lo bajo y trató de estabilizarse. Ethan llegó con premura a su lado y lo ayudó.

—Si se lo cuentas a alguien, te mataré.

—Repite antes de hacer vagas amenazas —le advirtió ayudándolo a incorporarse—. ¿Dónde has estado? Las cosas se han desmandado en las últimas tres semanas.

—¿Tres semanas?

—El tiempo que has estado desaparecido.

—Eso no es posible, eran seis días... —empezó a rebatir, después se imaginó que el tiempo se movía de manera diferente en cada una de las diferentes dimensiones. Maldito demonio, iba a arrancarle esa sonrisa de la cara a la primera de cambio—. Da igual. ¿Dónde está Hope?

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo para hablar. Cuéntamela, necesito encontrarla —exigió Devin—. Tengo que decirle que es mi compañera.

—¿Estás dispuesto a aceptarla y reclamarla como tal? —inquirió sorprendido el jefe.

En otras circunstancias, habría sonreído, pero en este momento solo tenía esa sensación de urgencia instándole a moverse a toda velocidad y arreglar lo que fuera que estaba roto.

—¿Dónde está? —preguntó de nuevo, esta vez con mucho más énfasis.

—Ojalá lo supiera. Se la llevaron en el asalto al hospital, no hemos conseguido dar con ella ni con ninguno otro de los que fueron secuestrados aquel día.

—¿Quién más? —preguntó sin querer saber la respuesta. Solo le interesaba Hope y la forma más sencilla de llegar hasta ella.

—Thorn. Por fortuna, los trillizos volvieron a la fortaleza tras la

emboscada. Cometí un estúpido error, debería haber mandado guardias armados con ellos, MacKenzie es un individuo importante para ambos bandos. Cuenta con información que podría ayudar.

—¿Mackenzie? Ese malnacido tiene la culpa de que hayan herido a Hope.

—Lo sabemos —concordó Ethan.

—¿Lo sabéis? ¿Y dónde está?

—Está siendo interrogado, pero se niega a colaborar hasta que lo lleven con su hermana y sobrinos —lo informó.

—Pues hacedlo, ¿por qué coño no lo habéis hecho ya? Hope está en peligro, el mismísimo señor del infierno lo dijo. La matarán para herirnos, Frank me dijo que ella supondría no solo mi caída, sino la de todos los cambiantes. Tenemos que encontrarla antes de que eso suceda. Tengo que reclamarla, es mi compañera. Mía. La necesito.

—Lo sé, Devin, pero antes de que te marches como un loco sediento de sangre, piensa que sin la información no tenemos nada, ninguna pista dónde ir.

—Déjame verlo. A MacKenzie, deja que hable con él.

No había ruego, sino exigencia. Quería llegar frente a aquel humano y enseñarle su auténtica cara y cuando se cagara en los pantalones, como el cobarde que era, cantaría como un pajarillo hasta los secretos más oscuros de su pútrida alma.

—No puedo hacer eso, Devin. Te prohíbo terminantemente que te enfrentes a él, al menos por ahora. Hasta que estés más tranquilo —ordenó su alfa.

La pantera se rascó las muñecas, ya libres de sus cadenas. Un momento, ¿cuándo había sucedido aquello? Se quedó un momento tratando de recordar, pero apenas si podía hacerlo. Estaba mareado, se sentía realmente mal.

—Creo que no me ha sentado muy bien el cambio de escenario.

—Estás tambaleándote —informó Ethan, como si el mismo no se hubiera

dado cuenta.

—Lo sé, joder. Tengo que ir...

No pudo ir a ninguna parte, pues cayó desplomado al suelo, su mente a oscuras y su cuerpo sumido en un aparente sueño que lo dejó atrapado entre tinieblas y con esas absurdas pesadillas atormentando su alma dormida.

Quiso gritar, pero nadie pudo escucharlo, por afán de Lucifer o del mismo destino, estaba completamente atrapado y, ahora, nadie iba a poder salvarlo.

Ethan cargó sin extrema dificultad con su subordinado y lo llevó a la enfermería donde Gertru, su adorada tía, se movía con eficiencia a pesar de su avanzada edad.

—¿Qué le ha pasado?

—Lo desconozco —emitió con cansancio—. Parece bastante debilitado, aunque no he visto heridas de gravedad y también está empeñado en encontrar a Hope.

—Lógico, querido —aludió Gertru que era la voz de la experiencia—. ¿No recuerdas que es su pareja? Estás recién emparejado, tú más que nadie debería ser capaz de ponerse en su lugar.

—No me resistí a la llamada del destino, tía. Él sí lo hizo. No puedo imaginar qué es lo que lo carcome, pero si la necesidad de estar con ella es la mitad de lo que yo ansío estar ahora con Gabriela, lo compadezco.

—En su caso, es más duro aún, porque todavía no ha hecho el reclamo —lo instruyó mientras empezaba a revisar al hombre dormido y le tomaba las constantes vitales—. Su corazón es duro como una roca, la temperatura está dentro de la normalidad, aunque puedo asegurarte que está nervioso, estresado, tiene la tensión arterial alta y está sudando. No hay heridas

sangrantes, aunque no podemos decir lo mismo de lo que le duele por dentro. —Cuando llegó a sus muñecas frunció el ceño y le mostró las profundas rozaduras—. Lo han tenido atado como a un animal —la indignación estaba patente en el tono de la mujer e incendió su propia ira.

—Castigaremos al culpable.

—Sí, sé que lo harás.

Ethan se acercó hasta el armario que contenía el equipamiento médico y observó su propio reflejo en el cristal.

—Estoy cansado de la guerra, Gertru, no trae nada bueno para ninguno de los bandos.

—¿Gabriela sigue enfadada por tu negativa a salir a buscar a Hope?

—No me he negado y no es que esté enfadada. Cree que soy un superhéroe o algo parecido, no pertenece a nuestro mundo y es difícil para ella creer que, a pesar de mi capacidad de convertirme en un oso, no pueda chasquear los dedos y arreglar toda esta mierda por arte de magia.

—Para nosotras, las humanas ajenas a vuestro mundo, resulta difícil entender lo que sois. Incluso yo tengo dificultades algunas veces y llevo en este complejo casi cincuenta años.

—Lo sé, tía.

—Tienes que ser paciente con ella, explícale que estás haciendo todo lo que puedes y que, cuando tengas la información que necesitas, irás a toda prisa para rescatar a la que va a convertirse en la mujer de un buen amigo.

Devin no era un amigo, era uno de sus hombres al que respetaba y por el que sangraría, pero no le contaría sus más profundos deseos, sus sueños o miedos. No podía hacerlo, porque el otro hombre no aceptaría ni su confianza ni su afecto. Siempre había mantenido las distancias, a pesar de su implicación directa en su crianza.

—A veces me gustaría ser capaz de arreglar esto como arreglo todo: con

abrazos y azúcar.

—No todo lo arreglas así, Ethan. Te he visto sangrar por este lugar y sus gentes, te he visto sacar la ira y la fuerza, incluso cuando no te quedaba apenas nada. Tu coraje y valentía son dignos de admirar y no voy a permitir que sean cuestionadas por nadie, ni siquiera por ti mismo. Nosotros vivimos gracias a ti, tú nos ofreces este refugio y garantizas nuestra seguridad.

Se sintió avergonzado ante sus palabras, no debería haber permitido que hablara sobre él de esa manera, pero incluso el alfa a veces necesitaba un poco de apoyo innmerecido.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Si viviera tu tío, estaría muy orgulloso del hombre en el que te has convertido. Yo lo estoy y algún día serás capaz de vivir sin mí. Más que nada, porque nadie va a darte la opción de no hacerlo.

Gertru era una mujer mayor, bastante mayor, y ya empezaba a mostrar cierta debilidad física, pero su carácter y sus ganas de cambiar el mundo marcaban la diferencia, la mantenían sobre sus piernas y trabajando para que todo marchara como debía ir.

—¿Qué tal le va a nuestra invitada? —inquirió cambiando de tema. Tara, la hermana de Thomas MacKenzie, su único prisionero, estaba aún en la cama, atada a una máquina que respiraba y vivía por ella.

—No tan bien como me gustaría —confesó la mujer mayor—. Lo he visto muchas veces antes, en cambiantes, raras veces en humanos. Es como si el vínculo con su pareja, al romperse, se hubiera llevado parte de su alma y tan solo hubiera dejado una parte minúscula a la espera de que sus hijos estén a salvo. Si hubiera sido osa, como su pareja, no me cabe duda de que tendríamos en esa cama a un animal sin fuerzas, pero no lo es y tan solo queda una humana en coma. Es cuestión de tiempo y de desconectar la máquina, que deje de respirar.

—¿Me estás pidiendo que tome esa decisión? —preguntó incapaz de aceptar aquello—. No me corresponde.

—Estoy diciendo que vas a tener que dejar que Thomas MacKenzie se reúna con su hermana y se despida de ella. No seré yo quién tome la decisión, Dios lo hará, pero solo en el momento preciso y ya es tiempo de que esta pobre chiquilla sea libre.

—¿Y qué pasará con sus hijos? —preguntó absurdamente compungido.

—Tienen opciones, muchas opciones. Nadie está solo en este complejo, además, hay un alfa recién emparejado al que no le vendrían mal un par de oseznos a los que guiar y malcriar.

Ethan negó. Sabía que MacKenzie no lo consentiría. Por otro lado, era un ser humano, ajeno a su mundo. ¿Cómo podría ayudar él a los pequeños? No iban a tener muchas opciones.

Y era un criminal. Había atentado contra la vida de Hope, aceptado dinero de unos asesinos y... Negó, no era ni juez ni jurado ni verdugo, otros tendrían que decidir su suerte, su tarea consistía en traer a los secuestrados de vuelta a casa sanos y salvos. Ayudar a que Devin se recuperara y, con suerte, hacer las paces con su mujer. No podía dejar que algo tan nimio como un traidor, uno de verdad, se entrometiera entre los dos.

Thomas MacKenzie ya había hecho suficiente daño, era hora de que empezara a devolver un poco de la hospitalidad que le habían ofrecido, o que se atuviera a las consecuencias.

CAPÍTULO 30

Thorn observó la, aparentemente abandonada, fábrica a la que habían llevado a Hope, el mismo lugar en el que otros miembros de su manada estaban retenidos en contra de su voluntad.

Había quedado claro que la visita al hospital había estado intervenida, alguien sabía cuándo irían y qué estarían buscando. Solo la rápida intervención de la mujer desconocida que se hacía llamar Minerva, había convertido un destino fatal en una posibilidad de que llegara al puesto de líder de la manada con honor y respeto. Estaba en sus manos la posibilidad de sacar a los suyos de allí, de luchar por el futuro que un grupo de desalmados estaban tratando de arrebatarles.

El reflejo del espejo en el otro lado de la ciénaga fue suficiente para que se moviera con premura. Ahora conocía su posición exacta y no tardaría en llegar hasta ella. Le daría las noticias que estaba esperando y entonces, antes de que nadie tratara de disuadirle de su plan, estaría dentro liberando a sus muchachos y a Hope.

—Has tardado mucho —se quejó en cuanto apareció a su espalda. Le había cubierto la boca con la palma de su mano y susurraba en su oído, no quería que nadie pudiera descubrirlos.

La mujer tiró de su mano y se giró para mirarlo. Estaban tan cerca que sus narices se rozaron, creando una fricción que lanzó una chispa que atravesó todo su cuerpo.

—Me haces daño, suéltame.

—Sabes que no puedo hacerlo —expresó, atrayéndola entre la espesura del bosque. La atrapó con su cuerpo contra el grueso tronco de un árbol que debía llevar allí varios siglos y sonrió como si aquello no fuera otra cosa que

un juego—. Tu olor me confunde, humana.

—Pues cierra tu nariz, no tenemos tiempo para jugar.

—Te gusta, además me ofreciste tu amistad.

Y se mostró exasperada.

—No, no lo hice.

—Lo hiciste.

—Estamos aquí por Hope y los demás —le recordó escapando de su agarre.

Algo le hacía esta mujer cuando estaba cerca de él, lo convertía en un idiota. Estaba allí por una misión, no para sacar su polla de paseo. Incluso si eso significaba otra larga temporada de abstinencia.

Sí, tenía que concentrarse. El hecho de que una simple humana tuviera que recordárselo le bastó para recuperar su más que habitual mal humor.

—¿Me traes la información que te pedí?

—Sí, pero no puedes hacerlo solo.

—¿Ves a alguien más por aquí? —inquirió con exasperación.

—Estoy yo.

Thorn se rio abiertamente, a carcajadas. Molestándola sobremanera.

—No te burles, sin mí no tendrías nada.

—En eso tienes razón —aceptó—, pero me vale con errar una vez, no lo haré dos. Una humana en el cuadro solo complica las cosas, si no fuera por Hope...

—Nunca habrías encontrado a los animalitos que perdiste.

—Te lo repito, no somos animalitos somos cambiantes —repuso con aire molesto—. Hay una gran diferencia.

Minerva se encogió de hombros, como si no fuera demasiado importante, cuando lo significaba todo.

—Mi gente se merendaba humanos a diario, ¿sabes? —dijo Thorn solo

para molestarla.

—Por eso no me gustan los tigres, pero no te ofendas. Estamos aquí para hacer un trabajo y si nuestro amigo común no me hubiera pedido el favor, estaría en un spa dándome un masaje, pero así de puta es la vida. Le debo una y he venido a pagarla —expresó con todo lujo de detalles.

—¿Vas a decirme alguna vez quién es ese supuesto amigo?

—No —rechazó, sin darle opción a añadir nada más—. Tus planos y la información sobre el cambio de guardias. Los tienen encerrados en la planta menos dos, así que tendrás que coger el ascensor. Te recuerdo que las cámaras están encendidas, pero el vigilante sale todas las noches a la una y treinta y siete minutos a recoger su tentempié de media noche. No le hagas daño, es un buen hombre.

—Un buen hombre que caza cambiantes para pasar un buen rato.

—Un buen hombre que necesitaba un empleo para darle de comer a sus hijos y que desconoce lo que sucede en ese lugar. Si le tocas un solo pelo de la cabeza, te las verás conmigo —lo amenazó.

Thorn resopló, como si tuviera alguna importancia para él cualquier amenaza que ella hiciera. No le tenía miedo a una simple humana y si en el proceso de rescate tenía que herir a alguien, mejor ellos que no su gente. Pero no iba a mencionárselo.

—Intentaré no dejar bajas a mi paso.

—No lo intentes, hazlo.

—Sí, sí. Lo sé. O me las veré contigo.

—No te asusto, ¿eh? Eso es porque todavía ni siquiera te imaginas quién soy. Haz bien tu trabajo y no tendrás que averiguarlo.

Como si le importara.

—Vigila tu propio trasero, si se enteran de que me estás ayudando...

—Mi pellejo está más que protegido, confía en mí. Solo tienes un intento

—le recordó—. Si te apresan, estás solo. No puedo arriesgarme otra vez por ti. Tendrás que esperar a que otros intervengan.

—Vaya ayuda.

Minerva lo miró con pena un instante, después las lágrimas se evaporaron como si nunca hubieran estado a punto de caer de sus ojos y se desvaneció. ¿Una simple humana? Sí, pero con un poco de ayuda sobrenatural, por lo que podía ver.

—¿Está hecho? —preguntó Anubis a su joven amiga.

—No sé por qué estás interesado en esto, se supone que ya no te importa el devenir de la vida y menos de los humanos.

—Lo que sea para salir de este aburrimiento. La rutina me agota.

—Miguel dijo que no podrías resistirte a intervenir. De nuevo, me ha ganado la apuesta —se quejó la chica—. Voy a tener que dejar de jugar con ese viejo carcamal.

—Es uno de los arcángeles más viejos de la creación. ¿Alguna vez pensaste que tenías posibilidad? —preguntó arqueando tan solo una ceja. Su postura y apariencia seguían siendo las de un antiguo dios egipcio, le provocaba un poco de desasosiego algunas veces, después recordaba a su viejo compañero de piso, desordenado y agradable y se le pasaba. Eran amigos, buenos amigos, que habían pasado grandes momentos—. No sé por qué sigues cayendo en la misma trampa, Minerva.

—No sé por qué sigo creyendo que todo el mundo es bueno por naturaleza —suspiró—. ¿Crees que ese tigre es el hombre correcto para la misión?

—Sé que no lo es, pero ganará un tiempo precioso y te tengo a ti para que vigiles que no cruce antes de tiempo —comentó con satisfacción.

—Serás... ¿Lo has hecho a propósito? Acabo de mandarlo a una captura segura, ¿verdad?

—Tú lo has dicho, yo no.

—Oh, mierda. ¡Tengo que volver! ¡Miguel!

—No puede escucharte. Recuerda dónde es la reunión.

—Eres un cabrón sin escrúpulos. Van a hacerle daño —se quejó ella, lamentando el haber tomado parte de aquel engaño—. Creerá que lo he traicionado.

—A veces es importante ver la historia desde el otro punto de vista —murmuró Anubis—. No le vendrá mal aprender que no es tan diferente de los otros. No, teniendo en cuenta lo que le espera.

—¿De qué hablas? ¡No va a vivir para contarlo! Lo matarán —aseguró Minerva, pensando en la manera en que podía evitar que eso sucediera.

—Y de nuevo te equivocas, si tú y yo hiciéramos una apuesta, perderías otra vez, igual que con Miguel. Te falta visión general de la situación. Hay que ir bastante más allá en el futuro para que puedas comprenderlo, los humanos sois incapaces de hacerlo.

Minerva lo miró bastante ofendida. Todo el mundo estaba de acuerdo en molestarla con sus orígenes. Los humanos tenían muchas cosas buenas, aunque alguna gente no humana no fuera capaz de verlo.

—Los dioses también os equivocáis.

—Nuestros errores tienden a convertirse en enormes catástrofes, así que confiemos en que esta vez atino con mi vaticinio o prepárate para ver cómo se precipita el esperado fin del mundo.

—¿Puedo volver a casa? Este lugar me pone los pelos de punta —se quejó la mujer.

—Puedes y me quedaré contigo. Muy pronto vamos a tener trabajo que hacer.

CAPÍTULO 31

Thorn tenía un mal presentimiento. Había atravesado las primeras barreras de defensa con demasiada facilidad, llegando sin contratiempos hasta las entrañas de aquella cárcel, porque no era otra cosa que una fortaleza preparada para apresar y torturar a una serie de prisioneros muy bien elegidos.

No olía a suciedad, sino todo lo contrario. El aroma a lejía hería su sensible olfato, anulando su capacidad para percibir cualquier amenaza solo por el cambio de los olores que lo rodeaban. Un constante y molesto pitido, imperceptible para el oído humano, había empezado a aturdirlo. Su única ventaja era la oscuridad que lo rodeaba. Su perfecta vista de gato le permitía moverse con facilidad y su capacidad para el sigilo disimulaba sus pisadas. Avanzaba mucho más deprisa de lo que cualquiera hubiera esperado, los planos que le había entregado la humana eran los correctos, así como toda la información que le había dado, sin embargo no podía quitarse esa sensación de desasosiego que le decía que se estaba metiendo en la boca del lobo por puro placer y absurda confianza en una desconocida que trabajaba para el otro lado.

Se había vuelto completamente loco, la humana tenía la culpa. Le hacía algo que lo convertía en un jovenzuelo tonto y torpe, no tenía tiempo para semejantes tonterías, tampoco para dudar de que pasara lo que pasara tenía la habilidad para salir indemne de aquella.

No necesitó avanzar mucho más para encontrar las celdas. No había barrotes, solo cristales, parecía una sala de exposición llena de grotescas figuras apaleadas. Algunas de ellas se habían refugiado en su forma animal, otros permanecían encadenados en forma humana. Reconoció a algunos miembros de su manada, pero también de otras. Allí había seres de todas las

especies de cambiantes conocidas. A uno y otro lado, con cada paso que daba se sentía más y más furioso, deseando erradicar de la faz de la tierra a los venenosos humanos.

—Vete de aquí antes de que sea demasiado tarde —Thorn conocía esa voz rota y agotada, se giró en la dirección de la que provenía el sonido y observó a Gavrael vivo.

—Estás vivo, voy a sacarte de aquí.

Se apresuró a llegar a la celda, pero el halcón gritó una advertencia.

—No lo toques. Solo se abre con un código, no puedes sacarnos de aquí. Lárgate y olvídate de nosotros.

Ese no era el hombre que había conocido. Sus ojos estaban apagados y el brío que había tenido en otro tiempo era solo vacío y tinieblas. Lo habían destrozado, aunque aparentemente solo pareciera un poco apaleado.

—Voy a sacaros de aquí.

Los aplausos a su espalda lo dejaron completamente helado. No quería moverse ni un paso, no podía haber sido descubierto, el futuro alfa debía ser mejor que cualquier otro cambiante para salir con éxito de aquel lugar. Tenía la información, tenía los planos, tenía la ventaja de la sorpresa. ¿Qué podía haber ido mal?

La humana. Ella había sido la culpable, le había tendido una trampa y había caído como un estúpido gato imberbe.

Algún día la mataría, pero hoy lucharía hasta las últimas consecuencias.

—Ha sido un espectáculo digno de admiración —dijo una mujer atractiva y ricamente adornada. A su lado estaba Hope con aspecto compungido, pero no parecía herida. Flanqueándolas, dos hombres. Parecían humanos, pero no podría asegurarlo, la estúpida lejía había abrasado su capacidad olfativa.

—Déjalos marchar, no ganas nada con esto.

—¿No? Gano todo, erradico de la faz de la tierra a los monstruos que se

alzarán contra mi gente, antes de que nos exterminen para siempre.

Era un discurso conocido, aunque en labios diferentes. ¿Por qué todas las razas temían la evolución? No era algo malo, era un modo de enriquecer el planeta y a su gente. Compartir esas mejoras era el camino del éxito, perseguir a aquellos que no encajaran en un molde predeterminado tan solo un retraso y un modo de acabar con lo bueno y lo puro de la misma esencia de la vida.

Los cambiantes existían desde el principio de los tiempos, al igual que los humanos y el resto de razas de la tierra, pero todos habían cambiado, se habían adaptado, habían encontrado un aparentemente camino de comunión.

Solo Dios y su ejército conocían el motivo por el que se había borrado de las mentes humanas la existencia del resto, dejándoles pensar que estaban ellos solos en el universo y que lo que no podían explicar, era malo, demoníaco o el fin de su mundo.

—Te equivocas, humana. No somos el enemigo, somos un digno aliado a vuestra causa. Protegemos el planeta y a su gente, protegemos a los tuyos de aquellos que se desvían de la senda correcta y ¿cómo nos lo pagáis? Persiguiendo a nuestros cachorros, hiriendo a nuestros hombres y maltratando a nuestras mujeres.

—Bla, bla, bla. Podríamos hablar durante años y no llegar a un acuerdo.
—Hizo un gesto a sus hombres y sonrió—. Encerradlo con su amigo, creo que le gustará ponerse al día.

—No va a ser tan fácil...

Pero la debilidad estaba llenando su cuerpo haciendo que sus piernas se debilitaran, sus garras aparecieron para retraerse un instante después y cayó de rodillas.

—¿Mmmm, no te has dado cuenta? Desde que entraste has estado respirando un gas especial, invento de uno de mis chicos favoritos, te va debilitando poco a poco, de forma tan sutil que nadie lo nota. Y solo afecta a

vuestro organismo cambiante. Además, gracias a mi gran intelecto, he anulado tus dos sentidos más importantes y no he necesitado estar presente para ello. Los cambiantes sois animales no evolucionados, el mundo es de los humanos y cuanto antes os percatéis de lo cerca que está vuestro exterminio, mejor.

Sintió cómo lo apresaban con fuerza y tras pulsar una serie de números y letras en un marcador al lado de la puerta, lo empujaron dentro de la celda de Gavrael.

Lo miró y buscó ayuda en él, pero no la obtuvo. Su compañero de manada estaba ausente, perdido en algún recóndito lugar de su memoria, muy lejos de allí.

—Voy a matarte.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —espetó la desconocida, jugando con el collar de perlas que colgaba de su cuello—. Vámonos querida, aún te queda una elección por hacer.

Hope lo miró, la angustia y el miedo presentes en su gesto, pero también la determinación. No quería que arriesgara su vida, pero algún estúpido plan estaba nublando la mente de la mujer. ¿Acaso creería que solo ella podría sacarlos a todos de allí? Ojalá estuviera equivocado. Ojalá la compañera de Devin esperara a que otros, más listos que él, llegaran allí para sacarlos, porque él había demostrado una vez más que era lo que era, un estúpido tigre sin conciencia de manada.

Nunca podría optar al puesto que tanto había anhelado. Nunca ocuparía el lugar de Ethan, porque, sencillamente, no era merecedor de ello.

Además, ahora tenía un objetivo más importante en mente. Salir de allí, salvar a su gente y encontrar a la traidora que lo había guiado hasta las garras de la muerte.

Solo cuando obtuviera la sangre de Minerva, podría seguir su camino en solitario, el que debería haber escogido hacía años, en vez de tratar de

convertirse en algo que no era y que jamás podría aspirar a ser.

Sin confianza, un alfa estaba destinado al fracaso y así debía ser.

Ryan había tenido su turno con Thomas MacKenzie, lo había vapuleado un poco, tan solo lo justo para asustarlo, después Evya lo había echado de la sala de interrogatorios y se había ocupado de sacar la información con sus propios métodos.

Estaba harto de ella, tenerla cerca tan solo era un martirio más unido a la carga inmensa que portaba sobre sus hombros. Luchar en contra del fin del mundo, tratando de arreglar lo que otros estropeaban, era suficiente tarea como para tener que enfrentar a su pareja un día tras otro siendo consciente de que jamás podría tenerla.

Era mejor así. Si todos pensaban que era un cabrón sin sentimientos, mejor, que lo hicieran. No habían visto lo que él había visto y no entendían que los compañeros, si se negaban el uno al otro de corazón y con convicción, podían seguir adelante sin temor a la locura.

Quizá debería haber instruido a Devin al respecto, le habría ahorrado unos cuantos disgustos. Ahora que había recuperado la consciencia y que daba vueltas como gato enjaulado alrededor del lugar en el que retenían a Thomas, poniéndole especialmente nervioso, no había sido capaz de decir dónde había estado o qué había estado haciendo. Lo que solo podía significar una cosa: Lucifer estaba en medio. Gabriel lo había confirmado y había afirmado ante él e incluso el perdido y aturdido gato que se había convertido en el nuevo guardián, porque Frank estaba absolutamente desligado de su causa.

¿Qué había pasado exactamente? No lo sabía, nadie iba a decírselo porque sus jefes pensaban que no necesitaba saberlo.

Necesitaba golpear a alguien, el tigre debería estar cerca para ayudarlo a desquitarse.

—No sabe nada —dijo Evya abandonando la sala—. Nada relevante.

—¿No sabe donde están las gemelas? ¿Gavrael? —Habían vuelto de la búsqueda con las manos vacías y todos empezaban a impacientarse.

—Nada.

—Entonces, ¿de qué nos sirve? —rugió Devin fulminando la puerta. Se dirigía hacia allí, cuando alguien le cortó el paso.

—Déjalo tranquilo. —La voz del alfa lo dejó estático en su lugar, a pesar de que la pantera luchó por rebelarse, el hombre no lo permitió.

—Sabe dónde está Hope.

Evya negó.

—No lo sabe, si lo supiera nos lo habría dicho. Solo quiere estar con su hermana y creo que debemos permitirselo.

—No merece ni el aire que respira —escupió un Devin molesto.

—Merece la posibilidad de despedirse de ella —instruyó Ethan, el fervor de su aseveración brillaba en su mirada—. No sobrevivirá mucho más.

—¿Vas a darle lo que quiere? —La pantera no estaba de acuerdo con la decisión de su líder—. Ha herido a Hope.

—Hope estaba ilesa hasta que la secuestraron y él no tomó parte en eso. Cometió un error, todos tenemos derecho a equivocarnos —le recordó Ethan.

El desacuerdo flotaba en el aire, Ryan no era quién para juzgar a su hermano, pero a veces era un grandullón demasiado bonachón. Se dejaba llevar por el corazón y la clemencia. Algo que en tiempos de guerra, un soldado no se podía permitir.

—Eth, quizá podríamos hablar...

Su hermano le dedicó una mirada oscura, Evya negó al tiempo que sostenía la mano de Devin y trataba de arrastrarlo lejos, pero el hombre se

resistió.

—No, no voy a marcharme. Quiero la información o su vida.

—Pues no vas a tener ninguna de las dos cosas, no somos sicarios, no vamos a matar a nadie hoy —decretó el alfa.

Ryan pudo percibir el cambio antes que ningún otro. El hombre dejó paso al animal y se revolvió en contra del oso, pero Ethan no era quién era sin motivo y su cambio fue tan impresionante que incluso le forzó a contener el aliento. El rugido que abandonó las profundidades de su pecho los dejó a todos paralizados, incluido él, pero la pantera volvió a rebatirse y luchar contra su autoridad. Sometida pero apenas, el enorme oso pardo lo miró con el ojo sano, después negó, recuperando su desnuda forma humana.

—No lo hagas, Devin. No sabes lo que significa...

Pero ya lo había hecho, recuperó su forma humana.

—Ya no me representas, ya no te pertenezco —Ethan sintió cómo el vínculo se rompía.

Ryan pudo ver el dolor en sus rasgos, la manera en que observaba los pasos que lo llevaron hacia la puerta exterior, donde se cruzó con Gabriela, la compañera de su hermano.

Por un momento temió tener que intervenir y proteger a la humana, pero Devin no le dedicó una segunda mirada, tan solo un comentario malicioso.

—Suplica para que no ponga los intereses de un asesino por encima de tu amor, humana. Porque el alfa se debe a un bien mayor, sin importar qué corazones rompa en el proceso para lograrlo.

No bien había terminado de pronunciar aquellas palabras, la larga cola blanca de pantera se perdió al otro lado de la puerta, retomando su forma animal y perdiéndose a tal velocidad, que ni siquiera su muy experta vista sirvió para ver el momento en que cruzó las barreras del complejo de la manada.

—Ethan... —empezó Ryan.

—Ahora no —advirtió, dirigiéndose a su mujer—. No es cierto, nada es más importante para mí que tú.

Gabriela lo miró dubitativa, hiriendo al enorme oso. No era fácil hacerlo con un hombre enamorado, más en este caso, cuando el cambiante en cuestión llevaba más de cuatro décadas en busca y captura de la que debía completar su alma.

—Todo esto es demasiado, no puedo... —se llevó las manos a la cabeza y negó—. Necesito tiempo para procesarlo.

Evya lo miró a él, directamente, no solía hacerlo. Revolvió algo en las profundidades de su ser y se dijo que tenía que mantenerse fuerte, no podía permitirse lo contrario. Si debilitaba su determinación ahora, todo por lo que había luchado desde que empezó a trabajar para Gabriel se iría al cuerno. En su vida no había lugar para el amor.

—Si es hora de que nuestro prisionero se reúna con su hermana, hagámoslo de una vez y empecemos a buscar por otra parte.

Todos sabían que sin un poco de ayuda, la búsqueda iba a ser infructuosa, pero Ethan necesitaba tiempo con su compañera para arreglar sus diferencias. Si la perdía, podían olvidarse de ganar esta o cualquier otra batalla.

—Hagámoslo juntos —pronunció Evya con decisión—. Me aseguraré de que no le arrancas la cabeza, bastante pena tiene con tener que ver morir a su única hermana —recordó su pantera, no su pantera, sino esa pantera que en otro tiempo había sido una candidata, la única, para completar el círculo de la vida y darle unos cuantos cachorros que continuaran con su sangre. Nada bueno, seguramente.

—No le deseo tal pena a nadie —y hablaba con conocimiento de causa, pues había perdido a uno de sus hermanos, cuando aún era un niño pequeño. Dolía, aprendías a sobrellevarlo, pero jamás olvidabas.

—Lo sé.

Con pocas palabras tenía la capacidad de sacarlo de su propio ser. De entenderlo como nadie lo hacía. Se forzó a cambiar la línea de sus pensamientos.

—Llévatela de aquí —le dijo a su hermano—. Tómame tu tiempo, voy a ocuparme de esto y después contactaré con Gabriel, puede que decida ayudarnos a encontrar a nuestra gente, después de todo.

—¿Nuestra gente? —preguntó su hermano, apartando la vista durante un instante de su compañera.

—Nunca ha dejado de serlo.

Ethan asintió, conforme con sus palabras y se llevó a Gabriela de allí. La mujer parecía un tanto cohibida por la desnudez del hombre, aunque también confusa. Incluir a una mujer humana en su mundo no era tarea sencilla, emparejarse con un alfa, llegaba a ser un arduo trabajo incluso para alguien de su propia especie.

Ethan podía estar convencido de que era hora de dejar su puesto, pero Ryan sabía la verdad, no estaba preparado para dejarlo y eso solo le dejaba un camino: enseñar a su dama todo el bien que podían hacer juntos.

Si alguien era capaz de convencer a otro ser de hacer lo correcto, ese era el oso mayor, no tenía ninguna duda, sin importar cuánto tuviera que intentarlo o la energía que tuviera que emplear para hacerlo, al fin lo lograría.

No iban a distanciarse, porque eso los mataría lentamente, agónicamente. Una vez emparejado no había marcha atrás, por eso él se había negado a hacerlo.

Si muriese en alguna misión... destrozaría la vida de Evya para siempre y eso jamás se lo perdonaría.

Así, con la separación autoimpuesta, jamás tendría que hacerlo.

Gabriela llevaba semanas haciéndose a la idea del nuevo papel que tenía que ocupar en la vida. La mujer del alfa, un hombre magnífico y cambiante que lideraba a una extraña manada de animales y hombres. Algo que ni en sus más estrambóticos sueños habría imaginado. Habían vivido una especie de noviazgo rápido y accidentado. Todos la miraban como si fuera una intrusa a pesar de que era tratada con el respeto que merecía alguien de su nueva posición, pero no se sentía cómoda en su propia piel. La verdad era que deseaba volver a casa, a su entorno conocido y familiar, a su vida sencilla, en la que no sucedían estos imprevistos, ataques y hombres y mujeres desnudos por todas partes.

Había intentado integrarse ayudando a Miranda con los niños, atender a los heridos e incluso ayudar en la búsqueda de algún detalle que, a los expertos ojos de la gente del lugar, le hubiera pasado desapercibido, pero tenía que reconocerlo, tan solo era un estorbo y estaba cansada de esa sensación de incomodidad.

Lo único bueno de todo aquello era los momentos que robaban para estar juntos. La hacía sentir especial, única y perfecta, estaba enamorándose tan rápido de él que le aterraba perderse en el camino y convertirse en una mujer florero sin voz ni voto que vivía expresamente para esperar a que su flamante marido llegara a casa.

Ni siquiera habría niños en el cuadro del futuro, no niños biológicos, de todos modos.

Mickey era otra pequeña alegría, pasaba muchos ratos en su forma humana, pero solo cuando estaban a solas, nunca alrededor de los demás. Con Ethan, había empezado a mostrarse, hasta que intentaba llegar a él, entonces volvía a ser un lobeño muy cariñoso, pero distante. Sabía que era cuestión de

tiempo que su compañero (¡qué rara seguía sonándole aquella palabra!) se lo ganara. Nadie podía resistirse a la ternura de aquel enorme oso amoroso.

Solo por eso quería sonreír, la hacía sentir tan bien... pero al mismo tiempo tan asustada.

Lo miró, alguien le había entregado unos pantalones de chándal que se había puesto sin pensar en ello, era tan habitual ver a gente desnuda en el complejo que ya ni se fijaba, pero Ethan desnudo... eso sí conseguía llamar su atención. Era perfección absoluta a sus ojos y se sentía un poco celosa de que otras pudieran contemplar algo que solo era suyo. Era lo que siempre habría esperado de un hombre y que nunca hubiera llegado a pensar en que podría conseguir. Habría querido ser optimista al respecto, pero ¿cuánto tiempo permanecería con ella alguien como él, si no estuviera obligado por el destino?

—¿Alguna vez piensas en la mala suerte que has tenido de tener que cargar conmigo?

No debería haber pronunciado las palabras, pero ya no podía contenerse más. Necesitaba entenderlo. Necesitaba que él dijera que sin importar que estuvieran predestinados o no, la habría elegido a ella.

Lo peor era que conocía la respuesta muy bien, nunca habría sido la primera opción de nadie.

—Gabriela... —empezó, no estaba enfadado, pero la preocupación aparecía patente en su tono—. No puedes entenderlo.

—Lo sé, la torpe humana que no entiende a los cambiantes. ¿Por qué estás conmigo entonces? ¿Solo porque tienes que estarlo?

El oso parecía tan aturdido.

—No es así, no funciona de esa manera. No es una obligación. Maldita sea, no sé cómo explicarlo para que lo entiendas...

—Porque soy corta de entendederas —no hubo pregunta, sino una

afirmación.

—No he dicho eso —respondió el hombre con paciencia, la atrajo a él y buscó sus ojos. No había reproche y podría haber reclamado que lo atacara de esa manera.

—Pero es la verdad.

—No lo creo. Creo que no es fácil para alguien que desconoce este mundo entender nuestras costumbres. Yo tampoco entiendo muchas cosas, Gabriela. Solo intento vivir cada momento a tu lado, demostrarte lo mucho que valoro tu presencia en mi vida, eres ese raro tesoro que jamás aspiré a encontrar. El destino nos guía hacia esa persona que es perfecta para nosotros, pero podemos elegir. Siempre hay elección posible. Ryan decidió no acoplarse con su compañera y tiene muchas amantes y parejas ocasionales.

Lo sabía, se lo habían explicado. Por algún motivo algunos decidían no emparejarse, normalmente eso terminaba volviéndolos locos, siempre y cuando hubieran conocido a su compañera, pero en el caso del hermano pequeño de Ethan no había sucedido así. Lo había asumido muy bien y no tenía problema en convivir con esa forma de vida.

—¿No te arrepientes?

—De lo único que me arrepiento es de no haberme quedado en Tres Deseos y haberte tenido mucho antes —dijo con convicción.

Por un lado sus palabras la tranquilizaron, pero por otro... no dejaba de ser el alfa y ella una intrusa en aquel lugar.

—No pertenezco al complejo y ellos lo saben.

—Este es un lugar para refugiados, no piensan así de ti.

No estaba convencida de ello, nadie le había dicho abiertamente que estorbara allí, pero había percibido su desconfianza.

—No se fían de mí.

—La mayor parte del tiempo tampoco se fían de mí, compañera. ¿Has

visto a Devin? Ha abandonado la manada, así sin más, no lo esperaba. Ha desafiado mi voz como alfa, no para ocupar mi lugar, sino para romper los lazos. Me he equivocado, algo he hecho mal, pero no sé qué ha sido. Sin embargo, no puedo tirar la toalla por eso, no puedo abandonarlos. Necesitan un guía.

—Un alfa y una compañera del alfa que pueda estar a su altura. ¿Y si no soy yo?

—Lo único que necesitas para estar a la altura es amarme como yo te amo, lo demás son cuestiones sin importancia. Las resolveremos unidos.

Un grito los interrumpió, Ethan se puso rígido y en postura protectora. Solo era Miranda, parecía realmente aterrorizada.

—Ethan... —las lágrimas impedían que hablara. Algo terrible había sucedido, no sabía qué era, pero no tenía tiempo para especular. Abrazó a la mujer procurándole consuelo.

—Miranda, todo está bien. Respira profundo, tranquila. Sea lo que sea, lo resolveremos —aseguró con un tono que no admitía lugar a réplica.

Gabriela no podía hacer otra cosa que admirarlo, se entregaba a todo el mundo con generosidad, sin pedir nada a cambio. No había un tono obligado o cortés, sino sinceridad absoluta.

Le habría gustado ser tan desinteresada, pero no era el caso. Solo pensaba en sí misma y en lo que necesitaba para ser feliz. Ethan y sus causas perdidas. Sus animales. Su Mickey. No podría vivir sin Ethan ni Mickey, por más seres vivos descarriados que se esforzara en rescatar.

—Gavrael ha vuelto —susurró Miranda con congoja—. Lo que queda de él.

Vio el masculino cuerpo ponerse completamente rígido, buscar incrédulo el rostro de la mujer que lloraba tanto que apenas podían descifrarse sus palabras y se forzó a contener su propia ira y dolor.

—¿Está muerto?

—Apenas vive —respondió Miranda—. Están ocupándose de él en la enfermería, pero...

No tuvo tiempo de terminar, Ethan apretó su mano con firmeza y la arrastró tras él, sin soltar a la otra mujer tampoco. Gabriela sintió que la necesitaba, quiso poder decir las palabras correctas, pero como no se le ocurrió nada, se limitó a apretar el paso para no retrasarle y mantenerse a su lado.

Había un gran revuelo por todas partes, la gente los rodeaba procurando entrar en la zona destinada a los heridos, pero fueron desalojados de inmediato por los centinelas; un hombre joven que todavía cojeaba y una hermosa mujer con un brazo roto y magulladuras en su bonito rostro. Había vuelto de una misión de búsqueda infructuosa y ya parecía estar dispuesta a salir de nuevo.

—Apartaos —exigió el joven.

—Dejad espacio, vamos a mantener a todo el mundo informado —añadió la mujer con decisión—, pero tenemos que dejar que los expertos trabajen.

Gabriela siguió a su pareja al interior, por un instante temió ser retenida, pero tan solo recibió un guiño masculino y una sonrisa cómplice de la mujer.

Supuso que no para todo el mundo era una intrusa, quizá algunos empezaban a hacerse a la idea de tenerla allí.

El revuelo del interior le agitó el estómago. Olía a sangre y medicinas, el ánimo no era ni mucho menos festivo, había seriedad y caras largas. Una gran preocupación.

Ryan, el hermano de su compañero, estaba allí junto a una mujer a la que no había visto antes y un enorme hombre con un aspecto realmente extraño. Como en esas películas de aventuras de Indiana Jones. Quizá algún arqueólogo lo había sacado de una tumba egipcia. Tenía curiosidad por descubrir sus

identidades, pero no hizo ninguna pregunta, dejó que Ethan las hiciera en su lugar.

No actuó como habría esperado. Soltó a Miranda, mientras los dos se aproximaban a su amigo, que descansaba con muy mal aspecto en una cama. Estaba pálido y demacrado. Malherido, grandes y profundos cortes en su tórax de los que manaba la roja sangre y que estaban siendo tratados tan rápido como las manos de sus cuidadores eran capaces. Hematomas más antiguos y, probablemente, algún hueso roto, si se dejaba llevar por el extraño ángulo en que estaba una de sus piernas.

Tan desnudo como cuando vino al mundo, pero ninguno de los presentes se fijaba en eso, tan solo luchaban por contener el líquido vital que se escapaba de prisa de su cuerpo, succionándole la vida.

—No te permito morir, Gavrael. Tienes una deuda de vida conmigo —exigió el alfa.

—¿Por qué no ha cambiado? —inquirió Gertru, la tía de Ethan, completamente aturdida. Nada de lo que hacía parecía ejercer ningún tipo de resultado—. En su forma animal resultaría más sencillo arreglar esto.

El nuevo médico del complejo, un hombre de casi dos metros de estatura y piel muy oscura, sin un pelo en su brillante cabeza, negó:

—No puede hacerlo, le han dado algún tipo de fármaco que lo impide. Es lo único que se me ocurre que pueda mantenerlo en este estado. —Habló mientras trabajaba. Todos sabían que no tenía muchas probabilidades de sobrevivir.

—No os permito pensar tan catastróficamente —pronunció la voz de la desconocida que había visto al entrar dando un paso al frente y posando su mano derecha sobre el hombre inconsciente—. Para eso estoy yo aquí.

—Apartaos —exigió en tono funesto el egipcio—. Vuestra medicina ya no puede hacer nada más por él.

Ethan gruñó hasta que lo miró a los ojos, entonces se contentó con fruncir el ceño.

—¿Cambiante?

El hombre rio abiertamente.

—Puede que si miras muy lejos en tu árbol genealógico, me encuentres, aunque dudo que la historia de tu pueblo se haya documentado lo suficientemente bien como para llegar tan atrás. —Parecía entretenido con los hechos, como si no estuvieran a punto de perder a un buen hombre—. Ahora dejad a Minerva, sin ella, Gavrael no será capaz de encontrar el camino de vuelta.

Lo tocó, un gesto casi repulsivo, y ante los ojos de todos, como por arte de magia, el cuerpo se recompuso a sí mismo. El paciente no murmuró ni un gemido, no tomó una bocanada de aire y regresó a la vida, no hizo absolutamente nada. Se quedó inerte, con respiración superficial en aquella tosca cama improvisada sobre una camilla de metal.

Minerva no hizo ningún otro comentario, ni siquiera parecía estar allí. Su mirada vacía estaba fija sobre el cuerpo herido que descansaba en la camilla, su mano apoyada con suavidad sobre su pecho. Gabriela habría jurado que ni siquiera respiraba, pero eso era completamente improbable, ¿verdad?

—¿Qué está haciendo? —interrogó Ethan a punto de apartarla, pero el egipcio lo impidió.

—No la toques, no te gustará lo que sucederá si lo haces.

Ryan intervino.

—Confía, hermano. Estos poderes están más allá de nuestro entendimiento, pero servirán de ayuda. Lo traerán de vuelta.

—¿Gabriel ha intervenido? —preguntó Ethan sin entender.

—¿Ese mensajero de Dios? —espetó el egipcio con aprensión, escupiendo con desagrado la última palabra—. No se mancharía las manos

con esto, agradece a Miguel, de todos tus aliados, porque es el que ha roto las normas para traerlo hasta aquí a salvo.

A Gabriela no le parecía que estuviera a salvo, sino lo contrario, parecía a las puertas de la muerte.

—¿No vais a hacerle una transfusión? —preguntó en apenas un hilo de voz—. Soy donante.

Y por un instante todos los presentes en la sala se giraron hacia ella, haciéndole preguntarse si había pronunciado algún tipo de barbaridad.

—¿Humana? —preguntó el egipcio.

—Mi pareja —pronunció Ethan con orgullo—. La compañera de un alfa, la tratarás con respeto.

—Nunca lo habría hecho de otra manera. Respeto a los humanos tanto como a cualquier otra raza, que tu pueblo no sea capaz de ver su valor no implica para que nosotros no lo hagamos —emitió como si estuviera hablando del tiempo—. No tengo mucho tiempo, el deber me llama. Escucho los gritos de mis condenados —se acercó a Minerva y susurró algo en su oído antes de desaparecer como si nunca hubiera estado. Se había limitado a esfumarse en el aire, despachándolos como si no significaran nada.

Gabriela parpadeó, incapaz de creer lo que percibían sus ojos. ¿Se había teletransportado justo delante de ella? ¡Eso era cosa de ciencia ficción!

—Me estoy mareando —murmuró incapaz de procesar todo lo que estaba viendo.

Un hombre que curaba con solo tocar a otro y después desaparecía como si nunca hubiera estado, desmaterializándose sin más, era algo que una mente tan débil como la suya no podía aceptar sin más.

—Tranquila —la tranquilizó Ethan sosteniéndola. Probablemente estaría pálida y temblorosa. Así se sentía, como si acabara de ver un fantasma y no fuera capaz de reaccionar.

Estaba aterrada y nerviosa.

—No creo que necesite una transfusión —dijo el doctor a su lado—. Sea lo que sea lo que Anubis ha hecho, su cuerpo está sano, como si nunca hubiera estado herido.

—Eso es imposible.

Gertru la miró, acorde con ella, pero terminó encogiéndose de hombros.

—Los misterios de lo sobrenatural. Nunca llegaremos a entenderlos del todo, querida —le tendió la mano—. ¿Por qué no dejamos que ellos se ocupen y tomamos algo que nos reconforte? Necesito recuperar las fuerzas y sacarme el susto del cuerpo.

Buscó a Ethan, pero estaba ocupado observando con intensidad a Minerva y Gavrael. No iba a dejarlos a solas, quizá ni siquiera confiaba en la chica.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Si Gavrael despierta, será la guerra.

—¿Y si no lo hace?

—Esperemos que eso no suceda —pronunció Gertrudis mirando al otro médico—. Porque toda nuestra gente quedará expuesta ante un enemigo desconocido y ninguno de nosotros estará a salvo.

Devin estaba tan furioso que apenas podía controlar el cambio. Estaba fluctuando entre ambos una y otra vez, lejos ahora del complejo y de su seguridad estaba exponiéndose a ser apresado.

Quizá ese era el camino correcto para llegar a Hope. Dejarse atrapar y destrozarlos desde dentro.

—Mala idea —dijo un hombre a su espalda.

Estaba listo para atacarlo cuando se encontró con su propia imagen mirándolo desde el otro lado. ¿Qué tipo de truco era ese? Desconfiado, se

quedó dónde estaba dispuesto a conseguir información, pero sin confiar ni un ápice en el desconocido.

—¿Quién eres?

—Mi identidad carece de importancia, tigre. La tuya, por otra parte, es mucho más interesante. ¿Quieres decirme quién eres tú?

Devin no apartó la vista ni se preocupó por su desagradable aspecto. Sabía que estaba mostrando a su interlocutor todo lo que era, en toda la amplitud de la palabra, pero ni le importaba ni le avergonzaba.

—¿De qué vas? ¿Qué quieres de mí?

Su copia se levantó con una sonrisa que le molestó. No le agradaba ver su propia cara esbozando esa mueca de superioridad, ¿sería tan pedante cuando lo hacía él mismo?

—Sí, lo eres. Te lo garantizo —corroboró el otro.

¿Acaso podía leer su mente?

—Correcto, lo hago —contestó a su silencio.

¡Estaba charlando con su mente! Escarbando tan profundo que podría dejarlo deshecho en cuestión de tiempo. Volverlo loco.

—No sucederá. No vas a volverte loco. Estoy aquí para guiarte por el camino correcto, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y por qué habría de hacerte caso?

—¿No te lo harías a ti mismo? —inquirió con una mirada calculadora concentrada en él.

—No. No escucho a nadie y no hago planes.

—Eso no es del todo cierto —replicó el otro levantándose y cambiando su apariencia en un instante. Un hombre joven y muy guapo se erguía frente a él. Su pelo rubio caía por sus hombros en cascada y hacía juego con una poblada barba del mismo color. Sus ojos eran tan azules como un cielo despejado y llenos de sabiduría. Si no veía mal, dos largos apéndices

sobresalían por encima de sus hombros y bajaban hasta rozar con las plumas más largas el suelo—. Hiciste un plan —expresó, cortando el hilo de sus pensamientos—. Evitar a toda costa a tu compañera y tuviste éxito. Durante un tiempo, al menos.

—No salió bien.

—No. Era imposible que eso funcionara. Eres un cambiante, tu deber es acoger el premio que el Cielo te entrega cuando pone a tu elegida en tu camino, no renegar de tu regalo. Eso solo causa dolor y muchos problemas para todos los implicados. —Negó, como si estuviera perdido durante un instante en sus propios pensamientos, pero rápido recuperó la compostura—. Es difícil para nosotros entender por qué os negáis a la posibilidad de ser plenamente felices, sin importar qué suceda. ¿Por qué lo hiciste?

—¡Es humana!

—No fui yo quien decidió que lo fuera.

—¿Quién lo hizo?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Vas a darle una paliza? —bromeó agitando sus alas y haciendo un extraño ruido de roce con sus plumas, que distrajo su atención—. Nos estamos desviando. Ese no es el motivo por el que estamos aquí.

—Se la han llevado, mi compañera es lo único que importa ahora.

—Hope está bien, tengo a gente cuidando de ella.

¿Podría creer en sus palabras? Su pantera no lo hacía, nadie podría protegerla tan bien como ellos, nadie la necesitaba tanto, nadie más lo arriesgaría todo solo para estar con ella.

—Veo que tu visita a mi viejo hermano ha cambiado tu juicio. Me alegra ver que todavía es capaz de implicarse en una buena causa, de vez en cuando.

—¿Qué hermano? —preguntó con desconfianza—. ¿Sabes quién me ha tenido retenido todo este tiempo? ¿Impidió que estuviera cuidando de Hope!

Su interlocutor permaneció en silencio, valorando qué decir y qué guardarse para sí, al final se contentó con pronunciar una frase sencilla que no lo sacó de su estupor.

—Soy Miguel, Michael o ese arcángel guerrero al que todos critican cuando me doy la vuelta. ¿Has oído hablar de mí? No importa en realidad... —dijo sin permitirle responder a su pregunta o reconocerlo como tal—. No tenemos demasiado tiempo para hacer lo que he venido hacer. Gabriel notará mi ausencia y volveremos a disputar por mi intervención no planificada en el transcurso de esta situación ajena a mi misión.

—¿Qué misión? —interrumpió Devin.

—No importa ahora. Hay dos cuestiones que debes conocer: has sido proclamado guardián de tu gente, tendrás que controlar que las razas convivan en paz, que ninguno de los bandos que coexisten en Alaska se alcen en contra de sus opuestos. No podemos permitirnos una guerra, no ahora. El Cielo, la Tierra y el Infierno están inmersos en algo más grande y mucho más peligroso que una vieja reyerta entre antropomorfos, ¿comprendes?

—¿Antropo... qué?

—No me interrumpas —lo regañó—. Tu tío tenía la sagrada misión de mantener el equilibrio, en su ausencia, esa obligación recae en ti. Eres el único superviviente de su línea de sangre en el que confiemos lo suficiente como para dejar algo tan relevante para todos los implicados. Eso te otorgará algunas... llamémoslas habilidades, que facilitarán tu tarea y que dificultarán que logres concentrarte lo suficiente como para manejar todo lo que ya eres a tiempo de salvar a tu compañera.

—Hope es lo primero para mí.

—Lo sé, lo sé. Ya estoy llegando a la segunda parte de mi alegato. Escucha con atención —lo arengó—. No puedes abandonarla a las hienas, porque van a querer ejemplificar con ella. Ha sido bien escogida por tu

enemigo, saben quién es para ti y conocen tu identidad más que de sobra. La persona..., el cambiante que está detrás de toda esta pamplina, pretende acabar de una vez por todas con la esquivada paz que se ha instaurado de forma reciente en tu pueblo. La única manera de salir de todo esto con éxito es retomar la unión. No puedes desligarte de la manada, si bien es cierto que ya no podrás volver a formar parte de ella.

—No entiendo nada de lo que dices —replicó Devin algo aturdido. Demasiada información para su cerebro aún adormecido. No se sentía en su momento más brillante, precisamente, todo estaba difuso. Tenía esa sensación de mareo y cambio constante en el estómago, todo su ser se estaba rebelando ante algo que había despertado en su interior y que tenía la capacidad de atormentarlo, sumado a su necesidad de estar junto a Hope y hacer por fin su reclamo.

—Necesito más tiempo —gruñó Miguel, enfadado consigo mismo o quizá con alguien más a quién él no podía ver.

—¿Con quién hablas?

—Tengo que irme, pero recuerda. El nuevo guardián trabaja solo, pero no aislado. Confía en la manada, confía en la unión. Solo en equilibrio podrás recuperar aquello que de verdad anhelas.

Y sin explicar nada más, se desvaneció, consiguiendo que Devin maldijera por lo bajo.

Ángeles...

» ¿Y no podría haberlo explicado de una forma más sencilla y clara? ¿Quién cojones tiene tiempo para descifrar jeroglíficos?

Sintió cómo la cabeza se le abría en tres, su pantera, una parte de ese tigre del que había renegado desde el principio de los tiempos y el hombre, batallaban por encontrar la unión. ¿Desde cuándo había tres seres en su interior? ¡Eso no era posible! Necesitaba concentrarse y tenía que hacerlo ya,

antes de que fuera demasiado tarde para Hope.

Tenía que pedirle ayuda a Ethan, a su tío, a quién fuera, no podía permanecer en un limbo lejos de aquellos que lo necesitaban.

Tirado en el frío suelo, ni siquiera notaba la nieve que se iba derritiendo en contacto con su cuerpo. El calor que irradiaba debía haber derretido ambos polos, porque estaba completamente ardiendo. No podía más.

Una imagen casi traslúcida de una mujer a la que no recordaba haber visto antes y Gavrael caminaron hasta él. Trató de alcanzarlos, pero sus dedos tan solo palparon el aire.

—Me estoy volviendo loco.

—Todavía no —negó la chica con una sonrisa comprensiva—. No hay mucho que yo pueda hacer por ti, tal cual estás ahora, pero sí puedo enseñarte el camino, si estás dispuesto a acompañarnos.

—¿Qué camino? —inquirió Devin—. Solo hay uno que me interese. El que me lleve a Hope. No quiero morir aún, no puedo hacerlo, soy el guardián —dio un paso hacia la aparición y negó—. No voy a abandonar a mi compañera.

—No tendrás que hacerlo —aseguró la joven—. Solo tienes que aceptar quién eres y tomar mi mano.

—¿Tu mano? ¿Acaso te burlas de mí? —se mostró molesto, claramente enfadado. La primera vez que lo había intentado, sus dedos tan solo la habían atravesado.

—Es más fácil de lo que crees, solo desea hacerlo y lo harás —aseguró ella.

Devin no se fiaba de nadie, ni siquiera del que era un viejo compañero, aún así mejor malo conocido que bueno por conocer, esperó a que él hiciera algún gesto.

Gavrael permaneció en silencio, mirándolo con intensidad, pero aferrando

firmemente la mano de la mujer.

—No tengas miedo. Te traeré de vuelta, no voy a dejar que te pierdas. Un viejo amigo va a estar vigilando tu cuerpo para que nadie se lo lleve donde no podamos encontrarlo. No es que me haya pasado antes... —se apresuró a añadir.

—¿Mi cuerpo? —preguntó en el mismo instante en que la mano de la mujer tomó consistencia bajo la suya.

No le dijo que era tonto ni le explicó las cosas, tan solo sonrió tranquilizadora.

—Lo llevo haciendo desde que tenía ocho años, confía en mí. Es pan comido.

—¿Qué es lo que llevas haciendo desde que eras una cría? —preguntó más confuso aún.

La mujer respondió con paciencia.

—El viaje astral.

Y fue entonces cuando Devin se giró y observó lo que había dejado atrás. Su cuerpo inerte, boca abajo y con el culo al aire, estaba lejos de su alcance.

Podría haber rugido de pánico, pero ver dos espíritus animales unidos a él, de una forma tan extraña que casi le produjo escalofríos, lo mantuvo más o menos dentro de su ser. Después de esto iba a terminar en un manicomio, no iba a ser capaz de librarse de él.

Su pantera y ese viejo tigre que había imprimido en él notas de carácter, lo miraron con seguridad y comunicaron con su mera pose, que todo iba a salir bien hasta su vuelta. Saltaron de vuelta a su cuerpo y el cambio que se produjo lo dejó tan sorprendido con su belleza, que jamás sería capaz de describirlo.

Ya no había un hombre tirado en medio de la nada, había una preciosa pantera blanca atigrada, las bonitas rayas le sorprendieron y le hicieron plantearse quién era en realidad.

Quizá el único que no podía coexistir con su verdadera esencia, era el lado más humano.

Solo a su vuelta podría reflexionar sobre lo que tendría que hacer, porque ahora no le quedaba otra que seguir la estela de la mujer que podría llevar su alma al mismo infierno y desterrarlo al fuego de los condenados.

Pero por Hope... por Hope lo aceptaría y se reiría mientras lo estuvieran quemando.

El viaje no resultó fácil para Minerva. Guiar al mismo tiempo dos almas tan complicadas no era tarea sencilla. Mostrarle a Devin el camino, sabiendo que Gavrael había escapado de aquella tortura solo unas horas antes, al borde de la muerte, cuando Anubis y ella habían intervenido en contra de las órdenes de su superior, era un riesgo que quizá no debería correr. Podía ser duramente castigada, incluso desterrada no solo del plano celestial, sino del terrestre y entonces solo le quedaría el averno. Un lugar al que no quería ir jamás ni con invitación ni sin ella.

En alguna ocasión había disputado un alma con el mismísimo señor oscuro y Lucifer no se andaba con juegos, si creía que algo era suyo luchaba con garras, dientes y plumas y, al fin y al cabo, ella era poco más que una humana con una herencia peculiar.

Sin embargo, dejar a Thorn en manos de su enemigo, a pesar de que hubiera sido un poquito engañada por Miguel y Anubis para cometer semejante error, la había hecho sentir culpable y, cuando vio oportunidad, se atrevió a mostrar su cara y asustar un poco a los matones que estaban masacrando al pobre halcón, después de suministrarle una dosis de la droga especial que le

impedía hacer el cambio.

Todo estaba en la genética, no era una cuestión de magia, lo que convertía esta guerra en algo potencialmente peligroso para la supervivencia de un gran porcentaje de ricas y preciosas especies, algunas en peligro de extinción.

No podía ver morir a ningún ser vivo, sobre todo si era de alma noble. No había podido presenciar el final de Gavrael sin intervenir y no podía dejar a Devin a su suerte, con la posibilidad de abandonar a su compañera a un destino peor que la misma muerte, sin darle las herramientas necesarias para alzarse con la victoria.

Sabía que Anubis no intervendría, no más, pero se alegraba de que hubiese prometido vigilar a la pantera blanca mientras se ocupaba de dar el último paso de su horrible desobediencia a su superior.

Y Gabriel era famoso por sus castigos ejemplares.

No le importó. Hizo el camino con sus dos pasajeros hasta el complejo, le dijo cómo entrar y qué tener en cuenta, pero lo hizo desde el plano astral, no iba a arriesgarse a que un nuevo error acabara con otro cambiante en el lado equivocado de la balanza.

Vislumbró durante un instante al tigre ahora enjaulado. No tenía mal aspecto, pero sí estaba muy enfadado. Probablemente, con ella. No podía culparlo. Había arrugado la nariz cuando pasó por su lado, pero no podía tener que ver con su presencia, porque era imposible que pudiera percibirla, estaban en diversos planos muy lejanos en la realidad. Casi como un planeta de otro, imposible ser notada.

Pero por un momento... casi sintió que la olía, que la escuchaba, que la tocaba y se puso muy, pero que muy, nerviosa. Ese cambiante era mucho más peligroso que cualquier otro con el que hubiera tratado antes.

Y si sobrevivía a la batalla, estaba casi segura de que iría tras ella. No sabía si lo deseaba o tenía miedo, pero fuera lo que fuera, ya la estaba

haciendo temblar.

Regresaron al complejo antes de ser descubiertos y allí, paciente y orgullosamente erguida, esperaba la parte más visceral de Devin, rodeada de viejos conocidos, entre ellos su alfa, que aguardaban su llegada.

El animal abrió su corazón a esa tercera pieza que faltaba y le dio la bienvenida. Sabía que la fusión no era agradable para el implicado, aún así, fue un éxito.

—Bienvenido —pronunció Ethan, el único que permanecía en su forma humana, rodeado por algunos de sus centinelas y guerreros más avezados.

Devin no contestó, miró en su dirección, pero sabía que ya no podía verla. No la necesitaba, así que estaba solo con su realidad.

Vio la sonrisa y le agradó. Ese viaje, lo que había visto, le había dejado claras unas normas básicas. Todavía tendría que luchar mucho para poder comprender lo que era, pero al menos conservaba el suficiente control como para poder llegar a Hope y solo ella, con su amor y aceptación, podría llegar a completar el círculo algún día.

El guardián vería el regalo que Miguel le había prometido, porque solo cuando la unión fuera plena, alcanzaría la auténtica verdad.

Hope iba a tener que trabajar muy duro para educar a una salvaje pantera que venía con un tigre a rayas y un hombre con malas pulgas.

Sonrió para sí, satisfecha al ver que por un momento la ira quedaba en segundo plano, los rangos olvidados y que un grupo de hombres y mujeres preparados para la guerra, estaban dispuestos a darlo todo para traer a su gente a casa sana y a salvo.

No había una manera mejor de arreglar algo que estaba roto o casi desguazado. Se alegraba de aportar su grano de arena, incluso habiéndose ganado un enemigo en el proceso y un posible castigo en su futuro.

Merecía la pena.

Terminó su misión, llevó a Gavrael de vuelta a su cuerpo y trató de convencerle para que se aferrara a la vida.

—No es tan malo. No va a ser fácil, pero va a merecer la pena —aseguró mirándolo.

No pronunció palabra, sin respuesta. No parecía tener nada que decir y era algo que comprendía. Habitualmente, las almas con las que trabajaba estaban tan heridas que solo escuchaban y se aferraban a ella como si fuera un salvavidas. Más de una vez se había preguntado si alguien le daría un manual de instrucciones, porque cada día se sentía menos preparada. Había cosas que no te enseñaban en el instituto, tampoco en casa o en la universidad, cosas que debían venir impresas de alguna manera en su ADN, pero que todavía no había logrado descifrar.

Esperaba que Gavrael tuviera más éxito y consiguiera enfrentarse de nuevo a la vida.

Le costó soltar su mano, solo las lágrimas infantiles de su hijo y una súplica llena de necesidad le dieron la fortaleza para volver. Quizá también la mujer que aferraba su mano como si le fuera la vida en ello. ¿Su pareja? Desconocía la relación que lo unía a ellos. Lo que sí estaba claro era que este buen cambiante no iba a participar en esta guerra.

No hoy, quizá en el futuro, porque todavía quedaba un largo camino por recorrer, uno que no le pertenecía de ninguna manera a ella.

Había llegado la hora de dar un paso atrás y regresar a su propio cuerpo. Darles el espacio que necesitaban para tomar sus decisiones y seguir adelante por sus propios medios.

Una bocanada profunda de aire llenó de vida sus propios pulmones y sintió cómo se tambaleaba. Había alargado demasiado su viaje, su cuerpo y su alma estaban exhaustos.

Los miró y no tuvo tiempo de sonreír, antes de darse cuenta de lo que

sucedía, solo quedó oscuridad a su alrededor y, si su sexto sentido no le fallaba, era muy probable que se hubiera dado un fuerte tortazo.

Pero toda buena acción conllevaba su recompensa, ¿no?

CAPÍTULO 32

Nunca se había sentido más orgulloso que hoy, al ver a su gente rodearlo sin pensar en el peligro, solo deseando traer de vuelta a casa a los suyos y protegerlos para que no pudiera suceder algo parecido en el futuro.

Ethan estaba cansado de ser el alfa, creía que había llegado su tiempo, su compañera no estaba lista para unirse a su mundo y por ella dejaría el puesto que había ocupado con honor desde que su tío había muerto.

Por ella, dejaría la guerra y su mismo ser, solo para poder mantenerla a salvo.

Pero su manada requería un último sacrificio por su parte y, sucediera lo que sucediese, iba a entregárselo. Sus queridos pandas iban a encargarse de Gabriela, habían prometido protegerla y responder a todas y cada una de las preguntas para ese viejo estudio que la había llevado a Alaska y que, prácticamente, había quedado relegado al olvido, teniendo en cuenta todo lo que había pasado.

También había recibido el apoyo de otros miembros del complejo, humanos y cambiantes, que le habían asegurado que nadie iba a perderla de vista. No iban a permitir que le sucediera nada.

Y confiaba en ellos. Sabía que mantendrían su promesa para siempre, incluso en el supuesto de que no consiguiera volver de esta batalla.

Observó a Devin, el último en unirse a sus filas, y esperó a que pronunciara lo que se moría por decir.

—Conozco el camino. Sé dónde los tienen retenidos.

Habían localizado tres posibles lugares, basándose en algunas llamadas telefónicas, pero no tenían certezas. Había decidido salir con ellos por si se metían de lleno en el avispero, pero al parecer un solo hombre había

conseguido salir unas cuantas horas y volver con todas las respuestas que llevaban varias semanas buscando.

Sí, su palpito había sido acertado cuando lo había propuesto como alfa, lástima que no hubiera aceptado el puesto.

Lástima que hubiera decidido abandonar a la manada.

—Te marchaste.

—Pero podemos colaborar, Ethan. No soy el mismo, he cambiado, pero mi respeto hacia ti se mantiene. Quiero a mi compañera, tú me diste todo cuando lo necesitaba, ahora te ofrezco mi ayuda y mi información. Tenemos que llegar a ella cuanto antes.

—Para mí nada ha cambiado. Sigues siendo uno de mis hombres —le recordó—. Traeremos de vuelta a todos. Conseguiremos que vuelvan a casa.

—Tienen a tu heredero en una jaula —dijo Devin tan solo arqueando una ceja—. Creo que está de muy mal humor.

Ryan se rio a carcajadas, ganándose una fiera mirada de su alfa. Si iba a actuar como un miembro más de la manada, iba a tener que comportarse.

—Lo siento, es que es muy gracioso.

—No lo es —lo regañó Evya, su bonito rostro lleno de preocupación—. ¿Lo han malherido?

Ryan cambió a su oso y un rugido bajo, furioso, hizo retumbar la misma tierra que pisaban. A él le daba igual la respuesta.

—No tuve tiempo para fijarme en los detalles —respondió Devin—. Fue un viaje muy... intenso.

—¿Viste a nuestras gemelas desaparecidas? —A pesar de su brazo roto, su centinela había decidido unirse al grupo y tomó forma humana para solicitar la información. Ninguno hizo caso de su desnudez, a pesar de su más que evidente belleza.

—No tuve mucho tiempo para ello, pero es posible que estén allí. Hay

jaulas y jaulas de animales. Algunos cambiantes, otros no. Algunos miembros puros de otras manadas. Enemigos de otro tiempo —añadió mirando a Ethan—. Esto va más lejos de lo que podamos haber imaginado.

—¿Y te importa?

—Sabes que solo me importa Hope —espetó endureciendo su voz.

Pero no podía engañarlo, había visto un poco más. Su coraza de indiferencia empezaba a resquebrajarse, permitiendo ver lo que era en realidad. Un ser de inestimable valor y un corazón salvaje y desinteresado, que creía en impartir justicia y proteger a los más débiles.

Un auténtico héroe.

—No me mires así —se quejó—. Y deja de perder el tiempo, alfa.

Cambió rápido y se convirtió en una excelente pantera atigrada, un poco más grande de lo que recordaba, dejándolo boquiabierto. El águila real, aún herida, extendió sus alas y se elevó en el cielo, todos los demás los siguieron, sin perder el paso de Devin, que avanzaba tan rápido que incluso a su oso, que casi no había tenido tiempo para ponerse en marcha, le costaba seguirle el paso.

Sin embargo la adrenalina y la necesidad de acabar con aquellos que se habían atrevido a destruir la seguridad de su gente, eran suficientes para que no se quedara atrás.

Un alfa iba hasta el final, sin importar lo que estuviera arriesgando. No dejaba a nadie en la estacada y no estaba dispuesto a cambiar esta vez su forma de trabajo.

Luke miró a Uriel con aspecto aburrido, incluso simuló un bostezo.

—No sabía que iban a tardar tanto en dar con el camino.

—Te recuerdo que no quisiste que interfiriéramos en el proceso, hermano.

Sí, tenía razón. No había querido hacer algo que no tenía el derecho a hacer. Porque jugar con el destino a menudo tenía consecuencias desagradables, era mejor que otro cargara con ellas, ya tenía suficientes problemas de los que ocuparse, como para tener que empezar a pensar en el jodido karma.

—A veces odio todas esas leyes que me obligo a respetar.

—Supongo que no te habrías casado con una abogada, si no las respetaras.

Se encogió de hombros. No se trataba de Nala y su relación con la ley, porque no tenía nada que ver con él. Se trataba de la misma esencia del pacto, de la posibilidad de hacer un trato perfecto que lo beneficiara solo a él. Le gustaba que fueran retorcidos y a placer, disfrutaba mucho del contrato con su compañera, que incluso a día de hoy, después de estar más que emparejados y muy felizmente, podía añadir, seguía abierto. Continuaba inventando las cláusulas más divertidas, sensuales y beneficiosas... en ese caso para ambos. La amaba y se deleitaba en hacerlo, pero no significaba que no le gustara ser más listo que ella y demostrárselo.

Solo a veces, muy raras veces, se dejaba ganar solo para complacerla.

¡Qué extraño y extraordinario placer le procuraba ser el vencido! Solo de vez en cuando, por supuesto. Y solo con ella...

Excepto cuando libró a Biel, todavía le escocía ese viejo contrato.

—¿En qué estás pensando? Acabas de fruncir el cejo —lo ilustró Uriel, provocando que removiera sus alas incómodo.

—Nada.

—A mí no puedes engañarme.

—¿Has vuelto a hablar con Biel?

Uriel no pronunció ni una sola palabra, sabía lo mucho que lo cabreaba que siguiera charlando con ese demonio malnacido al que no podía ver ni en pintura.

—¿Has pensado alguna vez en que si tienes una alianza para trabajar con una persona tienes, al menos durante un tiempo, que apreciarlo?

—Ni por asomo. No te aprecio a ti, la mayor parte de los días.

Uriel sonrió con superioridad, como si supiera que estaba mintiendo. Y, maldito fuera, lo sabía. No por nada había sido en otro tiempo el arcángel de la verdad.

—Quita esa cara, porque no me siento benevolente hoy.

—Si sigues diciendo mentiras, voy a tener que ofenderme. ¿Recuerdas el mal sabor que tienen?

—¿Ya has hecho las paces con tu mujer? No. ¿Verdad? Qué suerte que no tendrás que contaminarla con tu sucia lengua.

—¿Mi sucia lengua? —espetó indignado Uriel—. ¡Tú eres el mentiroso!

—¿Y qué? Para algo soy el señor de la oscuridad. —Hizo un movimiento teatral con su capa que terminó tirándole de las plumas y obligándole a apretar los dientes.

—Te lo tienes bien merecido, hermano —dijo Uriel malicioso.

Podría haberlo hecho arder frente a él, deleitarse en su ira, pero se contentó con una mirada de advertencia. Sus ojos rojos eran suficiente señal para que el otro se contuviera. Nadie podía sobrevivir a su mal humor.

Y todos lo sabían.

—Me obligas a tentar mis límites y estás jugando a un juego muy peligroso.

—Creo que nuestra disputa verbal llega a su fin —instruyó Uriel, señalando el claro en el que estaban apostados—. Tenemos compañía.

Luke se erizó, su ira solo hirvió más profunda cual ácido que abrasa todo lo que toca.

Avanzó con un contundente aleteo que levantó una intensa ráfaga de viento y se posó frente a Miguel.

—¿Qué haces aquí?

—Cumplir con mi tarea.

—¿Ahora eres el perro faldero de ese malnacido mensajero? —espetó Luke malhumorado.

—Deberías mostrar más respeto a Gabriel. En otro tiempo...

—Ya no es otro tiempo —intervino Uriel, poniéndose a su lado—. Hemos venido para colaborar. A nadie le conviene que las razas cambiantes sean exterminadas.

—¿Y pretendes engañar unas cuantas benevolentes almas para que sirvan a tu causa? —interrogó Miguel con preocupación.

—Almas suplicando venganza. Mi terreno no tu terreno. Estarás de acuerdo, ¿verdad?

El arcángel se mostró taciturno, pero nadie podía negar lo evidente. También eran conscientes de que iban a perderse vidas en esta batalla y, muy probablemente, humanas.

—Mentir no es mi estilo —respondió, cambiando de tema—. No lo haré.

—¿Estás solo? —preguntó Luke con gesto de repulsión. Como si acabara de oler algo en mal estado.

—Nunca estoy solo —respondió el arcángel esgrimiendo el fuego de la justicia en su angelical espada. Por un momento se sintió amenazado, solo hasta que el arcángel guerrero atravesó a algún idiota que se había acercado demasiado a su espalda. ¿Cómo no podía haberlo notado?

—¿Acaso has olvidado todo lo que aprendiste en otro tiempo, Luzbel?

—No respondo a ese nombre. Luzbel murió hace eones, vosotros os encargasteis de matarlo —sin embargo en sus manos aparecieron sendas garras oscuras de aspecto letal—. No me fuerces a demostrártelo.

—Llegará el momento en el que tengamos que enfrentarnos, pero todavía no ha llegado ese día. Hoy, vencamos juntos. La supervivencia de las razas

está por encima de los bandos. No existen el bien y el mal, solo el equilibrio. ¿Recuerdas?

—Todo. Recuerdo todo.

El tono fue grave, lleno de un respeto tan profundo como las oscuras cuevas del tiempo, donde nadie podría aventurarse sin morir o terminar rematadamente loco.

—El Apocalipsis se acerca —advirtió Gabriel descendiendo sobre ellos. Luke tuvo que entrecerrar los ojos un instante, Uriel se irguió, forzándose a no inclinarse ante el mensajero de Dios—. Todos lo sabemos y tú, vil traidor del Cielo, has sido el detonante. Solo por eso mereces morir.

—No —lo cortó Miguel con una advertencia clara, que detuvo al otro arcángel en su lugar—. No nos corresponde a nosotros juzgarlo. No es el asunto que estamos tratando hoy aquí.

Señaló hacia el cuerpo inerte que había tras ellos, al que no habían prestado atención. Desmadejado en el suelo, sin vida. Ya había sido juzgado y el señor del averno era consciente de que se había sumado uno más a sus muchos condenados.

Era posible que Anubis en persona se estuviera encargando de él. Auguraba que iba a tener una jornada de trabajo muy movida.

—¿A qué estamos esperando? —interrumpió Uriel—. ¿Necesitáis una invitación para tomar el té?

—Te has vuelto osado y temerario, Uriel. Tomaste una mala decisión el día que acogiste seguir los pasos de tu hermano. Desechaste tu segunda oportunidad, el perdón de Dios —lo acusó Gabriel. Parecía resentido, ofendido, eternamente enfadado.

Luke debía admitir que estaba sorprendido, jamás había sido así. Gabriel era conocido por su tesón y calma. La capacidad de mantenerse equilibrado y completamente ajeno a cualquier tipo de emoción sin importar la situación. Un

mero intermediario que no juzgaba, tan solo comunicaba las palabras de su Señor.

Un ser que lo había abandonado, al que odiaba más que a ninguna otra cosa en este mundo. Por su culpa había abandonado el Cielo, por su culpa se había visto desterrado a las yermas tierras infernales.

Algún día... algún día se vengaría de aquello. Cuando el Apocalipsis tuviera éxito...

Una voz en su cabeza le recordó todo lo que podía perder ahora, todo lo que quería mantener y se dijo que tampoco estaba interesado en que el final llegara tan pronto, quizá nunca. Tenía que contenerlo, no se trataba de que sucediera en el momento oportuno, sino que no llegara a pasar nunca. No ahora que al fin empezaba a vislumbrar quién y qué era en este nuevo mundo.

—Albergas mucho odio en tu corazón para erigirte como arcángel. El mensajero de Dios —se burló Luke— lleno de emociones humanas.

—No sabes de lo que hablas —espetó Gabriel, antagonizando con él.

—Te crees alguien, pero no vales nada.

—¡Suficiente! —cortó Miguel—. No estamos aquí para pelear entre nosotros. Nuestra causa nos une por primera vez en tanto tiempo que tenemos que valorar el sacrificio que ambas partes hacen por el bien común.

Gabriel fulminó con la mirada a Miguel, no estaba de acuerdo con él, pero no lo dijo abiertamente. Guardó silencio. Confiaban el uno en el otro y eso no cambiaría nunca.

Luke observó a Uriel y se preguntó si algún día volverían a tener ese nexo que podía ver entre los otros dos. Conocía la respuesta: nunca, porque su unión era más profunda y los otros dos jamás la entenderían. ¿Confiaba en su más querido hermano? Lo hacía. ¿Lo mataría? Puede que en un mal día, fuera capaz de hacerlo. No podía cambiar lo que era, pero ambos lo sabían. Si había uno honorable de los dos, ese era Uriel. Sin embargo, su palabra como rey del

averno era ley, incluso para sí mismo. Jamás se desdecía ni pedía perdón, tenía un sentido un poco retorcido del honor.

—Miguel tiene razón —pronunció dejándolos sorprendidos a todos, Uriel incluido—. Estamos aquí por la misma causa.

—¿El enemigo de mi enemigo es mi amigo? —inquirió su hermano más querido preguntándole.

—Acaba con los clichés, por favor, o tendré que matarte y lo digo en serio —advirtió en tono monocorde.

Gabriel y Miguel los observaban sin comprender.

—¿Ya podemos entrar? —preguntó Uriel señalando la aparentemente puerta abandonada—. Sospecho que pronto la ausencia del vigilante dará algún tipo de voz de alarma.

—Hay gente buena ahí dentro que no tiene culpa de que unos cuantos humanos se hayan descarriado —advirtió Miguel—. Solo usad vuestras armas, si es estrictamente necesario.

—¿Y quién te ha puesto al mando? —Luke no esperó respuesta, se desvaneció ante los ojos de todos como si no hubiera estado allí. Uriel sonrió con socarronería, provocando una mirada reprobatoria en sus antiguos mentores, se encogió de hombros y siguió sus pasos. Iban a demostrarle qué lado era el vencedor. Iba a ser extremadamente fácil, ganar esta partida.

No podía esperar a hacerlo.

Hope tenía un fuerte dolor de cabeza, la garganta muy seca y los músculos doloridos. No lograba moverse como quería, no podía ni pronunciar las palabras que quería. Se sentía como poco más que un títere, sin fuerza o voluntad.

A veces le parecía que sus piernas no iban a soportar más su peso,

doblándose ante el cansancio que inundaba su organismo, pero en contra de todo pronóstico seguían dando un paso tras otro, siguiendo a aquella mujer que, según había podido comprobar, estaba rematadamente loca.

—¿Ves mi obra? Puede que todavía no lo comprendas, pero es lo mejor que podemos hacer para preservar nuestra vida. Sin mí y mis drogas contra cambiantes, el ser humano estaría avocado al fracaso.

Se equivocaba, quiso decírselo, pero no tuvo oportunidad de hacerlo. Tenía la lengua adormilada y, si no se equivocaba, un hilillo de baba le chorreaba por un lado de la cara. Parecía algún tipo de zombie medio vivo que se arrastraba como un autómatas sin rumbo fijo.

—Sé que te cuesta entender mi punto de vista, pero lo harás, todos lo hacen. —La llevó hasta un lugar con aspecto de laboratorio, en el que hombres y mujeres con batas blancas trasteaban con probetas, pipetas y mil y un artilugios propios del laboratorio. Había animales en jaulas y también personas. Todos ellos con muy mal aspecto, como si hubieran sido estirados, recortados, pinchados y solo Dios sabía qué más.

En silencio elevó una plegaria al Cielo, solicitando una ayuda que jamás llegaría. Había escuchado a algunos miembros del complejo hablar de ángeles, pero probablemente fuera de forma figurada, ¿verdad? Una cosa era imaginar a hombres y mujeres que se convertían en animales, que podía ser ciertamente perturbador, pero personas con grandes alas y poderes capaces de cambiar el rumbo de la vida humana... era ir demasiado lejos.

—¿En qué piensas? ¿En esa pantera que ha estado vigilando tu casa los últimos meses? —La mujer se rio, supuso que ante su gesto totalmente desolado. Había tenido la esperanza de que no hubiera oído hablar del hombre desconocido, con el que ni siquiera había pasado una hora de su vida y al que echaba, extrañamente, de menos.

Aunque, si era sincera consigo misma, dudaba que fuera a rescatarla. No

sabía quién era, no sabía qué pasiones tenía o qué le gustaba. ¿Ser su compañera designada era suficiente para que la amara? ¿Era suficiente para que ella lo amara? Estaba tan confusa, necesitaba algún tipo de señal.

—No vendrá. Nadie vendrá por ti, ahora eres uno de los nuestros. Incluso si lo hicieran, no te llevarían con ellos. Eres humana, Hope. Una especie diferente a la que quieren exterminar —terminó con pasión, buscando con la mirada al hombre que siempre iba pegado a ella.

Había algo extraño en él, algo diferente a otros hombres, pero no podía adivinar qué era. ¿Y si no era humano? ¿Y si era un cambiante? Algo en su postura y en sus ojos le decía que había algo animal en él, pero puede que fuera solo porque no parecía humano. Si es que ser humano era algo bueno. Empezaba a tener serias dudas al respecto.

—Sé que puede ser perturbador —expresó la mujer acariciando el brazo de su amante—, pero tienes que aprender que los hombres sirven mucho a una mujer. Fuerza bruta y placer, cosas que necesitamos. No tenemos por qué hacer el trabajo sucio y merecemos ser veneradas como preciadas posesiones...

Su discurso continuó, pero Hope no quería escuchar nada más. La mujer tenía unas ideas tan perversas, incluso a niveles básicos de humanidad, que le congelaban el alma. Solo quería salir de allí.

Buscó con la mirada el lugar por el que habían accedido a las celdas en las que estaban los cambiantes más fuertes. Thorn, uno de sus jefes, había quedado encerrado e inconsciente allí, la última vez que lo había visto. ¿Habían pasado horas o días? No lo sabía, empezaba a agobiarse por aquella atadura que le provocaban las drogas.

Si no eran más que horas, no sabía cómo lograría librarse de aquella terrible sensación que estaba congelando su alma.

—No estás escuchando lo que te estoy diciendo —se quejó la mujer, que llamó su atención con un fuerte tortazo. Debería pensar que le dolía, pero

estaba tan adormilada, que ni siquiera lo había notado. Tan solo la presión del gesto, que podría haberle ocasionado un esguince cervical—. Vas a hacer que te mate y no quiero hacerlo. Eres muy valiosa.

Parecía histérica, peor que eso, como si estuviera nerviosa.

—El portero no ha vuelto, señora —dijo una mujer, sin hacer contacto visual con ella—. Tenía que traer el paquete.

«¿Qué paquete?», quiso preguntar Hope, pero no fue capaz de hacerlo. No podía mover los labios.

—Ese estúpido se habrá quedado tomando algo en el bar —escupió furiosa—, que alguien vaya tras él y haga el recado. No tengo todo el día, esta noche es un día importante, esperamos visita.

«¿Visita?».

Debió de notar la curiosidad en su gesto, porque la agarró por el brazo y la llevó hacia una zona de comedor donde se sentó con ella.

—¿No te lo he contado? Va a venir a visitarnos el alfa de los osos de Alaska. Toda una personalidad —acotó con una sonrisa despreciativa—. Y sospecho que los impuros, como su misma gente los llaman, van a acercarse muy pronto. Hemos percibido movimiento en el complejo. Va a ser divertido ver cómo intentan desmontar nuestra organización.

Hope no sabía mucho sobre aquello, tampoco sobre cambiantes, pero se dio cuenta de que toda la información que pudiera recopilar sería útil, siempre y cuando pudiera vivir para compartirla con los interesados.

No podía ser negativa, tenía que concentrarse en hacer lo correcto. Pensar como un animal que pretende cuidar de su manada lo haría. Como una loba o una osa con pequeñas criaturas a las que alimentar, cuidar y proteger.

—Señora, lo tenemos.

—¿Ves de lo que te hablaba? —sonrió, aplaudiendo de pura emoción—. Ya están aquí, me muero por dejar a mis cazadores disfrutar de ese oso.

«¿Oso? ¿Ethan?».

—¿Lo conoces? —preguntó su secuestradora, después recordó que no tenía la capacidad de hablar y se recostó con tranquilidad en el sillón que había elegido—. Tendremos que esperar para averiguarlo, ¿no?

Lo peor de todo era que parecía disfrutar con aquello y se temía que si nadie hacía nada para pararla, iba a salirse con la suya. Pero, ¿acaso podría encontrar la manera de detenerla? En una situación normal, podría haber tenido una posibilidad entre un millón, pero hoy no. Era peor que un cero a la izquierda, no valía absolutamente nada.

Esperaba que su jefe pudiera ocuparse de resolverlo, siempre encontraba buenas soluciones, podría avisar a su sobrino y evitar el derramamiento de sangre.

No podía pensar en que buenas personas murieran y, por extraño que pareciera, por poco que conocía al hombre que le habían dicho que algún día amaría, no quería perderlo.

Necesitaba una oportunidad de entender cómo sería, de saber si, por algún capricho de ese destino incierto, realmente había alguien ahí fuera, ese Devin, marcado específicamente para ella.

Suplicaría por que fuera cierto.

La manada tenía un plan, Gabriela lo sabía. Ethan le había asegurado que todo saldría bien, pero no podía quedarse quieta. No podía esperar allí encerrada y protegida a que él volviera. No era justo y no estaba bien. No era una mujer aventurera, pero tampoco una cobarde, por eso había buscado una disculpa y se había retirado a su apartamento, para decidir de qué manera afrontar aquel asunto. Tenía que estar junto a su compañero, sentía que era lo correcto.

No importaba que su subconsciente le advirtiera que no era fuerte ni lista ni estaba capacitada para hacer lo que su pareja estaba haciendo, no podía esperar a que otros resolvieran aquello sin ella.

El pequeño Thomy estaba bien cuidado, los trillizos se habían sentido liberados al poder retomar sus interesantes vidas, buscando evidencias del lugar en el que mantenían retenidas a dos gemelas y Max, era el único que había notado algo extraño en ella, pero su necesidad de proteger a su propia compañera, había conseguido que dejara su reticencia y sus dudas, en el momento en que se había ocupado de distraer su sospecha hacia Marisa.

Sin embargo, ahora no sabía cómo proceder. Tenía en sus manos la información sobre los posibles lugares en los que los rehenes estaban siendo retenidos. Lo había copiado en el momento en que informaron al alfa, nadie se dio cuenta de que también estaba prestando atención. Tenía la facultad, y siempre la había tenido, de ser tan rara para casi todo el mundo, que nadie percibía su patente inteligencia. Le gustaba disfrazarse de tonta, hacía su vida mucho más fácil.

Ahora, le habría gustado ser incluso más lista. No importaban sus rarezas, ni que su coeficiente intelectual fuera muy superior a la media, tampoco que estuviera asustada y enamorada. No importaba nada más que el hecho de reunirse con su compañero. De ayudarle en esta lucha y dejar claro que, a pesar del miedo y de las dificultades, siempre iba a estar a su lado.

Había dudado durante medio minuto, planteándose la posibilidad de volver a casa, pero en cuanto se había despedido de él, cuando lo había visto marchar en su forma animal rodeado por su gente, cuando se había dado cuenta de que este lugar tan frío, en Alaska, era su hogar, porque Ethan estaba allí y necesitaba tenerlo a su lado.

¿Qué más daba si el destino los había obligado? ¡El amor era lo único importante!

Cogió las llaves de uno de los todoterrenos que habían dejado a su disposición y comprobó que su móvil estuviera bien cargado, el GPS en pleno funcionamiento y su mochila de supervivencia lista. En cuanto se puso ropa térmica y su abrigo polar, guantes, buenas botas y un gorro, se sentó en el coche y se dio cuenta de que la calefacción iba a ser un incordio. La dejó apagada cuando arrancó y se quedó pensando un instante, obligándose a darse ese último pequeño empujón.

Quitó el freno de mano y metió primera en el mismo instante que la puerta del copiloto se abrió y entró Max, sentándose a su lado.

—¿Acaso pensabas que ibas a librarte fácilmente de nosotros?

Las puertas traseras se abrieron simultáneamente y Damian y Aedan entraron como si nada, tenían un gesto serio, casi taciturno, no se parecían nada a sí mismos.

—¿Qué creéis que...? Habéis sufrido un ataque hace nada, no podéis ir de nuevo a una emboscada.

—No lo van a hacer —dijo una voz femenina, sobresaltándola, al tiempo que abría la puerta del conductor—. Déjame a mí, siéntate con los osos.

—Minerva, tus jefes te van a matar —intervino Max.

La mujer estaba muy pálida, la recordaba de la habitación de Gavrael aunque no había tenido la oportunidad de hablar con ella. Parecía haber entrado en un trance solo horas atrás y ahora tenía un aspecto terrible, como si estuviera a punto del colapso.

—Deja que yo me ocupe de mis jefes —expresó la mujer con todo el ímpetu que se vio capaz de reunir. Se estiró encima de ella y tiró del freno de mano—. Pon punto muerto, saldrás disparada con el siguiente sobresalto y entonces no necesitaremos que nadie me mate, moriré atropellada.

Gabriela hizo lo que le dijo y apagó el motor. Negó, intentó pronunciar su rechazo a ser acompañada, pero ninguno se lo permitió. Aedan la tomó en sus

brazos y la metió atrás, entre su hermano y él, mientras Minerva tomaba su lugar tras el volante.

—No creo que...

—Conozco el lugar, sé dónde están ubicados los malos. Confía en mí.

—Pareces enferma —dijo de pronto, sacando fuerza de sus pulmones—.

No deberías conducir tú.

Max asintió.

—Tiene razón.

—Acabo de conocerte y ya estamos discutiendo —se quejó la mujer, mirando al joven—. Puedo hacerlo, estaré en forma para cuando lleguemos.

—Está oscuro ahí fuera —advirtió Damián sin diversión alguna—. Tenemos que movernos ya o perderemos nuestra ventaja.

—No puedo conducir con las luces apagadas, así que no tendremos ventaja alguna. Nos verán llegar.

Max chasqueó la lengua lleno de molestia y bajó de su asiento.

—Joder, yo lo hago. Van a relegarme de mis tareas de guardián de Marisa durante el resto de mi vida y voy a tener que matar a alguien —prorrumpió entre algunos improperios más—. Puedo conducir con los ojos cerrados, si es preciso. Aparta tu bonito trasero de ahí, Minerva.

—Tienes quince años.

Max sonrió.

—Como si tuviera quinientos.

Y se ocupó de todo como un buen alfa haría, sorprendiendo a Gabriela. Le recordó un poco a su compañero y llenó su corazón de ternura.

Minerva obedeció, no por pensar que estaba haciendo lo correcto o que el adolescente tenía algún tipo de voz de mando sobre ella, sino porque según podían apreciar todos, tenía sus fuerzas bastante mermadas.

—Deberías estar en un hospital —murmuró. No esperaba ser escuchada,

pero todos lo hicieron.

—Estará bien, nos indicará el camino y se quedará atrás contigo mientras nosotros ayudamos —instruyó Damian.

—Eso no va a pasar —aseguró Minerva—. No deberíais venir, debería ir sola.

—Somos un equipo —dijo Max—. Luchamos juntos.

Gabriela elevó una plegaria al Cielo, rezó como nunca lo había hecho antes y pensó para sí: «sí, somos el equipo de los perdedores».

CAPÍTULO 33

Ethan tenía una mala sensación, como si estuviera siendo observado y era algo que no le gustaba nada. A eso había que añadirle lo que su instinto le gritaba, que su pareja estaba en problemas o camino de meterse en un lío o mal protegida... todo ello imposible, porque estaba en el complejo rodeada de guerreros que darían su vida por ella.

Tenía que concentrarse en lo que tenía entre manos o moriría precipitadamente.

«No estamos solos», la voz de Devin sonó en su mente. Ambos estaban en su forma animal, lo que hacía del todo imposible la comunicación. Al menos, así debería ser. Un alfa no hablaba con su manada, sus órdenes eran emociones, instintos, no palabras. Los animales se comunicaban de forma diferente a los humanos y ellos no poseían poderes mágicos, pero ya sabía que algo había cambiado en la pantera, no era el mismo.

Solo Frank...

«Es verdad, eres el nuevo guardián. ¿Y Frank...?».

«Desaparecido».

«¿Cómo?».

«Ahora no tenemos tiempo para hablar de eso. Concéntrate en este momento y este lugar, no podemos despistarnos o perderemos vidas. Vidas importantes y hay mucho en juego aquí hoy».

Estaba de acuerdo con él, así que su enorme oso esperó, escuchó, escrutó los alrededores abriendo los sentidos. No estaban solos, pero no era capaz de percibir dónde estaba el enemigo o cuántos eran. Como si su aroma estuviera disfrazado de algo más.

Ryan, su hermano pequeño, se puso a su izquierda, Evya a su derecha y

ambos contactaron con él. Tampoco podían hablar en esa forma, pero sí enviarle imágenes.

Los arcángeles acudieron a su mente, no con una forma clara, sino difusa y desdibujada. Grandes alas blancas y destellos de luz.

«Arcángeles», envió la información a Devin.

Todos sabían que en esta ocasión estaban de su lado, aunque no podían augurar durante cuánto tiempo estarían en la tierra cuidando de su gente.

«Voy a entrar».

Ethan quiso impedir que lo hiciera, pero ya no tenía potestad para hacerlo. No podía obligarlo a permanecer allí fuera a salvo. No podía y no debía intentarlo.

«Cuido tu espalda».

Su gente respaldó su orden, todos moviéndose como uno solo, cuando todas las luces se encendieron a su alrededor, señalándolos. Parecía que habían accionado algún tipo de trampa.

Una trampa que detectaba cambiantes.

—Y así es cómo el señuelo hace salir a los peces —esgrimió una voz que Ethan no había escuchado nunca antes.

—Deja el sarcasmo para otro momento, Luke —Uriel, aliado y conocido apareció justo tras ellos—. Que no puedan vernos, no significa que no puedan escuchar tu sucia boca.

Ethan no cambió, pero estaba un poco confuso. Observó a su hermano buscando algún tipo de respuesta, pero estaba preparado para luchar, no mirándolo.

—No es mi estilo, ya lo sabes. Me gusta llamar la atención dondequiera que vaya —dijo a voz en grito haciendo un saludo a la cámara concluyéndolo con un bonito dedo corazón de su mano izquierda.

—¡Luke! —advirtió Uriel exasperado, pero no le hizo caso.

—Mi diversión, hermano, no la estropees.

Las puertas se abrieron de par en par, no dándoles la bienvenida, sino siendo rodeados por humanos armados como militares de última generación.

—¡Qué aburrimiento! —se quejó Lucifer abriendo la boca, simulando un bostezo—. Y yo que pensaba llamar a mis huestes infernales.

Miguel, el arcángel del que le habían hablado tantas veces, se hizo presente en una forma desconocida, que nunca antes había visto.

—Contén a tus demonios, caído. No queremos que el equilibrio se vea alterado.

—Me vas a obligar a hacerlo por el camino difícil —se quejó aparentemente, aunque su tono de voz no presentaba preocupación alguna—. ¿Qué le vamos a hacer?

Personalmente, Ethan tenía otra opinión. Puede que a ellos las balas no los agujerearan, pero a su gente sí, sin excepción y no planeaba permitir que ninguno de ellos muriera de esa manera. No allí, no sin haber salvado a todos los que estaban secuestrados.

—Tenemos que encontrar al líder —expuso Uriel observando directamente a Ethan—, nos ocuparemos de la fuerza bruta, tendréis que encontrar el camino solos para llegar hasta Hope y vuestra gente.

—Solos no —decretó Gabriel dando un paso al frente. Su brillante luz deslumbró a los humanos que bajaron sus armas casi al instante—. Nunca estamos solos, Él os protege. Id y sacad a los inocentes, nosotros nos encargaremos de todos y cada uno de los culpables.

Las espadas que aparecieron en cada una de sus manos no eran especialmente largas, pero sí brillaban tanto como él y una suave llama blanca devoraba la hoja, aunque sin alterarla.

Ethan sintió la necesidad de arrodillarse frente al hombre, pero no tenía tiempo. Se sacudió la fascinación de encima y buscó a Devin, no lo encontró

por ninguna parte.

Mierda, no sabía hacer las cosas en equipo, hablaría con él más tarde, si es que tenían oportunidad de hacerlo.

Le dedicó a Gabriela un último pensamiento y guio a su gente a la guerra.

No podían rendirse, no podían fracasar. Solo la victoria era posible y si la presencia del Cielo y el Infierno era una señal, tenían a las mejores partes de su lado.

La victoria tenía que ser un hecho, no podía permitirse ni una sola baja.

Max conducía con la habilidad de un hombre adulto centrado y sereno. Sorprendió a Gabriela, no podía decir lo contrario. No habría esperado jamás que un adolescente pudiera comportarse de esa manera.

—No te preocupes tanto, nuestra visión es bastante buena en la oscuridad y está siguiendo la ruta que ha marcado Minerva. No va a salirse de la carretera —la tranquilizó Aedan. Parecía tan concentrado que sentía que alguien le había lavado el cerebro convirtiéndolo en una persona completamente diferente.

—Está bien. Estoy tranquila.

—No lo pareces —aportó Damian, colocando una mano sobre su rodilla, en gesto tranquilizador—. Todo irá bien. No dejaremos que nada malo te suceda.

—No lo entendéis. No temo por mi seguridad, sino por la vuestra. Esa gente, sean quienes sean, se han llevado a varios de los vuestros y sus intenciones no son buenas. Todos hemos podido ver de cerca el terrible estado de Gavrael.

Gabriela estaba segura de que había sobrepasado las puertas de la muerte. Los médicos del complejo se habían rendido ante la evidencia y solo

la mujer que ahora los acompañaba, había cambiado con ayuda de su raro acompañante aquel destino funesto. No sabía cómo lo habían conseguido, quizá mera cuestión de suerte.

—Podemos cuidar de nuestros propios pellejos. Nuestro alfa confía en nosotros para mantenerte a salvo. ¿Por qué no lo haces tú?

—No es tan sencillo.

A sus ojos no eran otra cosa que críos. Unos niños que se transformaban en preciosos y peligrosos osos polares, pero aún así, sabiendo que podrían devorarla si los sacaba de sus casillas, sentía la necesidad de cuidarlos, a pesar de que no contaba ni con la habilidad ni con la fuerza para hacerlo.

—Estamos llegando —informó Minerva. Su voz dejaba notar el cansancio. Gabriela también se preocupó por ella. ¿Desde cuándo se molestaba en sentir algo por los seres humanos? ¿Acaso no había aprendido la lección? Parecía que no.

—No planeas entrar, ¿verdad? —empezó Max su advertencia—. Apenas logras mantenerte erguida en el asiento.

—Hay veces en las que tenemos que hacerlo. Aguantar un poco más. Llegar hasta nuestros límites y sobrepasarlos.

Hablaba como si se sintiera culpable y tuviera que pagar ahora un precio por algo.

—No tienes por qué —aportó Aedan—. Otros pueden hacerlo en tu lugar. Es decir, otros capacitados para ello —añadió lanzando una mirada en su dirección.

Gabriela se preguntaba si podía verla, como aseguraba, ella tan solo escuchaba los movimientos y los tonos de su voz que auguraban que iban a darle una charla. ¡Unos adolescentes diciéndole qué hacer! Lo que le faltaba...

—Vais a tener que demostrar de qué pasta estáis hechos —aseguró Minerva, asomándose por el hueco entre los dos asientos delanteros—; pero

recordad que nunca debemos abandonar una misión.

Los chicos asintieron con vehemencia. Gabriela sabía que todos estaban pensando en ella y su inútil presencia.

—Puedo ocuparme de mí misma, gracias —garantizó enérgicamente. No era momento de quedarse callada, aunque procuró no sonar agresiva. No estaba dispuesta a ser dejada atrás, en un segundo plano como un trasto inservible con el que tenías que cargar porque no te quedaba otro remedio—. Puede que no sea una osa, pero no tengo un doctorado por lerda, os lo garantizo. Nadie me ha regalado nunca nada.

—Nadie está amenazando tu inteligencia o tratando de insultarte —procuró tranquilizarla Minerva—. También soy humana, he visto demasiadas cosas y sé de lo que hablo. Este mundo no está hecho para que nuestra especie sobreviva en un enfrentamiento de estas características.

—¿Cómo lo haces tú, entonces? —inquirió sin disimular el reto en su tono de voz.

—Digamos que he heredado ciertas... peculiaridades, podría decir, de parte de mi abuelo materno.

—¿Peculiaridades?

Ojalá supiera exactamente a qué se refería con eso, pero ni siquiera Ethan había hablado con ella al respecto. Aún les quedaba mucho por contarse; un largo camino para compartir la confianza plena que siempre había imaginado necesaria en una pareja.

—Hay detalles que prefiero guardarme, si no te importa —añadió recostándose nuevamente en el asiento.

El interior del coche estaba muy oscuro, incluso helado, supuso que era la mejor manera de pasar desapercibidos y, a su vez, mantenerse alerta y bien despierto. No tenían ni idea de lo que les esperaba exactamente al final del camino.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Max a nadie en particular. Gabriela no se había parado a pensar en ello, solo quería llegar hasta Ethan para reclamar su espacio. Para confesarle que se estaba enamorando de él, incluso en contra de su voluntad, con cada pequeño gesto. Que no quería volver a su mundo, si eso significaba perderlo.

—Llegar a Ethan —aseguró con convicción.

—Nuestro alfa no necesita protección, ni una distracción potencialmente peligrosa —recordó Max. No había duda en su voz respecto a sus sentimientos respecto al asunto. Gabriela era la distracción que podría poner en jaque a todo el equipo—. Necesitamos un motivo ulterior o nos va a arrancar el pellejo a tiras cuando nos vea, por dejarte desprotegida en medio del ojo del huracán.

—No sé vosotros, pero yo voy a rescatar a mi chica. ¿Y tú, Danny? ¿Estás o no estás de acuerdo conmigo? —expresó con contundencia Damian, con una silenciosa advertencia a Max que sonó tan alta y clara como si la hubiera pronunciado.

—¿Tu chica? —inquirió Max, completamente aturdido. Parecía que hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza.

—Nuestras parejas —explicó con calma Aedan. Ahora era él el pacificador, trataba de mantener el equilibrio en su trío—. No te hemos dicho nada porque es bastante reciente.

—¿Parejas?! —Max se sorprendió ante la repentina confesión y por poco casi se sale del sendero. O, al menos, esa fue la sensación que le provocó a Gabriela el movimiento del vehículo, ya que seguía sin ver nada más que un parpadeo lejano de luces entre los árboles.

—No queríamos preocuparte, ya tienes bastante con tus propios problemas —volvió a relatar Aedan.

—Y porque sabemos que no las tragas —concluyó Damian con violencia.

Parecía listo para saltar sobre el otro y defender lo que era suyo.

—Decidme que es una jodida broma. El destino no puede ser tan cabrón como para fastidiarme de esa manera.

Ignoraba a qué dos chicas no «tragaba» Max, pero parecía que aquello iba a ser motivo de conflicto entre los hermanos.

—No es para tanto... —intentó suavizar Aedan.

—¡Son lobas! —prorrumpió Max de malas formas, dejando notar por primera vez desde que lo conocía Gabriela, su verdadera edad y, al parecer, cierto reproche contra la raza lupina.

—Ni que tu opción sea mejor. Lo que pasa es que te jode que las nuestras sean preciosas y voluptuosas jóvenes, mientras que tu novia es una cría de pañales.

Max frenó de golpe, logrando que se le clavara el cinturón de seguridad en el pecho y que viera demasiado cerca un final estampada en la luna delantera del todoterreno.

—Retira eso. Marisa ya no usa pañales y tiene más inteligencia en su dedo meñique que vuestros sacos de pulgas en todo su cuerpo.

—O te desdices o te arranco la cabeza —el gruñido que abandonó el cuerpo de Damian pareció cualquier cosa excepto amistoso.

—¡Ya basta! ¡Los dos! —añadió Aedan cuando Max se desabrochó el cinturón y parecía dispuesto a ir hacia el asiento de atrás para agarrar a su hermano por el cuello. Realmente parecían dispuestos a matarse el uno al otro.

La calma de la voz del hermano dicharachero, provocó una inquietud en Gabriela que hacía tiempo que no sentía. Parecía como si el joven oso polar estuviera esperando el momento preciso para atacarlos a ambos al mismo tiempo y con su intervención hacerlos entrar en razón de forma definitiva.

—Os recuerdo que son dos lobas inocentes en manos de una organización terrorista que se divierte torturándonos solo por nuestros orígenes. No voy a

dejar que os matéis hasta que estén a salvo. Saco de pulgas o no, es mía — añadió aferrando con firmeza el extendido brazo de Max—. Y como tú a Marisa, la necesito. Igual que Damian a la suya. No hay guerra en esto. Somos hermanos, tenemos que respetar la elección del resto.

Gabriela supuso que el tercer oso en discordia tan solo se sentía desplazado. No habían compartido algo tan grande como aquello con él y conocía de primera mano lo mucho que dolía cuando te dejaban a un lado.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —sus palabras dejaron ver que no había errado en su suposición. Estaba dolido.

—Hace apenas unos días —respondió Aedan restándole importancia.

—Tres semanas —corrigió Damian, retándolo a recriminarle algo.

Las últimas palabras crearon un silencio incómodo en el interior del vehículo. Gabriela era consciente de que en menos de un mes podía cambiar todo. Incluso en un solo minuto. Podía comprender a los jóvenes. A pesar de su corta edad, ya habían vivido mucho.

—El tiempo que cualquier persona necesita para aceptar que su vida ha cambiado para siempre y que sin importar qué decisión tome, siempre va a ser marcada por el momento de la revelación y la persona que te ha reclamado tan profundamente que, sin saberlo, se ha convertido en tu dueño. Si posee tu corazón, cuenta con una poderosa arma que puede destrozarte antes de que puedas pensar en ello.

Su alegato, tan sincero como fue capaz de pronunciar, cortó la discusión de raíz y los puso de nuevo en el camino correcto.

—¿Cuál es el plan? —repitió Max, dando por zanjada la discusión. Quizá solo dejándola pospuesta para más tarde.

—Sin importar lo que cueste, sacarlas de allí a salvo —dijo Damian.

—Y proteger a Gabriela —aportó Aedan—. Si la cagamos en esa, estamos solos para toda la eternidad.

—Más bien para el único minuto que durarán nuestras miserables vidas después de cagarla, una vez que el alfa nos atrape —aseguró Damian.

No estaba tan segura como ellos de aquello, pero era gratificante pensar que por primera vez en su vida adulta, le importaba a alguien lo suficiente como para sufrir su pérdida.

—Y ahora que habéis dejado a un lado la testosterona, podemos... —la voz de Minerva se perdió cuando con un grito ahogado cayó desmayada en su asiento.

Max se apresuró a comprobar sus constantes vitales y maldijo.

—Apenas respira, se está muriendo. Tenemos que volver al complejo.

Damian y Aedan negaron al unísono.

—Nosotros no. Tenemos que llegar a ellas.

Gabriela no quería ser egoísta, pero ¿marcaría la diferencia llevar de vuelta a la mujer al lugar del que ella misma se había escapado?

—Cuando estuvo con Gavrael también entró en esa especie de trance, se despertó como si nada.

—Hasta que se desmayó y tuvieron que ponerle una buena dosis de medicinas de todo tipo para traerla de vuelta.

—Asegura que tiene habilidades peculiares, quizá solo debemos dejarla aquí y terminar con nuestros asuntos. Estamos bastante lejos como para que nadie la encuentre —dijo Damian incapaz de aceptar la alternativa a dejar atrás a su pareja—. No puedo marcharme, Max.

El otro asintió, apartó el coche del sendero.

—Vamos a ocultaros aquí. Hay mantas para que os tapéis y logréis conservar el calor —empezó, dirigiéndose a la única mujer que podía escucharle—. Sé que quieres llegar a Ethan, sé que debemos protegerte, pero...

—Marchaos —se apresuró a decir. No podía interponerse, tenía que

llegar hasta su oso, había muchas cosas por decir, pero no a costa de la vida de la otra mujer. Podía ser humana, pero no tonta, no iba a marcar la diferencia en medio de la batalla, pero sí podía ayudar aquí. Conseguiría mantenerla a salvo hasta que volvieran, si volvían y si no... —Esperaré un tiempo prudencial, si no estáis aquí dentro de cuatro horas, me la llevo de vuelta al complejo.

—¿Encontrarás el camino de vuelta? —preguntó Max preocupado.

—Pondré el GPS. Puedo seguir instrucciones.

Era el único hermano dudoso, pero finalmente aceptó. Cuando desaparecieron de su campo de visión, apagó el motor y tapó bien a Minerva. También se preparó para pasar unas cuantas horas con aquel frío helador, sin perder de vista a su compañera de fatigas, que, por suerte para ella, no iba a enterarse de nada.

Menos mal que había llevado un termo de chocolate caliente, iba a necesitarlo. Solo esperaba que Ethan estuviera a salvo.

No sabía qué haría si no volvía a verlo con vida.

Ethan no podía quitarse la desagradable sensación de su cuerpo. Sentía que algo estaba fuera de lugar, su cabeza estaba en otra parte, muy lejos, justo junto a Gabriela. El lugar en el que había dejado su corazón.

Habían tenido que convertirse en su versión humana, una vez atravesaron la planta principal del edificio. Era muy complicado para un oso o un águila accionar el botón del ascensor, lo mismo para un alce y una pantera. O un tigre.

Will no había dejado de quejarse desde que habían entrado, diciendo que aquello le olía muy mal y que tenía ganas de vomitar. Todos compartían el pensamiento.

Ethan, además, sabía que aquel lugar estaba hecho para desarmarlos, para arrebatárles su única ventaja, sus sentidos más afinados que los de los meros humanos. Aún así, sus enemigos no se habían dado cuenta de que toda su vida había luchado con gran parte de sus sentidos mermados, con lo que esto para él no marcaba ninguna diferencia. Tampoco para el alce que padecía asma crónica o para su águila cuyo oído se había visto afectado despiadadamente en la situación que acabó con ella en su bando.

¿Por qué seleccionar a personas heridas, física o emocionalmente para sus centinelas? Una razón muy sencilla, habían salido de situaciones difíciles, habían logrado sobreponerse y se habían convertido en los mejores dentro de un grupo de buenos cambiantes. Will podía quejarse cuanto quisiera, pero su gente respondería, a pesar de todo.

—No es nada que no podamos hacer —arengó a su equipo, mientras iniciaba la marcha por un largo pasillo de luz brillante—. Pueden estar en cualquier parte, estad alerta. No quiero bajas hoy.

Y así lo hicieron, siguiendo todos y cada uno de sus pasos; sabiendo que cada metro que ganaban, estaban más cerca del enfrentamiento final, del gran jefe y con él, de alcanzar su premio.

Y aún así, Ethan seguía sintiendo que había algo que no estaba bien. Gabriela estaba en algún lugar en el que no estaba cómoda y a salvo. Su oso estaba inquieto y podía sentir el desasosiego y el miedo de que sus temores a perderla de nuevo se convirtieran en realidad.

Sabía que tenía que estar centrado, lo supo cuando escuchó los gritos y vio cómo su gente tenía el camino despejado, aquellos que deberían haberlos emboscado estaban suficientemente ocupados con algo.

Ethan reconoció aquella voz y su alma se congeló en su pecho. No podía ser.

—Tenemos que encontrar a los prisioneros y sacarlos de aquí.

—Déjalo —dijo Devin mirándolo con intensidad—. Lo que le pase no es asunto nuestro.

—Heredó honorablemente el puesto del alfa. Guía a lo poco que queda de su gente, no voy a dejarlo aquí —arguyó con voz grave. Podía haber una guerra abierta en contra de los puros, pero no esta vez. No había diferencias entre ambos, eran iguales, cambiantes, animales a ojos de los humanos que los habían enjaulado y los apaleaban solo por diversión, para remarcar su superioridad—. Si paso de largo, no podré vivir con mi conciencia.

Devin maldijo. Sus centinelas comprendieron.

—No puedo abandonar a Hope.

—Ve por ella —lo animó Ethan, también a sus hombres—. Esto es cosa mía y de mi hermano —esperó la conformidad de Ryan que no tardó en llegar y después a Evya y Will.

—No vamos a dejaros tirados aquí, no está bien que nos separemos, somos un equipo —aseguró Will con convicción.

—Devin es ahora uno de los vuestros y no va a poder hacerlo solo.

La pantera estuvo de acuerdo.

—El deber es lo primero, Will.

El tigre se mostró disgustado.

—No sirve de nada discutir con las mujeres —y siguió la estela del resto de cambiantes. Iba a ser complicado sacarlos a todos de aquel lugar, pero no estaban solos, Cielo e Infierno luchaban a su lado, tenía que significar algo.

Evya miró un instante a Ryan, apenas un minúsculo latido del corazón en el que Ethan pudo ver todo el dolor y preocupación que había entre los dos, pero su hermano ni se inmutó.

Algún día preguntaría abiertamente qué había pasado y cómo podía arreglarlo, pero no hoy. Había otro asunto del que preocuparse.

—No le debemos nada a ese oso. Eres consciente de eso, ¿verdad? —

preguntó Ryan descartando a Evya incluso antes de que hubiera tenido tiempo de desaparecer.

—Es el alfa de su gente.

—De los padres que intentaron asesinarnos. A Duncan hace nada...

—Eso no cambia la genética. Es nuestro hermano, Ryan. No tiene la culpa de haber nacido de la manera correcta, no debes guardarle rencor por ello.

El más joven no parecía estar de acuerdo. Si bien era cierto que Eric no compartía madre con ellos, seguía teniendo un cincuenta por ciento de su sangre y eso para Ethan significaba algo.

Sin Eric nunca habría habido tregua con su gente.

—No quiero que arriesgues tu pellejo por él. No seas honorable por una vez —advirtió Ryan—. Entraré primero y me ocuparé de los matones.

Como si un alfa fuera a permitir tal cosa. Lo apartó e irrumpió en la sala. Un momento era hombre y al siguiente un enorme oso pardo de más de 500 kilos que se lanzó salvajemente con garras y colmillos listos para desgarrar toda aquella desagradable carne humana.

Eric había dejado de gritar. Estaba a medio cambio entre el oso y el hombre. Sus grandes colmillos habían desaparecido, dejando tan solo huellas sangrantes y sus garras de oso habían sido recortadas sin piedad. Habían desgarrado partes de su piel, dejando casi a la vista el músculo. El dolor que debía estar sufriendo era tan grande, que incluso Ryan se estremeció.

No hubo piedad para la docena de hombres que atentó en contra de los hermanos. No hubo perdón para ninguno de aquellos animales, animales reales, que sin corazón alguno se habían deleitado en la tortura de otro ser vivo.

Había leído sobre aquello, había denunciado aquella práctica en el mundo terrenal e incluso había elevado una queja ante el Alto Consejo, a través de Ryan. La terrible actividad que consistía en «azuzar al oso»

arrebatándole para ello las únicas armas de las que disponía para defenderse en plena naturaleza, se había extendido entre los cazadores humanos.

Ahora habían pasado una línea invisible que atentaba contra el mismísimo derecho a la vida. Algo que no estaba dispuesto a tolerar y menos contra su hermano.

Iba a salvar a Eric, sin importar lo mucho que sus padres se habían esforzado en educarlo para que los odiara. Nadie merecía lo que él acababa de sufrir.

Todos y cada uno de ellos pagarían por tal ofensa.

Ninguno iba a sobrevivir.

Thorn había sido devuelto herido a la celda, muy malherido. No solo su cuerpo había sido apaleado, sino que su orgullo, ese al que se había aferrado durante tantos años, le había sido arrebatado y sustituido por la más profunda vergüenza.

Podía entender un poco más a Gavrael ahora, y a otros cambiantes allí encerrados, que ni siquiera alzaban la mirada de suelo, creyéndose las mentiras que sus secuestradores habían implantado en sus cabezas.

No eran aberraciones, eran maravillosas criaturas de la naturaleza, tan perfectas como el ser humano, diferentes pero que no se excluían.

—He aquí mi trofeo —dijo la voz de la mujer que lo retenía allí en contra de su voluntad. La única que parecía mandar en la prisión, a la que todos escuchaban y obedecían—. Un tigre sin garras, ¿qué pensará tu gente de ti ahora?

Lo había encerrado en su forma animal, había intentado recuperar su forma humana, pero le había resultado imposible. Le habían pinchado tantas sustancias que ignoraba cuál de ellas lo había atrapado en ese estado, lo único

que sabía era quién era la culpable de que estuviera en aquel estado y, cuando saliera de aquel lugar, lo pagaría. La tendría a su placer y disposición y tanto su tigre como él tomarían venganza en cada centímetro de aquella humana. Una vez tras otra, solo después de acabar con la que ahora estaba frente a él, presumiendo.

—¿Ves, Hope? Eso es lo que se oculta tras ellos.

La veterinaria olía de forma extraña, como si estuviera enferma. Tuvo la certeza de que algo le habían hecho a su amiga y eso irritó a su tigre sobremanera, haciéndole sobreponerse a la tortura que acababa de soportar.

Esto era más importante, era sobre su gente, sobre la manada. Le había prometido que la protegería, que no volverían a hacerle daño y ahora estaba completamente drogada y perdida. No parecía tener la capacidad de luchar, más bien estaba a punto de colapsar.

—¿Todavía no lo ves a mi manera? Quizá tengamos que darte otra dosis...

Hope trató de resistirse, pudo verlo, pero no iba a tener éxito. Sin su ayuda, no.

Empezó a revolverse en su celda y a golpear el cristal. Furioso, empleando progresivamente más y más fuerza.

—¿Qué haces? ¡Detente! Haz que se detenga —exigió a su guardaespaldas, pero, sorprendentemente no estaba allí—. ¡Dimitri! ¿Dónde estás? ¡Guardias!

Un grupo de hombres armados las rodeó a modo de protección, pero en el instante en que el furioso tigre atravesó los cristales, todos se pusieron en guardia. No tuvieron mucho tiempo de disparar, el visceral instinto del animal lo llevó a desgarrar sus gargantas y deleitarse en su sangre.

La cabecilla corrió, olvidándose de Hope, que se apresuró a moverse, todavía atontada, pero lo suficiente despierta como para teclear el código que había memorizado para abrir las celdas.

La sala se llenó de hombres y mujeres con ansias de venganza. Hope no pudo aguantar más, cayó sobre su trasero, probablemente sintiendo un hormigueo doloroso en cada miembro, producto de las drogas que le habían suministrado. No se concentró en ella, sino en la responsable de todo aquello que luchaba por escapar de su destino.

Y mientras tuviera una pizca de aliento en los pulmones, no permitiría que eso sucediera.

La siguió, mientras todos sus compañeros participaban en la masacre. La desgarraron, lenta y sistemáticamente, haciéndole vivir una mínima parte de lo que les había hecho. Su sangre inundó las salvajes fauces, ni los guardias ni la mujer sobrevivieron.

Fue entonces cuando llegaron los refuerzos. Al menos una docena de hombres con el uniforme militar que habían llevado los miembros de la terrible prisión, desgarrando la tela y convirtiéndose en algo que ya había visto antes. Eran hienas, las traidoras hienas que siempre jugaban en el equipo del mejor postor.

Cerró los ojos, no podía mantenerlos abiertos. Las drogas, sumadas a las heridas que él mismo se había ocasionado al escapar de su prisión, lo estaban debilitando muy rápidamente. Pronto no podría ni siquiera mantenerse en pie o proteger a Hope.

La pobre Hope, que había servido de conejillo de indias. Él mismo les había escuchado burlarse en voz alta, cuando presumían de que le habían inyectado algo que cambiaría su modo de ver a las bestias a las que ahora idolatraba y tanto quería.

No sabían que era una recién llegada a este mundo cruel en el que nunca debió ser incluida.

La veterinaria era una víctima inocente y pagarían por todo el dolor que le habían causado. Dio un paso en su dirección, sabiendo que ya había otros

luchando la batalla que no iba a poder ganar hoy. Era muy posible que los profundos cortes en su costado hubieran llegado a algún órgano interno. Perdía sangre tan rápido como la humana iba sumiéndose en el sueño.

Quiso exigirle que mantuviera los ojos abiertos, pero fue incapaz de hacerlo, porque el mismo cayó rodando muy cerca de ella, pero sin poder alcanzarla. Se vio arrastrado a un extraño sueño, en el que escuchaba gritos femeninos pidiendo que lo ayudaran. ¿A él? ¿Por qué no a ella? Thorn era un cambiante, podía ocuparse de sus propios asuntos sin ayuda de ninguna humana.

Ni siquiera de una a la que apreciaba y respetaba.

No pudo quejarse por ese hecho, porque algo lo golpeó con fuerza arrojándolo muy lejos de la joven, en dirección opuesta. Tiraba de él con tanta fuerza que apenas podía resistirse.

Gritó pronunciando el nombre de Hope, pero tras una presencia llena de luz, desapareció como si nunca hubiera estado allí. Entonces la aparición fue tras él y pudo ver quién era.

—Aléjate de mí, sucia traidora.

—No te he traicionado, no sabía que era una trampa —se defendió—. Dame la mano, voy a sacarte de aquí. Si vas más allá, no podré ayudarte.

—No confío en ti.

—Entonces morirás —aseguró—. Solo por esta vez, deja de lado cualquier tipo de prejuicio que tengas en mi contra y déjame hacer mi trabajo.

Pero Thorn no confiaba en ella, le desagradaba su mera presencia, su olor lo molestaba y el deseo de aceptar su ofrecimiento le hacía odiarse a sí mismo.

No iba a dar su brazo a torcer. Avanzó en contra de su petición, la empujó lejos de su alcance.

Minerva se acercó aún más.

—No seas estúpido, acabarás matándonos a los dos.

—No me importa si vives o mueres.

No era cierto, pero cuanto antes empezara a creérselo, mejor para los dos.

—Tozudo tigre...

Siguió luchando, ambos se enfrentaron en una batalla de voluntades que ninguno de los dos era capaz de ganar, hasta que un tercer ser en discordia hizo aparición.

Terminó con el asunto por los dos. Algo hizo, no supo qué, pero como si todo lo que lo rodeaba se hubiera convertido en fuego ardiente, empezó a sufrir de una forma en que ni siquiera la tortura de sus captores había tenido éxito.

El dolor fue cruel y crudo y acabó con su capacidad de razonamiento.

Lo único que su corazón gritaba era venganza, a cambio haría cualquier cosa que necesitara ser hecha, sin importar lo que estuviera en juego.

Así fue como Thorn, el heredero del alfa, el tigre que tanto había sufrido y luchado para ser perdonado, perdió la única y valiosa posesión que aún conservaba: su alma.

Y lo hizo en manos del único ser que podía sacar algo a cambio: el temible y poderoso Lucifer.

CAPÍTULO 34

Devin entendía la decisión que Ethan había tomado y también la respetaba. Sabía que el oso necesitaba hacer lo correcto y solo por eso no había insistido en que continuara sin mirar atrás y dejara que aquellos asquerosos puristas se cocieran en el jugo de lo que ellos mismos habían sembrado.

Ahora ya no eran los cazadores, eran los cazados. Debería haberlo disfrutado, pero no pudo. Estaba demasiado ocupado con sus propios asuntos como para prestarle atención a aquello.

Hope. No podía sacarla de su mente. No podía sentirla allí tampoco, había sido demasiado tozudo como para unirse a ella y ahora, por su descuido y cabezonería, podía perderla para siempre.

¿Acaso no había aprendido nada de su pasado? Se había concentrado tan solo en la parte negativa de ser un mestizo y olvidado lo bueno. Además, tampoco tenía por qué engendrar ningún hijo, no era una obligación de todo cambiante. Podía explicarle el motivo de su reticencia y ofrecerle la adopción. Si alguien sabía la inmensidad de niños sin familia que había en el mundo, ese era él. No necesitaba irse muy lejos, en el complejo había unos cuantos criados por la manada, sin un papá y una mamá de referencia. Eran demasiados o quizá, los adultos no eran suficientes.

Se preguntó qué pensaría Hope al respecto, pero solo durante un instante, pues su paseo se vio interrumpido por una pareja de hombres muy diferentes a aquellos que habían dejado fuera luchando con sus aliados temporales.

—Hienas —escupió con asco.

No era la primera vez que se enfrentaba a ellas. Desagradables y tramposas, no podías confiar en su gente. Creían en la pureza de la raza solo

porque les convenía y porque alguna raza cambiante, de la realeza más antigua, subvencionaba sus locos experimentos. ¿Era posible que detrás de toda esta absurda trama estuvieran ellos?

—Vine buscando sangre humana —gritó Devin—, y veo que no son más que sucias ratas.

—Es una ofensa a las ratas llamarlos así —aportó el centinela más joven. El alce seguía furioso por el último ataque de hienas que le había dejado herido de mala manera, así que quería venganza. Nadie pensaba que su especie fuera guerrera, pero en este caso tenía que contener la sonrisa que amenazaba con dibujarse en su rostro. Algo poco habitual en él.

El hombre era un completo sádico.

—¿Por qué no te vas a tirar del trineo de Santa Claus? —dijo uno de los dos, pero obviamente, no el que estaba al mando.

—No soy un puto reno —farfulló, elevando su enfado a la máxima potencia.

Su cambio fue rápido y feroz, así como el de su compañera águila, una dicha para los ojos verla, incluso el enemigo se vio fascinado durante un instante por la elegante dama.

Devin aprovechó para asestar su ataque. No era Ethan y si esperaban honor de su parte, podían buscar asiento y sentarse, iban a estar muy cansados cuando eso pasara. Ah, no... iban a estar muertos. Solo por llevarse a Hope.

Y si le habían tocado un solo pelo de la cabeza...

La furia consiguió que el tigre y la pantera, unidos al hombre emergieran con una fuerza que incluso a él mismo le sorprendió. No era el de siempre, era algo nuevo, más capaz de mirar cara a cara a la muerte y mandarla a la mierda.

No iba a terminar su vida hoy, no en este cuchitril y no sin haber disfrutado de una larga vida junto a Hope, la única mujer disponible para él. La única a la que anhelaba.

—Dejadnos pasar y no soltaré al gatito —dijo Will con un toque de humor. Estaba en pelotas justo tras él, no se giró para verlo, primero porque no iba a perder de vista a las traicioneras hienas y, segundo, porque no quería tener el recuerdo de su culo desnudo durante el resto de su existencia—. Mirad y gozad del espectáculo, porque va a ser lo último que podáis ver.

Los gritos de una mujer al otro lado de la puerta que flanqueaban, provocó que se miraran el uno al otro.

—¿Qué hay al otro lado?

—Tu muerte —rugió el líder ahora, el que hasta el momento había dejado hablar al que, sin duda, no era más que un lacayo que seguía órdenes.

Un lacayo que ahora estaba procurando cambiar a hiena para defenderse de la pantera blanca que iba a por su garganta.

Tenía que admirar la frialdad del líder, no parpadeó cuando en medio del cambio, desgarró el cuello de su compañero y acabó con su miserable vida.

—¡¡Dimitri!! —gritó otra vez la misma mujer.

Podía escuchar los rugidos y alaridos femeninos. Había cambiantes sueltos en la sala. Uno o varios, no lo sabía, pero furiosos y asustados, podrían significar la muerte de Hope, si estaba en el lugar incorrecto en un momento inapropiado.

—Si no le dices dónde está su mujer, seguirás el camino de tu amigo —advirtió Will. Seguía en su forma humana, su espalda protegida por Evya, expectante. No tardarían en enviar refuerzos, probablemente habrían dado la voz de alarma.

—No sé de qué hablas —dijo el tal Dimitri sin mostrar temor alguno ante su amenaza.

Devin estaba cansado de hablar, no era su estilo, así que saltó sobre él, dispuesto a buscar a Hope por sus propios medios, una vez hubiera eliminado a aquella sucia y desagradable sabandija.

Pero no fue tan fácil como hubiera imaginado. En el momento en que atacó, el otro cambió tan rápido como un alfa y sin dudar se enzarzó con él, al tiempo que un gran grupo de hienas aparecía de cada rincón, rodeándolos. Incluso Will forzó su cambio, mucho menos sutil y elegante que el de su enemigo, que lo miraba con reto en los ojos, exigiendo un combate salvaje y sangriento.

Pero una hiena no era rival para una pantera, ambos lo sabían.

Lástima que estuvieran en desventaja numérica. Ojalá Ethan terminara pronto con su hermano, tenía que llegar a su compañera, tenía que salvarla. Muerto no podría hacerlo.

No iba a morir. No iba a permitirse descansar. Todavía no.

No se lo merecía y no iba a tenerlo.

Vivir dolía y estaba dispuesto a aceptar con los brazos abiertos ese dolor.

—¿Por qué me enseñas esto? —inquirió Frank con molestia observando a Anubis.

—Porque necesitas ver lo que está pasando en tu mundo y lo que tu nuevo jefe hace para divertirse.

—¿Acaso ese baño de sangre es diversión para él? —preguntó con repulsión—. Pensaba que era más civilizado.

—Es un guerrero de la antigüedad. Lucifer desconoce el significado de esa palabra, para él todo es blanco o negro. Tiene una misión, siempre la ha tenido, y cualquiera que interfiera con sus planes está perdido.

No estaba seguro de por qué estaba interviniendo otra vez. Se preguntó si pasar un tiempo con Minerva, como en los viejos tiempos, lo había vuelto sentimental, a pesar de que sabía lo que suponía para él contactar con ella. La

humana era como un virus que entraba en su sistema y hacía que su inteligencia se desvaneciera y que ese corazón inerte, al que casi nunca escuchara, volviera a la vida.

Quizá solo era la melancolía, que había vuelto a afectarlo, pero esa mujer tenía en sus manos la llave de su risa y de su corazón. Ojalá pudiera amarla de la manera en que una mujer como ella merecía ser amada, lo había intentado, pero ninguno de los dos sentía por el otro más que un sincero afecto fraternal.

Puede que fuera esa sensación de incomodidad y fatalidad que se había aposentado en su interior y le decía que algo que escapaba a su control estaba a punto de suceder y que iba a afectar a alguien que estaba tan cerca de él que no podía prever.

Ojalá conociera los errores que cometería su única amiga de verdad, para poder prevenirla, pero no podía. Formaba parte de su maldición.

—¿Qué te inquieta?

—Nada —respondió herméticamente—. Tu sobrino está empezando a comprender lo que significa ser un guardián.

—Ni yo entiendo lo que significa y llevo más de veinte años en el cargo.

Anubis sonrió con ironía, lo cierto era que tenía razón.

—¿Acaso prefieres sustituirme en el purgatorio? Estoy pensando en tomarme unas vacaciones...

—Ni loco. Una vez basta.

Podía entenderlo, ciertamente.

—¿Sabes cómo va a terminar esto? —preguntó con curiosidad. No veía el futuro, pero tenía sus sospechas y supuso que Frank también.

—Los humanos no son rivales para arcángeles, eso es un hecho —comentó señalando la obvia ventaja de Lucifer, Uriel y sus antiguos hermanos—. Está cosechando almas para su fuego eterno.

—Antes o después habrían llegado hasta mí.

—¿Vas a...?

—¿Devorarlos? —Anubis preguntó con diversión.

—No pretendía ser indiscreto.

—Es una tarea desagradable reservada solo para unos pocos elegidos — explicó estoico—. No entra en mi departamento esta masacre, al menos, por el momento.

—¿Y quién se ocupa de las almas que no entran en tu departamento?

—Información confidencial.

—¿Qué va a pasar con Devin?

—Míralo, las hienas tampoco son rivales para un guardián. No importan los números, hay cosas que no están en el orden natural de las cosas y su muerte no está programada para hoy.

—No podrá librarse solo —expuso Frank con cierta preocupación.

—No tendrá que hacerlo solo. Mira —señaló la visión en la que aparecía Ethan en su forma de oso por un lado, al mismo tiempo que la puerta que había permanecido cerrada hasta entonces tras la hiena, había estallado en miles de fragmentos, dejando a una oleada de cambiantes en diversos estados de transformación arrasar en la habitación desgarrando al asqueroso enemigo.

—¿Dónde está Hope? —la preocupación estaba patente en el tono de tigre, Anubis recordó que había sido una especie de pupila o protegida para él.

—No te preocupes por Hope, un tigre está velando por su seguridad. ¿Quién crees que ha liberado de las celdas a todos los presos?

La mujer había sido drogada y, probablemente, no tendría fuerzas para abandonar el lugar por su propio pie, pero se había encargado de liberar a todos los que pudo, mientras Thorn, el gran tigre blanco que debería heredar el puesto del actual alfa de la manada de mestizos, se ocupaba de darse un festín con la sangre de la cabecilla de la trama y de algunos de sus secuaces.

O de la que había pensado que era quien estaba al mando.

—Ese es Dimitri, un sicario. Pertenece a la manada de las hienas y, aunque ese no es su verdadero nombre, se ha presentado como tal ante la humana loca. Su misión es sencilla: robar las fórmulas que utilizan los humanos para manipular a nuestra especie —por primera vez en mucho tiempo admitió el lazo que lo unía a los cambiantes, casi sin darse cuenta, pero Frank ya lo conocía, con lo que no había descubierto nada nuevo—. ¿Te imaginas para qué lo quiere?

—No me digas que es un purista y que pretende limpiar las razas.

—Tú lo has dicho, no yo.

—¿Y por qué los humanos? No entiendo qué tienen ellos que ver en todo esto.

—Tienen los medios, el personal y el conocimiento. Las hienas son seres despreciables, ladrones por naturaleza, a menudo se les contrata para hacer el trabajo sucio, como bien sabes. Los puros los han usado como matones desde el principio de los tiempos. —Le recordó—. ¿Cuántas hay en la manada mestiza? Ni una sola. ¿Por qué crees que es?

La respuesta era más que evidente: no tenían honor, ambos lo sabían, incluso si no lo decían.

Habían sido desterradas hacía tantos siglos, que ni siquiera poseían un pedazo de tierra. Mercenarios a las órdenes de los más poderosos.

—¿Quién va a ganar, Anubis? —exigió Frank—. Sé que lo sabes.

—No soy adivino, solo preveo posibilidades, los dos lo sabemos. Mis poderes son grandes, pero el futuro cambia constantemente. Nuestras decisiones y acciones son las que influyen en el resultado de cualquier acontecimiento, incluso en esta batalla.

—¿Batalla? Entonces, admites que no ha terminado.

—¿Cómo podría hacerlo? Observa. ¿Dónde está Dimitri?

Por algún motivo inexplicable, el tipo estaba deslizándose sin ser visto hacia la libertad. Frank dio un paso pretendiendo ocuparse por sí mismo del asunto, Anubis lo retuvo.

—No podemos interferir, solo observar.

—Se va a librar.

—No podemos cambiarlo —le recordó.

La rabia atravesó al tigre, él no se permitió sentir nada.

—El alfa se ocupará de él, no lo dejará marchar.

—¿Cómo? —Frank no podía ver lo que él ya veía, pero Miguel estaba tras sus pasos y lo delataría ante los ojos del oso, que cobraría su venganza en él.

—Solo espera, observa y disfruta del espectáculo, porque va a ser sangriento.

No había terminado de pronunciar sus palabras, cuando ese sentimiento perturbador que había estado molestándolo desde el instante en que había guiado a Frank hasta aquel lugar, tomó peso repentinamente captando toda su atención.

Minerva estaba en serio peligro, si no se apresuraba a intervenir, se perdería entre los límites de la vida y la muerte. Apenas le quedaba tiempo de reacción. Era cuestión de ahora o nunca.

Pero... ¿por qué se estaba aventurando en el plano astral de nuevo? No tenía sentido. Él mismo, en persona, se había ocupado de instruirla al respecto. Había límites que ni siquiera él se atrevería a traspasar.

Abandonó a Frank sin una sola palabra, no tenía tiempo para explicaciones y se manifestó en el lugar exacto en el que su mejor amiga ya se encontraba, tratando de aferrarse a un alma que no cesaba de luchar en su contra.

—¡Suéltala! —exigió Anubis con un tono de voz que reservaba solo para los más arduos momentos, en los que su trabajo requería mano dura—. Hay almas que no pueden ser salvadas.

Minerva no lo escuchó o, si lo hizo, no dio señales de cejar en su empeño. Seguía aferrada a él, a pesar de los brutales golpes que estaba recibiendo.

No consistía en que aquel que pretendía salvar la estuviera golpeando literalmente, pero cada negativa y rechazo, cada palabra dura o gesto de ruptura con ella, le provocaba una herida profunda sangrante, que podría incluso llegar a destruir su alma.

Se estaba debilitando lentamente y, aún así, su tozudez no le permitía darse por vencida.

Anubis no tenía opción, de haberla tenido, jamás lo habría hecho. Apareció entre ellos en el tiempo que duraba un parpadeo y atrapó al alma fugitiva, dándole un salvaje empujón de vuelta a la vida. ¿Qué ocasionaría en aquel ser aquello? Dolor, intenso dolor, pero era uno de los precios que todos pagaban por la resurrección. Sobre todo cuando era en contra de la voluntad del que regresaba a una vida de la que ya había renegado.

No le importó. No era la primera vez que había tenido que tomar una decisión difícil y, sabía, que no sería la última.

En cuanto a Minerva...

Se giró hacia ella, la miró y maldijo. No era un ser que manifestara sus emociones, pero cuando se trataba de aquella joven, no podía mantenerse inamovible, su conciencia y su corazón no se lo permitían. Aquella carga que portaba era, en parte, una pequeñísima pero aún así existente parte, culpa suya.

—Voy a llevarte de vuelta.

—No sabes lo que has hecho —hipó entre sollozos, en aquel plano no podía tocarla, no literalmente, pero sí ligarse a ella. Prestarle su fuerza para hacer el camino completo hasta su cuerpo. No iba a ser fácil resistir la unión,

no en las condiciones en las que se encontraba y, probablemente, tardaría un tiempo en volver a estar en forma, pero iba a asegurarse de que estuviera bien. Si eso le costaba otro milenio que añadir a su pena, que así fuera.

—No es hombre para ti —aseguró con determinación en la voz.

El tigre al que intentaba salvar, se había perdido hacía mucho tiempo. Si él no aprendía a creer en sí mismo, ¿cómo podría hacerlo alguien más por él? Imposible. Minerva podía pensar que era capaz de arreglar a todo el mundo, sin importar lo que sacrificara en el camino, pero las cosas eran mucho más complicadas. No había poder sobre la tierra que pudiera sustituir a la obligación de auto-sanarse.

—No quiero que me odie, piensa que lo traicioné a propósito.

Anubis podría haberla advertido de lo que iba a pasar cuando le diera las claves para entrar en la prisión humana, pero había decidido no hacerlo.

Otro motivo más con el que vivir en su conciencia. Por otro lado, Miguel podría haber dicho algo y tampoco lo había hecho. Cuando veías lo que algunos malditos eran capaces de ver, siempre estabas arriesgándote a que tu no intervención hiriera a alguien.

Pero en eso consistía el mismo devenir de la vida, ¿verdad?

—Si te odia, no merece ni un segundo de tu compasión —aseguró—. No te conoce, no sabe quién eres, cuando se dé cuenta del error que ha cometido, volverá y pedirá perdón.

Y probablemente, sería demasiado tarde. Era lo que solía suceder, cuando no tomabas buenas decisiones o despreciabas a personas que no merecían tu desprecio.

—No quiero que pida perdón, solo quería ayudarlo. Le han hecho algo que ha confundido a su alma y no es capaz de volver, no del todo.

—Te garantizo que lo ha hecho —la contradijo él, no sabía de qué manera habría vuelto, racionalmente hablando, pero todo lo que era, su alma dual,

estaba de vuelta en un cuerpo.

Y si tenía que decir en cuál, podría casi asegurar de que había sido en el correcto, pero eso no era asunto suyo, al fin y al cabo. Ni tampoco de Minerva, sus respectivas misiones eran mucho más importantes que un individuo que no significaba nada para él. No como la mujer que se debilitaba con cada segundo que pasaba en esta realidad.

—Tienes que volver.

—No vine por propia voluntad —lo informó—. Algo tiró de mí y me vi arrastrada aquí.

—Y decidiste quedarte —la regañó.

No le extrañó lo que dijo, no sabía qué o quién había logrado aquello, pero estaba seguro de que había una explicación.

Y la encontraría, pero no ahora.

—Prométeme que no vas a ir a buscarlo.

—No puedo prometer eso, Nunu. Lo sabes.

Anubis puso los ojos en blanco, odiaba ese apodo, pero también le provocaba cierta ternura.

Podría haberse quejado, pero se contentó con soltar un suspiro cansado y ayudarla a regresar a la realidad.

—Me ocuparé de que regreses sana y salva al complejo.

—No puedes hacer eso, íbamos de camino a la batalla.

—Habrá tiempo para batallas mañana, hoy tienes que recuperar tus fuerzas. Recuerda que eres una simple humana.

—Una mierdecilla que te ensucia los zapatos. Oh, gran dios de la muerte y la resurrección.

—Tienes suerte de que te quiera tanto —confesó con una certeza que cortó el tono de broma de la mujer.

—Y tú tienes la mala suerte de que yo te quiera a ti, tanto que no podrás

librarte de mí jamás.

No lo dijo, no necesitaba hacerlo, sabía que ella era consciente de que no planeaba librarse de la única persona que había visto al hombre y obviado al dios. Como si la inmensa magnitud de su poder, no fuera más que un rasgo de carácter.

—No lo busques —dijo entonces, en tono más serio. Si trataba de seguir al tigre, algo malo sucedería, se lo decían las entrañas. Y en el caso de los presentimientos de los dioses, no se trataba de falsas alarmas, había un buen motivo para que eso fuera así.

—Ni siquiera me gusta, no te preocupes.

—Puede que este paseo, tan cerca de los límites, genere consecuencias. Si eso pasara, llámame inmediatamente o avisa a Miguel. Cualquiera de los dos podemos ocuparnos de controlarlas y ayudarte para que...

—Lo sé, mamá gallina. Recuerdo todas las lecciones que me has dado, tengo memoria fotográfica.

—Bien —aceptó, pero sin estar completamente conforme.

La joven lo miró una última vez y después cruzó el último tramo del sendero que tenía que seguir para dar el salto a la realidad y reencontrarse con su cuerpo, ahora inerte. Anubis se esforzó en no fijarse en los detalles, en los golpes que habían aparecido en su rostro, única parte de su cuerpo a la vista y las heridas que, seguramente estarían desgarrando algunas partes de su piel, ocultas por la ropa.

Nadie podría explicárselo, a no ser en el complejo de cambiantes. Tenía que llevarla allí.

Se manifestó frente al coche, con su traje de gala, con el fin de ser reconocido por la compañera humana del alfa y caminó hacia ellas. Abrió la puerta del copiloto y tomó en brazos a Minerva, su aspecto era tan devastador que sufrió por ella.

Un sufrimiento que guardó de forma hermética en su interior, nadie debía saber jamás cuánto le importaba ella. Nadie, a excepción de ellos dos.

—Ven —exigió a la otra mujer—. No temas, solo tienes que seguirme.

—Pero Ethan... —empezó a quejarse, sin dejar de mirar el sendero por el que habían estado circulando al principio.

—Te reunirás con él en casa.

—No —se resistió mirándolo con decisión. Había cierto temor en ella, pero también determinación. Iba a llegar con su pareja y si tenía que pelear con un antiguo dios, lo haría. Lo vio en sus ojos, algo que le hizo gracia, pocas cosas le sorprendían en los últimos tiempos. Quizá llevaba demasiadas horas, días, años, incluso siglos, sin moverse de aquel rincón del averno. El purgatorio tenía la facultad de erradicar la esperanza del corazón de cualquier hombre, incluso de uno como él.

—¿Cómo pretendes llegar?

—En coche y, si hace falta, también puedo ir andando.

Anubis sonrió e hizo algo que no acostumbraba, cuando se trataba de simples humanos, completamente ajenos a sus intereses.

—Solo sigue caminando, vas a llegar directamente a él. Espero que no te arrepientas de este deseo.

—¿Deseo?

—Considérame por esta vez tu genio de la lámpara —comentó casi con desgana y con un gesto, la impulsó hacia los brazos de su compañero mientras él se encargaba de proteger a su preciada carga.

Habían llegado tarde, pero lo cierto era que no deberían estar allí. La lucha había sido sangrienta incluso para sus expertos ojos, si sus pupilos hubieran estado en el campo de bata...

Todavía recordaba la crudeza con la que había ejecutado a la hiena, no quería que lo vieran de esa manera. Como el alfa salvaje que, a veces, tenía que ser.

Ethan recriminó con la mirada al trío de osos que se mostraban ante él como hombres preparados para recibir la reprimenda que venía de camino, aunque con la inocencia propia de los críos de su edad. Solo habían pensado en salvar a las chiquillas, que ya estaban preparándose para volver al complejo, junto con el resto de sus centinelas y algunos miembros heridos leves de otras manadas con las que, hasta ese momento, el trato había sido inexistente y que ahora aun siendo tirante, iba a ser necesario teniendo en cuenta los tiempos que corrían.

Pensó en Eric y en el estado en que había quedado y supo que iba a tener que intervenir muy pronto. Por ahora, solo los expertos podían cuidar de sus necesidades. Sin embargo, era consciente de que iba a necesitar su apoyo.

No podían permitirse el lujo de aislar a nadie, tenían que llegar al origen de aquello. Descubrir quién estaba detrás. Las hienas y los humanos solo eran la punta del iceberg, había allí mucho más que no podían ver. Mucho que investigar y mucho que resolver.

—¿De quién fue la idea de venir aquí? ¿Os dais cuenta del peligro al que os habéis expuesto?

Y todavía no había preguntado por Gabriela, temía la respuesta. Porque si la habían dejado en el complejo, no sería muy grave después de todo, habría alguien capacitado velando por su seguridad, pero... ¿y si estaba sola y desprotegida ahí fuera?

—No pretendíamos exponernos al peligro —dijo Damian con la cabeza gacha, pero con la furia propia del ardor de su edad.

—Son nuestras compañeras —confesó Aedan.

—Fue idea mía —expresó Max mirándolo directamente. Reclamando

todas las consecuencias del castigo que tuviera que ser impuesto por su transgresión.

Ethan mostró su asombro, no pudo contenerlo, porque no esperaba que alguien tan responsable como él fuera capaz de desoír completamente sus órdenes.

—No esperaba esto de ti, Maxwell.

—Lo sé. Estoy dispuesto a aceptar las consecuencias de mis actos. Les obligué a venir, porque pensé que era lo correcto. Somos capaces de ayudar, no somos solo niños.

Ojalá lo fueran, ojalá pudiera decirle que no entendía lo que significaba ser adulto, pero habían vivido demasiado en su corta vida como para desechar toda esa sabiduría adquirida a base de tortas.

—¿Dónde está Gabriela?

Los trillizos se miraron con gesto de culpabilidad, lo que hizo saltar todas las alarmas del oso.

—¿La habéis dejado desprotegida? Decidme que sigue en el complejo. ¡Es humana! No puede defenderse por sí sola en medio de esta guerra —estaba empezando a perder el control sobre sí mismo, algo que nunca hacía. Pero el miedo, sumado al horror que había visto, al dolor en los ojos de aquellos que habían sido encarcelados y, en muchos casos, torturados, lo había llevado a un límite que ni siquiera él sabía que poseía.

—Deja de gritarles. Intentaron hacerme cambiar de opinión.

La voz suave de su mujer llegó como un torrente de energía que acalló sus ansias de sangre. En el momento en que se giró y la vio, tan abrigada que parecía una especie de muñeco Michelin que apenas podía caminar, no pudo contener una sonrisa.

Corrió hacia ella y la levantó en sus brazos, estrechándola contra su cuerpo en un abrazo que no necesitó palabras para expresar lo mucho que se

alegraba de poder verla sana y salva.

Ni siquiera pensó en la sangre que había en su cuerpo, producto de la batalla, o en que estuviera aún medio desnudo sobre la nieve.

Alguien, no recordaba quién, le había dado unos pantalones vaqueros que se había enfundado como había podido, con el fin de no sofocar los ojos del temido señor del averno, que se había quejado abiertamente de la posibilidad de quedarse ciego después de haber visto tantos traseros.

Pero claro, no entendían su mundo, no eran cambiantes, donde la desnudez era poco más que un estado natural.

A Gabriela no pareció importarle nada. Ni el olor desagradable, ni su piel ahora fría por el helado clima o las manchas que, inevitablemente, iba a dejar sobre su ropa.

Lo abrazaba con tanta fuerza que se sintió reconfortado de una manera en que nunca había pensado que fuera posible antes de este preciso momento.

—Te quiero, Ethan. Te quiero y me da igual que seas un alfa o cualquier otra cosa. Quiero estar a tu lado, quiero quedarme contigo. Me he enamorado de ti y estoy tan asustada que apenas puedo respirar. No puedo pensar en perderte, no puedo imaginar un mundo en el que no estés tú. Mi hogar no está en Tres Deseos, está a tu lado. Hoy y siempre, si eres capaz de aceptar a una debilucha humana que nunca podrá darte un hijo como compañera.

La besó, no porque no tuviera nada que decir, sino porque tres osos muy jóvenes y muy cotillas, se esmeraban en no perder palabra de lo que Gabriela estaba diciendo.

Cuando la miró a los ojos, acariciando sus mejillas con toda la ternura y amor que le provocaba, tan solo pronunció las dos palabras que ella necesitaba escuchar:

—Te amo.

Y entonces los trillizos aplaudieron como si les fuera la vida en ello.

Damian o Aedan, quizá hasta Max, silbaron y asustaron a las últimas aves nocturnas que despegaron el vuelo ante los primeros rayos de luz del amanecer. Quizá esperando que, con la llegada de Gabriela, se olvidara de su transgresión.

—Vámonos a casa. Otros se encargarán de limpiar este desastre.

—Un momento, Ethan. ¿Qué ha pasado?

—Los heridos están de camino al hospital y aquellos que eran capaces de caminar, están reagrupándose para volver al complejo con protección. No va a ser una recuperación fácil.

—¿Y los malos?

Ethan sonrió ante aquella apreciación tan maniqueísta.

—Pudriéndose en el infierno. El mismo señor del Averno está recogiendo las últimas almas para su colección.

Sintió el escalofrío que recorrió a su compañera y la nota de temor que se dibujó en sus ojos.

La calmó, acarició su espalda y negó.

—No debes tener miedo. Por suerte, esta vez juega en nuestro equipo.

—¿Nuestras gemelas están a salvo, alfa? —preguntó Damian, con una exigencia que no logró disimular.

Ethan asintió con gravedad. Sí, lo estaban. Físicamente, al menos. No habían recibido ni un solo rasguño, tan solo las habían obligado a mirar cómo torturaban a conocidos, mentores y amigos. Su tortura psicológica había sido brutal, no necesitaba haber estado allí para saberlo. Las cintas de seguridad que había visionado le habían dejado claro, con apenas unos minutos, el infierno que se había vivido allí.

—Si os dais prisa, todavía podéis alcanzarlas —aseguró Ethan, señalando hacia el grupo de vehículos, ambulancias y personas, unos humanos, otros no, que había a escasos metros de ellos—. Y no volváis a abandonar nuestro

hogar sin permiso. ¿Os dais cuenta de lo que habría sucedido, si os hubieran atrapado? Esta guerra está muy lejos de terminar.

—Somos conscientes —aseguró Max—. Y no volverá a pasar.

—No mentiré —lo interrumpió Damian mirándolo sin temor alguno—. Si mi compañera o la compañera de uno de mis hermanos está en peligro, no me quedaré sentado esperando a que otros hagan mi trabajo por mí.

—Entonces tendrás que aprender a ser un hombre, muchacho —decretó Ethan—. Y perder privilegios que solo poseen los infantes en nuestro complejo.

—Estoy preparado —aseguró el adolescente.

Sus hermanos se apresuraron a flanquearlo, asintiendo al unísono.

—Estamos preparados.

Y Ethan solo pudo pensar que era así y que era una pena. Ser hombre significaba dejar a un lado la inocencia de la juventud y descubrir que en el mundo real todos y cada uno de ellos estaban completamente solos. Al final, la manada era su refugio, pero las decisiones que tomaran afectarían prioritariamente a sus propias vidas.

Preparados o no, muchos de sus chicos y chicas iban a tener que dar el paso hacia la vida adulta antes de tiempo, la guerra estaba en pleno auge, su especie amenazada y la única manera de volver al tiempo de paz del que nunca habían gozado por ser como eran, diferentes a otros de sus razas, iba a ser andar aquel desagradable camino hasta el final.

CAPÍTULO 35

Devin contempló a Hope con preocupación. Habían pasado dos días desde la fatídica noche y continuaba dormida. Profundamente dormida. Nada de lo que hubiera intentado había logrado despertarla y estaba empezando a impacientarse. Tenía que ver sus ojos abiertos observándolo con algo más que miedo o desconocimiento, quería que lo mirara y le sonriera, que abriera sus brazos y le dijera que lo había estado esperando.

Probablemente, eso no era más que un sueño. Un sueño absurdo que su pantera y él llevaban cuarenta y ocho horas tejiendo. Porque lo cierto era que no se conocían. Unas cuantas horas en común, durante las que tan solo habían pronunciado algunas palabras y que habían concluido con él revelándole su más profundo secreto y asustándola tanto que se había desmayado, no era lo que se decía una base sólida para una relación.

Lo cierto era que ya no tenía prisa, porque era consciente de que la decisión que había tomado era la correcta. Tenía que estar con ella, tenía que convertirla en su pareja, establecer el vínculo y lo harían, sin importar cuánto tiempo tuviera que emplear en cortejarla.

Una vez había visto lo cerca que había estado de perderla, la ansiedad que provocaba su cercanía, aumentada por los dos últimos años de constante vigilancia, se había suavizado solo lo justo para llegar a la conclusión de que tenía que seducirla.

No solo para conseguir unirla a él, sino para que lo amara.

Y siendo como era un bruto total y sin tacto alguno, iba a ser muy difícil que consiguiera convertirse en el perfecto caballero.

Esperaba que fuera de esas a las que le iban los sinvergüenzas. El chico malo que se dedica a hacer lo que no debe, la mayor parte de las veces.

No importaba que ahora tuviera un cargo de peso. Una herencia que no había deseado, pero que estaba empezando a aceptar. Las cosas en su vida iban a cambiar radicalmente, solo Hope podría ser su guía en este nuevo camino.

Si Frank estuviera aquí, le haría más de una pregunta, pero como no podía hablar con él, iba a tener que improvisar y encontrar las respuestas por sus propios medios.

Un quejido femenino lo llevó a acercarse hacia la cama, su cama, que ahora ocupaba Hope y a mirarla con preocupación.

Debía tener el ceño fruncido y su oscura piel, sumada a su enorme envergadura, podía asustar a cualquiera, tenía que ser suave y no atosigarla, pero no pudo evitar permanecer dentro de su espacio vital, quizá más cerca de lo que una mujer querría a un desconocido.

—Al fin te despiertas, Hope.

Parpadeó, lo miró y durante un instante no lo reconoció. Parecía aturdida. Abrió la boca como para decir algo, pero volvió a cerrarla. Movi6 sus manos, miró sus propios dedos y los abrió y cerró como si estuviera comprobando algo más importante que identificar al tipo que estaba mirándola como si fuera un raro tesoro que acababa de encontrarse.

Y no importaba cuán cursi fuera y que no se adaptara a su personalidad, no podía evitar sentir lo que sentía por ella.

—¿Quieres un poco de agua?

Hope lo miró y se incorporó con un gesto de dolor. Estar tanto tiempo sin moverse, podía dejar dolorido a cualquiera.

—Sí, por favor —su voz sonó ronca, a causa del sueño.

Devin quiso ayudarla a sentarse, pero le permitió hacerlo por sus propios medios, mientras servía un vaso de agua y se lo llevaba a los labios.

La mujer trató de arrebatárselo, pero todo él se aferró al cristal como si le

fuera la vida en ello y, mientras su mano derecha sostenía el vaso, con la izquierda sostuvo su espalda con ternura.

—Bebe, deja que te ayude. Tienes que recuperar tu fuerza poco a poco.

Por un momento temió que lo rechazara, pero no lo hizo. Tomó un sorbo, seguido de un ataque de tos.

Devin maldijo, furioso con los que la habían herido. Deseando matarlos de nuevo, sin importarles qué motivos alegaran para hacerlo. En su opinión, había gente que no merecía ningún tipo de juicio justo. Pena y castigo, la ejecución más dolorosa por dañar a inocentes que solo estaban en el lugar y momento equivocados, en medio de aquella espantosa guerra que ya había empezado y que no terminaría en mucho tiempo.

—Despacio. Tu cuerpo tiene que adaptarse.

—¿Cuánto tiempo estuve allí? —preguntó con la mirada perdida en el fondo del dormitorio. Parecía temer la respuesta, pero prepararse física y psicológicamente para escucharla.

—No más de treinta y seis horas —informó con toda la suavidad de la que fue capaz. Sabía que le había resultado duro, lo había sido para todos.

—¿Horas? Hubiera jurado que habían sido meses. Estoy confusa, tengo la mente embotada, como si me costara pensar.

—Te drogaron. Gertrudis se ha encargado de limpiar tu sistema, pero vas a tener que descansar hasta que tu organismo se recupere completamente. Eso y alimentarte. Llevas dos días en esta cama.

Hope arrugó la nariz.

—¿Y te atreves a acercarte a mí? Debo apestar y tener un aspecto espantoso.

—Las enfermeras en prácticas se encargaron de asearte y juro por mi vida que no estuve presente mientras lo hicieron. —A pesar de que les había costado unos cuantos gruñidos y advertencias por su parte. Pero él mismo se

había dado cuenta de la necesaria intimidad de Hope, todavía no era suya ante los ojos de su gente, pero muy pronto lo sería y nadie tendría que cuidar de su virtud.

Sonrió por dentro, pero no dejó que ella notara su diversión. La virtud era un concepto pasado de moda.

—¿Por qué estás aquí conmigo? ¿Es porque... porque soy...?

—¿Mi compañera? —terminó por ella con suavidad.

Hope lo miró y asintió reuniendo todo el valor del que fue capaz, Devin se sentó a su lado en la cama y se esforzó en tranquilizarla.

—No soy suave y no voy a endulzar esto, Hope. Sabes quién soy, o lo que soy, y eso solo es la punta del iceberg. Estoy seguro de que te han explicado cómo funciona para nosotros todo el tema de los emparejamientos y también tengo la certeza de que te han dicho que me he resistido a él. No te quería a mi lado, esa es la verdad. No quería vincularme contigo, no voy a engañarte, pero no por tu causa sino por mi propia experiencia. Nuestro mundo es duro, mucho más de lo que puedas imaginar, has visto una pequeña muestra de cómo se puede ir a la mierda en cuestión de instantes. Eres humana y vulnerable, estar a mi lado solo supondrá para ti rozar la muerte con los dedos casi a diario. Quería que fueras feliz por tus propios medios, sin mí para amargarte la existencia. —Sus palabras sonaron serias incluso a sus propios oídos, faltas de emoción, como si no estuviera desgarrando su pecho con cada pequeña sílaba que se formaba en sus labios—. Soy maleducado, salvaje y me dejo llevar fácilmente por la ira. Cualquier observador ajeno a mi círculo pensaría que soy algún tipo de delincuente, que no te merezco y tendrían razón, Hope. No puedo engañarte. No puedo ser un príncipe perfecto que va a ofrecerte un mundo de ensueño.

—¿Entonces por qué estoy aquí?

—¿Conoces mi nombre? —preguntó un poco molesto.

—Sí.

—Pronúncialo.

—Devin —dijo—. Dios, esto es completamente absurdo. No he pedido que te lées conmigo, ¿sabes? Parece como si hubiera venido a suplicar migajas de cariño, cuando me trajeron aquí, lejos de mi casa chamuscada y mis recuerdos destruidos en contra de mi voluntad. Y, desde ese momento, todos me han mirado con distintos grados de pena y desconfianza. No quiero estar aquí, no me gusta ser una extraña a la que todos repudian y no quiero ser una carga para ti.

—No he terminado, Hope —la acalló con tono duro—. Todo eso de no querer tenerte a mi lado es agua pasada. La única verdad es que te necesito, que quiero emparejarme contigo, quiero que te comprometas a pasar el resto de tu vida conmigo, sabiendo que siempre voy a cuidar de ti. Seremos dos hasta el fin de nuestros días, compenetrados y felices para siempre. Haré cualquier cosa para garantizar que así sea.

Pero la veterinaria que le había robado el corazón hacía dos años y que había ocupado su mente y llenado cada uno de sus sentidos con su mera presencia, no estaba de acuerdo. Podía verlo. Lo sentía. Sus razones no eran suficientes para ella.

Salió de la cama, tambaleándose un poco, pero sin permitir que la ayudara. Sabía que estaba huyendo de él y huir de un felino, nunca era una buena opción, tendían a obsesionarse con sus fugitivos.

—No voy a emparejarme contigo. ¡Ni siquiera te conozco! Y no estoy enamorada de ti —agregó, no con la intención de hacerle daño, sino con el fin de protegerse. Lo sabía, aún así le escoció.

Y no era hombre de dejarse vencer por nadie o responder en buenos términos.

—Ya somos dos. No te amo, Hope, pero te deseo. Estoy completamente

cachondo por tu culpa, desde hace setecientos setenta y tres días, veinte horas y treinta tres minutos. No voy a parar hasta tenerte en mi cama, de todas las formas que yo quiera. ¿Entiendes eso? Puedes intentar huir, pero jamás vas a tener éxito, porque siempre consigo lo que quiero.

La mujer lo miró con pánico, como si acabara de ver algo que no le gustara. A Devin tampoco le gustaba la trampa que le había tendido el destino, pero así eran las cosas. Sin embargo, su parte animal, más instintiva, le dijo que necesitaba protegerla, incluso de su propia estupidez.

—¿Me estás... amenazando? —Trataba de llegar a la puerta, podía verlo. Se esforzó en mantenerse quieto, sentado en la cama, sin mover ni un solo músculo del cuerpo. Si quisiera, podría atravesar la habitación en casi un parpadeo, pero, afortunadamente, Hope no era consciente de ello.

—Jamás lo haría, eres mi compañera. Mi único propósito en la vida es cuidarte y protegerte.

—¿Entonces por qué te estás portando como un cretino?

—Porque lo soy y cuanto antes te des cuenta de ello, mejor. Será más fácil que aprendas a quererme. —Gabriela tenía ya la mano en el pomo de la puerta. Quiso detenerla, recordarle que iba descalza y con un camisón que no dejaba mucho a la imaginación, pero sabía que era mejor no intervenir, todavía no. Necesitaba tiempo y eso podía dárselo. Sin embargo creyó conveniente añadir unas cuantas verdades que era necesario que tuviera en cuenta—. Nunca voy a mentirte, Hope. Odio las mentiras. Nunca voy a engañarte, odio a los traidores y nunca, jamás, no importa qué pase, voy a rendirme, porque te garantizo, con todo lo que soy, que odio a los cobardes.

La observó salir y correr, como si le fuera la vida en ello, pero no la siguió. Allí, de cualquier otro lugar en el mundo, estaría a salvo. Sin importar si la miraban con amistad o con recelo, lo cierto era que nadie se atrevería a hacerle daño. Todos sabían que le pertenecía y eso en su mundo, era una

cuestión de peso.

Se levantó lentamente, se estiró desperezándose como un gato. Estaba entumido de pasar tanto tiempo entre aquellas cuatro paredes. Se asomó a la ventana y vio a Miranda abrazar a su mujer y llevársela. Iba a estar bien, solo necesitaba tiempo.

Y cuando pasara un tiempo prudencial, cuando ella hubiera sanado lo suficiente como para poder sobrellevar una batalla contra él por su libertad, entonces habría comenzado para la pantera la temporada de caza.

No iba a escaparse de él, no iba a tenerle miedo y, sobre todo, no iba a negarse a amarlo. Juntos, había dicho el destino, harían de este mundo un lugar mejor.

Repleto de amor y sexo del bueno.

No podía esperar a tenerla, todo su cuerpo reclamaba ese momento y más pronto que tarde llegaría.

Entonces se deleitaría como todo gato hacía, en degustar minuciosa y muy lentamente su deliciosa comida.

CAPÍTULO 36

—No deberías estar aquí —pronunció Ryan en tono monocorde, sobresaltándola—. Anabel iba a ocuparse de esto.

—Ana tenía que estar en otro lugar —respondió Minerva, sin dar más explicaciones. Había llegado el momento de dejar aquella habitación segura, recoger sus cosas y marcharse sin rumbo a otro lugar, a esperar la llamada de Gabriel para ayudar en alguna otra misión que, muy probablemente, finalizaría con un poco menos de humanidad en ella.

Ver lo que un grupo de gente sin escrúpulos era capaz de hacer, siempre la afectaba. Enfrentarse además a un ser que la había despreciado tan profundamente que prefería morir a tomar su mano, la había destruido a un nivel elemental y sabía que iba a costarle recuperarse de ello.

Sin embargo, se esforzó en no darle importancia. No quería que ni Ryan ni cualquier otro miembro del equipo del arcángel mensajero fuera consciente del alto precio que le costaba cada una de sus intervenciones. Lo hacía por una razón, una única razón personal y secreta que nadie conocía.

Quizá Anubis y Miguel tuvieran alguna sospecha al respecto, pero nunca lo había admitido y nunca lo haría. Su pasado no había sido un lecho de rosas y no siempre había tomado las mejores decisiones.

Terminó de abotonarse la blusa con dificultad, su hombro había salido mal parado en el enfrentamiento con Thorn en el plano astral, junto a alguna que otra zona que estaba irremediabilmente marcada para una buena temporada. Iba a estar convaleciente durante los próximos días, quizá incluso semanas. Al fin y al cabo, como todos se esmeraban en recordarle, solo era una humana y, a diferencia de algunos compañeros, se curaba lentamente.

—Te has arriesgado demasiado. Podrías haber quedado atrapada.

—No iba a dejarlo morir.

—¿Ni siquiera después de que intentara matarte? —preguntó sin intención de herirla, pero lográndolo de todos modos.

Ryan no debería estar al corriente de su intervención en el otro plano, pero seguramente Miguel, dudaba mucho que hubiera sido Gabriel, lo habían informado al respecto y le habían dado instrucciones para que se encargara de aleccionarla.

—Fue un malentendido.

Ryan posó la mano en su hombro sano y la instó a girarse, para mirarlo a los ojos.

—No lo conoces como yo. Los tigres no olvidan, no perdonan y, sobre todo, no cambian de opinión. Aléjate de él, no vuelvas a verlo o sufrirás, confía en mí, sé de lo que hablo.

Minerva sentía el dolor profundo rasgando su pecho. Nunca se había internado tan lejos o tan profundo en busca de un espíritu. Nunca se había visto forzada a cruzar zonas prohibidas para salvar a alguien, pero eso la había cambiado. Había despertado algo en su interior, como ya le había advertido Anubis, algo que la asustaba y que no podía controlar.

A pesar de eso, no se arrepentía. Thorn merecía ser salvado, sin importar lo que ella tuviera que poner en juego. Su corazón así se lo exigía.

—No puedo dar la espalda a mi misión y jamás lo haré. Tenía que hacer lo que hice. Ahora me marcho a casa.

—¿Y dónde está eso ahora?

No había una respuesta clara a esa pregunta. Los últimos dos años se los había pasado vagando sin rumbo, siguiendo las directrices de sus mentores. Miguel sabía mucho más de lo que compartía con ella, aún así confiaba en él y jamás alzaría la voz para rebelarse ante sus amables peticiones, si es que podía llamarlas así.

—A Gabriel no le gustarán tus tratos con Anubis.

Lo sabía. El oso estaba en lo cierto, había sido reprendida en más de una ocasión a causa de su amistad, pero no estaba dispuesta a cambiar su modus operandi. Nunu había sido un maestro y un amigo, en contra de la voluntad de los ángeles, sin embargo, había límites que había que erigir para no perderse completamente en su misión ulterior.

Nadie podría mandar sobre su corazón. Nadie.

—Anubis es asunto mío. Gracias a él, Gavrael vive, ¿no?

—¿Y por qué ha intervenido? Nunca lo hace —aportó, su tono lleno de sospecha—. No me digas que no te inquietan sus intenciones, porque ambos sabemos que mentirías.

No le preocupaba que el antiguo dios egipcio planeara la destrucción del mundo completo, conocía su pasado y su dolor, era buena jueza en cuanto a emociones se refería, así que intentaba concentrarse en el lado bueno de cualquier situación.

—Hemos conseguido información suficiente para erradicar esta organización terrorista, ¿acaso no puedes conformarte con eso?

—Me preocupas. Eres demasiado emotiva e impulsiva y no es bueno para este trabajo. No, sabiendo lo que viene.

Cualquier observador ajeno podría haber pensado que se trataba de un novio celoso y controlador, pero nada más lejano a la realidad. Era como un hermano mayor (solo dos meses más viejo), que miraba con lupa a todas sus amistades.

Minerva era consciente de que su vulnerabilidad en ciertas ocasiones era máxima, que necesitaba colaboración, pero hacía lo que tenía que hacer. Había aceptado el riesgo. Vivía y respiraba esta profesión alternativa que la había convertido en casi una indigente. Sin patria, sin familia, sin hogar...

—Sé que tus intenciones son buenas, Ryan, pero te equivocas. Soy más

fuerte de lo que parezco, un tigre un poco cabreado no es una amenaza real para mí.

—Ha desaparecido —retomó el tema anterior como si nada—. Va a ir detrás de ti. Sabes que te considera culpable de su encierro.

—¿No hemos quedado en que no tengo un hogar al que volver? ¿Cómo podría encontrarme? —Se movió hacia un lado para recuperar su jersey y metérselo por la cabeza. Con el frío que hacía en Alaska, no se podía abandonar un lugar cálido como si nada.

—Ven con nosotros. Volvemos a Tres Deseos, tienes un hogar allí y no podrá alcanzarte.

Minerva negó. Aquel lugar le traía demasiados recuerdos, momentos dolorosos de su pasado, importantes pérdidas. No necesitaba regresar a aquel punto.

—No puedo.

No necesitó decir ni una palabra más, Ryan comprendió. Pudo sentirlo en su interior. Un hachazo emocional que la obligó a llevarse las manos al pecho, no podía soportarlo.

—¡Para! —gritó con la angustia opacando todos sus sentidos, pero se sumergió más y más en una marea de emociones, sensaciones y recuerdos, no podía discernir escenas, no podía relatar hechos, solo sentir. Un dolor agudo y un vacío tan profundo que por más que intentó aferrarse a la realidad, no logró hacerlo. No podía explicar qué había sucedido en el mundo real o cuánto tiempo había transcurrido hasta que vio la luz blanca y llena de paz que era más que una vieja conocida.

—Baja tus defensas, ya estás a salvo.

Miguel la miró con cierta ternura, pero también con exigencia. Siempre había sido afectuoso, pero nunca blando. Al fin y al cabo era su entrenador, su maestro. Al menos, el oficial.

No había rastro de Ryan por ninguna parte. Tampoco estaba en Alaska, ya no.

—¿Qué ha pasado?

—Si buscas a Ryan, no lo encontrarás.

—Solo se preocupa por mí, pero estoy bien —pronunció en voz alta, aunque no sabía si para convencerse ella misma o a Miguel.

El arcángel se limitó a mirarla, haciendo gala de su famosa paciencia.

—Se preocupa, piensa que mis enemigos vendrán a por mí, que Anubis me utilizará con algún fin perverso o qué sé yo.

—Y puede que yo me equivoque —aportó el ángel con preocupación—. Sin embargo, hay cosas que me inquietan más en este momento.

Eso sí logró ponerla un poquito intranquila.

—¿Qué?

—Fuiste demasiado lejos y ahora hay consecuencias diplomáticas de las que ocuparnos, además de ese problema de control que has desatado sobre tu don.

—¿Mi don?

Miguel asintió.

—Crece y se vuelve peligroso.

Ambos conocían sus antecedentes, podía comprender su preocupación, pero ella jamás se había desviado del camino. Que su familia hubiera cometido errores, no implicaba que fuera a seguir sus pasos.

—Mi abuelo...

—En tus antepasados no encontrarás la respuesta a estas incógnitas, solo el tiempo hablará con la verdad y tendrás que asumir los costes que se produzcan a causa de tus decisiones.

Minerva era consciente de que tenía razón, pero no iba a pensar en ello, no ahora.

Si su futuro era incierto, si estaba destinada a terminar finalmente en el averno, siempre podía contar con que Anubis la guiara por el camino correcto. Sin importar lo que otros pensarán de él, ella tenía confianza plena en él. Y ese sentimiento era eterno.

Anubis sintió el momento justo en que el mayor cabrón infernal de la historia estaba justo tras él, esperando a que reconociera su presencia. Debía estar de buen humor, porque no recibió ningún tipo de ataque doloroso.

—Parece que alguien está contento —pronunció girándose lentamente. Acababa de darse un desagradable festín que le había producido una indigestión, no estaba de humor para tratar con nadie y menos con él.

—Hemos ganado un tanto al otro lado y, sin embargo, no me siento satisfecho. ¿A qué crees que se debe?

—Quizá te has ablandado con los años o puede que tan solo te sientas melancólico. Reunirte con la familia siempre trae consecuencias —aportó, esperando un ataque que nunca llegó. Sorprendido lo miró.

—¿Eso es lo que te pasa con esa mujer o hay algo más? —preguntó, dejándole claro que estaba al tanto de sus últimos movimientos—. ¿La amas?

—Ojalá lo hiciera —respondió antes de poder contenerse, pero se encogió de hombros, como si no importara nada—. Me temo que no podrás utilizarla en mi contra.

—Podría si quisiera, pero tengo planes muy grandes para ella.

—Ya tienes a una empática, déjala en paz.

—No es lo mismo demonio que humana, ¿no te parece? Su don no proviene del averno, sino de un lugar mucho más atractivo, tentador. Su alma...

—Deja su alma en paz.

—Podría enviar a uno de mis recolectores y caería en mis garras tan fácilmente que casi no merecería la pena intentarlo.

Anubis sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Entendía el atractivo que alguien como ella podía suponer para su jefe, pero atraerla a este lado no traería nada bueno. Precipitaría las cosas.

—¿Un recolector de almas? Pensé que te habías quedado sin recursos después de la última oleada de liberaciones.

Ahora sí logró una respuesta agresiva de Luke, pero eso estaba bien, que se concentrara en él, podía soportarlo. Llevaba milenios, eones, soportando torturas, su piel ya estaba curtida.

—Crees que vas a lograr distraerme de mis objetivos, pero no lo lograrás. El estúpido de Gabriel merece una lección y estoy más que dispuesto a dársela.

—No envíes a un recolector tras Minerva, alarga mi pena.

—Tentador, pero... ¿acaso no te he hablado de mi nuevo recolector? Tan lleno de odio y desesperación... tan devuelto a la vida de forma brusca que necesita un guía en este nuevo confuso mundo lleno de sentimientos contradictorios. ¿Quién estaría tan loco como para meter un alma torturada a la fuerza en un cuerpo que ya la ha repudiado? —los ojos rojos de Lucifer brillaban de regocijo. Esa era la cara que Uriel desconocía, que Nala ignoraba. Este era el ser que provocaba miedo en los niños y en los humanos temerosos de Dios. Esta era la bestia que dirigía el averno, dispuesto a conseguir lo que quería, sin importarle lo que tuviera que sacrificar a cambio.

Este era el diablo persona, el único que había logrado que los dioses cayeran de su trono y le rindieran pleitesía, el que había asesinado impunemente, el ser al que más odiaba y al que un día mataría.

Y al que le había dado el arma perfecta para desahuciarlo.

Toda acción tenía una reacción, lo había aprendido hacía tiempo y ahora tenía que vivir, una vez más, con las consecuencias de lo que había hecho.

Por eso nunca intervenía, por eso no se molestaba en proteger a los humanos de su funesto destino y castigo eterno, por eso vivía en el purgatorio ajeno al mundo terrenal y celestial, o incluso al averno.

Porque cada vez que Anubis, dios de la muerte y la resurrección, decidía intervenir, afectaba a alguien cercano a él, alguien sufría por su causa.

Ojalá tuviera el poder para deshacer el rumbo del tiempo, pero nadie en ningún lugar podía cambiar el pasado. Estaba escrito en las mismas rocas que habían originado la existencia y solo sus acciones futuras podrían alterar el destino, aún incierto.

Si quería proteger a la mujer que había sido como una hermana para él, iba a tener que romper con Lucifer definitivamente y no sabía qué ocasionaría eso en el devenir de la historia.

Pero si tenía que destruir el mundo para salvar al único ser que le había ofrecido un poco de paz en milenios, lo haría.

Y a la mierda con lo que derivara de ello.

CAPÍTULO 37

Ryan se quedó mirando el vacío lugar en el que Minerva había estado unos minutos antes y suspiró resignado. Le gustaría que las cosas fueran de otra manera, que los arcángeles les dieran más información sobre los procedimientos y los participantes en cada misión, pero solían ir sobre la marcha, aprendiendo y descubriendo, metiendo la pata hasta el fondo e incluso perdiendo en muchas ocasiones solo por falta de confianza o por esa estúpida idea sobre el libre albedrío.

Si sabías cuál era el camino correcto para conseguir algo, ahorrando sufrimiento ¿por qué no informar a tus peones para hacerlo de la forma más fácil posible?

Conocía la respuesta, Miguel se la había dado una y mil veces: elecciones. ¿Quiénes eran ellos para decidir matar a una sola persona, aunque eso salvara a un millón? Nadie tenía derecho sobre la vida y la muerte, solo podían vivir y encontrar la mejor manera de salir de aquello sin afectar al destino.

¿Destino? Renegaba de él, era un hijo de puta de cuidado. De lo contrario, no habría puesto a Evya en su vida. Su tortura diaria y eterna, nunca podría librarse de esos sentimientos que lo convertían en un hombre egoísta y desalmado al que todos criticaban por el intenso dolor que ocasionaba a la inocente mujer.

Y lo cierto era que nadie conocía la verdadera historia. Ni Evya era tan inocente ni el tan insensible, pero no iban a descubrir los hechos por su boca. Nadie lo haría. Su decisión estaba grabada en granito duro e inquebrantable y nadie le haría cambiar de opinión.

Ni siquiera la amenaza de un futuro en soledad. Con el Apocalipsis en

perspectiva, ese futuro iba a ser bastante corto.

—¿Qué estás haciendo aquí solo? —preguntó su hermano Ethan. Vestía un traje hecho a medida y llevaba una flor en la solapa, lo que le hizo sonreír.

—Vine a despedirme de una amiga.

—¿Se ha marchado antes de la ceremonia?

Ryan asintió. No dio explicaciones de cómo había sucedido, a nadie le importaba aquello. Además, ni él mismo conocía los detalles.

—No a todo el mundo le gustan tanto las bodas como a ti.

—No me gustan las bodas en general, pero la mía...

—Enhorabuena, Eth. Ya era hora de que sentaras la cabeza. Con todas esas canas en tu cabeza, pensé que eras un caso perdido.

Su hermano mayor, un padre en su infancia, sonrió ante su pulla. Estaba tan feliz que ni todos los insultos del mundo podrían hacer mella en él.

—Quizá algún día te unas al club de los emparejados.

—Mejor no hablemos de mí, no quiero estropear tu día —advirtió, el otro hombre comprendió y no dijo nada más al respecto.

—Tu hermano mediano, ese al que has estado evitando, te estaba buscando hace un rato. Algún caso de pañales apestosos...

—¿En serio? ¿Y le has dicho dónde estoy? —Odiaba a los bebés, no es que tuviera algo en contra de esas criaturitas o pensara en hacerles daño, solo era que se le daban fatal. No era como Ethan, que todos los niños se acercaban a él, en su caso, huían despavoridos.

—No. Conozco tus flaquezas incluso mejor que tú.

—Gracias.

—¿Sabes que Duncan va a acompañar a Gabriela al altar? No parece el mismo hombre, hasta está civilizado.

—¿En serio? No me lo puedo creer.

—He conseguido que se ponga un traje.

—Ahí sí que no me pillas... ¿Duncan y un traje? —inquirió con incredulidad.

—Y sus botas de motero, por supuesto.

Ryan sonrió. Eso sí le pegaba más. Era un macarra lo había sido toda su vida y se moriría siéndolo.

—Todavía no lo he visto esta mañana y probablemente no lo veré.

El gesto de Ethan se oscureció.

—Te vas.

—Nos vamos, hermanito. Evya, Will y yo. Nos reclaman en otra parte.

—¿Tan pronto? —preguntó intentando enmascarar el dolor.

—Lo siento, no tenemos opción.

—¿No vas a despedirte de Gabriela? —Era una pregunta cortés, pero nada más. Los dos sabían que no lo haría, no diría nada a nadie, se esfumaría y solo volvería cuando fuera verdaderamente necesario, como esta vez.

—Gabriel nos quiere en Europa ahora. Hay indicios de que esta organización criminal se está extendiendo allí. No va a ser fácil pararlos. Hay muchos cambiantes en peligro y tenemos una lucha más antigua en marcha. El Cielo reclama a todos sus guerreros a filas. Agradece que vosotros no estéis implicados.

—¿Has descubierto algo sobre Thorn?

—Nadie sabe dónde está, ni siquiera Miguel. Ándate con cuidado con él, si aparece, porque no va a ser el mismo.

El gesto de Ethan se ensombreció. Todos perdían en la guerra, hombres y mujeres, pero también sentimientos como la esperanza o la alegría. Había mentes que quedaban perturbadas más allá de cualquier punto de recuperación.

Nunca había sentido nada bueno por ese tigre en el pasado, ahora lo veía como una auténtica amenaza y, aunque no iba a decírselo al otro oso, si lo encontraba lo mataría.

Aunque fuera solo por piedad.

—¿Cuándo volverás?

—Sabes que no puedo responder a esa pregunta, pero me mantendré en contacto.

—No lo harás.

Tenía razón, probablemente no volvería a tener noticias tuyas en mucho tiempo.

—¿Vas a encargarte de Eric? Puede que nos unan lazos de sangre, pero recuerda quién lo crió y cómo se educó. Nos odia, su gente nos mataría sin pensarlo dos veces, ten cuidado —advirtió Ryan.

—Eric ha sido desterrado de su manada y tiene suerte de no haber sido asesinado —dijo entre dientes. Dolor e ira profundos marcaban sus palabras.

No debería ser así, no hoy.

—Ten cuidado con él, pero no dejes que esto empañe tu boda. Hoy es tu día, al fin Gabriela quedará atada a ti y podréis empezar a formar esa familia de niños refugiados que ambos deseáis.

—Ya hemos empezado —dijo, tratando de desterrar el sentimiento de oscuridad, aunque sin lograrlo del todo—. Mickey es nuestro hijo legalmente.

—¿Lo sabe tu compañera?

—Es mi regalo de bodas —aseguró con satisfacción—. Soy feliz, a pesar de los tiempos que corren. Seguiré siendo el alfa, porque ella me lo ha pedido, pero será algo temporal.

—¿Ya tienes sucesor? Ahora que Thorn ha desaparecido y Devin se ha convertido en guardián, no va a ser tarea fácil.

—Tengo varios candidatos en mente, pero tardará en llegar. Por ahora, tendré que seguir al frente del complejo, con la comprensión y paciencia de Gabriela a mi lado. Tenemos mucho trabajo por delante.

Ninguno de los dos mencionó a Gavrael o su nueva situación, pero Ryan

era consciente de que eso afectaba a su hermano profundamente.

No iba a resultar sencillo recomponer a su gente, pero por un día, solo por hoy, merecía ser feliz y disfrutar de lo que al fin había logrado: encontrar y enamorar a su compañera. Dos tareas nada sencillas para un cambiante tan ocupado.

—Te deseo toda la suerte y felicidad del mundo, Ethan. Si alguien se lo merece, eres tú.

—¿Vendrás a ocupar mi puesto, si te lo pido?

—¿Vendrá Duncan?

Ambos conocían la respuesta a esas cuestiones. Sus hermanos se habían desligado completamente de aquel lugar. El hecho de que el oso mediano estuviera en Alaska para la celebración era un logro en sí mismo.

Algo que hacía para contentar a su mujer. Algo que la manada aceptaba por el día señalado que era y por lo que habían hecho en la destrucción de sus enemigos cuando aparecieron en Tres Deseos.

Podrían perdonarlo, pero nunca sería un líder.

Nadie vería en Ryan a alguien confiable tampoco, porque no podían respetar su decisión de cortar de raíz con Evya, con lo que no eran candidatos óptimos para el puesto.

—Encontrarás a alguien que lo merezca.

—Lo sé.

Se miraron y entonces se fundieron en un abrazo intenso que decía sin palabras todo lo que había entre ellos. El cariño, el respeto y el deseo de que todo saliera bien.

—Volveremos a vernos —aseguró Ethan.

Ryan no lo tenía tan claro, pero asintió. Si el mundo no se interponía, volvería a casa. Algún día.

—Ahora ve y cástate, antes de que tu otro hermano te robe a tu prometida.

Era un imposible, porque Duncan era muy feliz con su propia compañera, pero esa excusa era tan válida como otra cualquiera para separarse una vez más.

—Ten cuidado, Ryan. Vigila tu espalda.

—Lo haré.

Se dio media vuelta en dirección a la puerta, era hora de seguir con su misión, concentrarse en sus obligaciones y dar la espalda, una vez más, a la familia. Su corazón no podía formar parte de su vida, se lo había arrancado hacía tanto tiempo que sería imposible volver a situarlo en su lugar original.

Gavrael estaba al otro lado, con un aspecto devastador. Pálido, con marcas que jamás se curarían por fuera y cicatrices aún más profundas por dentro, parecía tener algo que decir, pero tan pronto como llegó, el sentimiento se esfumó y se limitó a mirar sus pasos alejándose.

No sabía que les depararía el mañana, pero fuera lo que fuera iba a estar preparado. La vida era dura, difícil, más complicada de lo que jamás hubiera imaginado, pero no iba a rendirse, todo el mundo dependía de ello.

Y cada sacrificio que hiciera, no solo era necesario, sino que sabía que iba a merecer la pena.

Si jugaba bien sus cartas, el fin del mundo sería una vana amenaza que se desvanecería antes de permitirle destruir el lugar al que pertenecía.

Y la manada, siempre en su corazón, sería finalmente salvada.

Ese había sido desde el principio, y siempre sería, su único y auténtico propósito.